

AL OTRO LADO DEL CHARCO

Una querencia tengo de tu acento,
una apetencia por tu compañía
y una dolencia de melancolía
por la ausencia del aire de tu viento.

Juan Moreno

CAPITULO I

La carta permanecía desplegada sobre la mesilla como una mancha blanca en la oscura habitación. Estaba allí desde la noche anterior, en que, después de llegar del trabajo, la abrí y leí su contenido, con curiosidad al principio, con interés después y con una gran sorpresa al final. La primera lectura me dejó perplejo, por lo que hube de releerla en varias ocasiones, sin que por ello lograra aclarar ni entender su contenido. Lo que sí hice fue comparar la carta con otras viejas que conservaba de mi amigo y, aunque esta última había sido escrita con evidentes signos de nerviosismo, estaba claro que la letra era la misma y que le pertenecía.

Lo primero que no entendía era su procedencia, mis últimas noticias situaban a mi amigo, Gerardo Montes, en Valencia y ahora, después de cinco años sin saber de él, recibía una carta suya desde Argentina en la que pedía desesperadamente mi ayuda; "... eres mi única esperanza, sin tu ayuda estoy perdido ...", decía una de las frases. Luego estaba el cheque, extendido a mi nombre y que solo podría hacer efectivo en un banco de Buenos Aires. Cinco millones de pesetas a mi disposición con sólo cruzar el "charco". No sabía que clase de problemas tenía mi amigo, pues la carta no terminaba de aclararlo, pero lo que sí estaba claro es que no eran económicos.

Gerardo me decía que confiaba en mí y que estaba seguro de que yo no iría a Buenos Aires, cobraría el cheque y me volvería tranquilamente para España. Aunque a lo largo de la carta dejaba entrever que lo angustiado de su situación no le daba más opción que actuar de una forma rápida y contundente.

Ni que decir tiene que aquella noche no pegué ojo, al día siguiente tampoco acudí al trabajo, mi maldita migraña servía a veces para estos casos. La carta me había dejado profundamente impresionado y preocupado. Aunque creo que en un principio no consideré siquiera la posibilidad de acudir a la llamada de mi amigo: lo que en su carta me pedía sobrepasaba con creces los límites de mi mundo, basado en una vida normal, con algún pequeño descalabro, pero normal, a fin de cuentas.

Después de haber repasado la carta hasta la saciedad, la dejé sobre la mesilla y me serví una generosa ración de whisky no es que yo bebiera habitualmente, pero sin duda la ocasión lo merecía. Me tumbé en la cama vestido, las ideas daban vueltas en mi cabeza, así que traté de poner orden en mis recuerdos.

Gerardo y yo nos conocimos en el servicio militar, en Valladolid, él pertenecía a un reemplazo anterior al mío.

- ¡Hola chaval!, ¿Cómo te llamas?
- Juan, Juan Ruiz.
- ¡Vaya, vaya...! ¿Sabes una cosa?, vosotros sois los primeros "chivos" que llegan desde que estoy aquí y hay que ver la cara de tonto que trae uno.
- ¿De dónde eres?
- Soy de Barcelona.
- Yo soy de Valencia. ¿Sabes si ha llegado algún *valenciá* entre vosotros?
- No estoy seguro, pero creo que no.
- Bueno chaval, me llamo Gerardo, ya lo sabes, ahora me voy a la cantina a tomarme un cubata a vuestra salud, que te sea leve.

Este fue nuestro primer encuentro, de eso hacía ya 12 años. Gerardo era una persona abierta, abierta y decidida a veces demasiado decidida. Su manera de actuar; impulsiva, nos acarreó más de un problema durante la "mili" y también después en la vida civil.

A partir de aquel primer contacto nuestra amistad fue en aumento hasta llegar a ser una verdadera amistad. Íbamos juntos a todas partes, incluso al calabozo. Acabado el servicio militar, Gerardo decidió venirse a vivir conmigo a Barcelona, en Valencia sólo tenía a sus padres y hacía tiempo que se había independizado de ellos. Yo por mi parte estaba solo en Barcelona, mis padres vivían en Suria; una pequeña población minera y agrícola del interior, así que la idea me pareció estupenda. Gerardo se quedó en Valladolid hasta mi licencia y después, una vez celebrada esta adecuadamente, partimos juntos hacia Barcelona.

Antes del servicio militar yo vivía en una modesta pensión del *Barri Antic*, pero Gerardo pensó que entre los dos podríamos alquilar algún pequeño piso amueblado de los que entonces abundaban en la ciudad Condal. Después de una semana de búsqueda encontramos lo que queríamos; un pequeño piso amueblado en la zona de Universidad. Allí empezó una nueva vida más o menos bohemia, yo arrastrado siempre por el infatigable ritmo de vida de Gerardo.

En aquella época el trabajo no era el problema tan agobiante como hoy día y al poco tiempo ambos conseguimos colocarnos en una empresa de recaderos, donde nos dedicamos al reparto de mercancías con una furgoneta. Precisamente aquel empleo nos proporcionó el primer lío de nuestra vida en común.

- ¡Oye!, ¿Estás seguro de que es aquí? - preguntó Gerardo.
- ¡Claro que estoy seguro!, en la hoja de reparto lo pone bien claro; Avenida Tibidabo número 145.
- Pues esto tiene toda la pinta de estar abandonado.

Efectivamente Gerardo tenía razón, aquello tenía todo el aspecto de estar abandonado.

El número 145 en cuestión, era un viejo caserón de principios de siglo, según la fecha que rezaba en su fachada, que en su día debió ser una lujosa mansión, pero que entonces presentaba un triste aspecto. La casa tenía dos plantas y la fachada, de un color indefinido, estaba sucia y desconchada, también podían verse algunos cristales rotos en la única ventana que tenía los postigos abiertos. La parte que podía observarse del tejado presentaba un estado lamentable, sin duda cuando llovía lo hacía también en el interior.

Una pequeña cancela, completamente oxidada, protegía la entrada de la casa, de ella partía un caminito de losas de piedra, entre las que crecía libremente la hierba, que la unía con la puerta principal. A ambos lados del caminito, lo que antes debió ser un hermoso jardín, era ahora un inmenso retorcijo de zarzas y hierbajos que daban al lugar un aspecto desolador y esa sensación de abandono que ambos habíamos sentido. Iba a proponer a Gerardo que llamáramos a la oficina para comprobar la dirección, cuando del interior de la casa pareció salir un grito.

- ¿Has oído eso?
- Parecía un grito, ¿No?

Nuestras dudas fueron muy breves, pues de nuevo se dejaron oír, claramente ahora, unos gritos de mujer que surgían del caserón que teníamos enfrente. Gerardo y yo cruzamos una mirada de interrogación. Se oyeron nuevos gritos desde la casa y Gerardo sin dudarlo más se lanzó sobre la cancela que cedió tranqueándole el paso. Yo me quedé clavado gritándole que volviera, pero era demasiado tarde pues Gerardo había desaparecido en el interior, la puerta principal también estaba abierta. Entonces siguiendo sus pasos me dirigí hacia la casa entrando en ella. En el interior reinaba la penumbra, me encontraba en un enorme salón-recibidor. Su aspecto por dentro, se correspondía con su aspecto exterior, aunque daba la impresión de haber sido mínimamente adecentada, como para poder pasar algunos días en

ella. Al fondo del salón, a la izquierda, se abría un corredor, allí se encontraba Gerardo que me hizo señas de que guardara silencio y me invitó a seguirle con sus gestos. Me acerqué hasta él, al fondo se oía un golpeteo, la mujer ya no gritaba sólo se oían unos sollozos y los golpes que no cesaban. Hice señas a Gerardo para que saliéramos de allí pero él negó con la cabeza y me señaló en aquella dirección al tiempo que lentamente empezó a acercarse a la habitación de donde surgían los ruidos, yo seguí sus pasos poco convencido. La puerta estaba abierta y en el interior la escena confirmó nuestras sospechas; un hombre golpeaba salvajemente a una mujer que ya apenas ofrecía resistencia, mi primera reacción fue la de salir corriendo hacia la furgoneta y largarme de allí, pero la de Gerardo no, Gerardo dijo con voz ronca y firme:

- ¡Oye cabrón!, ¿Por qué no me haces eso a mí?

El desconocido se revolvió hacia nosotros como si le hubiera picado una serpiente, tenía los ojos como dos carbones encendidos y por la comisura de sus labios resbalaba un fino hilillo de sangre.

- ¿Y tú quién eres?, ¡Bastardo!

Sin dar tiempo a una respuesta, el desconocido se abalanzó sobre Gerardo que sorprendido no tuvo tiempo de esquivarlo. Se produjo un fuerte choque y ambos rodaron fuera de la habitación. Gerardo flexionó las piernas y de un fuerte impulso lanzó al hombre que entró de nuevo en la habitación, dando trompicones, hasta chocar con la pared del fondo, donde quedó tendido en el suelo. Gerardo no perdió tiempo y rápidamente se había levantado para contraatacar, su movimiento fue rápido, pero no lo suficiente para impedir que el desconocido rebuscara en su sobaquera izquierda, de donde extrajo un pequeño revolver que en aquellas reducidas distancias debía ser mortal de necesidad.

En aquella ocasión mis reflejos funcionaron a la perfección y antes de que nuestro “amigo” tuviera tiempo de encañonar a Gerardo, ya me había lanzado sobre su brazo impidiéndole cualquier movimiento. Lo que no pude impedir, antes de lograr desarmarlo, fue que realizara un par de disparos que retumbaron como cañonazos en el interior de la habitación. Más tarde descubrimos que uno de los proyectiles, rebotado, había alcanzado a la mujer, que permanecía tendida en la cama sin conocimiento, en el hombro derecho. Si la bala la hubiera matado, nuestra situación hubiera sido muy delicada. Afortunadamente eso no ocurrió.

Una vez desarmado, el hombre dejó de ofrecer resistencia. Gerardo lo levantó por las solapas dispuesto a devolverle alguna de sus caricias, mientras yo me hacía cargo del revólver. En aquel momento en la calle sonó una sirena, Gerardo y yo nos miramos intrigados, ocasión que fue aprovechada por aquel desgraciado para zafarse de él y lanzarse sobre la ventana por la que huyó entre un maremágnum de cristales y maderas rotas, intenté seguirle, pero cuando me asomé a la misma vi como aquel tipo se introducía en un automóvil y salía zumbando de allí entre una gran nube de polvo.

Estaba maldiciéndole cuando en la puerta sonó un grito.

- ¡Quietos, policía!

Me giré, dos policías habían entrado en la habitación y nos tenían encañonados con sus armas. Un tercer agente entró y se dirigió hacia nosotros colocándonos unas esposas. Intentamos explicar a los policías que estaban cometiendo un error, pero nuestros intentos fueron cortados bruscamente. Acto seguido fuimos conducidos al exterior, donde se encontraban tres coches patrulla, nuestra furgoneta estaba siendo registrada incluyendo las

mercancías que en ella transportábamos. Al ser introducido en uno de los coches pude observar la llegada de una ambulancia.

Aquel asunto pudo terminar muy mal para nosotros, ya que fuimos acusados de tráfico de obras de arte robadas, pues eso era lo que contenía el paquete que habíamos ido a entregar, además de intento de asesinato de la mujer de la habitación. Sin embargo, la diosa de la fortuna vino en nuestra ayuda y la detención de nuestro “amigo” por un lado y la declaración de la propia mujer por otro, hicieron que el juez decidiera dejarnos en libertad sin cargos.

La ropa empezaba a molestarme, así que me levanté y me puse el pijama, el reloj marcaba la 1,30 de la madrugada. Estaba completamente desvelado, me tumbé en la cama de nuevo y volví a concentrarme en mis recuerdos.

Era sábado por la tarde, las ramblas estaban a rebosar, Gerardo y yo habíamos salido a dar una vuelta y a tomar algo, a calentar motores como él solía decir.

Llevábamos diez minutos buscando una mesa donde sentarnos sin conseguirlo, cuando Gerardo se dirigió hacia una de ellas que estaba ocupada por una chica sola.

- ¡Hola! - saludó Gerardo.
- ¡Hola! - contestó ella.
- ¡Oye!, esto está a tope, ¿Te importa que nos sentemos en tu mesa?, me muero de sed.
- No, no me importa podéis sentaros.
- ¡Gracias!, yo soy Gerardo y este es Juan.
- ¡Hola! - saludé.
- ¡Hola! Yo soy Sandra.

Sandra era una chica joven, 19 años según nos dijo ella misma. Llevaba un vestido estampado de tonos oscuros, ceñido en la cintura y con la falda ancha hasta los tobillos, una chaqueta de punto negra, pañuelo al cuello de color púrpura y en la cabeza una especie de pamelita de fieltro gris. Era muy bonita, tenía una cara sencilla, sin complicaciones, que adquiriría rasgos angelicales cuando sonreía, el pelo negro y ondulado le caía suelto sobre los hombros. A pesar de su cándido rostro, daba la impresión de ser una chica segura de si misma y con un fuerte carácter, cosas ambas realmente ciertas. A su lado se encontraba una gran bolsa de viaje.

- ¿Acabas de llegar a Barcelona? - pregunté.
- Sí. ¿Tanto se nota?
- No, no, nada de eso, lo he dicho por la bolsa.
- Y ¿Qué te trae por aquí? - habló Gerardo.
- Soy estudiante, estoy matriculada en la Universidad Autónoma, en Ciencias de la información. La semana que viene empiezan las clases.

La conversación continuó largo rato y los tres permanecimos en aquella mesa hasta las diez de la noche. Para entonces Sandra ya había decidido que no tenía ningún reparo en compartir el piso con dos hombres a los que acababa de conocer. Y de allí partimos juntos hacia nuestra vivienda para instalar en ella a su nueva inquilina. Naturalmente, ni que decir tiene que fue Gerardo con sus típicas decisiones quien convenció a Sandra para que se viniera a vivir con nosotros, aunque he de admitir que tampoco tuvo que insistir mucho para conseguirlo.

Sandra vivió con nosotros durante seis meses. Al principio las relaciones con ella fueron buenas. Las clases habían empezado y Sandra parecía tomárselas en serio. Gerardo había conseguido un empleo como camarero y yo me dedicaba a reparar en casa pequeños aparatos

eléctricos que Gerardo se encargaba de proporcionarme. Yo, creo que no lo he dicho aún, soy técnico electrónico y en eso trabajaba hasta que me fui a la “mili”, luego al volver no había conseguido encontrar ningún empleo en mi profesión, así que decidimos que de momento sería suficiente con esas pequeñas reparaciones y de paso, al estar en casa, me ocupaba un poco también de las tareas más o menos domésticas, aunque realmente el trabajo estaba muy bien repartido.

Volviendo a Sandra, al principio, como he dicho, todo marchaba bien, no había problemas en casa y los tres salíamos juntos a menudo; a cenar, a conciertos o simplemente a pasear. Con Gerardo parecía congeniar muy bien, yo sin embargo tenía mis prevenciones, no es que Sandra no me gustara, pero algo en mi interior me impedía mantener con ella una relación completamente abierta y sincera. Poco a poco el tiempo fue dándome la razón, pues su actitud fue transformándose día a día. Las relaciones empezaron a no ser tan cordiales. Si al principio Gerardo y ella congeniaban a la perfección, ahora chocaban constantemente y era raro el día en que no tenían fuertes discusiones. Sandra empezó a venir poco por casa, venía a dormir, cuando venía y Gerardo no desaprovechaba las ocasiones que tenía para echarle en cara su poca colaboración en el piso y su manera poco amistosa de ignorarnos, a lo que ella contestaba, invariablemente, que no tenía por qué darle explicaciones, lo que exasperaba aún más a Gerardo que terminaba por marcharse dando un portazo.

Al fin, un día, descubrí que Sandra se había marchado, había desaparecido sin decir nada, tan de repente como había llegado. Cuando Gerardo se enteró se puso hecho una furia, quiso dar a entender que era por el dinero que nos había dejado a deber, pero la realidad era que Gerardo no podía soportar que alguien lo ignorase de semejante manera. Su carácter dominante tendía a controlar la vida de los que estaban a su alrededor, pero era evidente que Sandra no era persona que se dejase controlar por nadie y eso Gerardo no era capaz de asimilarlo. La historia de Sandra pudo muy bien acabar ahí, pero una vez más el carácter impulsivo de Gerardo hizo que no fuese así.

Hacía un par de meses que Sandra nos había dejado, yo había ido a la cafetería donde trabajaba Gerardo, pues habíamos quedado que a su salida iríamos al cine. Me encontraba en la barra tomando una cerveza y conversando con él, que se dedicaba a secar unos vasos. En aquel momento un grupo de jóvenes entró en el local y se dirigió hacia una de las mesas del fondo, aunque les dirigí una mirada no vi en ellos nada que me llamara la atención. Sin embargo, Gerardo sí debió verlo porque de repente salió disparado hacia los recién llegados dejándome con la palabra en la boca, a pesar de que él no era el encargado de atender las mesas. Esta reacción de mi amigo hizo que volviera mi atención hacia el grupo y entonces pude ver la causa de la misma; uno de los jóvenes era Sandra, que estaba acompañada por dos chicas y dos chicos más. Sandra debía haber olvidado que Gerardo trabajaba allí o simplemente no le importó encontrarse con él, la casualidad quiso que yo me hallara presente en aquel encuentro.

Gerardo llegó a la mesa y en un tono marcadamente irónico saludó:

- ¡Hola ...! Sandra!

Ella sostuvo su mirada y sin sonreír contestó:

- ¡Hola Gerardo!

Después de unos segundos de tenso silencio Sandra continuó,

- El dinero que os debo os lo pagaré en cuanto pueda, estoy esperando que mis padres me envíen algo.

Gerardo contestó sin levantar la voz, pero con un tono duro.

- El dinero que nos debes te lo puedes meter en tu lindo culo, yo lo único que quería era darme el gusto de decirte que eres una cerda.

Uno de los jóvenes que la acompañaban, un rubio de unos veintidós o veintitrés años, se levantó y dijo:

- ¡Oye chulo! ¿Por qué no te largas a insultar a tu madre?
- Tú no te metas en esto que no sabes de que va la historia - contestó Gerardo, elevando la voz.
- Resulta que sí lo sé y también resulta que Sandra es mayor de edad y puede hacer con su vida lo que le de la gana sin tener que dar explicaciones a un payaso como tú - gritó a su vez el muchacho.

Aquello fue más de lo que Gerardo estaba dispuesto a aguantarle a aquel pimpollo y su puño derecho fue a estrellarse contra el mentón del rubio que salió despedido hacia atrás derribando con gran estrépito una mesa contigua que por fortuna se hallaba desocupada. Las chicas gritaron y el otro joven, un moreno de fuerte complexión, se lanzó contra Gerardo derribando a su vez en su ímpetu, la mesa en que se habían sentado. En cuestión de segundos se había organizado un enorme follón en aquel rincón del bar. Salté de mi asiento y corrí hacia allí con la intención de detener la pelea, pero apenas había llegado al lugar cuando sentí un fuerte golpe en la cabeza, recuerdo que pensé en el rubio antes de perder el conocimiento.

Cuando desperté sentí un fuerte pinchazo en el lugar donde había recibido el golpe, llevé mi mano allí y noté una gran inflamación, al parecer no había sangre. Estaba tendido en el suelo, alguien había colocado un cojín bajo mi cabeza. Me incorporé y cuando logré fijar la visión pude ver al dueño del local hablando con dos policías nacionales, Gerardo se encontraba unos pasos más allá en actitud pensativa, pero tranquila, su pómulo izquierdo presentaba un incipiente moratón. De Sandra y sus amigos no había el menor rastro.

Cuando Gerardo me vio se acercó hasta mí, al parecer la intervención del dueño, interesado en que la cosa no fuese a mayores, impidió que fuésemos a parar a comisaría, sin embargo, una vez más con la policía de por medio, Gerardo había perdido su empleo.

Podría pensarse, por lo relatado, que Gerardo era una persona demasiado violenta y de difícil trato, sin embargo, la realidad no era así, ésta era sólo la parte más negativa de su carácter. Por otro lado, Gerardo poseía cualidades suficientes para hacer de él una persona agradable. Tenía la virtud y él lo sabía, de ejerce cierta influencia en las personas que vivían a su alrededor, era tremendamente simpático, desprendido y altruista la palabra egoísmo no pertenecía a su vocabulario, era de ese tipo de personas que rápidamente captan la confianza y la simpatía de los demás. Conociéndole un poco, se sabía que Gerardo era capaz de arriesgar su vida por cualquiera que lo necesitara y sin duda alguna, de entregarla por un amigo. Durante seis años de convivencia me dio sobradas pruebas de lo que acabo de decir.

Fue durante el servicio militar, Gerardo y yo lo prestamos en un destacamento de carros de combate que se halla situado a unos pocos kilómetros de Valladolid, en un lugar llamado El Pinar de Antequera. El paraje, aunque en otras circunstancias, es realmente bonito, formado por extensos pinares donde los vallisoletanos acuden los fines de semana a pasar un día de campo en contacto con la naturaleza. En una zona de los pinares se hallaban emplazados diversos bares en los que servían, a un precio razonable, sencillos platos combinados: pollo, huevos, salchichas, etc..., todo ello acompañado siempre de patatas fritas y una buena ensalada del tiempo y regado con abundante cerveza. A pesar de su sencillez, estos platos eran

para nosotros pequeños manjares comparados con el rancho diario del destacamento, por lo que siempre que las circunstancias económicas lo permitían, no perdíamos la ocasión de visitar uno de estos locales.

El destacamento estaba formado por dos escuadrones de carros y un escuadrón mecanizado. Había quien decía que aquellos mismos carros, con otros motores y pintados de amarillo, habían sido utilizados por los Estados Unidos en la guerra contra Corea del Norte y yo, por mi parte, estaba dispuesto a creerlo.

Gerardo tenía la graduación de cabo, de cabo tomatero, como allí se les llamaba y su misión en el ejército era la de cabo tirador en uno de los carros. Yo, por mi parte, fui cabo primero y desempeñaba la función de jefe de otro de los carros. La dotación de estos vehículos estaba formada por cuatro hombres: El jefe de carro, normalmente un oficial, suboficial o cabo primero como en mi caso. El cabo tirador, que tenía a su cargo los aparatos de telemetría a través de los cuales se realizaban las mediciones necesarias para el enfoque de los objetivos y un mando para el movimiento de la torreta y del cañón, donde también se hallaba situado el pulsador rojo de disparo. El jefe de carro disponía de un mando similar que anulaba, al ser accionado, al del cabo tirador.

El cargador era un soldado cuya función consistía en colocar los proyectiles en la recámara del cañón y retirar las vainas una vez disparadas, era también el encargado de manejar una ametralladora de pequeño calibre situada a un lado del cañón. Por último se hallaba el conductor que era un soldado e iba situado en otro habitáculo, en una parte más adelantada del carro, su misión, obviamente, era la de conducirlo.

Cada cierto tiempo, el escuadrón montaba en sus carros de combate y marchaba a realizar prácticas de tiro para que los nuevos reemplazos tuvieran la experiencia del disparo con el cañón. En una de esas ocasiones llegamos al campo de tiro, los carros se desplegaron formando un amplio abanico frente al objetivo; unos bidones llenos de arena y pintados de blanco, que se hallaban en una pequeña ladera frente a nosotros, a unos 800 metros de distancia, según unos carros y a unos 1000 según otros, evidentemente allí cada uno medía las distancias como mejor podía o sabía. Las prácticas habían empezado, a través de la radio el capitán me dio la orden de disparar que yo transmití al cabo, a través del interfono, para que el disparo lo efectuara él bajo mi supervisión. Después de unos segundos, el cabo oprimió el botón y efectuó el disparo, en el interior el estruendo fue ensordecedor, el carro dio un brinco y la torreta se llenó de un humo acre e irritante que los extractores tardaron en evacuar más tiempo del que todos hubiéramos deseado. El proyectil fue a estrellarse a unos tres metros por encima de uno de los bidones, no estaba mal del todo.

A nuestra derecha se encontraba el carro de Gerardo, ahora era su turno. Su jefe era un cabo primero que asistía por primera vez a las prácticas, llevaba cuatro meses en el destacamento y se trataba de un muchacho tímido y nervioso que solía tener problemas con los soldados más veteranos, que aprovechaban su débil carácter para colocarlo en situaciones difíciles de las que yo mismo hube de sacarlo en alguna ocasión. Por la radio pude escuchar la orden que le daba el capitán de dispara. No sé como lo hizo, pero lo cierto es que al mismo tiempo de disparar accionó el giro de la torreta con lo que el proyectil salió desviadísimo hacia la derecha, a unos 200 metros de los objetivos, si llega a girar unos grados más se carga al carro que tenía a su lado.

Por la radio se pudo escuchar el exabrupto lanzado por el capitán y la orden de que descendieran inmediatamente del carro el cabo primero y el cabo tirador. Por las escotillas de los demás vehículos, se asomaban las tripulaciones con morbosa curiosidad, algunos oficiales descendieron al suelo y el capitán se dirigió a grandes zancadas hacia los dos cabos que ya se hallaban en tierra.

- ¿Acaso quieres empezar una guerra por tu cuenta? - gritó el capitán dirigiéndose al cabo primero.

La cara del muchacho era todo un poema, parecía que de un momento a otro iba a echarse a llorar, incapaz de decir nada.

Fue entonces cuando Gerardo, saludando militarmente, mintió culpándose de lo ocurrido. Aquello le costó un tortazo y quince días de arresto en el calabozo. Un tiempo después el cabo primero, influido por el alcohol, se disculpaba, entre sollozos, ante Gerardo por su cobardía al permitir que él cargara con sus culpas. Gerardo restó importancia a lo ocurrido y con una palmadita en la espalda, dio por zanjado el asunto.

Hacía unos días que la ciudad sufría una fuerte ola de calor y aquel viernes a las cuatro de la tarde la temperatura era sofocante. Gerardo y yo circulábamos por la Diagonal, rumbo a la Costa Brava, en una motocicleta de gran cilindrada que le había dejado no recuerdo que amigo. Naturalmente conducía él, un semáforo se puso en rojo y Gerardo se detuvo. Al cabo de un minuto el disco lució en verde y la motocicleta arrancó de un fuerte acelerón. A los pocos metros, un coche surgió por nuestra derecha a gran velocidad, aquel desgraciado se había saltado el semáforo y ahora íbamos a estrellarnos.

Gerardo torció violentamente el manillar a lo que la moto respondió dando un brusco bandazo que hizo que yo saliera despedido de mi asiento y fuese a dar con mis huesos en el duro y caliente asfalto, donde quedé medio aturdido. A juzgar por el fuerte chirrido que se oyó, el coche también estaba frenando, al tiempo que giraba intentado esquivar la motocicleta. Aquella maniobra fue demasiado para la estabilidad del vehículo, que impulsado por las fuerzas de inercia salió dando vueltas de campana hasta quedar detenido sobre sus cuatro ruedas. Seguramente aquello salvó a Gerardo del inminente choque y finalmente, gracias a que no llevaba mucha velocidad, logró hacerse con el control de la moto sin mayores consecuencias.

Después de comprobar que yo me encontraba bien, corrió hacia el coche donde ya varias personas intentaban auxiliar a su único ocupante, que había quedado inconsciente en su interior. Sin embargo, la tarea no era fácil pues el hundimiento del techo había atascado las puertas sin que nadie consiguiera abrir ninguna de ellas. En aquel momento y bruscamente, el motor empezó a arder, todos los que se encontraban allí huyeron hacia atrás ante el peligro de una inminente explosión, aquel imprudente iba a morir abrasado en el interior de su vehículo y sin duda así habría ocurrido de no haber estado allí Gerardo, que despreciando olímpicamente el peligro al que se exponía, rompió con su propio casco una de las ventanillas del coche y con grandes esfuerzos consiguió sacar el cuerpo de su interior. Mientras, algunos automovilistas intentaban apagar el fuego con los extintores de sus vehículos, pero lo hacían desde tal distancia, que su eficacia era poco menos que nula. A los dos minutos de haber sacado al hombre, el coche explotó quedando envuelto en una gran llamarada que en pocos minutos lo dejó reducido a un montón de humeante chatarra. Gerardo sufrió quemaduras de menor importancia en ambos brazos, pero, a pesar de todo, no escuché de sus labios el más mínimo reproche en contra del hombre que había estado a punto de matarnos y que finalmente acabó siendo salvado por él.

Había transcurrido una semana desde que llegara la carta y yo seguía inmerso en un mar de dudas. Había vuelto al trabajo en un intento, más o menos inconsciente, de olvidarme del tema, pero lo cierto es que me hallaba lejos de conseguirlo, muy al contrario, un creciente sentimiento de culpabilidad se había apoderado de mí y una fuerte lucha de ideas encontradas se desarrollaba en mi interior.

En unas ocasiones me justificaba pensando que, al fin y al cabo, que a pesar de todo, yo no estaba obligado a acudir a aquella llamada. Seguramente mi amigo exageraba la situación, yo

le conocía bien y sabía de su tendencia a la exageración, además, ¿Qué podría hacer yo por él? ¿De qué manera iba a ayudarlo? Si al menos hubiera sido más explícito en su carta.

En otras, el remordimiento me corroía, todo parecía indicar que el tiempo era de vital importancia y allí estaba yo perdiéndolo con mi perenne indecisión. Por otro lado, yo tenía la total seguridad de que, de haber sido al contrario, Gerardo no habría dudado un momento en acudir en mi ayuda, aunque hubiese sido al fin del mundo. Después de todo yo no tenía ninguna atadura que me impidiera marchar de España, permanecía aún soltero y ni si quiera tenía un compromiso formal, a pesar de mis 32 años. Es cierto que perdería mi empleo, que tan bien me estaba funcionando, pero los cinco millones eran un justo pago a ese detalle.

Me fijé un plazo, era jueves, antes del lunes tendría que haber tomado una decisión. Sin embargo, no iba a ser necesario cumplirlo, al día siguiente iba a tener un encuentro que me influiría decisivamente.

Había tomado el metro a la salida del trabajo, al otro lado del coche distinguí fugazmente una cara que me resultó familiar, volví a mirar y entonces la reconocí: era Sandra.

Estaba algo cambiada, ahora llevaba el pelo corto, había engordado un poco y se le veía más madura, sin embargo, conservaba aquella cara angelical, blanca y tersa como la porcelana.

Mi primera reacción fue la de simular que no la había visto, al fin y al cabo, no habría sabido que decirle, no la veía desde aquella pelea en el bar y aquel no fue, precisamente, un encuentro agradable. Sin embargo, fue ella la que decididamente se acercó hasta mí y me saludó.

- ¡Hola Juan! - dijo sonriente.
- ¡Sandra! - fingí sorpresa - ¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida?
- Pues ya ves, al final me he quedado en Barcelona.
- ¿Terminaste tus estudios?
- Desgraciadamente no. Me casé ..., con aquel chico; el del bar.
- ¿Aquel rubio? - mi mano se dirigió instintivamente a la parte posterior de mi cabeza.
- Sí, con aquel. Siento mucho lo que ocurrió, él también estuvo muy arrepentido por haberte golpeado.
- ¡Vaya, gracias!, es un consuelo saberlo.

Bajamos en la misma estación y la invité a tomar algo, invitación que ella aceptó. Nos sentamos en una terraza, yo pedí una cerveza y ella un té con limón. A los pocos minutos de conversación Sandra me preguntó por Gerardo.

- ¿Y Gerardo?, ¿Cómo está?, no lo veo desde aquella noche en la discoteca.
- ¿Discoteca? ¿Qué discoteca? - pregunté asombrado.
- Yo creía que Gerardo no la veía desde el mismo día que yo, o sea desde aquella pelea en el bar. Evidentemente había algo que yo desconocía.
- ¿Es que Gerardo no te lo contó? - se asombró a su vez Sandra.
- Pues no, no sé nada de eso.

Sandra me relató aquel encuentro que al parecer había cambiado la relación existente entre ambos hasta entonces.

Recordaba aquel día, por aquellas fechas yo aún me dedicaba a la reparación, por mi cuenta, de pequeños aparatos eléctricos. Era sábado y yo tenía que quedarme en casa reparando un tocadiscos que me había comprometido a entregar al lunes siguiente. Gerardo me dijo que él iba a salir a dar una vuelta y así lo hizo. Cuando regresó yo ya dormía y nunca me explicó nada de lo que entonces Sandra me estaba relatando.

Ésta y su entonces novio, habían acudido a una de las innumerables discotecas que hay en Barcelona a pasar la velada del sábado. Al poco tiempo de haber entrado en el local, empezaron a tener problemas con un par de chulos, de los muchos que abundan en estos lugares, que, a pesar de la presencia del novio, se decidieron a meterse con Sandra, importunándola con sus frases estúpidas y con algún empujón que otro. Carlos, que así se llamaba el novio, cansado de ellos y para evitar males mayores, si dirigió a los agentes de seguridad de la discoteca que, tras hacerse cargo de la situación, pusieron a los dos chulos de patitas en la calle entre un mar de protestas y amenazas.

El resto de la noche transcurrió sin ningún otro incidente, tan sólo en una ocasión en que Sandra acudió a la barra a recoger unas bebidas, pudo comprobar que a escasos metros de ella se encontraba Gerardo. Sus miradas se cruzaron a un instante, pero ninguno de ellos hizo el más leve gesto de haberse reconocido, ignorándose mutuamente.

Antes de que el baile terminara, Carlos y Sandra decidieron marcharse. Salieron de la discoteca y torcieron por una calle adyacente en dirección al aparcamiento donde habían dejado su vehículo. A aquella hora la calle permanecía desierta, habían recorrido unos pocos metros cuando ante ellos aparecieron los dos sujetos que habían estado molestándoles en el interior de la discoteca. Al parecer, aquellos elementos tenían mal perder y ahora pretendían desquitarse de la humillante expulsión que habían sufrido.

- ¡Mira quién tenemos aquí!, la parejita feliz - dijo irónicamente uno de ellos.
- Sí, y seguro que se lo han pasado muy bien dentro - contestó el otro en el mismo tono.
- Claro y a nosotros nos han echado por su culpa, después de haber pagado la entrada.
- Si dejarais en paz a los demás, no os pasaría eso - dijo Carlos tensamente.
- ¡Vaya hombre!, si nos ha salido respondón el chico.

Uno de ellos, el más alto, extrajo de su bolsillo una navaja automática y disparó la hoja. Sandra ahogó un grito.

- ¿Qué te parece si te corto una oreja? - Ahora el tono empleado no era irónico, sino duro.

Carlos tensó todo su cuerpo dispuesto a una lucha que parecía inevitable, cuando a su espalda se oyó una voz de hombre no menos dura.

- Ese cacharro que tienes en la mano te lo vas a tragar enterito si saco el juguetito que llevo en la sobaquera - dijo el recién llegado metiendo la mano en su chaqueta a la altura del pecho.

La valentía no era precisamente una de las escasas cualidades de aquel par de chulos que viendo que la cosa se había igualado y ante la posibilidad de aquel fulano fuese un policía de paisano, decidieron, tras dudar unos instantes, batirse en una discreta retirada.

- ¡Bueno hombre!, ¡Tranquilo!, sólo era una broma - dijo el alto guardando la navaja.
- Con vosotros ya hablaremos otro día - añadió dirigiéndose a la pareja.

Después de esto, desaparecieron tan rápidamente como habían aparecido. La jugada le había salido bien a aquel desconocido que no era otro que Gerardo y que en su sobaquera lo único que tenía era su propio sobaco. Cuando los chulos hubieron desaparecido, Gerardo, sin decir palabra, dio media vuelta dispuesto a marcharse, pero Sandra se lo impidió y abrazándole suavemente le dio las gracias. Toda su coraza de dureza y frialdad se derritió

como el hielo y a los pocos minutos su relación con Sandra e incluso con Carlos volvía a ser tan amistosa como en los primeros días, después de nuestro encuentro en las Ramblas.

Esta fue la historia que Sandra me relató, ignoro por que Gerardo no me lo explicó nunca, aunque conociéndole tampoco es una cosa que pueda extrañar demasiado en él.

En correspondencia a su relato, expliqué a Sandra que Gerardo se había marchado de Barcelona hacía cinco años, que al principio me envió algunas cartas, pero que después dejó de escribir. Las últimas que yo le mandé me fueron devueltas por no haber sido encontrado el destinatario. Finalmente le expliqué el asunto de la última misiva que había recibido.

Sandra permaneció muy afectada por lo que acababa de contarle y termino rogándome que acudiera en su ayuda, llegó a ofrecerme dinero, pero yo le expliqué que eso no iba a ser problema. Al cabo de una hora ella tuvo que marcharse, me dio su número de teléfono y me pidió que nos mantuviéramos en contacto. Yo pedí otra cerveza y me quedé solo con mis pensamientos, la conversación con Sandra me trajo el recuerdo del momento en que Gerardo y yo nos despedimos en la estación de ferrocarril de Valencia.

Todo empezó en un mes de febrero, cuando Gerardo me comunicó sus intenciones de acudir a las Fallas.

- De este año no pasa Juan, nos tomamos unos días y nos vamos a las Fallas, verás lo que son unas fiestas de verdad.
- Te recuerdo que nuestra situación económica no es precisamente muy boyante en estos momentos.
- ¡Bah! Por eso no te preocupes yo conseguiré dinero, además en Valencia tengo mis amistades, la estancia allí no nos va a costar un duro.

Efectivamente aquel año fuimos a las Fallas. Antes de salir Gerardo se puso en contacto con un viejo amigo suyo que habría de facilitarnos el alojamiento mientras permaneciésemos allí.

El tren llegó a la estación de Valencia y se detuvo en el andén principal. Entre los que esperaban, Gerardo reconoció a su amigo Roberto, descendimos del coche y nos dirigimos hacia él. Se saludaron efusivamente y Gerardo hizo las presentaciones, se les veía muy contentos por el encuentro y durante unos minutos estuvieron bromeando, Roberto sobre la larga ausencia de Gerardo y éste sobre el nuevo estado civil de su amigo que hacía un año se había casado con una amiga común. Después, montamos en el automóvil de Roberto y partimos hacia su casa.

Por la manera en que su mujer y Gerardo se saludaron deduje que entre ellos debió existir una fuerte amistad. Una vez instalados hicimos los honores a la comida que ya estaba preparada. Después de comer Gerardo me pidió que le acompañara a visitar a sus padres, había querido darles una sorpresa y éstos no sabían aún que su hijo se encontraba en Valencia. Tomamos un autobús que nos llevó hasta un barrio obrero. Entramos en uno de los bloques de pisos y subimos a la tercera planta, Gerardo hizo sonar el timbre. Nos abrió la puerta una mujer de pequeña estatura y algo entrada en carnes, que, tras unos instantes de sorpresa, reaccionó lanzándose a los brazos de Gerardo con lágrimas en los ojos, mientras gritaba en valenciano:

- *¡Pare el chiquet!, ¡Ha vingut el chiquet!*

Por la puerta, situada a sus espaldas, apareció un hombre de unos cincuenta y cinco años, al verlo imaginé que Gerardo sería así al cabo de otros veinticinco, poco conocía entonces yo su destino. Padre e hijo se fundieron en un abrazo, no en vano llevaban siete años sin verse.

Entramos en el piso, la madre, entre lloros, se quejaba del mucho tiempo transcurrido sin la presencia del hijo. Pasados los primeros momentos de emoción Gerardo me presentó como el amigo de Barcelona del que les había hablado en sus escasas cartas y en sus, más escasas aún, llamadas telefónicas.

Gerardo les explicó que habíamos venido a pasar las fiestas de las Fallas y que luego volveríamos a Barcelona, las caras de los padres reflejaron su decepción, sin duda habían abrigado la esperanza de que su hijo viniera para quedarse.

- Os prepararé tu habitación, la tía Enriqueta tiene una cama plegable, se la pediré para tu amigo - dijo la madre.
- No mamá, no nos quedaremos aquí, te conozco y no quiero que cada noche estés despierta esperando a que yo llegue - contestó Gerardo.
- ¡*Pero fillet!* - protestó la madre - no vas a irte a una pensión teniendo aquí tu casa.
- No, no iremos a una pensión, nos hemos instalado en casa de Roberto. ¿Le recuerdas?
- Está bien, como quieras, pero vendrás a vernos todos los días ¿verdad?
- Si madre, vendré todos los días, mañana mismo puedes preparar una de tus paellas, para que Juan sepa lo que es una paella valenciana de verdad.
- ¿Sabes que Ana me pregunta por ti cada vez que nos encontramos? - dijo la madre dando un giro a la conversación.
- ¿A sí? ¿Y qué tal está? - preguntó Gerardo con interés.
- No la reconocerías, está hecha toda una mujer y muy guapa, hace dos años, fue la fallera mayor del barrio.

Más tarde, al preguntarle, Gerardo me dijo que la tal Ana había sido una especie de novia que tuvo antes de marchar al servicio militar. Quiso darme a entender que aquello tuvo más importancia para los demás que para él, pero yo pude observar que aquella alusión de su madre despertó en Gerardo sentimientos dormidos por la distancia y el tiempo. Presentí que ella haría todo lo posible para que aquellos sentimientos tomaran de nuevo la fuerza que habían tenido o más.

Pasamos toda la tarde charlando. El padre de Gerardo era un hombre rudo y sencillo, acostumbrado al trabajo. Era conocido en el barrio como el mariné, en parte por su padre, que fue pescador y en parte por su conocido amor a todo lo relacionado con el mar. Aquel hombre era un marino frustrado que se dedicaba a abrir zanjas y desmontar terrenos con su máquina excavadora, a la que había bautizado con el nombre de “La Patrona”, como si de una embarcación de pesca se tratase. Toda la casa estaba llena de motivos marinos: acuarelas con bellas estampas de suaves colores, utensilios y artes de pesca a escala o a tamaño natural, miniaturas de diversos tipos de embarcaciones y toda clase de libros sobre el mar y su mundo. Mi presencia en la casa me dio la oportunidad de evocar viejas historias que su mujer y su hijo habían escuchado en decenas de ocasiones. Recordaba los veranos de su niñez, cuando las clases habían terminado y su padre consentía entonces en llevarlo con él a las faenas de la pesca. Aquellos fueron los años más felices de su vida, a los ocho ya había decidido que sería patrón de un barco; pero no de una pequeña embarcación de pesca como su padre, sino de uno de aquellos enormes buques mercantes que traían el trigo o el azúcar de América o tal vez de uno de aquellos aplastados petroleros que atracaban en el puerto con sus panzas llenas del preciado oro negro, traído de extraños países de Oriente de los que viejos marinos, contaban fantásticas historias.

Sin embargo, todos aquellos sueños infantiles se vieron truncados cuando la necesidad hizo a su padre abandonar el mar e instalarse en la ciudad, al amparo de un salario pequeño, pero seguro. Desde entonces, aquel muchacho vivió en el interior, pero de cara al mar. Decía

que cuando se jubilase vendría la máquina y se compraría algún pequeño bote con el que pasaría los días pescando y navegando por las aguas del golfo.

Al día siguiente, confirmando mis sospechas, nos esperaba una sorpresa en casa de doña Carmen; la madre de Gerardo. Cuando entrábamos ésta detuvo a su hijo y le dijo:

- Oye Gerardo ... Ana está aquí, la encontré esta mañana en el mercado y como pensé que te gustaría verla la he invitado a comer.

Yo dudé de que aquel encuentro hubiera sido realmente casual, tal como ella decía. Entramos en el comedor, Ana estaba sentada en el sofá jugueteando con sus dedos, al vernos se levantó, parecía realmente nerviosa.

Por primera vez pude ver a Gerardo indeciso ante una situación, él, siempre tan seguro de si mismo, permanecía ahora de pie, sin saber que hacer ni que decir, la sorpresa le había dejado sin recursos. Por fin fue ella la que se acercó.

- ¡Hola Gerardo! ¡Cuánto tiempo sin verte! - le saludó a la vez que le besaba en la mejilla.
- ¡Hola Ana! Estás muy guapa, mira, te presento a Juan, vivimos juntos en Barcelona.

Ana me saludó fríamente, supongo que para ella yo era poco menos que un enemigo. A partir de aquel momento Ana se colgó del brazo de Gerardo dispuesta a no dejarlo escapar otra vez.

Las Fallas son realmente unas fiestas distintas a todo lo que yo había visto hasta entonces. La ciudad entera participa en su preparación, la rivalidad entre las distintas fallas era patente en sus calles. Gerardo y yo, acompañados casi siempre por Ana, estuvimos colaborando con Roberto que pertenecía a una de las comisiones encargadas de la construcción de aquellos impresionantes monumentos de cartón piedra. Durante aquellos días pude comprobar que a Gerardo no le faltaban las amistades en Valencia y aunque él dedicaba la mayor parte del tiempo a Ana, yo nunca me sentí solo y disfruté siempre de compañía, muy agradable, todo hay que decirlo, en algunas ocasiones.

Por fin llegó el gran día de las fiestas, el día de la *cremá*. El día de S. José a medianoche Valencia entera pareció arder por los cuatro costados, el culto al fuego y a la pólvora se extendió por toda la ciudad. Recuerdo aquella noche como una de las más alegres y divertidas de mi vida.

Al día siguiente nos levantamos muy tarde, en la primera ocasión que tuve le dije a Gerardo que debíamos fijar el momento de nuestra vuelta a Barcelona. Me pidió quedarnos un par de días más, que tenía que despedirse de todo el mundo y que nos vendría bien descansar un poco del ajetreo de la última semana, en la que realmente habíamos dormido muy poco. Yo accedí a regañadientes. Durante ese tiempo apenas vi a Gerardo que parecía pensar en cualquier cosa menos en el regreso. Transcurrido el plazo lo abordé nuevamente, intentó dar largas al asunto, pero esta vez no transigí. Como viera que mi postura era firme, Gerardo no tuvo más remedio que comunicarme la decisión que había tomado hacía algunos días.

- No vuelvo a Barcelona, Juan. Ana me ha pedido que me quede ..., que vivamos juntos y yo le he dicho que sí.
- ¡Vaya, esto sí que es una sorpresa! - contesté, aunque la verdad es que yo ya sospechaba algo así.
- Quédate tú también - dijo - Valencia es una ciudad grande, encontrarás trabajo y además he observado que te llevas muy bien con alguna de mis amigas.
- Lo siento Gerardo, pero no puedo hacerlo, compréndeme, yo siempre he vivido en Cataluña, aquello lo conozco, allí sé desenvolverme. Ya me conoces soy una persona de

raíces, me costaría mucho hacerme a esto. Además, están mis padres ... no, no puedo quedarme.

- Está bien - aceptó - Y ¿Cuándo piensas irte?
- No hay motivo para alargarlo más, mañana mismo saldré para Barcelona.

A la mañana siguiente Gerardo y yo nos despedíamos en la estación de Valencia, en la cara de Ana había una expresión de triunfo, poco sabía entonces que su triunfo sería efímero. Al año de nuestra despedida dejé de tener noticias tuyas, mis cartas eran devueltas y yo no recordaba la dirección de tus padres. Mil veces pensé en ir a Valencia, pero nunca lo hice y así fueron pasando los años hasta que recibí tu última carta.

Estaba anocheciendo, pagué mi consumición y me fui a casa. Al salir de aquella terraza ya había tomado una decisión: lo dejaría todo y acudiría a la llamada de mi amigo Gerardo.

CAPITULO II

Me encontraba realmente emocionado, hacía pocos minutos que había tomado la decisión y la ida ya se había instalado en mi interior haciéndome ver las cosas de otra manera. Debo reconocer que, una vez dado el primer paso, me sentía muy bien conmigo mismo y muy ilusionado con emprender lo que para mí era sin duda una aventura, que el desarrollo de los acontecimientos se encargaría de complicar. Aunque, como he dicho anteriormente, yo soy una persona de costumbres, también tengo mi vena aventurera y en aquellos momentos la tenía totalmente despierta.

Llegué a casa, dejé la bolsa y me asomé a una ventana que se abría a la plaza. Había empezado a llover y me quedé allí escuchando el ruido de miles de gotas de agua al romperse contra el suelo. Cuando llueve las calles están más silenciosas, los sonidos se amortiguan y aparecen como en otra dimensión. Dejar la mente en blanco y concentrarse en el suave murmullo de la lluvia, es una sensación muy placentera al alcance de casi todos. Sin embargo, tener la mente en blanco era un lujo que yo no podía permitirme en aquellos momentos y rápidamente, a pesar de mi concentración, los pensamientos empezaron a agolparse en mi cerebro.

Me encontraba un poco perdido, debía preparar el viaje lo antes posible y no sabía muy bien por donde empezar. Había varios temas que debería solucionar. El trabajo era uno de ellos, tendría que despedirme sin esperar al plazo marcado por la ley, eso no le iba a gustar mucho a mi jefe; pero entre nosotros existía la suficiente amistad como para que éste comprendiera mi situación y aceptara mi decisión, al menos así lo esperaba yo. Luego tenía que resolver el tema del vuelo, porque no habría más remedio que tomar el avión. Yo jamás había volado hasta entonces y debo reconocer que la idea no me atraía mucho precisamente. Cuando me enteré que el vuelo duraba más de doce horas estuve a punto de cambiar de idea; pero finalmente compré mi billete.

También debía despedirme de mis padres, no estaba muy seguro de si contarles la verdadera historia o inventarme una que tuviera menos interrogantes. Finalmente decidí mentirles y hacerles creer que mi viaje se debía a motivos profesionales. Yo, últimamente, me había especializado, en mi nueva empresa, en la reparación y montaje de cadenas de autómatas y frecuentemente realizaba viajes fuera de Barcelona que en ocasiones duraban semanas. Les diría que me iba a la Argentina para el montaje de una de esas cadenas, creí que así quedarían más tranquilos que con la verdadera razón.

Al día siguiente empezaría a trabajar en el asunto, lo primero que haría sería ir a visitar a Luis; mi jefe.

A las diez de la mañana llamé a la puerta de su lujosa casa en el barrio de Pedralbes. Me abrió el propio Luis todavía en batín.

- ¡Hola Juan!, ¿Qué haces por aquí a estas horas?, ¿Ocurre algo? - dijo intranquilo.
- ¡Hola Luis! - contesté - pues sí, pasa algo, me temo que voy a hacerte una faena.
- ¿Una faena? ..., pero pasa hablaremos dentro.

Nos sentamos y ante la mirada interrogante de Luis, inicié mi explicación.

- ¿Te acuerdas de aquel amigo mío; Gerardo, del que te he hablado en algunas ocasiones?
- Sí, lo recuerdo, ¿Por qué?

Como respuesta a su pregunta le entregué la carta de Gerardo que había llevado conmigo. Luis se tomó el tiempo suficiente para leerla y cuando hubo terminado me miró y dijo:

- Y tú has decidido ir.
- Sí, he tomado esa decisión - dije sin mirarle.
- Pues tienes razón, es una faena - dijo levantándose de su asiento - El lunes debíamos empezar el montaje del Prat. ¿Dónde consigo yo ahora un técnico con tu experiencia?
- Lo sé Luis y créeme que lamento mucho crearte problemas, pero no hay más remedio, no puedo esperar.
- ¡Está bien!, lo comprendo - dijo volviendo a sentarse - Ya me las arreglaré, pásate el lunes al mediodía por la oficina, ya tendrás lista la liquidación. ¿Supongo que no sabrás cuánto tiempo estarás fuera?
- No, no lo sé. Como has podido ver la carta no es muy explícita. No tengo ni idea de que es lo que tendré que hacer allí ni cuanto tiempo me llevará hacerlo.
- ¡Bueno!, cuando vuelvas ponte en contacto conmigo, tal vez aún pueda hacer algo por ti.
- ¡Gracias Luis! Te estoy muy agradecido por todo y espero que las cosas te sigan marchando bien - dije a modo de despedida.
- Yo también te deseo suerte.

Mientras, nos habíamos ido acercando a la puerta, allí nos dimos un apretón de manos y salí de la casa. Todavía era temprano, busqué en mi agenda el número de teléfono de Sandra y la llamé desde una cabina para darle a conocer mi decisión. Me invitó a comer para que pudiéramos hablar y acepté. Me quedaban un par de horas y decidí pasar por el banco, necesitaría dinero para el billete de avión y algunos fondos para el viaje. Allí tendría dinero de sobras, si todo iba bien, pero debería ir preparado por si algo fallaba y tenía que pagarme el viaje de regreso.

A la hora acordada llegué a la casa de Sandra y Carlos, en el barrio de Bellvitge. Tomé el ascensor y subí a la octava planta. Me abrió la puerta Sandra que me saludó con un beso en la mejilla, invitándome a pasar al interior.

Carlos no estaba en casa, trabajaba en un banco y todavía no había regresado, no tardaría mucho. Me senté en el sofá mientras Sandra me preparaba una bebida. Sobre una mesilla había algunos libros de economía que, según me explicó ella, pertenecían a Carlos que estaba realizando, como mejor podía, el último curso de Económicas.

A los diez o quince minutos de mi llegada se presentó Carlos. Sandra debía haberle avisado de mi vista pues no se sorprendió al verme. Después de besar a su mujer, se dirigió hacia mí con la mano extendida.

- ¡Hola Juan! Ante todo, quiero pedirte disculpas por aquel golpe que te di, creo que perdí los estribos. Ya se lo dije a Gerardo; pero según me ha dicho Sandra, él nunca te lo dijo.
- Bueno, por eso no te preocupes aquello ya está olvidado.

La mesa ya estaba dispuesta, así que nos sentamos a comer. Sandra había preparado canalones y ternera con *rovellons*; los canalones no son mi especialidad, pero recuerdo que con la ternera disfruté de lo lindo. Durante la comida no tocamos el tema de Gerardo, hablamos un poco de todo: de nuestras vidas, del trabajo, de los estudios y finalmente acabamos hablando de política.

- Mira Juan - disertaba Carlos - la única manera de que un país funcione es la iniciativa privada, si unos cuantos empresarios no toman las riendas, no existe un desarrollo económico que ofrezca empleo y recursos para todos.

- Bueno, eso es así desde un punto de vista capitalista. Yo también creo que las sociedades deben ser gobernadas, dirigidas e incluso controladas. Siempre serán unos pocos los que gobiernen a la mayoría. En lo que ya no creo es en un sistema basado únicamente en la rentabilidad; una cosa es buena si es rentable y si no, no lo es. Los países capitalistas están hablando constantemente de la libertad del individuo y de los derechos humanos; pero lo cierto es que en estos países las personas, el pueblo, como se suele decir, es algo secundario, lo principal y más importante es que las empresas sean rentables o sea que sus dueños ganen mucho dinero. Y la política de los gobiernos va dirigida, fundamentalmente, hacia ese fin, en lugar de ir dirigida a buscar el bienestar de la mayoría, en especial el de las clases sociales más necesitadas.
- Precisamente eso quiero decir - replicó Carlos - El mejor sistema para conseguir el bienestar común es crear las condiciones necesarias para que la empresa privada pueda funcionar con garantías de éxito.
- ¡Claro! Y esas condiciones son: Un mercado laboral lo más flexible posible con contratos de corta duración, de manera que el patrón pueda exigir el máximo al trabajador entregándole a cambio el mínimo. Regulación de plantillas, ayudas oficiales y una ley fiscal que cargue las tintas en las rentas de los asalariados.

A pesar de nuestras posturas tan distanciadas, en lo que a política se refiere, la discusión no subió nunca de tono. Una vez terminada la comida y retirados los cubiertos, cosa que hicimos entre los tres, nos sentamos en el sofá ante una taza de humeante café, té con limón en el caso de Sandra.

Ahora fue ella la que habló para decir:

- ¿Así que por fin te has decidido?
- Sí, después de darle muchas vueltas he llegado a la conclusión de que cuando Gerardo me ha enviado esta carta - contesté mientras la extraía de uno de mis bolsillos - es porque realmente le ocurre algo grave.
- ¿Puedo leerla? - preguntó Sandra señalándola.
- ¡Claro! Para eso la he traído.

Se la entregué y ella se levantó dirigiéndose hacia un cajón de donde sacó unas gafas que se colocó. No sabía que las usara, pero debo decir que a su rostro le sentaban maravillosamente. Luego se sentó a mi lado y empezó a leer en voz alta.

Querido Juan:

Sé que esta carta te va a sorprender después de cinco años sin noticias mías, espero que tú que me conoces sepas perdonarme.

Si ahora te escribo es porque me encuentro en una situación desesperada. Durante este tiempo mi vida ha dado muchas vueltas, hasta llegar a la situación en la que me encuentro ahora.

Juan, no tengo tiempo de explicártelo todo, pero te pido que vengas a ayudarme, no tengo a nadie, eres mi única esperanza, sin tu ayuda estoy perdido.

Te envío un cheque por cinco millones, cuando llegues a Buenos Aires podrás cobrarlo. Estoy seguro de que cuando lo hagas no te volverás a España con el dinero.

Junto con él recibirás instrucciones, debo actuar con cuidado sino podría precipitar los acontecimientos.

¡Hasta pronto Juan! Te quiere tu amigo:

Gerardo Montes

Sandra me devolvió la carta y dijo:

- No me extraña que te haya costado decidirte, esta carta es realmente misteriosa.
- ¿Por qué crees que no ha podido explicártelo todo en ella? - continuó.
- No lo sé, parece como si estuviera vigilado o prisionero ..., realmente no sé que pensar.
- ¿Crees que haya podido meterse en asuntos políticos y lo tengan detenido? - preguntó Carlos.
- No, no lo creo. En primer lugar, Gerardo no es de esa clase de personas y en segundo, no creo que en ese caso hubiera tenido la oportunidad de enviarme la carta.
- Sí, tienes razón - concluyó Sandra.

Durante un rato estuvimos haciendo conjeturas sobre cual podía ser la situación de Gerardo. A medida tarde comuniqué mi intención de acudir al aeropuerto del Prat, para informarme sobre el vuelo a Buenos Aires. Carlos y Sandra se ofrecieron a acompañarme. Fuimos en mi coche, que por cierto también debería ocuparme de venderlo, no sabía cuanto tiempo iba a estar fuera y no era cuestión de dejarlo en un garaje: la factura podría costarme más que el propio coche.

En el aeropuerto nos informaron de que no había vuelo directo desde Barcelona; debería ir a Madrid y desde allí volaría a la capital Argentina haciendo escala en las islas Canarias.

El próximo jueves había un vuelo a las 9 horas, decidí que la tomaría, para ello el miércoles viajaría a Madrid. Hice la reserva para ambos vuelos. Por un momento pensé en ir a Madrid con el coche y luego venderlo allí al primer concesionario que encontrara; pero al instante cambié de idea y decidí que, después de todo lo que me esperaba, no vendría de un vuelo más o menos.

Aquella noche dormí mal; soñé con el viaje y con Gerardo:

Me encontraba en el avión rumbo a Buenos Aires, de pronto, me di cuenta de que estaba solo, no había ningún otro pasajero. Me levanté y fui revisando la doble fila de asientos, no había nadie. El silencio era total, ni si quiera se oía el zumbido de los motores y sin embargo estábamos volando. Sentí miedo y me dirigí hacia la cabina. La puerta estaba abierta y entré, había un sólo piloto, vestido con ropa de calle, hice ruido y entonces se volvió. El corazón me dio un vuelco porque el piloto era Gerardo.

- ¡Gerardo! ¿Qué haces tú aquí? - pregunté acercándome.
- Se confunde usted, yo no soy Gerardo - contestó.
- Pero ... ¡Vamos déjate de bromas! El avión está vacío.
- Le repito que no soy Gerardo y salga de aquí, usted no está autorizado.

El piloto desentendiéndose de mí volvió a su trabajo, yo, desconcertado, salí de la cabina. Al cruzar la puerta se hizo el sonido, ahora podía escuchar perfectamente el zumbido del avión y también el murmullo de muchas personas hablando. El avión estaba ahora lleno, los pasajeros se dieron cuenta de mi presencia y cesaron las conversaciones, todas las miradas se dirigieron hacia mí. Había hombres y mujeres vestidos con distintas indumentarias, pero todos tenían la misma cara, todos tenían la cara de Gerardo. Uno de ellos se levantó y gritón extendiendo los brazos hacia mí:

- ¡Juan, ayúdame!
- Al instante, los demás, empezaron a imitarle y pronto el griterío se hizo insoportable, todos gritaban lo mismo.
- ¡Juan, ayúdame!
- ¡Juan, ayúdame!

Me sentí presa del pánico y empecé a correr por el pasillo central, decenas de manos intentaban sujetarme, pero yo seguía corriendo, aunque no lograba ver el final. Finalmente caí agotado y en el mismo instante sentí como todos los Gerardo del avión se echaban sobre mí.

En ese momento desperté, el corazón me latía con fuerza y sentí sobre el cuerpo la humedad de mi propio sudor. Miré el reloj, eran las seis de la mañana y decidí levantarme.

Aquel domingo tenía pensado ir a despedirme de mis padres, así que después de tomar una ducha y desayunar, monté en el coche y emprendí la marcha. Debía recorrer unos 80 kilómetros antes de llegar al pueblo.

A la entrada de Suria se encuentran las minas de potasa, que daban empleo a una buena parte de sus habitantes.

Cuando tenía unos diez años, durante un tiempo, nos dedicamos a entrar en la mina los días de fiesta (en aquellos tiempos no se trabajaba los días festivos). Jugábamos a que éramos exploradores y encontrábamos una mina de oro abandonada. La mina tenía un vigilante, un hombre mayor que en cierta ocasión sufrió un accidente en uno de los pozos, a resultas del cual perdió un brazo, por eso era conocido en el pueblo con el apodo del manco. Nosotros conocíamos perfectamente sus costumbres, así que no nos costaba demasiado burlar su vigilancia. Una vez dentro no podía oírnos desde su barraca.

Los días que teníamos exploración nos levantábamos temprano, yo les decía a mis padres que iba a jugar un partido de fútbol, que realmente jugábamos, pero después de la incursión en la mina. A las nueve ya estábamos en la entrada, a esa hora el manco estaba almorzando. Uno de nosotros se acercaba a su barraca por la parte posterior y comprobaba a través de una ventana que el viejo estuviera comiendo, desde allí, nos hacía la señal convenida para que los demás entráramos agachados, hasta dejar atrás la barraca. Invariablemente nos dirigíamos hacia las montañas de sal listas para su transporte y empezábamos a cavar con unas pequeñas y rudimentarias palas construidas por nosotros mismos con trozos de madera. Buscábamos pequeños trozos de mineral cristalizado que para nosotros representaban pepitas de oro. El que más “oro” encontraba era nombrado jefe de la próxima exploración.

En una ocasión algo salió mal. Un ingeniero y un par de mecánicos, que se encontraban en la mina reparando una máquina, nos sorprendieron en plena excavación. Algunos lograron salir por piernas; pero cuatro de nosotros, entre los que me encontraba yo, fuimos atrapados y conducidos a la barraca del vigilante. Mientras el ingeniero se quedó con nosotros, el manco se fue hacia el pueblo, montado en su bicicleta, para avisar a nuestros padres que vinieran a recogerlos. Recuerdo que el mío se enfadó mucho por aquello. Desde aquel día se acabaron las exploraciones.

Con mis padres no hubo problema, se creyeron la historia que les conté. Ellos estaban muy contentos desde que había conseguido aquel empleo seguro y aunque el viaje les pareció demasiado largo, aceptaron que debía hacerlo, si así me lo había pedido la empresa. Mi madre sugirió que me acompañarían a despedirme al aeropuerto, pero conseguí convencerla de que no era necesario y le prometí que la telefonaría antes de irme y en cuento llegara a la Argentina.

Siempre que visitaba el pueblo iba a ver a José María; un viejo amigo de las exploraciones en la mina. Solíamos ir a tomar el aperitivo y a veces, si se daba la ocasión, íbamos a ver jugar al equipo de fútbol del pueblo, del que él era un acérrimo seguidor. Así que en aquella ocasión, con mayor motivo, me dirigí a su casa con el ánimo de explicarle mi próxima aventura, teníamos una gran confianza y podía estar seguro de su discreción.

En su casa no me contestó nadie, así que me dirigí a casa de sus padres por si estaba allí o sabían donde podía encontrarlo.

Llamé a la puerta varias veces sin que nadie me contestara, iba a marcharme cuando la puerta se abrió. En el umbral estaba Susana que era la hermana menor de José María, aunque ya contaba con 30 años. Iba envuelta en un albornoz de baño blanco y llevaba una toalla enroscada en la cabeza. Su aspecto, vestida así, me turbó y creo que le dirigí una mirada algo descarada, sin embargo, ella me sonrió pícaramente y me saludó.

- ¡Hola Juan! ¿Cómo estás?
- No tan bien como tú, pero voy tirando - dije con segundas intenciones.
- ¡Anda descarado, entra! - dijo riendo.
- Perdona si te he interrumpido. ¿Te estabas bañando?
- No te preocupes, ya terminaba cuando has llamado, por eso he tardado tanto en abrir.

Susana y yo habíamos sido novios, claro que eso fue cuando yo tenía diecisiete años y ella quince. La relación terminó cuando me fui a Barcelona para continuar mis estudios, aunque al final en lugar de seguir la carrera me fui al servicio militar, donde, como ya es sabido, conocí a Gerardo. No habíamos peleado, simplemente la distancia hizo que la relación terminara por si sola. Su hermano siempre me decía que a poco que yo quisiera volvería a tenerla, pero yo, aunque Susana me gustaba bastante, me resistía a iniciar una relación formal que acabaría inevitablemente en matrimonio.

Cuando hubo cerrado la puerta preguntó:

- ¿Buscas a José María?
- Sí.
- Pues no está. Ha ido a Barcelona con mis padres; han operado a una tía mía y los ha llevado a verla.
- ¡Vaya hombre!, a lo mejor nos hemos cruzado en la carretera. En ese caso será mejor que me vaya.
- ¡No!, quédate a tomar algo - se apresuró a decir Susana.
- Yo dudé un instante; pero finalmente acepté la invitación. La verdad es que me atraía la idea de estar a solas con ella.
- ¿Un Martini? - preguntó.
- No, si tienes, prefiero una cerveza fría.

Susana me trajo la cerveza, se sirvió un Martini, puso un disco de Simón y Garfunkel en el tocadiscos y se sentó frente a mí. El albornoz se entreabrió dejando al descubierto unas piernas suaves y bien formadas. No pude evitar pensar que tal vez aquella era la única prenda que llevaba encima, puesto que ya se había quitado la toalla de la cabeza dejando libre su pelo, largo y rizado. Creo que Susana leyó mi pensamiento, pero no hizo nada por cubrirse, se limitó a cruzar las piernas con lo cual el albornoz se entreabrió un poco más. Ese movimiento me permitió comprobar que por lo menos llevaba puesta una prenda más.

Para entonces Susana había conseguido excitarme y subir varios grados mi temperatura sexual. Sin embargo, procuré que no se me notara y me hice el firme propósito de tomarme la cerveza lo antes posible y marcharme. Su voz interrumpió mis pensamientos.

- ¿Qué, aún no te ha conquistado ninguna barcelonesa? - preguntó mientras daba un sorbo a su Martini.

Pensé que Susana llevaba la conversación a un terreno peligroso para mí.

- No, todavía no lo ha conseguido ninguna y eso que lo intentan - contesté bromeando.

En el tocadiscos empezó a sonar “Puente sobre aguas turbulentas”. Susana se levantó y poniéndose frente a mí dijo:

- ¿Bailamos?

Una lucecita roja se encendió en algún punto de mi cerebro, mientras una voz interior me decía: ¡Cuidado Juan!

- Así ... - dije, tímidamente, señalando su indumentaria.
- ¡Claro, así! No querrás que me lo quite.
- ¡No, no! - dije levantándome, creí que si no lo hacía era capaz de quitárselo.

La cogí suavemente por la cintura con ambas manos, ella rodeó mi cuello con sus brazos, apretándose contra mí y dejando los míos en una posición demasiado atrasada. La suave fragancia de su piel me inundó totalmente, enervando mis sentidos, y mis brazos rodearon a su vez su cintura. A través del albornoz sentí la cálida tibieza de sus firmes senos apretados contra mí. Sumergido en el mágico torbellino de la música y del deseo mis manos empezaron a acariciar su cuerpo.

Lejos de rechazar las caricias, Susana se apretó más contra mí, estremeciéndose levemente a cada una de ellas. Nuestras bocas se buscaron, encontrándose a mitad de camino.

El beso desató la pasión, ya no bailábamos, entregados sin disimulos al deseo. El cinturón del albornoz cayó al suelo y éste se abrió dejando al descubierto un cuerpo sensual y ávido de placer. Efectivamente debajo sólo había una pequeña prenda de forma triangular.

Hicimos el amor en el mismo sofá y lo hicimos con una pasión exagerada, casi brutal. Fue como si ambos hubiésemos deseado aquello desde mucho tiempo atrás y tal vez así era. Cuando todo hubo acabado sentí la necesidad de explicarme, de aclarar que, tal vez, aquello no había significado lo mismo para los dos. Torpemente empecé a hablar.

- Susana yo ...
- No, Juan, no digas nada - me interrumpió ella- Ha sido maravilloso. Sé que esto lo he provocado yo y lo he hecho a conciencia. Tú siempre serás algo muy especial para mí, durante todo este tiempo he estado esperando que un día viniera y todo volviera a ser como aquella vez; pero ahora he comprendido. Hace seis meses que tengo novio y vamos a casarnos. Para mí ha sido como una despedida, he renunciado a ti haciéndote mío por una sola vez.

No supe que decir, la besé suavemente en los labios y me fui. No me sentía mal, pero pensé que tal vez algún día me arrepentiría por no haber tomado aquel tren.

El semáforo se puso en verde y alguien hizo sonar la bocina tras de mí, puse la primera y arranqué. Estaba entrando en Barcelona, eran las siete y hacía un rato que había oscurecido. Los coches entraban en la ciudad como una riada de luciérnagas en busca de su morada. Al otro lado de la calzada, otra riada de deslumbrantes luces salía de ella, como si todavía no hubieran encontrado el camino de entrada.

No me apetecía preparar nada para cenar, así que en lugar de ir a casa me metí en un bar. Faltaban tres días para mi partida, tendría que preparar mi equipaje. Estábamos a mediados de septiembre, por lo tanto, en Argentina debía estar empezando el buen tiempo. La verdad es que no tenía mucha idea de como prepararlo y pensé que le pediría ayuda a Sandra, no soy un machista, pero cree que hay cosas que las mujeres siempre harán mejor que la mayoría de los hombres y esta es una de ellas.

Mi mente voló de nuevo a Gerardo. Traté de imaginar el motivo de su llamada ¿Cómo haría ido a parar a Buenos Aires? Y ¿Por qué iba yo a poder solucionar lo que él no podía? Ese era uno de los puntos que más me desconcertaban, Gerardo siempre se había mostrado como una persona más decidida y con más recursos que yo, por eso me costaba imaginar la situación en que éste pudiera encontrarse. Era inútil seguir con eso, en poco tiempo tendría la respuesta, por lo menos eso esperaba.

Los días habían transcurrido y todo estaba preparado. Había vendido el coche, el pasaporte estaba en regla y me había despedido de todas las amistades, aunque el verdadero motivo del viaje sólo lo conocían Sandra, Carlos, Luis; mi ex-jefe y José María; mi amigo de la infancia, con el que había estado hablando por teléfono. A Sandra le entregué las llaves del piso, donde ella viviera por unos meses, para que cuidara de él en mi ausencia.

Me encontraba en el aeropuerto del Prat esperando la salida del vuelo que habría de llevarme a Madrid. Sandra y Carlos estaban conmigo. Ella había adoptado el papel de la esposa atenta o de la madre solícita.

- ¿Seguro que lo llevas todo? - repitió por enésima vez.
- Sí - contesté lacónicamente.
- ¿El carnet de identidad? ¿El de conducir?; puede hacerte falta - yo asentía con la cabeza a cada una de sus preguntas - ¿El pasaporte? ¡El cheque! ¿Has cogido el cheque? - nueva afirmación - El dinero no lo lleves todo junto, ponlo en varios sitios y en cuanto llegues, lo ingresas en un banco.

Estoy convencido de que de haberse hallado en otra situación, Sandra se habría venido conmigo. ¡Ojalá alguien pudiera hacerlo! Pensé. Debo reconocer que sentía un cierto temor ante la incertidumbre de lo que me esperaba en los próximos días. Lo cierto es que los acontecimientos iban a superar con creces todo lo que yo había sido capaz de imaginar en esa incertidumbre.

Finalmente, una voz femenina anunció, a través de los altavoces, la próxima salida del vuelo hacia Madrid. Nos dirigimos hacia la puerta de embarque y allí nos despedimos. Sandra me besó en ambas mejillas, tenía los ojos empañados por unas lágrimas contenidas. Carlos me dio un apretón de manos y unas palmaditas en la espalda.

- ¡Ten cuidado! - gritó Sandra poco antes de perderla de vista.

Nunca había visto un avión tan de cerca, su enormidad hizo que mi temor a subir en él se acentuara. Naturalmente hice lo posible para que mis sentimientos no se traslucieran al exterior. Sentía un especial temor al momento del despegue, según me habían contado la sensación que se sentía, era parecida a la que se siente en algunas atracciones de feria o a saltar de una cierta altura; una especie de cosquilleo en el estómago. Yo soy muy poco aficionado a disfrutar con esas sensaciones de vértigo con las que algunos parecen pasárselo tan bien. Una vez me subí en las montañas rusas del Tibidabo, desde fuera me parecieron bastante pequeñas e inofensivas y por eso me decidí; pero luego pasé un mal rato, cada vez que el coche descendía por una de aquellas pendientes, la sensación de vértigo era horrible. Afortunadamente el trayecto era corto, de todas maneras, cuando descendí, me prometí que jamás volvería a subir en un cacharro de esos por propio gusto.

Cuando el aparato inició la maniobra de despegue, yo estaba tenso como una saeta y así permanecí por un buen rato hasta que por el altavoz comunicaron que podíamos desabrochar los cinturones. No había sentido nada especial, eso me tranquilizó mucho y me reprendí por ser tan aprensivo. De todas maneras, tenía una ligera sensación de agobio por encontrarme encerrado en aquel avión y a tantos metros de altura. Supuse que todo era cuestión de

costumbre. Durante el servicio militar hice frecuentes viajes a Barcelona, eran doce horas de autocar. Al principio y a pesar de que viajábamos casi toda la noche, era incapaz de pegar un ojo, atento a las maniobras del autocar y al discurrir de la carretera, sin embargo, al final pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo. Imaginé que con el avión pasaría lo mismo.

Mi compañero de asiento era un hombre de unos cuarenta años, iba impecablemente vestido con traje y corbata. Una vez terminada la maniobra de despegue, extrajo unos documentos de un maletón y se dedicó a estudiarlos con atención, no parecía que tuviera la más mínima intención de iniciar una conversación conmigo, cosa que agradecí. Yo por mi parte, después de lanzar una mirada a lo que podía ver del avión, que no era mucho, me sumí en mis propios pensamientos.

Al cabo de aproximadamente una hora, el altavoz volvió a hablar para comunicarnos que volábamos sobre Madrid y que en unos minutos tomaríamos tierra en el aeropuerto de Barajas. Mi compañero guardó los documentos, que había estado estudiando durante todo el vuelo y se ajustó el cinturón, yo hice lo propio.

Esta vez si noté en mi estómago la fuerte opresión del descenso del avión hacia la pista de aterrizaje, al otro lado unas monjas realizaron sobre su pecho la señal de la cruz, si yo fuese creyente también lo habría hecho. Un golpe seco bajo el aparato me indicó que acabábamos de tomar tierra.

En el aeropuerto tomé un taxi para recorrer la distancia que lo separa de la ciudad. Le pedí al propio taxista que me condujese a un hotel no demasiado caro.

Una vez instalado, eran las siete de la tarde por lo que decidí salir a la calle y dar una vuelta mientras buscaba un sitio donde poder cenar. Crucé ante una librería y se me ocurrió que podía hacerme con una guía de Buenos Aires, ya que la rapidez de mi partida, tras mi decisión, no me había permitido informarme, mínimamente, de que clase de ciudad era a la que me dirigía. Hube de esperar a la cuarta librería, una más de lo que dice la frase, para conseguir mi propósito. Con la guía en la mano, me introduje en un pequeño restaurante con la intención de cenar mientras le echaba un vistazo.

Un primer repaso de la misma me dejó algo asustado; me dirigía a una de las metrópolis más grandes del mundo, sólo superada, en América, por Ciudad de Méjico. Mi experiencia como ciudadano de Barcelona habría de servirme, pero por lo mismo sabía lo difícil que es moverse en una gran ciudad cuando no se conoce. Esperaba que las instrucciones que Gerardo me prometía en su carta me ayudaran en mi desconocida misión.

Cuando terminé de cenar, no me apetecía volver al hotel, no tenía nada de sueño, así que me dispuse a visitar la ciudad durante unas horas. Yo había estado anteriormente en Madrid una vez, por motivos de trabajo, pero este absorbió de tal manera mi tiempo que no pude ver prácticamente nada. Tomé el metro y me dirigí a la Puerta del Sol. Anduve deambulando unos minutos por la plaza y después entré en la famosa calle de Alcalá, un transeúnte me informó de que por allí cerca se encontraba el parque del Gran Retiro y hacia allí me dirigí mis pasos. El parque se hallaba bastante concurrido a aquellas horas. Algunas personas e edad paseaban con lentos movimientos cual viejos barcos de vapor de cansados motores, por contra, todavía algunos chiquillos se perseguían en alocadas carreras que no conocían desmayo, otros practicaban el deporte de correr a pie y no faltaban las inevitables parejas de enamorados que ocupaban los rincones más estratégicos, donde poder demostrase su amor sin que molestos curiosos les interrumpieran. Por unos momentos, en la paz del parque, conseguí olvidarme del próximo futuro preñado de oscuros misterios.

Cuando salí, el sueño seguía sin acudir a mí, pasé ante un teatro, donde se representaba una revista de variedades y decidí entrar, ya tendría tiempo de dormir, si es que era capaz, durante el vuelo a Buenos Aires.

A las siete ya estaba en el aeropuerto, confirmé mi billete y facturé el equipaje. Viajar en avión es, sin duda, el medio más rápido, pero las largas esperas en los aeropuertos son algo

pesadas y aburridas. El vuelo, por motivos técnicos, despegó con media hora de retraso, pude observar que el avión solo estaba ocupado en sus tres cuartas partes. En esta ocasión mi compañera de viaje era una mujer, algo más joven que yo, debería tener unos veintiséis o veintiocho años. A diferencia de mi anterior compañero, a ésta sí le gustaba conversar. Usaba una ropa sencilla y formal, no se podía decir que le faltara buen gusto, pero sí, tal vez, algo de feminidad. No era ni fea ni bonita tenía una cara algo neutra, como la ropa que usaba, sin embargo, esa apariencia desangelada la contrarrestaba con un extraordinario carácter; extrovertido y simpático. A pesar de que yo creía encontrarme totalmente tranquilo me dijo:

- ¿Es la primera vez que vuelas?
- La segunda - contesté sorprendido - ¿Es que se me nota?
- Sí - sonrió - al principio a todos se nos nota un poco.
- La azafata informó en esos momentos que volábamos hacia el aeropuerto de Gran Canaria, llegaríamos en dos horas cuarenta minutos aproximadamente y allí haríamos una escala de hora y media.
- ¿Es un viaje de placer? - preguntó a continuación.
- Sí ... más o menos, voy a visitar a un viejo amigo. ¿Y tú?, ¿También viajas por placer?
- ¡No, no!, mi viaje es de trabajo. Soy secretaria de dirección de una empresa de componentes electrónicos.
- ¡Vaya, qué casualidad!, precisamente yo soy técnico electrónico. Y ¿A qué se dedica tu empresa?
- Circuitos impresos, trabajamos con varias multinacionales del sector. Ahora estamos en contacto con una empresa Argentina que quieren lanzar un nuevo ordenador personal a nivel nacional, nosotros nos encargáramos de la fabricación del microchip y del diseño de la ROM del aparato. Luego el ordenador lo montarían en la China libre y ellos se encargáramos de su distribución y comercialización.
- Una ligera risa se escapó de mis labios sin que pudiera evitarlo.
- ¿De qué te ríes?, ¿Es que he dicho algo gracioso? - dijo ella algo molesta.
- No, no, perdona, es que me ha hecho gracia eso que has dicho de la China libre.
- ¿Por qué?, ¿Es que no es así? - se sorprendió.
- Sí, no te preocupes, no tiene importancia - no era mi intención iniciar una discusión sobre política internacional, así es que continué con el tema que nos ocupaba - Eso que has dicho sería un buen negocio para tu empresa.
- Bueno, en principio sí - dijo ella olvidándose inmediatamente de mi risa anterior - pero mi empresa quiere asegurarse antes de la viabilidad del proyecto, el mercado del ordenador en Argentina es muy pobre y está casi exclusivamente en manos de los Estados Unidos.

La conversación todavía duraba cuando la azafata nos anunció nuestra próxima llegada al aeropuerto grancanario, aquella chica era un caudal de palabras; pero por otro lado su charla resultaba bastante agradable y contribuyó a que el tiempo pasase más deprisa.

Una vez en Gran Canaria, se nos encomendó que no abandonáramos el aeropuerto durante la escala, de todas maneras, la distancia que lo separa de la ciudad, hacía casi innecesaria dicha advertencia. Para hacer la espera más soportable, invité a María; la secretaria, a tomar algo en la cafetería del mismo.

A las 13:45 horas volvimos a despegar, teníamos por delante un vuelo de once horas sin más escalas. Aprovechando que María solo me dirigía alguna frase esporádica, (nos habíamos vuelto a sentar juntos) cerré los ojos con la intención de dormir un poco, la noche anterior sólo lo había hecho durante tres horas y ahora, con el suave calorillo del mediodía, una

irresistible modorra se estaba apoderando de mí, en una ocasión en que abrí los ojos, observé que María había optado por seguir mi ejemplo.

Cuando desperté eran las seis, había dormido cuatro horas, a mi lado María abandonó la lectura del libro que sostenía en sus manos y dijo:

- ¿Has dormido bien?
- Sí, la siesta me ha sentado de maravilla - contesté estirando los brazos.
- Han servido la comida, pero te vi tan dormido que le dije a la azafata que no te despertara.
- ¡Gracias!, aunque la verdad es que ahora tengo hambre.
- No te preocupes, también le dije que te guardara la comida para cuando despertaras.
- Eres un sol, tu jefe debe estar muy contento contigo.

María, algo ruborizada, avisó a la azafata para que me trajera algo de comer.

El resto del vuelo transcurrió tranquilamente, sin que nada, afortunadamente, viniera a perturbar su normalidad. Como hiciera anteriormente, María contribuyó con su charla a que las horas pasasen, sino más deprisa, sí más amenas. Me contó casi toda su vida, sus años de estudiante de Comercio en una academia, sus desengaños amorosos que ya eran varios y su vida actual con su trabajo, del que estaba muy satisfecha y con sus padres de lo que no lo estaba tanto. Yo la animaba con preguntas a que continuara sus relatos; pero sin corresponder a su confianza, yo no suelo hablar de mi vida con nadie con el que no comparta una buena amistad.

Por fin, la azafata anunció que aproximadamente en quince minutos tomaríamos tierra en el aeropuerto internacional de Ezeiza. Aunque mi reloj marcaba la una de la madrugada, tan sólo hacía un par de horas que había anochecido. María me advirtió que debíamos retrasar el reloj cuatro horas para adecuarlo al horario argentino o sea que en Buenos Aires eran tan sólo las nueve de la noche. Aquel iba a ser, sin duda, el día más largo de mi vida hasta entonces.

Cuando hubimos aterrizado, la solícita María volvió a serme de gran ayuda, ella ya había estado una vez en Buenos Aires y me informó de lo que debía hacer para conseguir un buen alojamiento. Tomamos un autobús que cubre el trayecto entre el aeropuerto y el centro de la ciudad y me aconsejó que me apeara en la Avenida de Mayo, allí había muchos hoteles de diversas categorías y estaba segura de que encontraría algo de mi gusto, ella permanecería por una semana en la ciudad y se alojaría en el hotel Panamericano, no muy lejos de allí. Me entregó una tarjeta con el teléfono del hotel, no debía dudar en llamarla si la necesitaba. Cuando llegamos a mi destino nos despedimos con un apretón de manos, prometí llamarla antes de que ella abandonara la ciudad.

La Avenida de Mayo es una gran arteria que cruza el centro de Buenos Aires de este a oeste, tiene una considerable anchura y está bordeada a ambos lados por grandes árboles. Mi búsqueda de alojamiento terminó en el hotel Madrid de dos estrellas, tal como María me dijo, eran muchos los hoteles que había en la avenida, pero finalmente elegí aquel, supongo que influido por su nombre.

Al día siguiente, después de desayunar, estaba claro que lo primero que tenía que hacer era ir al banco a cobrar el cheque y abrir una cuenta con su importe, debía conseguir también moneda del país, pues sólo me había traído unos pocos dólares que eran rápidamente aceptados. Para ganar tiempo tomé un taxi y di la dirección al taxista, el hombre debía ser honrado pues me dijo que aquel banco estaba cerca y que en diez minutos podría llegar hasta él caminando. Le di una propina al honrado taxista y seguí sus instrucciones. Efectivamente, a los diez minutos me hallaba ante la puerta del mismo. Entré y me dirigí a un empleado al otro lado del mostrador.

- ¡Buenos días! Deseo abrir una cuenta con el importe de este cheque.

El empleado tomó el cheque y después de observarme preguntó:

- ¿Es usted Juan Ruiz?
- Sí - contesté; el cheque iba a mi nombre.
- Espere un momento por favor - dijo y a continuación desapareció por una puerta en la que un pequeño letrero indicaba que se trataba del despacho del director.

Al cabo de dos minutos el empleado salió sin el cheque y dirigiéndose hacia mí me comunicó:

- Haga el favor de pasar, el director desea verle.

Supuse que aquello tenía que ver con las instrucciones de las que Gerardo me hablaba en su carta e hice lo que me pedían.

Entré en un amplio despacho decorado en un estilo muy clásico. La pared de la izquierda estaba ocupada totalmente por una gran librería repleta de volúmenes, al otro lado habían varios archivadores que eran los muebles más modernos de la habitación. El centro lo ocupaba una gran mesa de madera tallada cuya superficie era un grueso cristal. Al fondo, había un amplio ventanal abierto a un tragaluz que había sido convertido en un hermoso vivero de plantas de interior. El director era un hombre de unos cuarenta años que vestía un traje de paño marrón. Su rostro era agradable y un fino y recortado bigote cubría su labio superior. Se hallaba de pie tras su mesa y ofreciéndome su mano dijo en un perfecto castellano sin acentos:

- Señor Ruiz. Soy el director del banco, tome asiento por favor - me señaló un elegante butacón.

El tomó asiento a su vez y en un gesto característico de los que usan gafas, se colocó las suyas empujándolas por el puente central con su dedo índice. Con aquel movimiento pareció ganar los segundos necesarios para ordenar las palabras que debía decirme. Finalmente habló:

- Señor Ruiz ... me temo que tengo malas noticias para usted.
- No hay dinero - afirmé instintivamente.
- Sí, eso es cierto; pero no me refería a ello.
- De nuevo hizo una pausa que aprovechó para colocar bien sus gafas.
- Usted dirá - le invité a seguir, intrigado.
- Su amigo Gerardo ha muerto.

Una descarga eléctrica recorrió mi espina dorsal hasta llegar al cerebro donde produjo un enorme estallido de luz, extendiéndose luego al resto de mi cuerpo. Fue como si me hubieran dado un fuerte mazazo en la cabeza dejándome hundido en el sillón. No estaba preparado para aquella noticia. El eco de aquellas palabras seguía retumbando en mi interior como si hubiesen sido gritados desde el fondo de una cueva. Las frases de socorro que Gerardo escribió en su carta, empezaron a desfilar en mi confusa mente a la vez que una inmensa sensación de dolor y de culpa se iba apoderando de mí. Transcurridos unos segundos, en los que el director permaneció en silencio esperando mi reacción, pregunté:

- ¿Cuándo murió?

- Hace cinco días. Murió en la mesa de operaciones.
- ¿Por qué? ¿Es que estaba enfermo?
- ¿No lo sabe usted?, creí que eran amigos.
- Sí, lo éramos; pero hacía cinco años que no sabía nada de él. Hace quince días recibí una carta suya, en España, pidiéndome que viniera a ayudarlo. ¿Qué sabe usted?
- Realmente no mucho. Su amigo estaba inválido a causa de un accidente de automóvil en el que su esposa resultó muerta. Se sometió a la intervención para recuperar el movimiento en sus piernas; pero hubo complicaciones y murió en la misma sala de operaciones. Leí la noticia en un periódico, su amigo era algo conocido en la ciudad y por eso me enteré de su muerte. En cuanto a lo demás poco es lo que sé, yo conocía a Gerardo por ser cliente del banco, aunque no había vuelto a verle desde su accidente, de lo que también me enteré por la prensa. Hace cosa de un mes vino a verme, me pidió que le extendiera un cheque a nombre de usted y me confió un sobre para que se lo entregara en caso de que viniera a cobrarlo, me pidió, muy encarecidamente, que no comentase aquello con nadie y esto es todo lo que puedo decirle.
- Dijo usted antes que tampoco hay dinero, ¿no es así?
- Ciertamente. A los tres días de su muerte se presentó aquí su viuda y anuló la cuenta. Traía todos los documentos necesarios.
- ¿Su viuda? ¿No me ha dicho que su esposa murió en el accidente?
- Sí, murió; pero Gerardo volvió a casarse. Al parecer durante su larga estancia en el hospital, se enamoró de una de las enfermeras que lo atendían y antes de salir de allí se casaron en la misma capilla del centro. Ella ha heredado ahora la gran fortuna que Gerardo heredó a su vez de su primera esposa.
- Pasé las manos por mi rostro en un intento de aclarar mi mente, la cabeza me daba vueltas y me sentí fatal, creo que estaba recibiendo demasiadas malas noticias en tan poco tiempo. El director aprovechó mi silencio para levantarse y de una pequeña caja de caudales, que se hallaba oculta por un cuadro, extrajo un sobre.
- Tenga, este es el sobre que me entregó. Ábralo, seguramente su amigo se lo explica todo aquí.
- Sí, sí, eso haré. Le doy las gracias ...
- No tiene porque darlas, sólo he cumplido con mi deber.

Salí del despacho y del banco todavía bajo el efecto del fuerte golpe emocional recibido. Deseaba leer cuanto antes el contenido del sobre, que era el único lazo de unión que me quedaba con Gerardo, así que entré en el primer bar que encontré. Tomé asiento en una mesa y después de pedir un brandy, rasgué el sobre. De su interior extraje una extensa carta que empecé a leer.

Querido Juan:

¡Gracias por haber venido! Antes de explicarte los motivos por los que te he llamado, quiero contarte lo que ha sido de mi vida durante estos años; algo que ya deberías conocer si yo fuese de otra manera, aunque, como podrás comprobar, en muchos aspectos ya no soy el mismo que tú conociste.

Mi relación con Ana, mi pobre Ana, fue bien durante algún tiempo. Mi madre me consiguió un trabajo y con la ayuda de todos nos instalamos en un pequeño piso al que, sin más trámites, nos fuimos a vivir juntos. Decidimos, más por mí que por ella, que durante un tiempo viviríamos así y luego, más adelante, ya pensaríamos en dar otros pasos. Como te decía, al principio todo fue muy bien. La vida en pareja traía muchos gastos y al cabo de un tiempo empecé a trabajar algunos fines de semana como camarero

en un hotel de lujo. Allí conocí a Elvira. Elvira era una joven y rica empresaria Argentina que se encontraba en España en viaje de negocios, entablamos amistad y pronto empezamos a vernos en privado. Creo que aquella fue la primera vez en mi vida en que realmente me he enamorado de una mujer, ella también se enamoró de mí y empezó a demorar la vuelta a su país, hasta que no pudo hacerlo por más tiempo. Sus obligaciones la reclamaban y sucedió lo que tenía que suceder; no quería renunciar a mí y me pidió que me fuera con ella, me prometió que en cuanto llegásemos a la Argentina nos casaríamos. A pesar de que la amaba con locura le dije que no, no podía abandonar a Ana de aquella manera. Sin embargo, no pude resistirlo, tan sólo unas horas antes de la partida de Elvira y sin tan si quiera preparar equipaje, salí de casa para irme con ella. A Ana no tuve el valor de decirle nada, tan sólo fui capaz de escribirle una carta explicándole que la dejaba por otra mujer. Se que me porté como un cerdo y aún hoy día siento remordimientos por ello, pero no pude evitarlo, intenté, pero no pude.

Tal como me prometió, a los tres meses de llegar a la Argentina, Elvira y yo nos casamos. Debo decir en mi descargo que mi vida con ella fue maravillosa; nos casamos enamorados y vivimos enamorados hasta el final. Con ella llevé una vida regalada, era muy rica y conocida en Buenos Aires. Manteníamos una vida social muy activa y con frecuencia se publicaban fotos nuestras en las revistas de sociedad, pronto también yo empecé a ser conocido en la ciudad. Las revistas me crearon una injusta fama de playboy. Lo cierto es que nuestro matrimonio funcionaba perfectamente y estaba basado en una confianza mutua que permitía que ambos gozáramos de un amplio margen de libertad.

A los dos años y medio de nuestra boda, ocurrió la tragedia; mi tragedia. Una mañana lluviosa Elvira y yo sufrimos un accidente de tráfico; un camión se atravesó en la autopista y nos empotraron contra él. Elvira murió en el acto y yo estuve durante dos semanas en coma; luchando entre la vida y la muerte, finalmente me recuperé, pero una lesión en la columna me dejó parapléjico; inválido de ambas piernas.

Cuando los médicos decidieron darme a conocer la muerte de Elvira, caí en la más profunda desesperación, llegando a un estado semicatatónico. No hablaba y apenas comía, los médicos llegaron a preocuparse seriamente por mi vida. Así pasaban los días sin que mi estado físico ni psíquico mejorase lo más mínimo, hasta que apareció Leticia. Leticia era una enfermera del centro en el que me hallaba ingresado, apareció de pronto y empezó a cuidarse de mí, era la dulzura personificada, más que cuidarme me mimaba, se pasaba horas enteras hablándome con su cálida voz a pesar de que yo no lo correspondía ni con una leve mirada. Sin embargo, poco a poco, sus atenciones comenzaron a dar frutos; empecé a hablarle y comía algo más. Al cabo de un tiempo, mis problemas psíquicos habían desaparecido gracias a ella y en cuanto a los físicos, Leticia me presentó a un prestigioso médico que me dio esperanzas de curación. De nuevo tenía ilusión por vivir.

La relación con Leticia fue estrechándose día a día, mi dependencia de ella llegó a ser total, finalmente, animado por su actitud hacia mí, le propuse matrimonio, ella aceptó sin ninguna oposición. Por consejo de los médicos, la ceremonia se celebró en el mismo hospital, sin embargo, al poco de habernos casado, Leticia consiguió que me dieran el alta médica y nos trasladamos a mi vivienda. Salí de allí casado con Leticia, la vida sigue a veces unos caminos misteriosos para nosotros que lo único que podemos hacer es seguirlos sin volver la vista atrás.

Poco a poco, basándose en mi impedimenta física, Leticia fue haciéndose cargo de los negocios que yo había heredado de Elvira, fue adquiriendo poderes que yo, ingenuamente, por la total confianza que le procesaba, le fui otorgando. Con el tiempo, su carácter se fue transformando, ya no era la dulce enfermera que cuidaba de mí en el

hospital, ahora apenas me prestaba atención, excusándose en el mucho trabajo que le daban los negocios y me mantenía totalmente apartado del mundo exterior.

El servicio de la casa, que había sido totalmente renovado por Leticia y que sólo obedecía sus órdenes, mantenía una discreta, pero tenaz, vigilancia sobre mí, impidiéndome la libertad de movimientos que yo deseaba.

Un día sorprendí una conversación que me dio a conocer la amarga realidad. Los que hablaban eran Leticia y el doctor que ella me presentara como un eminente cirujano, ese par de desgraciados son amantes y estaban haciendo planes para un futuro juntos. Aquello me llenó de cólera y cometí el error de decirle a Leticia que lo había descubierto todo. Tuvimos un fuerte enfrentamiento en el que ella descargó, sin tapujos, todo el desprecio que siente por mí.

Ahora tengo miedo Juan, desde entonces estoy sometido a una vigilancia carcelaria y a un aislamiento total; no puedo salir ni recibir visitas. Ella le cuenta a todo el mundo que aún estoy muy débil y que no se me debe molestar, tampoco me dejan escribir cartas ni acercarme al teléfono. Por suerte, después de muchos tanteos, conseguí comprar la confianza del chofer de la casa, lo que me ha permitido ponerme en contacto contigo y prepararte un poco el terreno. Temo por mi vida, creo que esa arpía es capaz de todo, me ha dicho que pronto me someterán a una operación. ¡Imagínate!, pretende que me deje operar por su amante, yo le digo que jamás tendrá mi consentimiento; pero creo que tarde o temprano conseguiré lo que se propone y yo sé que si me operan no saldré vivo.

Ahora debes ayudarme, no hay mucho tiempo, haz lo que te parezca mejor; avisa a la policía o lo que se te ocurra, pero sácame de aquí. Luego venderé lo que me quede y manos marcharemos a España, allí podemos empezar una nueva vida y ¿quién sabe?, tal vez curarme, todavía me queda mucho dinero para los dos.

Mi dirección es

La carta terminaba dándome la dirección de su mansión y las horas en que me resultaría más fácil conseguir verle. Las lágrimas rodaban por mis mejillas y mojaban el papel, me sentía hundido y culpable, si lo que Gerardo temió era cierto yo habría podido evitar su muerte de haber acudido antes a su llamada. Ningún otro pensamiento tenía cabida entonces en mi mente, seguí bebiendo hasta perder la noción de la realidad.

Cuando desperté era noche cerrada, no sabía como había llegado allí, pero me encontraba en la habitación de mi hotel tumbado de bruces sobre la cama. Un fuerte olor hirió mi olfato; había vomitado sobre la colcha y tenía la cara y el pelo manchados. Me dirigí al cuarto de baño y tomé una ducha, mientras el chorro de agua caía con fuerza sobre mi cuerpo, la cruda realidad fue volviendo a mí, implacable. Aún me sentía algo mareado y notaba un fuerte vacío en el estómago, sin embargo, me sentía incapaz de ingerir el más mínimo bocado.

¿Qué debía hacer ahora? Gerardo había muerto, sí, pero lo que me había contado en su carta hacía pensar que su muerte tal vez no fuera accidental sino provocada. Por otro lado, sin el dinero de Gerardo, mis recursos eran muy pobres, descontando el billete de vuelta apenas tenía para pasar una semana y eso controlando los gastos. Después de pedir que limpiaran la habitación, me tumbé de nuevo en la cama con las manos bajo la nuca. Mi mente algo más relajada voló al pasado.

- ¿Estás loco? - dije llevándome el índice a la sien - Has tomado esa curva a 110, ¿Es que no tienes miedo a matarte?
- ¿A matarme dices? - contestó Gerardo - Yo no pienso en la muerte, yo sólo pienso en vivir.
- ¿A sí?, pues si te estrellas, lo de vivir se acabó.

- Mira Juan, la vida es para vivirla con intensidad y si la muerte llega, sólo le pido que sea tan rápida que yo no tenga tiempo de darme cuenta.
- Me parece muy bien, pero procura vivir intensamente cuando vayas solo en el coche, yo tengo la intención de llegar a viejo y mirar de frente a la muerte cuando llegue.
- Tú te lo pierdes.

Esa era la forma en que Gerardo veía la vida, no podía imaginarme como debieron ser sus últimos días, atado a una silla de ruedas y prisionero en su propia casa. Debió sufrir mucho, tal vez no fue capaz de esperar más y dejó que su maldita esposa llevara a cabo sus asesinos planes.

Mis pensamientos me produjeron una ola de rabia. Debía descubrir si Gerardo había sido asesinado y conseguir que los culpables pagaran por ello.

CAPITULO III

Todas las ideas que se me ocurrían para llevar a cabo mis planes tropezaban con el mismo problema: el dinero. Finalmente decidí llamar a Sandra, le pediría que me enviase lo que pudiera y le daría la noticia de la muerte de Gerardo. Lo que yo no sabía, era que ella también tenía noticias para mí.

- ¡Sandra!, ¿Eres tú? Soy Juan.
- ¡Juan!, ¡Por fin llamas! ¿Qué le ha ocurrido a Gerardo?, estoy muy preocupada.

Aquella pregunta me extrañó más que por ella misma, por la ansiedad con la que fue hecha, me dio la impresión de que Sandra sabía que a Gerardo le había ocurrido, realmente, algo grave. De todos modos, le di la mala noticia, luego, entre sollozos, Sandra me explicó lo que había ocurrido después de mi partida.

Al día siguiente de mi marcha, Sandra fue a mi piso para echar un vistazo, se le ocurrió abrir el buzón y allí encontró una carta de Gerardo para mí, pensé que tal vez ya estaba allí antes de irme, pus con el ajetreo de los últimos días había olvidado incluso mirar el correo. Tras consultar con Carlos decidieron abrirla por si se trataba de algo urgente. En ella Gerardo me decía lo que yo ya había sospechado: no podía aguantar más y había decidido seguirle el juego a Leticia, sabía que probablemente iba a una muerte segura, pero todo era mejor que continuar en aquella situación. Antes de dar aquel paso Gerardo reunió todo el dinero que pudo conseguir sin levantar sospechas y se aseguró de que si él moría, éste fuese a parar a mis manos. La suma era toda una fortuna, ascendía nada menos que a veinticinco millones de pesetas, sentí un mareo cuando Sandra me dio la cifra. Si todo eso era cierto, yo era entonces un hombre muy rico. En la carta Gerardo me enviaba la dirección de un abogado de Buenos Aires, que Sandra me dio por el teléfono, debía acudir a él y éste se encargaría de todo. Para terminar, expliqué a Sandra los acontecimientos del último día y también cuales eran mis intenciones, finalmente me despedí de ella prometiéndole que la mantendría informada.

Cuando colgué el teléfono me sentía como flotando en una nube, las cosas habían cambiado mucho en un momento. Lo primero que se me vino a la mente es que ya no tendría ningún problema para llevar a cabo los planes que me había trazado, pero antes de tomar ninguna iniciativa era necesario visitar al abogado, guardé su dirección en la cartera y subí a mi habitación.

La placa dorada que había en la puerta rezaba: Anselmo Urdiles, Abogado. Aquella era la dirección que Sandra me había facilitado, por lo tanto, el tal Anselmo debía ser el abogado que tenía veinticinco millones para mi. Llamé al timbre y abrió la puerta una señora mayor que tenía la columna exageradamente doblada hacia delante lo que obligaba a su cabeza a permanecer en una incómoda postura.

- ¡Buenos días señora!, me llamo Juan Ruiz y desearía ver al señor abogado.
- Pase por favor, siéntese acá ¡, voy a avisar a mi hijo

La anciana dio la vuelta y a cortos pasos se dirigió hacia una puerta de cristal que se hallaba a unos metros. Antes de abrirla se volvió hacia mi y me preguntó:

- ¿Cómo dijo que se llama, señor?
- Juan, Juan Ruiz.

Finalmente desapareció por la acristalada puerta. Al instante, por el mismo sitio, apareció un hombre, debía rondar los cuarenta y cinco años y los 110 kilos de peso, a pesar de ello se movió con increíble agilidad, tenía un enorme vientre que sus pantalones contenían a duras penas, su mofletudo rostro estaba cubierto por unas gafas de gruesos cristales y debía hacer tiempo que ya no peinaba la parte superior de su cabeza. Cuando llegó a mi, extendió su brazo ofreciéndome una mano de morcillosos dedos en varios de los cuales brillaban enormes alianzas de oro.

- Sr. Ruiz, le esperaba, haga el favor de pasar a mi despacho.

Lo que aquel hombre llamó su despacho, era un enorme caos de desorden, por doquier se amontonaban legajos de papeles sin un orden aparente. El abogado se dio cuenta de mi desconcierto y dijo:

- No se guíe por las apariencias señor Ruiz, le aseguro que soy uno de los mejores abogados de Buenos Aires y si no fuese yo quien le habla le diría que soy el mejor abogado de Buenos Aires. Su amigo Gerardo lo sabía y por eso me confió todos sus asuntos legales.
- Así, ¿ya sabe usted por qué estoy aquí? – dije tomando asiento, para lo cual hube de apartar unos papeles de la única silla que había en la habitación, además de la suya propia.
- Naturalmente que lo se, su amigo me envió una carta hablándome de usted, después, en una llamada telefónica me dio instrucciones; debía reunir cierta cantidad de efectivo y vender algunos valores que yo le guardaba, si el moría, lo que desgraciadamente ha ocurrido, usted debería heredar la suma total. ¿Me permite su pasaporte y su identificación personal, por favor?
- ¡Claro!, ¿Cómo no? Aquí lo tiene.

El letrado estudió durante unos segundos la documentación que le había entregado, al cabo de los cuales debió quedar convencido de mi verdadera personalidad, pues devolviéndomelos dijo:

- Esto está correcto. ¿Sabe usted lo que su amigo le ha dejado en herencia?
- Tengo una idea, pero seguramente usted podrá informarme más exactamente.
- Puedo, puedo y debo informarle, Sr. Ruiz es usted un hombre rico, su amigo le ha dejado treinta millones de pesetas, ¿Quiere la cifra en pesos?
- No, no es necesario, la entiendo mejor así.

¡Treinta millones!, aquello era más de lo que el propio Gerardo había calculado, realmente yo era un hombre rico, no podía creerlo. Seguidamente el señor Urdiles me explicó los aspectos legales que había que seguir para que yo heredara definitivamente el dinero.

- Será cuestión de una semana. ¿En que banco querrá que le ingresen la suma?
- Como usted sabe soy nuevo aquí, dejo el asunto en sus manos, tenga, esta es mi dirección en la ciudad, avíseme cuando pueda disponer del dinero. ¡Ah!, descuenta usted mismo su minuta.
- Así lo haré, encantado de haberlo conocido y no se preocupe, pronto tendrá noticias más.

Salí a la calle, me sentía eufórico, tanto que me avergonzaba por ello; pero enterarse de pronto que eres un hombre rico no ocurre todos los días y como podía yo evitar el sentirme exultante de felicidad. En aquellos momentos lo único que me apetecía era celebrarlo, luego, cuando me hubiese calmado un poco, ya pensaría en que es lo que debía hacer.

Iba cavilando sobre ese propósito cuando me acordé de María, realmente ella era la única amistad que tenía en Buenos Aires, si es que así podía llamarse a nuestra breve relación. Cuando llegué al hotel intenté ponerme en contacto con ella, pero desde la recepción del suyo me informaron que en esos momentos no estaba, así que les di mi número y le dejé el mensaje de que me llamara en cuanto llegase. Mientras tanto decidí empezar la celebración por mi cuenta y me dirigí al bar del hotel, el camarero que lo atendía era un porteño de fácil conversación, hombre de mundo que pese a su relativa juventud arrastraba sobre sus espaldas una larga historia de intensas vivencias. Su mejilla izquierda estaba atravesada por una fea cicatriz que según me contó, con su peculiar forma de hablar, se la hizo un gaucho en una pelea a cuchillo. Como a aquella hora yo era su único cliente, se complació en relatarme pasadas aventuras que recordaba con la nostalgia de tiempos mejores, ahora tenía una familia que mantener y la vida aventurera se había terminado para él.

Allí me encontraba conversando con el camarero, cuando el recepcionista del hotel me avisó de que tenía una llamada que, como supuse, era de María.

- ¡Buenos días María! Verás me estaba preguntando si tendrías algún inconveniente en cenar conmigo esta noche.
- ¿Me estás invitando? - preguntó con su simpatía habitual.

Aceptó encantada, suponía que a las siete ya estaría libre así que quedamos que a las ocho pasaría a recogerla por su hotel.

Por la tarde me dediqué a hacer algunas llamadas telefónicas, llamé a Sandra y también a mis padres. A Sandra le expliqué mi entrevista con el abogado, se alegró mucho por la herencia y me preguntó por mis planes futuros, le dije que como ahora podía disponer de tiempo me iba a tomar unos días para pensar en lo que debía hacer, la verdad es que desde mi nueva situación económica no había vuelto a pensar en el posible asesinato de Gerardo, el asunto permanecía latente en mi interior, pero en aquellos momentos se hallaba como congelado. Con mis padres mantuve el engaño, ellos no tenían necesidades económicas así que tiempo tendría de darles a conocer mi nueva posición. Les dije que todo iba bien, pero que probablemente el trabajo se alargaría por más tiempo del previsto en un principio, tal vez un mes o dos, aún no lo sabía con certeza.

Me gusta la puntualidad, así es que a las ocho menos cinco hice mi entrada en la lujosa recepción del hotel Panamericano. María, como buena secretaria, también había sido puntual y me esperaba sentada en uno de los sillones que adornaban el vestíbulo. Sin embargo, tuve que mirarla dos veces antes de reconocerla; su aspecto había cambiado increíblemente. Llevaba el pelo recogido sobre la nuca en un bonito peinado y lucía un precioso conjunto azul de falda y chaqueta que presentaba un generoso escote, realmente aquella mujer sabía vestirse según la ocasión, entonces ni su ropa ni su cara, ligeramente maquillada, me parecieron tan neutras.

- ¡Buenas noches María! Estás muy guapa.
- ¡Gracias!, tú también estás muy elegante.

Efectivamente yo también me había vestido para la ocasión, lo que llevaba puesto lo había comprado aquella misma tarde en una tienda de modas, ya no había necesidad de guardar el dinero para el viaje de vuelta. Después del saludo salimos a la calle, el camarero del hotel

Madrid me había asesorado un poco sobre los lugares a los que podía llevar a mi invitada. Volviendo sobre mis pasos nos dirigimos, de nuevo, hacia la Avenida de Mayo, allí se encuentran diversos restaurantes típicos, entre ellos algunos de cocina española. María conocía, de su anterior visita, uno de estos locales, se llamaba o se llama, Mesón Español y hacia allí nos encaminamos.

El interior del mesón estaba decorado con un estilo rústico. Sobre sus paredes colgaban diversos aperos de labranza: un pequeño arado, hoces, guadañas y hasta un viejo collar de alguna olvidada caballería. Las mesas eran de madera barnizada y estaban cubiertas por unos manteles de cuadros rojos y blancos. Tomamos asiento en una de ellas y al instante un camarero, ataviado con un traje típico, nos trajo la carta. La mayoría de los platos eran españoles, tal como prometía el nombre del local.

En la mesa contigua una pareja discutía, ella era una hermosa mujer de rizada y abundante cabellera color de cobre, le decía a él, un tipo delgado de rostro cetrino y fino bigotito, que no podían continuar así, que su marido sospechaba algo. El le pidió que no hablara tan alto, pero ella no le hizo caso y continuó diciéndole que ayer mismo su marido le preguntó, en un tono raro, que tal se encontraba su amiga enferma, el hombre miró de reojo nuestra mesa, pero no contestó, mientras, ella seguía alanzándole sus protestas.

El restaurante era bueno y cenamos bien, luego tomamos un taxi y visitamos una Tanguería. María me seguía pareciendo una compañía de lo más agradable, hablaba constantemente y sonreía con facilidad. Su sonrisa era muy particular, cuando tenía doce años sufrió una parálisis temporal en la cara que estuvo a punto de desfigurarle el rostro y ahora, cuando sonreía, su mejilla derecha se contraía levemente, elevando algo más de lo normal su labio superior, este gesto, lejos de afejar su sonrisa, la hacía más atractiva dándole un cierto aire de picardía.

En los días siguientes la historia se repitió y duró mientras María permaneció en la ciudad, salíamos a cenar y luego íbamos al teatro o a algún café. Hacía tres noches que ora en mi hotel ora en el suyo, María y yo pasábamos la noche juntos. Finalmente llegó la hora de su marcha, nos prometimos que volveríamos a encontrarnos; pero la promesa jamás se cumplió.

El mismo día de la partida de María, mientras yo me despedía de ella en el aeropuerto, el abogado Anselmo Urdiles me dejó el mensaje de que fuera a verlo en cuanto me fuera posible, cosa que hice aquella misma tarde.

La historia de mi anterior visita volvió a repetirse paso por paso; me abrió la puerta la anciana madre, que me hizo sentar en la misma silla y también se volvió a preguntarme el nombre antes de abrir la puerta de cristal, evidentemente la buena mujer no me recordaba en absoluto. Salió el abogado y me hizo pasar a su despacho que seguía presentando el mismo lamentable aspecto.

- Señor Ruiz, el asunto está resuelto, haga el favor de firmar estos documentos y la herencia habrá pasado a su poder.
- Entre los papeles se encontraba su minuta, que no era una minucia precisamente. Mientras firmaba, el abogado prosiguió:
- Tenga - dijo entregándome una tarjeta - diríjase a este banco, le esperan allí para terminar de formalizar la operación, le atenderán muy bien, es un banco de mi total confianza. Si me necesita para cualquier otro asunto ya sabe donde me tiene, Anselmo Urdiles, siempre a su servicio.

La herencia se había visto considerablemente reducida a causa de los impuestos, pero, aún así, la suma seguía siendo importante. En el banco, tal como dijera el abogado, me atendieron perfectamente y el asunto de la herencia quedó definitivamente resuelto, ya podía disponer a mi antojo del dinero.

Había llegado la hora de tomar una decisión. Si antes de heredar y a pesar de las dificultades, tenía las ideas claras, ahora, con el dinero en mi poder, las dudas me habían asaltado. Lo más fácil para mí habría sido olvidarme de todo el asunto y disfrutar en mi país de mi nueva situación, al fin y al cabo, nada de lo que yo hiciera podría devolverle la vida a Gerardo y por otro lado, ¿Qué seguridad tenía yo de que hubiese sido asesinado? Y aunque la tuviera, ¿Cómo iba a conseguir demostrarlo? Lo más probable es que perdiera el tiempo en un intento inútil e imposible de demostrar algo de lo que no tenía la más mínima prueba, tan sólo la carta escrita por el propio Gerardo abría la posibilidad de que su muerte no fuese todo lo natural que aparentó ser.

Como suele ocurrirme cuando debo tomar decisiones importantes y también otras que no lo son tanto, pasaron varios días sin que fuese capaz de tomar ninguna. La idea de marcharme para España había arraigado en mi interior y parecía ganar terreno minuto a minuto. Sin embargo, mi conciencia y el recuerdo de Gerardo y de lo que en su carta me decía, me impedían realizarla. Finalmente, después de cinco días de vacilaciones, tomé una decisión intermedia; llevaría el caso a la policía, si ellos creían que había motivos para abrir una investigación que lo hicieran y si no, yo me olvidaría del asunto y abandonaría la Argentina para siempre.

El cuartel de la policía se hallaba situado en un viejo edificio de estilo colonial. Me dirigí a uno de los agentes que montaban guardia junto a la puerta y le dije:

- ¡Buenos días! Deseo hablar con el jefe de policía.
El aludido me miró de arriba a abajo y sin saludar me preguntó:

- Y ¿Para qué lo querés?
- Quiero denunciar un posible asesinato.

El policía me hizo señas de que lo siguiera. Entramos en el interior y me condujo hasta una pequeña sala donde había algunas viejas sillas.

- Esperá acá - dijo, tras lo cual desapareció por una puerta contigua.

Al cabo de diez o quince minutos, apareció un nuevo agente que me condujo hasta una puerta, sin ningún tipo de rótulo, donde, después de llamar, me dijo que entrara. Al hacerlo me encontré en un despacho casi desprovisto de muebles, en la pared del fondo destacaba una gran foto del general Videla; archivos, una mesa, la bandera argentina y una silla, componían el resto del mobiliario. Tras la mesa se hallaba un hombre de grandes mostachos que vestía uniforme y se dedicaba a la cumplimentación de unos impresos, ignorando completamente mi presencia en la estancia. Sólo al cabo de un par de minutos levantó su enorme cabeza y me dijo en un tono imperativo:

- ¡Siéntese! ¿Su nombre?
- Juan Ruiz - contesté.
- ¿Sos español?
- Sí.
- El pasaporte, por favor.

Le entregué el documento y después de inspeccionarlo prosiguió:

- Me ha dicho el agente que vos deseás denunciar un asesinato.
- Un posible asesinato - corregí.

- Y bien, ¿Qué es ello?

Empecé a relatarle lo que sabía. El policía había oído hablar de Gerardo y también de su muerte, pero según sus noticias ésta se debió a un fallo cardíaco durante una operación. Le expliqué que Gerardo me había escrito a España pidiéndome ayuda y le entregué su carta, junto con la otra donde me explicaba su situación. Leyó ambas misivas y cuando hubo terminado dijo:

- Señor Ruiz - su tono era más amistoso - esto que vos me traés no demuestra nada, su amigo estaba muy trastornado desde su accidente y probablemente todo eran imaginaciones suyas. La policía no puede hacer nada sin pruebas, creo que lo mejor es que acepte los hechos y no le busque tres pies al gato, como ustedes suelen decir.

Era lo que me esperaba, aquel tipo me estaba dando largas, estoy convencido de que, aunque el policía hubiese tenido la certeza de que Gerardo había sido asesinado, no habría iniciado ninguna investigación y menos si en ella se veían involucradas personas importantes de la ciudad. Corrían malos tiempos para Argentina y la policía se dedicaba más a los llamados delitos políticos que a cualesquiera otros, yo mismo me había visto requerido por ellos, en el hotel, en un par de ocasiones en que realizaban un control de los extranjeros que en él se alojaban.

Tomé las cartas de Gerardo, mi pasaporte y salí del despacho, tenía ganas de abandonar aquel lugar y caminaba deprisa, cuando al salir por la puerta principal, tropecé con una joven que se dirigía al interior. Los papeles que ésta llevaba en la mano, quedaron esparcidos por la escalinata que daba acceso a la entrada y ella habría seguido el mismo camino de no haberla sujetado fuertemente con ambas manos. El contacto con aquel cuerpo joven y cálido me produjo una extraña sensación que me turbó de tal manera que ella tuvo que decirme:

- Ya puedes soltarme, gracias.
- ¡Ah!, sí... ¿Te he hecho daño? Perdona, pero no te he visto.
- No tienes que disculparte, yo también iba despistada.

Su voz era dulce y tenía un encantador acento, desde siempre me ha gustado el acento de las mujeres argentinas, tiene la virtud de llegar a mi fibra sensible. Iba vestida de sport, con una ajustada camiseta de color verde pálido y unos, también ajustados, vaqueros. Su pelo negro y liso le llegaba hasta media espalda y lo llevaba sujeto por encima de los hombros.

Mientras le ayudaba a recoger sus papeles, empecé a sentir una enorme angustia al pensar que en unos segundos ella se marcharía para, seguramente, no volver a verla nunca y mi instinto actuó rápidamente para evitarlo. Aquella muchacha me había impresionado de veras y no quería perderla de vista tan pronto.

- ¿Puedo invitarte a tomar algo?, me gustaría disculparme.
- ¡Gracias!; pero ya te he dicho que no tienes que hacerlo, la culpa ha sido mía. ¡Chiao!

Me quedé allí, al pie de la escalera, como un estúpido sin saber que decir mirando como ella se marchaba. De pronto, cuando había subido los cuatro escalones, se volvió y me dijo sonriendo.

- Espérame, tardaré diez minutos.
- Te esperaré - dije sin demostrar la gran alegría que sentía por dentro.

Cuando la vi salir mi corazón se aceleró, no sentía aquello por una mujer desde los diecisiete años, me pregunté si se trataría del famoso flechazo.

- ¿Vamos? - dijo al llegar a mi altura.
- No tengo mucho tiempo - continuó - por aquí cerca hay un café, allí podemos tomar algo.
- Como quieras.
- ¿Cómo te llamas? - preguntó.
- Juan Ruiz, soy español.
- Ya lo había notado. Yo me llamo Lola Arkonada, soy argentina, aunque mis padres también son españoles, vascos como verás por mi apellido. ¿De qué parte de España eres tú?
- Soy catalán, aunque mis padres son castellanos.

Caminábamos deprisa, por algún extraño impulso Lola había aceptado mi invitación, pero ahora parecía tener prisa por terminar con aquella situación, se mostraba amable, pero algo fría. A los pocos minutos llegamos al café, ella quería sentarse en la barra, pero finalmente accedió a ocupar una de las mesas que había en el local. Yo me sentía feliz con su presencia, pero ésta me provocaba a su vez una intensa timidez, tenía miedo de parecer demasiado soso o antipático y a la vez no quería que pudiera tomarme por el típico don Juan que aprovecha cualquier oportunidad para entablar relación una mujer.

Un camarero nos atendió, ella pidió coca cola y yo cerveza, como casi siempre. Ante mi silencio ella dijo:

- No eres muy hablador, para ser español.
- Perdona, pero estoy un poco cortado, no quisiera causarte una impresión equivocada.
- ¿Qué quieres decir? ¿Qué impresión ibas a causarme?
- Bueno... no sé, no quiero que pienses que soy un contradicho o algo así.
- ¡Ah, es eso!, si hubiera pensado eso de ti no habría aceptado la invitación.

El camarero trajo nuestras bebidas y ella consultó su reloj.

- Sólo puedo quedarme quince minutos, en realidad estoy trabajando.

¡Que mujer tan maravillosa!, me habría casado con ella en aquel mismo instante, sin conocerla. Sus cejas eran espesas, sin arreglar. Sus ojos tenían una mirada maravillosamente lánguida, que frecuentemente evitaba encontrarse con la mía; pero que cuando lo hacía, penetraba hasta mi interior, turbándome de tal modo que a duras penas conseguía disimularlo. Su nariz, larga y recta, abría paso a una boca grande de finos y rosados labios bajo los cuales podían verse, cuando sonreía, unos dientes blancos y perfectos. Su rostro, en general, podía haber servido de modelo a Rafael para una de sus vírgenes. Cuando hablaba, lo hacía en un tono bajo y tan suave que podía sentir las caricias de sus palabras sobre mi piel.

- Y. ¿Cuál es tu trabajo? - pregunté cuando el camarero se hubo marchado.
- Soy periodista, trabajo como redactora en un diario de la ciudad.
- ¿No eres muy joven para ser redactora?
- Sólo hace un año que terminé la carrera, ahora tengo veinticinco, y el trabajo lo conseguí gracias a que el director del periódico es un viejo amigo de mi padre.

En sus dedos no había ningún anillo, claro que no todo el mundo lo lleva siempre. Quería preguntarle si estaba casada o si tenía novio, finalmente me atreví.

- ¿Estás casada?
- ¿Casada?, no, ¡Por Dios!, aún no.
- Entonces tendrás novio.
- Bueno... suelo salir con un compañero de la redacción; pero no puede decirse que seamos novios. ¿Y tú? ¿eres casado?

Seguimos conversando, Lola había abandonado la frialdad del principio y contestaba sin reparos a todas mis preguntas. Hacía veinte minutos que nos trajeran las bebidas y nuestros vasos estaban ya vacíos, ella miró de nuevo su reloj y dijo que tenía que marcharse. Mi corazón volvió a latir más deprisa, había llegado el temido momento, tenía que hacer algo y le pedí si podría volver a verla. Ella dudó y en sus dudas yo me sentía morir, insistí, quería volver a verla, dijo que siempre estaba muy ocupada; pero finalmente me dio el número de teléfono del periódico, allí podría llamarla cualquier día. Para mí aquello era suficiente, de momento.

Acababa de irse y ya sentía deseos de verla de nuevo. Era increíble, pero en menos de una hora me había enamorado como un colegial. Yo no solía encapricharme así con las mujeres, algunas me gustaban, como María, pero de ahí a lo que aquella me estaba haciendo sentir había un abismo. Mi idea de irme a España se había esfumado por completo, en aquel momento no me habría marchado de Buenos Aires por nada del mundo. Pedí otra cerveza y me quedé por un rato pensando en lo que acababa de ocurrirme, mientras acariciaba con mis dedos la tarjeta que Lola me había entregado.

Cuando llegué al hotel era la hora de comer, pero las cervezas me habían quitado el apetito y decidí acercarme hasta la barra para tomar allí cualquier cosa. Raúl, el camarero, se acercó a mi canturreando un viejo tanto. Raúl siempre estaba de buen humor.

- ¿Qué te pasa, viejo?, no tenés buena cara.
- Estoy preocupado Raúl, hoy he conocido a una chica y no puedo quitármela de la cabeza.
- ¿Qué te parece?, se nos ha enamorado el pobrecillo.
- No te burles, yo me siento fatal.
- ¡Pero no te preocupés, viejo!, si te gustá la mina te la liás y ya está.
- ¡Eres un patán!, anda tráeme un bocadillo de atún y una cerveza.
- ¿Oye, eso de patán tiene que ver con la Patagonia? - dijo Raúl mientras iba a buscar lo que le había pedido.

No pude aguantar más de veinticuatro horas y al día siguiente telefoneé al periódico. Una voz femenina me contestó y le pregunté por Lola que al cabo de un minuto se puso al aparato.

- ¿Dígame?
- ¿Lola?
- Sí, ¿Quién es?
- ¡Hola!, soy Juan, ¿Me recuerdas?
- ¡Claro que te recuerdo!; nos conocimos ayer.

Me sentí un poco ridículo, pero continué.

- Verás..., quería saber si podríamos vernos hoy.

- Lo siento Juan, pero no puede ser, voy a estar muy ocupada, llámame el viernes tal vez entonces pueda, ahora te dejo, tengo mucho trabajo, ¡chiao!
- Adiós.

¡El viernes! Y sólo era martes, todavía tres días más para poder verla y eso si es que lo conseguía. De todas maneras, el oír mi nombre pronunciado por ella me había dejado una agradable sensación difícil de explicar.

La perspectiva de no tener nada que hacer en unos días, me hizo replantearme mi situación. Ya no pensaba marcharme de Buenos Aires, eso estaba claro, entonces ¿Por qué no llevar a cabo los planes que me trazara un día?: investigar la muerte de Gerardo para averiguar si fue asesinado y en ese caso vengarle. Claro que una cosa iba a ser querer y otro poder, tal como Gerardo planteó la situación, demostrar si alguno o algunos de los que participaron en aquella operación causaron su muerte, sólo podría averiguarlo por ellos mismos, alguien de los que allí estuvo presente tendría que decir si allí se cometió o no un asesinato. Estaba convencido de que el paro cardíaco había sido la verdadera excusa de la muerte de Gerardo, lo que había que averiguar era si éste fue o no provocado. No era muy probable que todo el equipo hubiera estado de acuerdo y cabía la posibilidad de que alguno se diera cuenta de algo y lo callara por Dios sabe que motivo. Aquel debía ser mi punto de partida, debería averiguar quienes formaron aquel equipo y hablar con ellos, sólo así conseguiría saber la verdad.

Ahora ya sabía lo que tenía que hacer, lo que no sabía era como tenía que hacerlo. Al fin y al cabo, yo no era más que un simple extranjero recién llegado al país y me iba a resultar muy difícil conseguir la información que necesitaba, pensé con razón, que me iba a hacer falta ayuda, pero ¿Dónde podía conseguir esa ayuda?, la policía estaba descartada, después de aquel primer intento. Repasando las posibilidades que tenía decidí hacer una visita al abogado Urdiles, tal vez él pudiera hacer algo en aquel asunto, aunque sólo fuera darme alguna información inicial con la que dar comienzo a mi investigación.

La mañana del miércoles tomé el camino que llevaba al despacho del abogado. Esperaba que me abriera la puerta su encorvada madre, pero en aquella ocasión fue una atractiva joven quien lo hizo.

- ¡Buenos días señorita!, desearía ver al señor abogado.
- ¿Tiene usted cita?
- No, no la tengo.
- ¿Cuál es su nombre?, por favor.
- Juan Ruiz, el señor Urdiles ya me conoce.
- Bien, espere acá, veré si puede recibirle.
- La secretaria entró en el despacho y al cabo de un minuto salió diciéndome:
- Tenga la bondad de pasar, el señor Urdiles le recibirá.
- Gracias.

El despacho estaba irreconocible, no había ni un solo papel a la vista y en las estanterías reinaba un orden ejemplar.

- ¡Buenos días señor Ruiz! - saludó el abogado que también presentaba un mejor aspecto
- ¿Qué le trae por acá? ¿Algún problema?
- Sí, pero no he visto a su madre, ¿Se encuentra bien?
- ¡Ah!, mi querida mamá está muy enferma, mucho me temo que ya no pueda recuperarse.
- ¡Vaya!, lo siento.

- Como habrá visto, he tomado una secretaria, mire como me ha dejado el despacho, estas chicas enseguida se hacen imprescindibles, ahora ya no soy capaz de encontrar un solo documento sin su ayuda. No lo creerá usted, pero incluso me ha hecho cambiar de indumentaria, dice que un abogado debe estar presentable y usar siempre corbata, ¿Será posible? Y bien, ¿Cuál es u problema?
- Pensé, aunque no lo dije, que el despacho y él mismo habían ganado bastante con la nueva secretaria.
- Vera señor Urdiles, quiero pedirle consejo sobre un tema algo delicado que no debe salir de este despacho.
- Por supuesto puede usted contar con mi total discreción.
- Puse al abogado en antecedentes y le pedí si podía ayudarme de alguna manera. Después de escucharme con atención, meditó unos instantes y por fin dijo:
- Realmente señor Ruiz, este es un asunto delicado y me temo que yo no pueda hacer nada por ayudarle, aunque quisiera no podría. Este es un caso que requiere dedicación y experiencia y yo no soy el hombre adecuado para ello. Le aconsejo que lo ponga en manos de un detective privado, yo podría darle algunos nombres.
- Está bien, de acuerdo, pero tal vez pueda darme usted alguna información, por ejemplo: ¿Conoce usted el doctor del que Gerardo habla en su carta o el hospital en el que fue intervenido?
- El hospital sí, espere que recuerde... sí, fue en el Hospital General, en cuanto al doctor no tengo la menor idea.

La entrevista no había sido muy fructífera, lo único que había conseguido era el nombre del hospital donde Gerardo fue operado y el teléfono de algunos detectives privados, de toda confianza, según el abogado y aunque yo en principio era algo reacio a utilizar esa posibilidad, seguramente las circunstancias me obligarían a ello. Sin embargo, la ayuda que yo tanto necesitaba iba a llegarme por el cauce más inesperado. Después de mucho pensarlo, había concertado una cita con uno de los detectives, cita que quedó anulada antes de celebrarse.

Mi aversión por los detectives privados estaba justificada, al menos en parte, por la mala “experiencia que en cierta ocasión tuve con uno de ellos. Se que soy injusto al juzgar a toda una profesión por la actuación de uno de sus miembros; pero ya se sabe que en este mundo cada cual cuenta la feria según le ha ido en ella. La cosa sucedió así:

Un día, al volver de su trabajo, Gerardo me dijo que me había conseguido un encargo, se trataba de ir a reparar un televisor averiado y se lo había hecho un conocido suyo del bar. Debía presentarme a las diez del día siguiente en la dirección que Gerardo me había facilitado y así lo hice. La dirección en cuestión pertenecía a una casa de planta baja a cuya puerta llamé. Me abrió una mujer despampanante, de unos treinta años, era de esa clase de mujer que, sin proponérselo, resultan provocadoras para los hombres. Cuando me presenté, la señora se quedó muy extrañada, pues ni siquiera sabía que su televisor estuviera averiado. Le dije que el encargo se lo había hecho, supuestamente, su marido a un amigo mío, ante lo cual me franqueó la entrada.

Efectivamente, el aparato no funcionaba, pero por más que lo revisé no encontré en él ningún signo de avería, finalmente decidí echarle un vistazo a la antena por si ésta procedía de allí. No me equivoqué, pues los cables de la antena se hallaban desconectados lo que provocaba el mal funcionamiento del televisor, me extrañó que los cables se hubiera soltado, pero no le di mayor importancia limitándome a conectarlos de nuevo.

De vuelta en la casa y tras comprobar el correcto funcionamiento del aparato, di por terminado mi trabajo. La señora y digo la señora porque no llegué a enterarme de su nombre, me ofreció una taza de café que yo rechacé en un principio, pero que ante su insistencia

terminé por aceptar. Cuando regresó con los cafés (ella también se había servido uno), me ofreció asiento en el sofá y a continuación se sentó bastante cerca de mí, su tono de voz se había acaramelado de una forma sospechosa. ¿Eran imaginaciones mías o aquella mujer se estaba insinuando? En un principio y como suele decirse, me hice el loco, pues no entraba en mis planes liarme con la mujer de un conocido de Gerardo, pero como las insinuaciones iban en serio y yo no soy de piedra, sobre todo ante una mujer en plan de guerra, terminé por entrar en el juego. Juego que, como era de esperar, terminó en el dormitorio.

Acabábamos de meternos en la cama cuando nos vimos sorprendidos por unos flashes que procedían de la puerta de la habitación, me giré justo a tiempo para ver como un hombre que portaba una cámara fotográfica, huía a la carrera.

Naturalmente yo no me hallaba en las mejores condiciones para seguirle. Nos acababan de tomar varias fotos en una situación muy comprometida, la mujer se vio acometida por una crisis nerviosa y lloraba histéricamente, traté de calmarla sin conseguirlo, no dejaba de repetir que aquello era obra de su marido y que ahora la dejaría en la calle. Efectivamente, como más tarde supe, pues volví a ver a la mujer, aquello no había sido más que una sucia trampa.

Hacía bastante tiempo que el marido, persona poco recomendable, quería separarse de su mujer y con ello venía amenazándola continuamente. Finalmente decidió cumplir su amenaza, pero quiso hacerlo de forma que ella perdiera todos sus derechos. Para ello contrató los servicios de un detective privado, con el fin de que éste consiguiera pruebas de alguna infidelidad cometida por su mujer. El detective sabía, por el propio marido, que la esposa llevaba bastante tiempo sin recibir ciertas atenciones normales en cualquier matrimonio y con esta idea preparó, en colaboración con aquel, la trampa en la que yo fui utilizado como cebo.

El detective provocó la avería de la antena y valiéndose de Gerardo me utilizó para llevar a cabo sus planes. De aquella manera tan vil, consiguió el marido lo que se proponía: separarse de su mujer y obligarla, usando las pruebas de su infidelidad, a renunciar a todos sus derechos. Como podrán suponer, desde entonces, justificada o injustificadamente, no siento una gran simpatía por los detectives privados.

El viernes a la hora acordada llamé a Lola, esta vez tuve más suerte, aunque sólo conseguí una cita por una hora cuando mi intención era la de invitarla a cenar. Tenía unas ganas enormes de verla y el tiempo se hizo interminable hasta las siete de la tarde, hora en que debía esperarla a la salida del periódico. Salí del hotel con bastante tiempo, en parte por la impaciencia que me dominaba y en parte porque había decidido acudir al punto de nuestro encuentro utilizando el metro, cosa que no había hecho hasta entonces. El resultado fue que a las seis y media ya me encontraba ante el edificio donde se encontraba la redacción del periódico, faltaba aún media hora para nuestra cita.

A las siete y cinco, Lola salió a la calle acompañada por un hombre con el que mantenía una animada conversación, se detuvieron en la entrada donde siguieron conversando, ella me vio y me saludó con la mano, mientras yo me mantenía a una discreta distancia. Al despedirse Lola besó suavemente en la mejilla a su acompañante lo que a mí me hizo el mismo efecto que me hubiera hecho una patada en el hígado, luego se dirigió hacia donde yo estaba.

- ¡Hola Juan!, ¿Qué te pasa estás muy serio?
- No, nada. ¿Ese es el amigo que me dijiste? - pregunté con toda la naturalidad de la que fui capaz.
- Sí, ese es, se llama Sergio.
- No quiero repetir aquí el piropo que dediqué, para mis adentros, al tal Sergio.
- ¿Qué? ¿Dónde quieres ir? - preguntó ella.
- Donde tú digas - contesté.
- Aquí cerca hay un parque. ¿Te parece que vayamos a pasear un rato?
- Me parece perfecto, ¡vamos!

Aquel día Lola llevaba el pelo recogido en una hermosa trenza que le hacía parecer aún más joven. Su vestimenta era parecida a la del primer día, aunque ahora llevaba una camisa blanca con un estampado de pequeñas florecillas rosas.

Habíamos llegado al parque y caminábamos sin prisa, haciendo frecuentes paraditas, Lola me hablaba de su trabajo por el que se notaba que estaba muy interesada y yo le escuchaba embelesado, más que por lo que decía por como lo decía, con aquella voz susurrante y acariciadora que me tenía completamente cautivado.

En el centro del parque había una especie de bar con algunas mesas en las que diversas personas se hallaban sentadas tomando el fresco de la tarde mientras consumían alguna bebida.

- ¿Te apetece tomar algo? - pregunté.
- Sí, la verdad es que tengo un poco de sed.

Tomamos asiento y pedimos la bebida a un joven camarero que se movía como una liebre entre las mesas.

- ¿Siempre bebes coca cola? - le pregunté.
- ¿Y tú? ¿siempre bebes cerveza? - contestó ella, rompiendo a reír.

Era la primera vez que escuchaba su risa y, ¿como no?, me pareció maravillosa, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no abrazarla y besarla en aquella preciosa boca que me atraía como e cebo atrae al pez.

El tiempo, tan lento unas horas antes, parecía haber tomado nuevas fuerzas y corría entonces como un caballo desbocado; ya había pasado media hora desde nuestro encuentro y a mí me parecían cinco minutos. Sin saber como, me encontré preguntándole:

- ¿Dónde tienes que ir luego que tienes tanta prisa?
- Eres muy curioso - me contestó, moviendo su mano de arriba a bajo en señal de reprimenda- luego tengo una clase.
- ¿Una clase? ¿Es que estás estudiando?
- No, no estoy estudiando, la clase es de esgrima yo practico ese deporte.

¡Esgrima!, vaya un deporte raro, no podía imaginármela dando estocadas y vestida con la indumentaria que suelen utilizar en dicha práctica.

- ¿Sabes lo que me gustaría? - pregunté.
- ¿Qué te gustaría? - dijo ella levantando las cejas.
- Me gustaría que no fueras a esa clase, que te quedaras conmigo y fuéramos a cenar a cualquier parte.

Ella me miró seriamente a los ojos de una manera que no había hecho hasta entonces y que no fui capaz de interpretar, no sabría decir si la mirada fue de cariño, de reproche o tal vez de ambas cosas a la vez, lo cierto es que en aquel momento me hizo desear no haber dicho lo que acababa de decir.

- No corras tanto Juan, aquí en Argentina hacemos las cosas más despacio, tómate tu tiempo y deja que yo me tome el mío.

Aquella frase me dejó un tanto abatido. ¿Qué había querido decir?, tal vez en otras circunstancias habría comprendido su significado, pero entonces mis sentimientos me impedían hacerlo con claridad. Yo quería a aquella mujer sin remedio y la quería para mí, por eso el más leve signo de rechazo me hizo sentirme muy mal. Mis sentimientos debieron reflejarse claramente en mi rostro, pues Lola se apresuró a añadir, colocando su mano sobre la mía:

- No tomes a mal lo que te he dicho, yo deseo conocerte y me gustaría que fuésemos amigos, sólo que no quisiera que tú intentaras ir demasiado deprisa. ¿Comprendes Juan?

El contacto de su mano sobre la mía me llenó de un tibio calor, tanto como las palabras que acababa de pronunciar, ahora sí comprendía y contesté:

- Sí, comprendo, será como tú quieras.

Al decirlo cogí su mano, que aún estaba sobre la mía, y la apreté suavemente soltándola enseguida, en un gesto que dejaba claro, sin necesidad de palabras, cuales eran mis sentimientos. Ella aceptó la caricia bajando la mirada mientras sus mejillas se teñían de un ligero rubor. Rápidamente se repuso y rompiendo el silencio del momento dijo en un tono animado:

- Por cierto, hasta ahora sólo hemos hablado de mí, ¿Y tú qué?, aún no me has dicho quien eres ni a qué te dedicas.

Aunque era normal que me la hiciera, la pregunta me cogió por sorpresa. En mi único afán por verla no se me había ocurrido plantearme que debía decirle llegado el caso y durante unos instantes dudé de cual debía ser mi respuesta. No deseaba engañarla y finalmente le conté la verdad sobre mí y sobre mi presencia en Buenos Aires, lo único que omití fue el motivo por el que, en el último momento, me quedé en Argentina cuando ya había decidido lo contrario: Ella.

Sin proponérmelo, con mi sinceridad, acababa de conseguir dos de las cosas que yo más deseaba en aquellos momentos. Una era la ayuda de la que estaba tan necesitado, pues Lola se convirtió a partir de aquel momento en mi más fiel y eficaz aliada en la investigación que me proponía realizar y la otra fue que, por el mismo motivo, tuve la oportunidad de estrechar mi relación con ella más rápidamente de lo que yo mismo habría podido esperar.

Lola quedó interesada en el acto por lo que acababa de relatarle, tanto que, en su afán por informarse de todos los detalles, se olvidó de su clase de esgrima y finalmente conseguí mi propósito de cenar con ella, aunque sólo fuera unos bocadillos en el mismo lugar en que nos encontrábamos.

Ella, como periodista que era, conocía la historia de Gerardo, incluso su periódico escribió algo sobre el tema de su muerte y como es natural nunca se le pasó por la cabeza que detrás de aquel asunto pudiera haber un asesinato.

Me pidió que volviera a explicarle la historia con todos los detalles, de modo que volví a contarle, paso por paso, todo lo que había ocurrido desde el momento en que recibiera la primera carta de Gerardo, excepción hecha, naturalmente, de mi aventura con María.

Cuando terminé, Lola me elogió por lo que me proponía hacer, sobre todo después de haber heredado tanto dinero, yo acepté sus elogios sin decirle que ella era la principal responsable. Luego me pidió que la dejara ayudarme, que ella tenía a su alcance medios con los que yo no podía contar y se le abrirían puertas que par mí permanecerían cerradas. Le dijo

que no tenía que convencerme, que nada me haría más feliz que contar con su ayuda y de paso con su presencia.

Antes de despedirnos, eso fue a las nueve y media, quedamos citados para el día siguiente a las cinco de la tarde. Lola quería ver las cartas e Gerardo, por la mañana intentaría conseguir algunos datos y luego, cuando nos encontráramos, hablaríamos de la estrategia que seguiríamos en la que ya era nuestra investigación.

Me sentía inmensamente feliz, no podía creer en mi suerte, parecía como si la desgraciada muerte de Gerardo hubiera puesto a mis pies a la diosa de la fortuna. Primero heredaba una cantidad de dinero con la que yo ni si quiera habría soñado y luego me enamoraba locamente de una mujer que en nuestro segundo encuentro y a me había dado esperanzas de un posible entendimiento.

Sí, realmente tenía motivos para sentirme feliz. En aquellos momentos estaba convencido de que, con la ayuda de Lola, conseguiría averiguar la verdad sobre la muerte de Gerardo que, muy a pesar mío, me había convertido en el hombre más feliz de la Tierra.

CAPITULO IV

El sol, formando un enorme disco naranja, hacía un último esfuerzo por despegarse del mar, el día era claro, tan sólo una ligera bruma se pegaba a la superficie del agua como un suave mando. Me encontraba en el puerto de Buenos Aires, abierto al Río de la Plata. Aquella mañana me había despertado muy temprano sintiendo un irrefrenable deseo de salir de la habitación. Ya en la calle, empecé a caminar sin rumbo fijo hasta que mis pasos me llevaron hasta allí, guiado por el sonido de alguna esporádica sirena. Aunque ya había bastante actividad, se podía respirar aún la típica paz del amanecer en la que, a la engañosa luz crepuscular, los movimientos parecen más lentos y los sonidos más lejanos. Frente a mí, un marinero soltaba las pesadas amarras de un remolcador listo para zarpar, tras su popa el agua hervía bajo el giro constante de la hélice. En las dársenas numerosos barcos, de desconocidas banderas, descansaban en sus tranquilas aguas. Unos, los más elevados sobre ellas, a la espera, quizás, de la carga que había de llenar sus bodegas, otros, los más hundidos, a la espera de vaciarlas. En uno de los diques un barco permanecía con las entrañas al descubierto como si se tratara del enorme esqueleto de algún animal antediluviano.

Me acordé de José; el frustrado marino, padre de Gerardo, que gustaba de visitar el puerto de su Valencia natal, allá en las aguas más cálidas del Mediterráneo. De la señora Carmen; la quejosa madre, que miraba a su hijo como si acabara de nacer. Me acordé también de Ana, la pobre Ana, que se quedó compuesta y sin novio y aunque nunca fuimos verdaderos amigos, sentí pena por ella, sentí pena por todos al pensar que, probablemente, ninguno conocía entonces la suerte de su amado Gerardo.

Una triste melancolía se había apoderado de mí. No soy una persona que se recree en el pasado, más bien, al contrario, me gusta vivir el presente con todas sus consecuencias, sin embargo, los últimos acontecimientos hicieron que con frecuencia volviera la vista atrás y me planteara cosas que hasta entonces no me había planteado. Pensaba, con razón, que la soledad había estado siempre muy presente a lo largo de mi vida, nunca rechacé la relación con los demás, pero al final siempre estuvo a mi lado, llegando a ser, en ocasiones, un refugio para mí. Como hijo único, pronto entré en contacto con ella; interminables horas jugando solo en mi habitación e inventando historias en las que nadie me llevaba la contraria. Luego vinieron los años en Barcelona, antes del servicio militar, viviendo solo en una pensión. Cuando Gerardo se quedó en Valencia volví a encontrarme solo, fueron unos malos momentos, pero pronto me acostumbé pues la soledad no ha sido nunca una enemiga para mí.

Muchas veces me he preguntado que habría sido de mi vida de no haber conocido a Gerardo, tal vez habría terminado la carrera, convirtiéndome en un flamante ingeniero o tal vez habría vuelto a mi pueblo donde hubiera terminado casándome con Susana, no lo sé, lo que sí sé es que el haberlo conocido ha marcado enormemente mi existencia, influyendo en ella incluso después de su muerte.

En otras circunstancias aquellos pensamientos me habrían entristecido el día; pero entonces me fue muy fácil alejarlos de mi mente, solo tuve que dirigirla hacia Lola y ya me sentía tan feliz como la noche anterior. Miré el reloj, y a habían pasado casi dos horas desde que saliera del hotel, el sol había ganado por fin su batalla y ahora se elevaba orgulloso sobre el horizonte en su marcha triunfal hacia el ocaso. No había desayunado nada y sentí la punzada del hambre en el estómago, así que tomé el camino de regreso hacia el hotel.

Antes de desayunar subí a mi habitación para tomar una ducha. Mientras me duchaba pensé en Leticia; la viuda de Gerardo. Traté de imaginarme como era, sabía que tarde o temprano habría de enfrentarme a ella. Fuese o no una mujer capaz de asesinar, lo cierto es que había engañado a Gerardo. Cuando lo conocí, o tal vez incluso antes, debió pensar que

aquella era una gran oportunidad para hacerse rica y poderosa y puso en juego todos sus recursos para lograr el primer y más importante paso: casarse con él. Luego, siguió usando sus engaños para, poco a poco, hacerse cargo de los negocios heredados por Gerardo y dueña de la situación. Leticia debía ser sin duda una mujer peligrosa y yo debía tener eso muy en cuenta cuando llegara el momento de nuestro enfrentamiento.

A media mañana Lola me llamó para cambiar el lugar de nuestra cita, habíamos quedado en el mismo porque donde estuvimos la tarde anterior, pero me dijo que como sus padres iban a salir podríamos reunirnos en su casa donde estaríamos más tranquilos, a mí, el cambio, me pareció perfecto.

Como la dirección que me había dado quedaba lejos del hotel, tomé un taxi para mayor seguridad. El taxista me llevó hasta una zona de la ciudad donde antiguas y señoriales casonas de estilo colonial se alternaban con lujosos edificios de estilo más moderno y funcional. Mi búsqueda me llevó precisamente hasta uno de aquellos edificios, la familia de Lola debía gozar de una buena posición económica, a juzgar por la vivienda que ocupaba. El interior del edificio se correspondía con su lujoso aspecto exterior, en el vestíbulo había profusión de mármoles y espejos y una hermosa alfombra servía de pasarela hacia las escaleras. El empleado de la portería me detuvo inquiriéndome mi destino, dejándome continuar una vez se lo hube dado. Tomé el ascensor y subí hasta la sexta planta donde me encontré frente a una sólida puerta de madera en cuya superficie las molduras formaban un dibujo geométrico a base de cuadros. Pulsé el timbre que sonó en el interior como tres campanas de distintos tonos. Al cabo de un tiempo y cuando ya estaba a punto de llamar de nuevo, Lola me abrió la puerta.

- ¡Hola Juan!, ¡Pasa!
- ¡Hola!
- ¿Te ha costado mucho encontrarme?
- No, he tomado un taxi.
- El interior del piso estaba discretamente decorado; pero todo lo que allí podía verse respiraba calidad y buen gusto.
- Tu padre debe ganarse muy bien la vida - dije.
- Sí, no podemos quejarnos.
- ¿A qué se dedica?
- Es periodista como yo, aunque ya hace tiempo que se dedica a la escritura; tiene publicados varios libros.

Lola me condujo hasta una especie de despacho-biblioteca donde no habrían menos de mil volúmenes repartidos en estanterías que ocupaban la mayor parte de las paredes. En la única que quedaba libre había un bonito fuego a tierra de ladrillo rojo, me dije que en invierno aquella habitación debía ser muy acogedora. Por último, en la sala, había una gran mesa de madera, parecida a la que existen en las bibliotecas públicas, sobre la que se hallaba una moderna máquina de escribir eléctrica. Sobre las estanterías y ocultos a la vista, se hallaban los tubos fluorescentes que iluminaban la habitación con una luz indirecta muy adecuada.

- Aquí es donde mi padre trabaja.
- Es una sala muy bonita - dije sinceramente.
- ¿Has traído las cartas?
- Sí, las he traído - dije entregándoselas.

Lola las leyó con atención y dijo al terminar:

- Creo que tienes razón, todo esto ha sido un plan trazado por Leticia y el cirujano para quedarse con la fortuna de Gerardo. He hecho algunas averiguaciones y te aseguro que lo que poseía era lo suficientemente importante como para despertar la ambición de cierta clase de personas.
- Entonces ¿crees que lo asesinaron deliberadamente?
- Sí, creo que eso formaba parte del plan. La conversación que Gerardo sorprendió, no deja lugar a dudas, si ambos trazaban planes para el futuro es que pensaban deshacerse de él, tenían los medios para hacerlo y lo hicieron.
- Pero tal vez Leticia solo pensara en divorciarse, no en matarlo.
- En ese caso lo hubiera perdido todo y no tiene sentido que se casara con él si no lo quería, está claro que su objetivo era quedarse con todo y para ello Gerardo debía morir.
- Sí Gerardo murió en la sala de operaciones, al parecer por un fallo cardíaco, ¿Cómo vamos a demostrar que el ataque no fue natural sino provocado?
- Todavía no lo sé, tendremos que hacer algunas averiguaciones: quien intervino en la operación, comprobar el informe que se hizo, también sería interesante localizar al chofer que ayudó a Gerardo, tal vez pueda darnos alguna información.
- Entonces, ¿Cuál debe ser nuestro primer paso?
- Yo me encargaré de averiguar la identidad del cirujano y del resto de personas que formaron el equipo que realizó la operación, tú debes intentar entrar en contacto con el chofer.

Durante un tiempo seguimos ultimando los detalles de nuestra futura actuación. La determinación con la que Lola actuaba me dejó sorprendido, era indudable que tenía un carácter firme y sabía muy bien lo que quería, desde el primer momento fue ella quien dirigió la investigación limitándome yo a seguir sus instrucciones.

Eran las siete de la tarde y ya hacía bastantes minutos que habían abandonado el tema de Gerardo. Lola había traído una botella de Jerez y, mientras paladeábamos el vino, nuestra conversación se había desviado hacia otros temas más personales. Me hablaba en aquellos momentos de sus años en la universidad, yo descubría que cuanto mejor iba conociendo a aquella mujer más me alegraba de nuestro tropiezo en las escalinatas de la policía y de haberme sentido inmediatamente atraído por ella. Lola se me estaba apareciendo como el tipo de mujer que yo más admiraba: era inteligente, independiente, decidida y tenía, sobre todo, una envidiable claridad de ideas.

Por primera vez en mi vida yo también tenía las ideas claras, por lo menos en lo que a ella se refería, y a pesar del consejo que me había dado la tarde anterior y ayudado tal vez por los efluvios del jerez, aproveché una pausa en su conversación para decir:

- Lola, quiero decirte algo. Veo que te has tomado muy en serio todo este asunto de la muerte de mi amigo y yo estoy muy contento, por que sé que con tu ayuda podré saber algún día la verdad. Pero antes de que sigamos juntos en esto, quiero que sepas cuales son mis sentimientos hacia ti.
- No tienes por qué decirlo - interrumpió ella - yo quiero ayudarte por que la historia de Gerardo me ha interesado, igual que lo haría por cualquier otro amigo.
- Lo sé y conste que no te pido nada, sólo que yo no puedo continuar a tu lado como si no sintiera nada especial por ti y tengo la necesidad de decírtelo. Lola yo te quiero, me enamoré de ti desde el primer momento, recuerdo muy bien lo que me dijiste ayer; pero yo no necesito más tiempo. Si hay algo de lo que estoy seguro en estos momentos es de que te quiero con locura. Por otro lado, como verás, ya no soy un chaval, tengo 32 años y el tiempo no corre igual para mí que para ti.

- Lola permaneció callada con la mirada fija en el suelo, parecía estar asimilando lo que acababa de decirle. Ante su silencio le pregunté:
- ¿Te has enfadado?

Ella levantó la vista y mirándome contestó:

- No, no me he enfadado, no quería que dijeras nada todavía; pero ya que lo has hecho y o también te seré sincera.
- Te juro que no es necesario que lo hagas - interrumpí, movido por el miedo - Para mí lo importante era hacerte saber mis sentimientos, si tú no quieres decir nada aún, no lo hagas.
- Sí Juan, después de lo que has dicho me siento obligada a contestarte.

Lola se hallaba sentada a un lado de la mesa y yo al otro. Mi corazón empezó a latir tan deprisa que podía sentir claramente sus golpes contra mi pecho. Crucé los dedos bajo la mesa y me dispuse a escuchar lo que ella iba a decir.

Tú también me gustaste desde le primer momento, por eso, mientras subía las escaleras, cambié de idea y acepté tu invitación. Durante el resto del día estuve pensando en ti. Sentía y siento deseos de conocerte mejor. Cuando me contaste la historia de tu amigo es cierto que me interesó, pero también es cierto que quise ayudarte porque de ese modo tenía una excusa para poder verte. No puedo decirte que te quiera, hace muy poco que nos conocemos, lo único que sé es que me interesas y que me gustas mucho.

Me levanté de mi asiento y, dando la vuelta a la mesa, me acerqué hasta donde ella permanecía sentada. Tomé sus manos, ella se levantó y nuestros rostros quedaron a la misma altura, muy cerca uno del otro.

- Lola me haces muy feliz - dije mirándola a los ojos - ahora que ya conoces mis sentimientos y que sé que te intereso estoy tranquilo, no voy a atosigarte, cuando sepas con seguridad cuales son los tuyos ya me lo dirás, yo estaré esperando.

Ella contestó en un susurro:

- De acuerdo.

Permanecimos en la misma posición, mi rostro se acercó lentamente al suyo, el suyo también se acercó al mío, ella cerró los ojos y entonces la besé suavemente en los labios en un beso corto, pero intenso.

- Ahora es mejor que te vayas, mañana te llamaré.
- Sí, me voy.

No tomé el ascensor, sino que bajé las seis plantas por las escaleras, saltando de un golpe cada tramo de escalones, arriesgándome a romperme la crisma. Cuando llegué al vestíbulo, el portero se había asomado alertado por el ruido que yo había organizado, al pasar junto a él estreché su mano mientras le decía:

- ¡Encantado de conocerle amigo!

El hombre permaneció en el mismo sitio con el asombro pintado en su rostro, seguro que cualquiera puede adivinar lo que debía estar pensando de mí.

Mil sensaciones de felicidad recorrían mi cuerpo, sentía ganas de gritar y de correr por las calles, pero pensé que ya había armado bastante ruido al bajar las escaleras y controlando mis impulsos busqué un taxi que me llevara de regreso al hotel.

Desperté bruscamente, el teléfono estaba sonando, consulté el reloj que estaba sobre la mesilla; eran las diez de la mañana. La noche anterior me había acostado algo tarde y por eso a aquella hora aún dormía como un bendito. Cuando conseguí incorporarme un poco, descolgué el auricular.

- ¿Sí?
- ¿Juan?, soy Lola.
- ¡Lola! ¿Ya no podías aguantar más sin oír mi voz?
- ¡No seas idiota! Te llamo para decirte que hoy no estaré en la ciudad, salgo ahora mismo con mis padres para hacer una visita de familia, también tengo unos datos para ti: la viuda de Gerardo se llama Leticia Santos y continúa viviendo en la misma casa, debes acercarte por allí e intentar entrar en contacto con el chofer, a ver si tenemos suerte y aún es el mismo. También sé el nombre del cirujano, se llama Ignacio Fierro y ahora es el Jefe de Cirugía del Hospital General, el mismo donde operaron a Gerardo.
- ¡Vaya!, podrías ganarte la vida como detective privado.
- No creas, todo esto me lo ha dicho mi padre que está muy bien informado sobre toda la vida social de la ciudad.
- ¿Es que le has contado la historia?
- Sí, entre mi padre y yo no hay secretos, pero no te preocupes me quiere mucho y jamás haría o diría nada que pudiera perjudicarme, al contrario, nos ayudará en todo lo que pueda.
- De acuerdo, pero recuerda que debemos actuar con mucha cautela, si se enteran de lo que hacemos se defenderán y entonces nuestra labor será mucho más difícil.
- Lo sé, ya te he dicho que no te preocupes, puedes confiar en mi padre tal como lo haces en mí.
- Muy bien, pues que tengas buen viaje.
- ¡Ciao Juan!, te quiero.
- ¿Qué has dicho? - grité sentándome de golpe en la cama.
- He dicho que te quiero.
- Y ¿Me lo dices ahora? ¡Espérate! ¡No te vayas! Cojo un taxi y ahora mismo estoy ahí.
- ¡Pero Juan!, ¡No seas loco!, ya te he dicho que tengo que irme, mañana nos veremos ¡Ciao! - dijo colgando el teléfono.

¡Me quería!, me había dicho que me quería, jamás pude imaginar un despertar más agradable. Tenía que contárselo a alguien o explotaría de felicidad. Como no tenía otro amigo en la ciudad me dispuse para hacerle una visita a Raúl, con el que, por entonces, me unía una buena amistad, de hecho, si aún permanecía en el hotel Madrid era por él. Raúl me recibió con su saludo habitual.

- ¡Hola viejo!, ¿Ya te levantaste?
- Trae una botella del mejor champán que tengas y llena dos copas - dije en respuesta a su saludo.
- ¿Champán?, pero ¿Estás beodo, ché?, son las diez de la mañana.
- Lola me acaba de decir que me quiere.
- ¡Vaya macana!, pero ¿No dijiste ayer que aún no?
- Sí, pero por lo visto esta noche ha soñado conmigo y se ha dado cuenta de que ella también me quiere.

- ¿Te dijo que te quiere y vos te quedás acá?
- Es que se ha ido.
- ¿Te quiere, pero se fue?, no entiendo nada.
- Eres un ceporro Raúl, hoy no puedo verla por que se ha ido con sus padres a no sé que visita familiar. ¿Lo entiendes ya?
- ¡Muy bien, pues lo celebramos juntos! ¡Venga el champán!

Raúl descorchó una botella y llenó dos copas que fueron vaciadas en menos tiempo del que hizo falta para llenarlas. El recepcionista del hotel, atraído por los gritos de Raúl, se acercó hasta nosotros y aunque el hombre no bebía, se vio obligado a vaciar una copa que Raúl ya le había servido. Después de la primera botella vino otra y a las once de la mañana, tanto Raúl como yo, estábamos bastante contentos. En España debían ser las tres de la tarde y pensé que sería una buena idea llamar a Sandra y explicárselo también a ella. Aunque ya le había informado de mi decisión de quedarme en Buenos Aires, no le había dicho nada sobre Lola y entonces me pareció un buen momento para hacerlo. Sandra se alegró mucho con la noticia e hizo alguna alusión a mi buena estrella. Cuando terminé de hablar con ella, pensé que también había llegado la hora de decirles la verdad a mis padres, sin embargo, me pareció que sería muy complicado hacerlo por teléfono por lo que decidí enviarles una carta donde les contaría la verdadera razón de mi viaje y los acontecimientos que habían sucedido desde mi llegada a Buenos Aires.

Aquella noche me costó mucho conciliar el sueño, había estado intentado hablar con Lola, pero a las diez de la noche su teléfono seguía sin contestar por lo que, finalmente, desistí de hacerlo.

A la mañana siguiente mi primera visita fue al banco, necesitaba el dinero en efectivo porque había decidido comprar un coche y pensé que esa sería la manera más rápida de hacerlo. Hubiera podido adquirir uno nuevo, pero, como quería tenerlo lo antes posible, compré uno de segunda mano que finalmente fue un Volkswagen “escarabajo” de color rojo, que es un coche que siempre me ha gustado y al que Raúl bautizó con el nombre de “colorado” en cuanto lo vio. Es increíble lo fácil que se consiguen las cosas cuando se tiene dinero, a las diez de la mañana entraba en el concesionario y a las doce ya salía de allí conduciendo a colorado.

Ahora ya estaba preparado para llevar a cabo la misión que Lola me había encomendado y me dispuse a hacerlo sin pérdida de tiempo. Encargué un bocado en un bar y me dirigí hacia la vivienda de Leticia, mi intención era la de montar guardia frente a la casa y esperar la oportunidad de abordar al chofer sin que ella se apercibiera.

Cuando llegué, aparqué el coche a una distancia prudencial desde donde podía observar cualquier movimiento que se produjera en la entrada de la casa. Esta era una gran mansión de dos plantas que se hallaba separada de la calle por una zona ajardinada, un pequeño muro de piedra corría a lo largo de toda la fachada y en su centro una gran verja de hierro, que se hallaba cerrada, impedía el paso al interior. Conecté el aparato de radio y me dispuse para soportar una espera que podía ser muy larga; pero que afortunadamente no lo fue, pues hacia las dos de la tarde un lujoso vehículo se detuvo frente a la verja. Del puesto del conductor descendió un hombre de uniforme que se dirigió hacia la puerta trasera abriéndola. De allí salió una mujer que resueltamente se dirigió hacia el interior de la casa. Sólo la vi de espaldas y a la distancia a la que me encontraba no pude observarla con demasiada precisión, sin embargo, todo hacía pensar que debía tratarse de la propia Leticia. El chofer sacó un paño del interior del vehículo y se dedicó a quitar el polvo de la carrocería. Aquella era la oportunidad que yo esperaba y no era cuestión de desaprovecharla, descendí del Volkswagen y me dirigí hacia él.

- ¡Buenos días! ¿Es usted el chofer de Leticia Santos?
- Sí. ¿Por qué?
- Verá, soy un amigo de Gerardo; el antiguo dueño de esta casa - dije esperando ver alguna reacción en su rostro, pero como ésta no se produjo añadí:
- Usted lo conoció, ¿No es así?
- No, lo oí nombrar, pero cuando yo entré al servicio de la señora ya había muerto.
- ¡Vaya! ¿Y no sabe usted que se ha hecho de su antecesor; del anterior chofer de la casa?
- Antes de que el hombre pudiera contestar a mi pregunta una voz femenina sonó a mi espalda.
- ¿Ocurre algo Alberto?

El corazón me dio un vuelco, en aquel momento me sentí como un niño que es atrapado por su madre robando la mermelada, esperaba que al menos no hubiera escuchado mi última pregunta. Me volví y frente a mí, a unos pasos, se hallaba una mujer joven y hermosa, se trataba de la misma que minutos antes había descendido del coche. Llevaba el pelo cortado en media melena con las puntas vueltas hacia dentro y teñido de un color negro azabache, vestía también de negro con una falda ajustada sobre las rodillas y una camisa de mangas anchas de un tejido semitransparente que dejaba entrever la prenda interior de fina lencería. Entre sus brazos asomaba el hocico un pequeño perrillo faldero que llevaba un lacito rojo sobre su cabeza.

- Este caballero me preguntaba por el Sr. Gerardo - contestó el chófer.
- Buenos días, soy Leticia Santos. ¿Conoció usted a mi difunto esposo?
- Sí, lo conocí, soy un viejo amigo suyo, me llamo Juan Ruiz - dije ofreciéndole mi mano.
- Y, ¿Ha venido usted a hacerse cargo de la herencia que le dejó?
- La pregunta obtuvo el efecto esperado, pues me cogió totalmente por sorpresa, sin darme tiempo a responder añadí:
- No se sorprenda usted, yo sé todo lo referente a mi esposo, Gerardo no tenía secretos para mí.

¡Que ironía!, Leticia se me estaba mostrando tal como yo la había imaginado; una mujer tan bonita como peligrosa, me preguntaba hasta que punto era cierto lo que me había dicho, ¿Qué era lo que realmente sabía de los últimos intentos de Gerardo por escapar de su fatal influencia? Tuve la sensación de que si no lo sabía por lo menos lo sospechaba y, aunque lo disimulaba muy bien, estaba seguro de que mi aparición no le había hecho ninguna gracia. Con el mismo tono amable que había estado empleando hasta entonces, añadió a modo de despedida:

- Sr. Ruiz, ahora tengo un poco de prisa, pero llámame cualquier día, tendré mucho gusto en conversar con usted, cualquier amigo de Gerardo es bien recibido en mi casa. Alberto, entrégale una tarjeta al señor - ordenó al chofer.

Este rebuscó en el interior del vehículo y me entregó la tarjeta, emprendiendo acto seguido la marcha con Leticia y su perrito en el interior del coche.

Mi investigación no podía empezar peor, no sólo no había conseguido entrar en contacto con el chofer de Gerardo, sino que además me había dejado sorprender por la mismísima Leticia, aunque ella me había dejado claro que ya conocía mi existencia.

Por la tarde, antes de ir a recoger a Lola al periódico pasé por una joyería para comprarle un anillo, ahora que me había dicho que me quería deseaba dar a nuestra relación un aire de

compromiso antes de que pudiera arrepentirse. Había decidido no hacerle ninguna referencia a lo que me había dicho el día anterior, si aceptaba el anillo sobrarían las palabras.

Cuando nos encontramos la besé en los labios para tantear su reacción, pero ella aceptó el beso con naturalidad y, satisfecho, nos dirigimos hacia el mismo bar de la primera vez.

Cuando llegamos, la entregué el paquetito, en el que una pequeña etiqueta comercial dejaba clara su procedencia.

- ¡Pero...! ¿Qué es esto? - exclamó - realmente eres incorregible.
- Ábrelo, por favor.

Lola abrió el paquete y dijo:

- ¡Oh!, es un anillo precioso, pero no sé ...
- ¿No lo aceptas? - dije con inquietud.

Dejó pasar unos segundos y contestó:

- Sí, lo acepto.
- Entonces... ¿Puedo besar a la novia?
- ¡Eres terrible!, está bien, puedes besar a la novia, pero te juro que te pongas como te pongas no pienso fijar la fecha de la boda.

Reímos la ocurrencia y luego la besé largamente hasta que Lola, cohibida, me hizo notar que nos hallábamos en un lugar público, de hecho, ya había algún curioso que nos miraba con una sonrisilla en el rostro.

Después de haber formalizado nuestra relación, relaté a Lola el encuentro que había tenido unas horas antes con Leticia. Ella me escuchó y al terminar dijo:

- Ahora las cosas han cambiado, creo que debes aceptar su invitación, nos interesa saber cual es nuestra investigación.
- Por eso mismo debes ir a verla, estoy segura que no es una mujer que se ande por las ramas y si sabe algo sin duda te lo dirá.

A las cinco en punto hice sonar el timbre que se hallaba a un lado de la verja. Un hombre de avanzada edad salió de un costado de la casa y se acercó hasta mí.

- ¿Qué desea? - preguntó.
- ¡Buenas tardes!, soy Juan Ruiz y estoy citado con la señora Leticia.
- Pase - dijo abriendo la verja - vaya hacia la puerta principal, llame y le abrirán.

Así lo hice, una criada me abrió y después de presentarme de nuevo me franqueó la entrada.

- Sígame, la señorita le está esperando - dijo dirigiéndose hacia una enorme puerta acristalada donde, después de abrir, anunció mi presencia.
- Señorita Leticia, el señor Ruiz ha llegado.

Su voz sonó desde el interior.

- Pase, Sr. Ruiz, pase. ¡Buenas tardes! - dijo ofreciéndome su mano - Siéntese, he ordenado que nos preparen café, ¿O tal vez desea usted otra cosa?
- No, el café está bien, gracias.

Me encontraba en una enorme sala de estar, decorada con profusión de muebles de un estilo colonial. Leticia me había ofrecido asiento en un precioso sofá de aterciopelada tapicería de color salmón, frente a mí había una mesilla de gruesas patas de bronce que simulaban las de un elefante y cuya superficie era un lujoso y brillante mármol de tonos rosados. Ella tomó asiento al otro lado y cogiendo una pequeña campanilla dorada, o tal vez fuera de oro, la hizo sonar. Casi inmediatamente entró en la sala una camarera impecablemente uniformada. No cabía duda de que a Leticia le gustaba vivir a lo grande.

- Gabriela ya puedes servir el café - ordeno en un tono seco.

Una vez la camarera hubo salido se volvió hacia mí y dijo sonriente:

- Así señor Ruiz, Gerardo y usted eran buenos amigos.

En aquella ocasión Leticia también vestía de negro, aunque esta vez lucía un vestido de una sola pieza, ligeramente ajustado y con un discreto escote en el que podía verse un hermoso collar de perlas que descansaban sobre su rosada piel como gotas de rocío sobre el pétalo de una flor. Por lo visto, mantenía un luto formal por Gerardo, aunque sin renunciar a mostrar su innegable belleza física. No me cupo la menor duda de que aquella mujer debía ser muy cautivadora si se lo proponía.

- Sí, por lo menos lo fuimos. Durante un tiempo vivimos juntos en España, luego nos separamos y no había vuelto a tener noticias tuyas hasta que recibí una carta de un abogado donde me daba a conocer su muerte y la herencia que me había dejado.
- Yo creía que Gerardo y usted mantenían correspondencia.

Aquello me puso en guardia, durante un instante dudé sobre lo que debía decir. Cabía la posibilidad de que ella supiera la verdad, en cuyo caso negarlo habría sido inútil e incluso contraproducente; pero también cabía la posibilidad de que únicamente intentara sonsacarme. Finalmente me arriesgué y volví a mentir.

- No, ya le he dicho que desde que nos separamos no sabía nada de él.
- Leticia aceptó mi respuesta o cuando menos actuó como si la hubiera aceptado.
- Entonces debió quedar muy sorprendido cuando recibió la carta del abogado.
- Sí, realmente, fueron dos noticias muy fuertes de una sola vez.
- A estas alturas le supongo informado del modo en que Gerardo murió.
- Bueno... el abogado me dio algunos detalles, aunque la verdad es que él tampoco lo estaba demasiado.
- Aquel accidente que sufrió lo dejó muy afectado, tanto física como psíquicamente. Se sentía culpable por la muerte de su primera esposa. ¿Sabía usted que estuvo casado anteriormente?
- No, es una sorpresa, ya le he dicho que realmente es muy poco lo que sé sobre su vida en Argentina - creí que debía mostrarme lo más ignorante posible.
- Esta casa era de ella - prosiguió - aquel matrimonio fue un fracaso, Gerardo no la quería y si no se decidió a dejarla fue por su dinero, se había acostumbrado a vivir bien.

Aquella arpía se había delatado, su malicia le había puesto en evidencia. Si decía aquello del primer matrimonio de Gerardo es que no tenía ni idea del contenido de las cartas que éste me había escrito y enviado. Eso era bueno para mis planes, aunque a duras penas logré disimular el desprecio que sentí hacia aquella mujer.

Mientras hablábamos la camarera había entrado y sirvió el café, tras lo cual Leticia preguntó con toda la naturalidad de la que fue capaz:

- Y ¿Piensa quedarse mucho tiempo en mi país? ¿No hay ninguna mujer en España que le reclame?
- No, no hay ninguna mujer - contesté - En cuanto a su primera pregunta le diré que cuando salí de España decidí tomarme unas vacaciones, encuentro su país muy interesante y tal vez me quede algún tiempo como turista.
- Ahora es usted rico y puede permitírselo, lo realmente extraño es que en el terreno amoroso aún continúe usted libre, yo le encuentro un hombre muy atractivo.

Durante algún tiempo más, Leticia siguió contándome mentiras sobre los últimos días de Gerardo, hasta que llegó el momento de marcharme.

- Sr. Ruiz ya tiene usted mi teléfono, aunque soy una mujer muy ocupada no dude en llamarme si necesita alguna cosa, he estado muy contenta de conocerla.
- Gracias, así lo haré.

Hizo sonar de nuevo la campanilla y la misma criada que antes me abriera la puerta me acompañó ahora hasta ella. De nuestra conversación había sacado una cosa clara y es que Leticia no sabía que Gerardo se había puesto en contacto conmigo antes de morir, seguramente el descubrir que una pequeña parte de la herencia se le había escapado de las manos, le hiciera sospechar, pero era indudable que lo único que había conseguido averiguar era mi identidad. Ahora tampoco tenía la seguridad de que el asesinato se llevara a cabo, pero sí que la tenía de que las probabilidades de que así fuera eran muy grandes.

Alguien debió de avisar al hombre que abrió la verja, de mi marcha, pues al salir al exterior estaba allí esperándome. Cuando nos hubimos alejado unos pasos de la puerta principal, el hombre me dijo en voz baja sin mirarme:

- Me dijo Alberto que el otro día le preguntó usted por el anterior chofer de la casa.

Le miré sorprendido y antes de que pudiera responder, el viejo continuó:

- Se llama Andrés Pacheco, tenga, esta es su dirección - dijo deslizándose en la mano un papel que yo guardé, sin mirarlo, en el bolsillo del pantalón - dígame que va de parte de José el jardinero.

Quise hacerle algunas preguntas, pero el jardinero abrió la verja y dijo:

- Adiós y suerte.

Todavía sorprendido por lo que acababa de ocurrir me dirigí hacia el coche, algunas preguntas seguían tamborileando en mi cerebro; ¿Quién era aquel José el jardinero? ¿Cuánto tiempo llevaba en la casa? ¿Qué es lo que sabía? Y sobre todo ¿Por qué me había ayudado? De momento aquellas preguntas quedaban sin respuesta, pensé que tal vez Andrés Pacheco

podría contestarme alguna de ellas. Cuando entré en colorado saqué el papel del bolsillo y lo leí, la dirección me resultó totalmente desconocida por lo que me dirigí hacia el hotel.

Aquel día Lola tenía una de sus clases de esgrima por lo que no íbamos a vernos, así que cuando llegué le telefoneé al periódico con la intención de contarle lo ocurrido, sin embargo, no pude hablar con ella pues había salido un rato antes y ya no iba a volver. Después de unos instantes de duda tomé la decisión de hacerle una visita al ex-chofer aquella misma tarde. Raúl me informó que la dirección pertenecía al barrio de La Boca, en la parte sur del puerto y siguiendo sus indicaciones hacia allí me dirigí.

Después de un rato de infructuosa búsqueda, di con la calle. Aquella parte de la ciudad era totalmente distinta a lo que de ella había visto hasta entonces. Allí las casas, construidas con chapa y madera, o dejaban duda sobre la clase social de las personas que las habitaban. Consulté de nuevo el trozo de papel; número veinte, primera. Anduve por la acera observando las casas. Sobre una de ellas, mal escrito con pintura roja, estaba el número que buscaba. Una escalera exterior, adosaba a la fachada, daba acceso a la primera planta. Subí por ella y llamé con los nudillos a la puerta en la que terminaba, pues no encontré ningún timbre para hacerlo.

Un ruido de silla al arrastrarse sonó en el interior y al poco se abrió la misma. En el umbral apareció un hombre en camiseta, cuyos faldones asomaban fuera del pantalón que tenía los botones de la bragueta desabrochados, en una mano sostenía una botella de cerveza. En su cara podía ver la barba de varios días y llevaba el pelo largo y desordenado.

- ¿Qué pasa? - dijo en un tono bronco y con la gangosidad típica del alcohol.
- Estoy buscando a Andrés Pacheco - contesté.
- Si soy de la municipalidad ya te podés largar - dijo mientras empezaba a cerrar la puerta.
- Mientras impedía con el cuerpo que lo hiciera, dije:
- No soy de la municipalidad, me envía José el jardinero.
- El chofer, pues no había duda que se trataba de él, me miró de arriba a bajo y dijo:
- Y ¿Para qué me querés?
- Verá, yo soy un viejo amigo de Gerardo Montes, usted fue su chofer hasta hace poco y quería hacerle algunas preguntas.
- No sé nada de esa macana, pregunta en otro lado - dijo mientras intentaba cerrar la puerta de nuevo.

En un rápido movimiento y de forma que él pudiera verlo, extraje unos billetes del bolsillo mientras decía:

- Será sólo un momento, no le entretendré mucho.

El tipo miró el dinero de reojo y aflojando la presión sobre la puerta dijo:

- Está bien, pasá.

En el interior olía mal, a primera vista parecía que en la vivienda no había nadie más, pero de todas formas quise asegurarme.

- ¿No hay nadie más en la casa?
- Vivo solo, sentate ahí.

La habitación en la que me encontraba era una especie de comedor-cocina donde imperaba el desorden y la suciedad, el único mobiliario consistía en una mesa, un par de sillas y un vetusto televisor frente al cual había un sillón con la tapicería rota. En una esquina del cuarto

se hallaba la cocina en cuya fregadera se amontonaban los platos sucios, sin embargo, el hombre no pareció sentirse cohibido por ello. Tomé asiento en una de las sillas y él, después de abrir otra cerveza, ocupó la otra. Tras un breve silencio inicié el interrogatorio.

- ¿Sabe usted que mi amigo ha muerto?
- La guita - contestó él.
- ¿Cómo dice?
- No te hagas el plantado, el dinero.

Le entregué los billetes y, después de contarlos rápidamente, dijo:

- Desde que aquella bruja me largó de mi empleo la vida no me va muy bien, vos sabés: el dinero se va de las manos ...

Entendí la indirecta y le entregué un par de billetes más que fueron a reunirse con los otros.

- Dígame. ¿Esa bruja que ha nombrado, es la viuda de Gerardo?
- Sí, una mala mujer.
- Cuando le despidió, ¿Aún estaba Gerardo en la casa?
- No, fue el mismo día en que lo llevaron al hospital para operarlo, la “señora” me llamó y me dijo que ya no iban a necesitar mis servicios, que lo sentía, pero que estaba despedido.
- Y, ¿No protestó usted?, al fin y al cabo, Gerardo era el dueño de la casa.
- No me hagas reír, allá la que mandaba era ella, al señor ni si quiera podía verlo.
- Sin embargo, usted le ayudó en cierta ocasión a enviar unas cartas, ¿No es así?
- El señor me pagó muy bien por eso.
- ¿Cree usted que la señora se enteró?
- No, si llega a enterarse me largá antes.
- ¿Conoció usted a un tal doctor Ignacio Fierro?
- ¿El doctor? Sí, muchas veces lo llevé con la señora en el auto.
- ¿Cree que la señora y el doctor eran amantes?
- ¿Que si lo creo?, perdoná, pero tu amigo tenía unos cuernos como un toro bravo - contestó haciendo un significativo gesto con los dedos.
- Sr. Pacheco, ahora voy a hacerle una pregunta un poco delicada, píenselo antes de contestar. ¿Le pareció en algún momento que el doctor y la señora intentaban deshacerse de Gerardo?.

El hombre se levantó de un brinco y dando un paso hacia atrás dijo:

- ¡Eh, un momento! ¿Vos no serés un botón?
- Perdona, no le entiendo.
- ¡Un policía! ¿No serés un policía?
- ¿Le parece que tengo aspecto de policía?
- No, pero nunca se sabe.

Había comprobado que era muy fácil comprar a aquel hombre, sin embargo, pensé que si quería obtener alguna información más de él, debería contarle la verdad a pesar de lo arriesgado que eso podía ser.

- Sr. Pacheco ya le he dicho que soy un amigo de Gerardo y voy a serle sincero. Las cartas que usted le ayudó a enviar iban dirigidas a mí, en ellas Gerardo me decía que sospechaba que su mujer quería matarle y yo intento averiguar la verdad. Dígame, ¿Cree usted que eso ha podido suceder?
- Verés, yo no quiero meterme en líos, decir esas cosas podría ser muy malo par mí y ya ve la mala vida que llevo desde que no tengo empleo.

Aquel tipo era un buitre, se había dado cuenta de mi interés y quería sacar el máximo provecho de la situación. Podía ser que no supiera nada más y sólo pretendiera engañarme, pero una vez más tuve que arriesgarme y le entregué, de nuevo, una buena cantidad de dinero. El chofer volvió a sentarse, sus ojos brillaban en parte por el exceso de alcohol y en parte por el dinero que acababa de conseguir. Acercó su rostro hacia mí, hasta que pude sentir su asqueroso aliento a cerveza y dijo bajando la voz:

- Verés, en una ocasión en que llevaba en el auto al doctor a la señora escuché algo muy jodido.

El chófer hizo una pausa para dar mayor interés a lo que iba a decirme.

- ¿Qué es lo que oyó? - pregunté impaciente.
- El doctor le dijo a la señora: “Lo del *nestesista*...”.
- Querrá decir anestesista - corregí.
- Sí, eso mismo. “Lo del anestesista ya está arreglado, todo saldrá como lo hemos planeado y nadie va a sospechar nada”. ¿Qué te parece?

Si lo que Pacheco acababa de decirme era verdad, nuestras sospechas podían ser ciertas. Aquella frase parecía aclararlo todo; el anestesista habría sido el cómplice de Fierro en la muerte de Gerardo, sin embargo, quise asegurarme de que el chofer no mentía.

- ¿Cómo se explica usted que el doctor dijera aquello en su presencia? ¿No le parece un error demasiado grande?
- Ellos no sabían que yo estaba escuchando. El auto de la señora tiene un cristal que separa los asientos de atrás del conductor y ella me daba las órdenes a través de un “fono” de esos.

Aquello era cierto, pues yo mismo pude comprobarlo el día en que Leticia me sorprendió hablando con su nuevo chofer. El hombre siguió diciendo:

- Aquel día el aparato estaba conectado y la señora no se dio cuenta, cuando ellos se aparearon yo lo desconecté.

Me pareció que el chofer era sincero, de momento aquella confesión sólo me servía a mí, pero tal vez algún día la declaración de Pacheco pudiera ser útil contra aquellos asesinos. Intenté hacerle comprender que debía guardar silencio sobre lo que acababa de contarme.

- Sr. Pacheco, usted no es tonto y comprenderá que no le conviene que ellos se enteren de que usted escuchó aquella conversación, como usted mismo ha dicho, eso podría serle peligroso.
- No te preocupés, cuando quiero soy una tumba.

- Muy bien espero que sepa lo que le conviene. Una última pregunta. ¿Cuánto tiempo lleva el jardinero en la casa?
- No sé, creo que ya lo era antes de que llegara el señor Gerardo.
- ¿Lo considera de confianza?
- Pues no sé que decir, no era muy comunicativo el viejo.
- Bueno señor Pacheco, de momento eso es todo, gracias por su ayuda - dije levantándome.
- Gracias a vos - dijo tocándose el bolsillo - si me necesitás para algo más ya sabés donde me tenés.

Al día siguiente Lola y yo cenábamos en el restaurante del hotel Madrid donde me hospedaba, acababa de relatarle mi entrevista con Leticia y la posterior con el chófer de Gerardo.

- Parece que finalmente sus sospechas eran ciertas - dijo ella.
- Sí, eso parece. ¿Y ahora qué?
- Tenemos que averiguar la identidad del anestesista.
- Sí, estoy de acuerdo, pero una vez la sepamos no podemos ir y preguntarle si ha sido el cómplice de Fierro en el asesinato de Gerardo.
- No, claro, quizás debamos empezar por el resto del equipo, no creo que nadie más vaya a estar implicado, le investigaremos a través de los demás.
- ¿Has averiguado algo sobre eso?
- No, he hecho algunas indagaciones, pero aún no he conseguido nada, es difícil sin levantar sospechas.
- Creo que ese Fierro ha dejado las cosas bien atadas. No estoy muy seguro de que lleguemos a conseguir nada positivo.
- Has de tener paciencia Juan, tarde o temprano conseguiré la información que buscamos y a partir de ahí todo será posible.
- Eso espero - dije poco convencido.

Lola se había marchado y me encontraba solo en mi habitación. Aquella noche me sentía pesimista, tal vez parte de la culpa la tuviera el tiempo; una suave, pero pertinaz lluvia, había estado cayendo durante todo el día sobre la ciudad, pintándolo todo de tonalidades grises. Frecuentemente la lluvia afectaba y afecta todavía mi estado de ánimo, dejándolo triste y a veces pesimista como en aquella ocasión.

No había encontrado aún el momento de escribir a mis padres la carta donde debía contarles la verdad sobre mi viaje y entonces me decidí a hacerlo. Cogí un bolígrafo, papel y empecé a escribir.

Queridos padres:

Espero que cuando recibáis esta carta os encontréis bien, yo me encuentro perfectamente. El motivo de que os escriba es que tengo algo importante que contaros

La redacción de la carta me costó más de lo que esperaba y en varias ocasiones hube de tirar lo escrito y volver a empezar. Por fin, una hora y media más tarde, conseguí terminarla, no estaba muy satisfecho de resultado, pero la enviaría. Para entonces mi ánimo había decaído enormemente.

Metí la carta en un sobre, me tumbé sobre la cama y pensé.

Naturalmente mis pensamientos fueron pesimistas, no veía una salida clara a la situación, incluso me planteé el sentido de lo que estaba haciendo, llegando a la conclusión de que si seguía en ello era, ya, más por Lola que por Gerardo, en realidad fue por ella por quien lo empecé y por ella lo estaba continuando entonces, uniendo dos cosas que jamás debieron estar unidas. No es que no deseara esclarecer la verdad y vengar si era posible la muerte de mi amigo, sí que lo deseaba; pero aquella tarea no estaba hecha para mí.

Yo, un hombre que llevaba una vida de lo más vulgar, me encontraba entonces allí investigando un asesinato. ¿Cuánto tiempo hacía que había salido de España?... un mes y medio creo. ¡Qué cambio tan brusco había dado mi vida en aquel mes y pico! Aunque todo aquello sucedió en un corto espacio de tiempo, ahora, cuando recuerdo aquellos días, al contrario de lo que me ocurre con otras etapas de mi vida, me parece que transcurrieron años antes de que todo acabara. Mi pensamiento, excitado, saltó de un lado a otro hasta terminar, como solía ocurrirme, en el recuerdo del pasado.

- ¡Vaya día que has escogido para ir a Montserrat! - gritó Gerardo.
- ¿Cómo que he escogido? - protesté - pero si la idea fue tuya.
- Sí, pero el día lo elegiste tú.
- A Sandra le iba a bien, a ti te iba bien. ¿Cómo iba a saber yo que hoy llovería?
- Como iba a saber, como iba a saber ... murmuró mientras preparaba la mochila.

Gerardo con su eterno carácter variable, se había levantado de un humor de perros y lo pagaba con el primer ser humano que se puso a su alcance que, como casi siempre, fui yo, claro que eso a mí no me afectaba lo más mínimo, lo conocía y sabía que lo mismo, en unas horas, le encontraba recitándole una poesía a la lluvia. Sandra, por el contrario, estaba muy contenta.

- No pasa nada Gerardo, en vez de subir andando subimos en la cesta y ¡Santas pascuas! - le dijo ella.
- ¡Vete a la porra! - contestó él.

Sandra tampoco hacía caso de los pasajeros malos humores de Gerardo. Aquel domingo habíamos planeado hacer una excursión al Monasterio de Montserrat, algo que pocos catalanes no han hecho alguna vez en su vida y pese a la lluvia y al mal humor de Gerardo, seguimos adelante con nuestros planes.

Un traqueteante tren de color verde nos dejó en la estación del Aéreo de Montserrat de donde parte el teleférico que desde hace 50 años facilita la ascensión al Monasterio a los turistas que no disponen de vehículo propio. Como dijo Sandra, nuestra primera intención era la de subir andando por el camino del cremallera, que debe su nombre a que en otros tiempos circuló por él uno de los primeros trenes cremallera de Cataluña y que debido a un desgraciado accidente vio truncada su historia, quedando desde entonces como camino para los que desean ascender la montaña a pie. Sin embargo, la lluvia cambió nuestros planes y nos vimos obligados, sobre todo yo, a utilizar la cesta. Afortunadamente el viaje en ella fue corto, pero mientras duró mi estómago permaneció encogido como un niño en el vientre materno. Me sentí mucho mejor cuando pude bajarme de aquel cacharro colgante.

Una vez arriba, mis compañeros se enzarzaron en una de sus discusiones. Gerardo, cuyo mal humor había desaparecido, insistía en que, a pesar de la lluvia, debíamos ascender hasta S. Jerónimo; el punto más alto de la montaña. Sandra por su parte quería entrar primero en el monasterio y visitar a la *moreneta*; la virgen negra, patrona de los catalanes. Yo, como tantas veces, tuve que hacer de mediador y finalmente decidimos visitar primero a la virgen y

después emprendimos camino hacia S. Jerónimo. Afortunadamente, para entonces, la lluvia había cesado casi por completo.

Con frecuencia, Gerardo abandonaba el camino, jalonado de innumerables escaleras, para trepar como un niño por las rocas, entre las protestas de Sandra que temía por su integridad física. El, para fastidiarla, le decía que tuviera cuidado con las serpientes, pues es conocida la existencia de víboras en la montaña, lo que hacía que ella dejara de prestarle atención y se dedicara a observar todos los rincones por si aparecía alguna de aquellas alimañas, hacia las que, como casi todas las mujeres, sentía verdadero pánico.

Montserrat es el paraíso de los escaladores. En sus sólidas rocas de granito han realizado y realizan sus prácticas miles de aficionados a ese deporte y aunque hay muchas vías sencillas, por lo marcadas que están, existen otras, como la propia pared de S. Jerónimo, de indudable dificultad y que se han cobrado su tributo en vidas humanas.

El resto de la jornada transcurrió con normalidad, comimos los bocadillos que habíamos preparado y a media tarde emprendimos el regreso. Esta vez el tiempo nos permitió hacer la vuelta a pie hasta la estación de ferrocarril para lo que invertimos cerca de dos horas. Finalmente, cansados, pero contentos, llegamos a Barcelona.

- ¡Maldita sea! - grité.

Me encontraba en la ducha cuando el teléfono empezó a sonar. Estuve tentado de ignorarlo, pero finalmente tomé la toalla y más mojado que seco contesté la llamada

- ¡Sí! - dije casi gritando.
- ¡Juan!, ha ocurrido algo horrible.

Era Lola y por su voz parecía estar muy nerviosa.

- ¿Qué te ha pasado? - pregunté preocupado.
- No, no es a mí, han asesinado a Pacheco. Me he enterado cuando he llegado a la redacción.
- ¿Asesinado?
- Sí, lo han encontrado en su casa con un tiro en el pecho.
- ¿Cuándo?
- Ayer por la tarde, todavía no dispongo de más detalles, pero tenemos que vernos, te espero dentro de una hora en el café de siempre, mientras, intentaré enterarme de todo lo que pueda.
- Está bien, hasta ahora.

Cuando entré en el café, Lola ya me estaba esperando.

- ¿Te has enterado de algo más? - dije como saludo.
- Poca cosa. He llamado a la policía, pero han abierto una investigación y no me han querido dar detalles. Por lo visto Pacheco tiene una hermana que de vez en cuando iba por su casa para hacerle un poco de limpieza. Ella tiene llave del piso y cuando ayer entró se encontró a su hermano tendido en el suelo sobre un gran charco de sangre, tenía un disparo en el corazón.
- ¿Crees que esto tiene algo que ver con nuestro asunto?
- No sé que pensar, pero todo es muy extraño. Cuando hablaste con él, ¿Le encontraste nervioso? ¿Te dijo si estaba metido en algún lío?
- No, no noté nada especial, estaba un poco bebido, pero me pareció tranquilo.

- ¿Sabes?, creo que tal vez te tendieron una trampa. El viejo te dijo las señas y ... quizás todo sea obra de Leticia.
- Pero ¿Por qué le han matado? ¿Por qué me dejaron que el viera?
- No lo sé, yo tampoco entiendo nada.
- ¡Oye!, quizás no tenga nada que ver, tal vez sí estaba metido en algún problema.
- Ahora no podemos saberlo, pero debemos tomar precauciones por si acaso.
- ¿Qué clase de precauciones?
- De momento tienes que trasladarte, si todo esto es obra de Leticia, es peligroso que continúes en el mismo hotel.
- ¿Quieres que me busque otro?
- No, nada de hoteles, alquila un piso y asegúrate de que cuando lo hagas no te sigue nadie, no uses tu auto o mejor aún, cámbialo.
- ¿De veras crees que todo eso es necesario?
- Tal vez no, pero no vale la pena correr riesgos, ya hay dos muertos a nuestro alrededor y no quiero que te suceda nada.
- Si yo estoy en peligro, entonces tú también puedes estarlo.
- No, yo no..., no lo creo.
- Iré a ver a Leticia, le hablaré claro, le diré que me olvido de todo, que no quiero saber nada sobre la muerte de Gerardo.
- ¡No!, no hagas eso. No tenemos la seguridad de que esto sea cosa suya y aunque la tuviéramos, no creo que hacerlo sirviera de nada.
- Hay otra solución - dije.
- ¿Cuál?
- Irnos, marcharnos a España. Tú y yo.
- ¿Marcharnos?... no puedo hacer eso Juan.
- ¿Por qué?, ¿Es que no me quieres?
- Sí, te quiero, te quiero; pero dejar a mis padres así... de pronto, no creo que pueda hacerlo.
- Con la herencia viviríamos bien en España, incluso tus padres podrían venir con nosotros.
- No sé Juan, dame unos días, déjame que hable con ellos, todo esto es tan inesperado, estoy confusa.
- Está bien, habla con ellos y piénsalo.
- Lo haré te lo prometo, pero de momento haz lo que te he pedido; busca un piso y trasládate.
- De acuerdo, te llamaré en cuanto tenga algo.
- Ten cuidado Juan.

Mientras circulaba hacia el hotel me sentí algo avergonzado, me había mostrado ante Loca como un hombre asustado, pero realmente era así, estaba asustado. Asustado por mí, por ella, por nosotros. Por primera vez en mi vida tenía unos planes para el futuro: quería a Lola y deseaba pasar el resto de mis días junto a ella, casarnos y todo eso. Tal vez fueran unos deseos muy vulgares, pero no había nada en el mundo que yo hubiera cambiado entonces por hacerlos realidad.

Aunque estaba prohibido, aparqué frente al hotel, daría aviso de mi marcha en recepción y luego iría a deshacerme de colorado. Aún no había descendido de él cuando Raúl apareció por la puerta y corrió hacia mí.

- ¡Juan!, tenés que largarte, la policía estuvo por acá, te andan buscando.
- ¿A mí?

- Sí, no preguntes más y ...

No pudo terminar la frase, dos hombres que aparecieron de pronto lo apartaron. Uno de ellos me mostró una placa a la vez que preguntó:

- ¿Sos vos Juan Ruiz?
- Sí - contesté.
- Baja del auto, tenés que acompañarnos, estás detenido.
- ¿Detenido?, ¿Por qué? - protesté.
- ¡Salí! - gritó violentamente.

Salí del coche y el otro policía me cacheó.

- Quedás detenido por el asesinato de Andrés Pacheco.

El mundo se me vino encima, estaba aturdido y la cabeza me daba vueltas mientras sentía el frío metal de las esposas en mis muñecas. Raúl observaba la escena a unos pasos sin saber que hacer.

- ¡Avisa a Lola! - le grité mientras uno de los policías me empujaba ya.

CAPITULO V

El calabozo donde me encontraba debía tener unos diez metros cuadrados, estaba totalmente cerrado, sólo una pequeña ventana enrejada dejaba pasar el aire y la luz del exterior, aunque en realidad daba a un patio interior. En la puerta también existía un pequeño ventanuco protegido por barrotes. El suelo y las paredes estaban tremendamente sucios y el olor al entrar era muy fuerte, aunque al cabo de un rato ya casi no se notaba.

No sabía cuanto tiempo llevaba allí, pues al entrar me habían quitado todo lo que tenía encima, incluido el reloj. En aquel momento eran las 11,30 de la mañana y calculaba que debían haber pasado un par de horas. En la celda no había más que un viejo camastro sobre el que descansaba un estropeado colchón de espuma, sin funda, en el que podían verse enormes manchas parduscas. En un rincón había también una especie de escupidera abollada que me limité a mirar de lejos.

En el tiempo que llevaba encerrado y después de haber superado los primeros momentos de desesperación, intenté poner mis ideas en orden. Todavía era muy pronto para saber cual era mi situación, pero si la policía me había detenido era porque debían saber que fui a visitar a Pacheco el día antes de su muerte, aunque, de hecho, cabía la posibilidad de que lo mataran el mismo día en que fui a verle. Lo que no lograba entender era ¿Cómo se habían enterado de eso? Y ¿Por qué me acusaban a mí de su muerte? Pensaba también en el futuro, en lo que iba a ocurrirme. Tal vez todo fuera un malentendido y la policía descubriría pronto al verdadero culpable, sí, tenía que ser así, pero... ¿Y si eso no ocurría?, ¿Qué iba a ser de mí? ¿Me condenarían y pasaría el resto de mi vida en la cárcel? No, eso no podía ser, Lola me ayudaría a salir de aquel maldito embrollo. Lola, mi querida Lola, ahora que todo podía haber cambiado para nosotros, ocurría aquello. Afortunadamente ella estaba conmigo, creo que sin ella me habría suicidado en aquella misma celda.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el ruido de la puerta al abrirse. Un policía entró y después de colocarme unas esposas me ordenó que le siguiera. Fuera esperaba otro agente y custodiado entre ambos fui conducido hacia mi nuevo destino. Tras recorrer varios pasillos me introdujeron en una habitación. En ella se encontraban dos hombres de paisano y el único mobiliario consistía en una mesa, sobre la que se hallaban apoyados ambos y frente a ellos, a unos pasos, una silla. No había ventanas y la iluminación artificial era escasa. Todo parecía indicar que iba a sufrir un interrogatorio.

Uno de los hombres, que llevaba calado un sombrero de ala ancha, dijo dirigiéndose a los agentes:

- Ustedes pueden retirarse ya.

Los agentes saludaron y salieron. Cuando la puerta se cerró, el mismo hombre me dijo:

- Siéntese.

Parecía que el del sombrero iba a llevar la voz cantante. Obedecí y ocupé la única silla. Las preguntas empezaron.

- ¿Cómo se llama?
- Juan Ruiz.
- Su pasaporte es español.

- Sí, lo soy.
- ¿Por qué vino a la Argentina?.
- Para ver a un amigo.
- ¿Dónde está su amigo?
- Muerto.
- ¿Ha dicho muerto?
- Sí, cuando llegué a Buenos Aires me enteré de que había muerto cinco días antes.
- ¿Por qué continuó, entonces, aquí?
- Mi amigo me dejó una herencia, tenía que hacerme cargo de ella.
- ¿Ha recibido ya la herencia?
- Sí.
- ¿Por qué no se ha marchado?

Por mi mente pasó la idea de negarme a contestar más preguntas en tanto no estuviera presente mi abogado, pero no lo hice y continué respondiendo.

- He conocido a una mujer.
- ¿Quién es ella?
- Se llama Lola Arkonada, es redactora del diario La Prensa.
- El día 17 de noviembre. ¿Fue usted a la casa de Andrés Pacheco?
- Sí, fui.
- ¿Por qué?
- Ese hombre fue chofer de mi amigo y quería hacerle algunas preguntas sobre él.
- Según nuestras informaciones, aquella misma tarde visitó usted a la viuda de su amigo.
- Sí, es cierto.

El otro hombre que hasta ahora había permanecido callado en un segundo plano, preguntó:

- Y, ¿No le dio ella toda la información que quiso sobre su marido?
- Tenía mis dudas sobre lo que ella me contó.
- ¿Cree que le mintió?
- Creo que no me dijo toda la verdad.
- Sr. Ruiz, ¿Piensa usted que su amigo fue asesinado?

La pregunta, como es lógico, me sorprendió. ¿De dónde había sacado la policía aquella información? Creí que de momento no era prudente reconocerlo.

- No, no lo creo.
- A ver señor Ruiz. ¿Recuerda usted si el día 15 de Octubre acudió a la policía para denunciar el posible asesinato de su amigo?

Ahora lo entendía, había olvidado ese detalle, en aquel momento me sentí muy arrepentido de haberlo hecho.

- Sí, lo hice.
- ¿Y no es eso una contradicción?
- En aquel momento lo pensaba, pero ahora no.
- ¡Vaya!, ¿Y a qué se debe ese cambio? - sin esperar mi respuesta continuó - ¿No es cierto, señor Ruiz, que usted fue a ver a Pacheco, que discutieron y que lo mató, tal vez en defensa propia?

- ¡No!, no es cierto, en ningún momento discutimos y desde luego no lo maté.
- ¡Ya está bien!, ¡De nada le sirve negarlo! Hay algo que le acusa a usted.
- ¿Qué es lo que me acusa?
- El muerto le acusa.
- ¿El muerto?, eso es imposible.
- ¿Por qué?, ¿Porque se aseguró usted de que realmente estuviera bien muerto?
- ¡No!, es imposible porque yo no lo hice.
- Antes de morir, Pacheco, escribió en la pared, con su propia sangre, su nombre. ¿Qué dice a eso?
- Que pudo escribirlo el mismo que lo mató y no Pacheco.

La cosa empezaba a estar clara, Lola tenía razón, me habían tendido una trampa, posiblemente todo estaba planeado de antemano y cada vez podía ver con más claridad la mano negra de Leticia en aquel asunto.

- Muy bien - dijo el del sombrero - de momento hemos terminado.

Hizo una seña a su compañero, que salió de la habitación.

- ¿No tengo derecho a hacer una llamada? - pregunté.

El policía se quitó el sombrero y golpeó con el canto de la mano la hendidura del mismo, se lo volvió a colocar y entonces contestó a mi pregunta.

- Sí, podrá hacer una llamada.

Al poco regresó el que había salido acompañado por uno de los agentes que antes me trajeran, y el otro dijo:

- Llévelo a que haga una llamada, hemos terminado.

Salimos y empezamos a desandar el camino recorrido anteriormente, pero esta vez nos desviamos para entrar en un despacho. No había nadie en él, pero había un teléfono. El agente me quitó las esposas.

- ¿Qué hora es? - pregunté.
- Las dos y media.

Lola debía estar en casa, hice un esfuerzo por recordar el número y marqué. La llamada sonó una, tres, cinco veces y nadie contestó.

- No contestan, ¿Puedo marcar otro número?
- Dele.

Raúl no terminaba el turno hasta las tres, así que aún debía estar en el hotel, volví a marcar.

- Hotel Madrid, diga.
- Quiero hablar con Raúl; el camarero.
- Un momento.

Pasó un minuto.

- ¿Dígame?
- Raúl, soy Juan.
- ¡Juan!, ¿Dónde estás?, ¿Cómo te encontrás?
- Me encuentro bien, pero no sé donde estoy, es una especie de comisaría, pero no sé en que parte de la ciudad se encuentra. ¿Has podido hablar con Lola?
- Sí, hablé con ella. Me dijo, si llamabas, que estés tranquilo que te va a buscar un buen picapleitos. Pronto irán a verte.
- Gracias Raúl, eres un buen amigo.
- Vos cuidate, que todo se va a arreglar.
- Sí, eso espero. Adiós Raúl, nos vemos.
- Nos vemos.

De nuevo me hallaba en el calabozo, pero ahora que Lola estaba enterada me sentía más tranquilo. Pensé que tenía que mentalizarme para soportar aquella situación. A pesar del asco que me daba, me senté sobre el colchón, no podía quedarme de pie todo el tiempo y el suelo todavía era peor. Me recosté sobre la pared y cerré los ojos. Muchas veces durante mi vida había pasado horas enteras en una habitación, en un encierro voluntario, pero aquello era distinto, aquél era un encierro forzoso y eso lo trastocaba todo. La rabia por mi impotencia y el ansia por salir de allí, crecían en mi interior y amenazaban con invadir todo mi ser, más aún con salirse de mí y llenar toda la celda de rabia y de ansias de libertad. Tenía que controlarme, reprimir aquellos sentimientos hasta ahogarlos si quería dominar la situación y que no sucediera lo contrario. ¡Muy bien!, me olvidaría que estaba allí, imaginaría que me encontraba en la habitación del hotel, pensaría en algo.... en mi pueblo. ¡Qué lejos estaba ahora mi pueblo!, ¡Qué lejos quedaban aquellos días!

- ¡Ruiz!
- Sí, señor.
- A ver Ruiz, me quiere repetir lo que acabo de decir.
- Pues... que los alemanes invadieron Polonia sin avisar, sin haber declarado la guerra.
- Muy bien Ruiz, efectivamente he dicho eso, sólo que hace diez minutos que lo dije. ¿Me quiere decir dónde ha estado usted desde entonces?

El resto de la clase prorrumpió en una estridente carcajada que el profesor cortó en seco.

- Aquí - contesté haciéndome el sorprendido.
- Sí, su cuerpo sin duda estaba aquí, pero su atención debía dedicarla a algo más importante. ¿Sabe usted la nota que obtuvo en la última evaluación?
- Un cuatro.
- Pues continúe así y nos veremos en septiembre.

Había algunas asignaturas con la que no podía y la historia se llevaba la palma, las matemáticas eran otra cosa, me gustaban, se pude decir que disfrutaba con ellas. Pero la historia se me hacía insoportable, sin darme cuenta mi mente volaba fuera de la clase y la escena anterior se repetía, con algunas variaciones, frecuentemente.

- El “profe” de historia te ha cogido manía - era José María quien me hablaba.
- La misma que yo le tengo a su asignatura, debe ser telepatía.

- ¡Qué!, ¿Cómo te va con mi hermana?, ¿Se lo has dicho ya?
- No, aún no. No me atrevo.
- ¡Pero tú eres tonto chaval! ¿No te he dicho mil veces que está colada por ti?
- Sí, pero cuando estoy con ella no sé que me pasa, me quedo como atontado y no sé como decírselo.
- Pues muy fácil, mira - José María hincó una rodilla en el suelo, levantó el brazo derecho y puso la otra mano sobre el corazón - ¡Susana, me gustas!, ¿Quieres ser mi novia? - dijo teatralizando mucho la voz.
- No te cachondees - dije molesto.

José María se levantó y dijo:

- Si quieres se lo insinúo yo.
- De eso ni hablar, ya me atreveré algún día.

Y me atreví. Fue una tarde mientras esperábamos el autobús. Nosotros estudiábamos en Manresa; una ciudad a 15 kilómetros de Suria. José María y yo lo hacíamos en la Escuela de Maestría y Susana en el Instituto de Bachillerato. Por las tardes, mientras esperábamos el coche de línea, solíamos ir a un bar cerca de la parada. Aquel día mi amigo había hecho “campana” y yo estaba solo, sabía que Susana vendría algo más tarde y pedí un gin-tonic para darme ánimos. No estaba acostumbrado a beber y el combinado me hizo efecto, empecé a sentirme muy locuaz y capaz de todo. Tal como he dicho, Susana llegó cuando aún faltaban veinte minutos para la salida del autocar. Se sentó en mi mesa, frente a mí.

- ¿Quieres tomar algo? - dije.
- No, no tengo sed. ¿Qué estás tomando tú?
- Una tónica - mentí.
- Bueno beberé un poquito de la tuya.
- ¡No! - grité - está muy fría.
- Me gusta fría.
- No, he querido decir que está caliente - dije hecho un lío.
- Pero si tiene hielo - replicó ella.
- Bueno, verás, es que no es una tónica, es un gin-tonic - confesé.
- ¡Vaya!, creía que tú no bebías alcohol.
- No, sino bebo, pero hoy me ha dado por ahí.

Ahora o nunca pensé.

- Susana, tengo que decirte algo.

En aquel momento llegó a nuestra mesa una amiga suya. “La madre que la parió” pensé.

- ¿Qué tienes que decirme Juan? - dijo ella después de saludar a la amiga.

Yo estaba decidido a declararme a Susana, lo que no estaba dispuesto era a hacerlo en público, así que dije lo primero que se me ocurrió.

- Tu hermano no ha venido a clase.

Ella pareció sorprenderse y contestó:

- Sí, ya lo sé, se ha ido a entrenar, como mi padre se entere se le va a caer el pelo.

La amiga de Susana sólo había venido a pedirle algo y se había marchado. Lo volví a intentar.

- Susana.
- ¿Qué?
- Verás, eso de tu hermano no era lo que quería decirte.
- ¿A no?, Y ¿Qué es entonces?

No sé por qué, me dio la impresión de que Susana se estaba divirtiendo.

- Bueno, verás..., yo... - las palabras no salían de mi garganta.
- ¡Vamos, dilo ya! - dijo ella sonriendo.

Pero, ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba mi locuacidad? El efecto de la bebida se me había pasado de golpe y sentía un intenso calor en las mejillas, debía estar rojo como una amapola. Ahora no podía volverme atrás. Susana estaba allí, frente a mí, esperando a que hablara y mirándome fijamente, al menos eso creía, pero que yo tenía la vista clavada en uno de los cercos que había dejado mi vaso. Para ganar tiempo bebí de un solo trago su contenido y empecé a hablar.

- Susana, ¿Quieres...?
- Sí - contestó ella sin esperar a que terminara.
- Pero si aún no te lo he dicho.
- Es igual, ya sé lo que ibas a decir y si espero a que lo digas nos hacemos viejos aquí.
- Y ¿Estás de acuerdo?
- Sí - dijo - quiero salir contigo - y me dio un beso.

De nuevo el ruido de la puerta al abrirse me sacó de mis pensamientos. Había terminado por tumbarme completamente en el camastro y me hallaba en un estado de sopor en el que no estaba totalmente dormido; pero sí tenía los sentidos medio aletargados. Instintivamente me puse en pie, noté un ligero dolor en las cervicales. Por la puerta asomó la gorra de plato de un agente.

- ¡Vos, salí!, tenés visita - dijo sin acabar de entrar.
- ¿Qué hora es? - volví a preguntar.
- Las dieciocho.

Lola, porque debía ser ella, se había dado prisa. Esta vez no me colocaron las esposas. No anduvimos mucho antes de introducirnos en una nueva habitación. En el interior se encontraba Lola acompañada de un hombre trajeado que rondaría los cuarenta años y que, como supuse, iba a ser mi abogado. Aunque habíamos estado juntos aquella misma mañana, en aquel momento sentí algo especial al verla. Ella avanzó hacia mí y me abrazó a la vez que me besaba.

- Juan, ¿Cómo estás?
- Bien, dentro de lo que cabe.
- ¿Cómo te han tratado?

- No tengo ninguna queja.
- Ven, quiero presentarte a tu abogado.
- Luis, este es mi prometido.

¡Que bien sonaba aquella palabra en sus labios! El abogado me tendió su mano a la vez que decía:

- ¡Hola Juan!, soy Luis Ormaechea y, si tú estás de acuerdo, seré tu abogado en este caso.
- Luis es un amigo de la familia - dijo ella - también es de origen vasco y es uno de los mejores penalistas de Buenos Aires.

Después de las presentaciones, tomamos asiento alrededor de la mesa dispuesta para ello. Luis se dirigió al agente que había quedado montando guardia en la puerta.

- Por favor, le importaría esperar al otro lado, tengo que hablar con mi cliente.

El policía dudó, pero finalmente accedió a la petición del abogado.

- Tenés quince minutos - dijo al salir.

Luis volvió a tomar la palabra.

- Bueno Juan, Lola me ha puesto más o menos en antecedentes. Dime, ¿Te han interrogado?
- Sí, hace unas horas. En España me habría negado sin estar presente mi abogado, pero aquí no sabía si era prudente.
- Has hecho muy bien, lo más probable es que sólo hubieses conseguido recibir algún golpe. Cuéntame como ha sido.
- Hice un relato del interrogatorio lo más exacto posible. Luis escuchó sin interrumpirme y cuando terminé dijo:
- Bien, no se han esforzado mucho, para ellos todo está muy claro. Solo hay una cuestión que debe cambiar.
- Tú dirás.
- Me refiero a la muerte de tu amigo Gerardo. No creo que la policía te interroge más, pero mañana, cuando comparezcas ante el juez, debes declarar que sigues pensando que a Gerardo le asesinaron. He podido echarle un vistazo al borrador del informe policial y hemos averiguado que ha sido Leticia quien puso a la policía sobre tu pista.
- ¡Esa puerca! - dije.
- Ayer se presentó y declaró que cuando se enteró de la noticia, por un diario, se sintió obligada a contar que tú le habías ido a visitar y que le preguntaste la dirección del chófer, le pareció notar que tenías algo contra él, pero en aquel momento no sospeché nada y te la dio.
- ¡Eso es mentira!, yo no le pedí ninguna dirección.
- Lo sé, Lola me lo ha explicado, pero ella es una mujer importante aquí y su declaración tiene mucho peso. Eso unido a que encontraran tu nombre escrito en la pared como si fuera un intento del muerto de acusar a su asesino, es suficiente para que la policía te crea culpable.
- Entonces crees que me procesarán.

- Sí, creo que lo harán. Se ha cometido un asesinato y ellos ya tienen su culpable. Creo que la única manera de evitar la condena será demostrar que el crimen lo cometieron otros. Esto va a ser una guerra sin cuartel entre Leticia y nosotros.
- También está el cirujano - dijo Lola - no te olvides que él ha sido el autor material de la muerte de Gerardo.
- Sí, también deberemos ocuparnos de él.
- Y ¿Cuál va a ser tu estrategia? - pregunté.
- Aún tengo que estudiar el caso más a fondo, pero creo tener una idea de cual debe ser nuestro primer paso.
- ¿Cuál?
- Cuando se lo he comentado a Lola me ha dicho que no te gustan los detectives privados.
- No me son simpáticos, pero si tú lo crees necesario me parece que en mi caso no tengo elección.
- Sí, creo que será necesario. Debemos intentar, por todos los medios, sacar a la luz los hechos que rodearon a la muerte de Gerardo, si aclaramos eso habremos aclarado también el crimen del que se te acusa. Cuando mataron a Pacheco, pretendieron matar dos pájaros de un tiro, eliminaron un cabo suelto de su primer asesinato y de paso lo prepararon para quitarte a ti de en medio, pues se dieron cuenta de tus intenciones. Sin embargo, creo que, a pesar de lo perfecto que pueda parecer su plan, cometieron un error al llevarlo a cabo, estoy seguro que un buen detective podrá atar muchos cabos, por otro lado en la muerte de tu amigo hay involucradas más personas y de una manera u otra conseguiremos las pruebas que necesitamos.

El policía que estaba fuera, entró y dijo que se había terminado el tiempo. Nos levantamos de nuestros asientos y Luis me dijo:

- Estate tranquilo Juan, nos vamos a poner a trabajar de firme.
- Gracias Luis, espero, por mi bien, que tengas suerte.

La comparecencia ante el juez se desarrolló como todos esperábamos, o sea: mal para mí. El magistrado consideró que existían indicios suficientes para mi procesamiento y asimismo y basándose en la falta de información sobre mi persona, denegó la libertad condicional bajo fianza, decretando mi prisión preventiva en tanto tenía lugar mi juicio por el presunto asesinato en la persona de Andrés Pacheco.

Aun esperándola, la noticia me dejó totalmente hundido, iba a ir a la cárcel y solo Dios, si existía, sabía por cuanto tiempo. Contra mi voluntad me había hecho la ilusión de conseguir la libertad condicional y ahora el último rayo de luz había sido cegado, ya todo era oscuridad a mi alrededor.

Antes de ser retirado de la sala, dispuse de cinco minutos para despedirme de Lola y oír los últimos consejos de mi abogado.

- Juan, vamos a hacer todo lo humanamente posible por sacarte de esto. Los detectives ya están trabajando. Ten fe y no pierdas las esperanzas.

Lola, a pesar de la entereza que había intentado demostrar, tenía los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. Fundidos en un abrazo, ambos lloramos en silencio nuestro dolor. Cuando nos separamos sentí como si me arrancaran la piel, dejando mi cuerpo en carne viva. “Te quiero”, fue lo único que me dijo. “Te quiero”, le contesté yo. Cuando ya dos agentes se acercaban, Luis dijo:

- Por lo menos no vas a salir de la ciudad, cada semana tendrás noticias nuestras. ¡Ánimo Juan!

CAPITULO VI

Acompañado por un guardián, me dirigía hacia lo que iba a ser mi hogar durante los próximos días, meses o quizás años. Antes había cumplido los trámites de rigor: Me habían tomado los datos y despojado de mis ropas civiles, después de tomar una ducha y pasar una revisión médica, más rutinaria que eficaz, me entregaron el uniforme de la prisión; un traje gris que no era la primera vez que cubría un cuerpo humano y me asignaron un número. “Apréndelo”, me dijo el funcionario y lo aprendí, pero volví a olvidarlo.

En mis brazos sostenía un par de sábanas amarillentas y una especie de almohada. Caminando tras el celador, tenía la sensación de estar soñando, de que no era yo el que estaba allí. Tan sólo una vez en mi vida y salvando las distancias, había sentido algo parecido, fue en mi incorporación a filas, el día de mi llegada al campamento, sólo que en aquella ocasión éramos muchos los que compartíamos la misma situación y ahora estaba solo, completamente solo.

Después de un pesadísimo viaje de casi 16 horas, llegamos a la estación de León cuando ya era noche cerrada. Descendimos del convoy y si durante el trayecto la algarabía fue grande, ahora el silencio era total, casi sepulcral. En los andenes, la policía militar, con sus cascos blancos, me parecieron seres de otra galaxia.

Allí mismo formé por primera vez. Lentamente, por filas, fuimos ocupando nuestro sitio en los camiones militares dispuestos al efecto, los motores se pusieron en marcha y uno a uno fueron partiendo hacia el campamento, hasta que a mí también me llegó el turno.

En el camión parecíamos prisioneros; todos con el petate entre las piernas. En los puestos más alejados, los más cercanos al exterior, dos policías militares intentaban ganarle unos minutos al sueño. Nadie hablaba todavía, cada uno se hallaba inmerso en sus propios pensamientos, lanzando furtivas miradas a los que tenían enfrente. Por sus caras podía adivinarse su estado de ánimo, la mayoría eran serias, sólo unos pocos parecían despreocupados, pero éstos también callaban.

Habría transcurrido una media hora, cuando cruzamos la entrada del campamento, recuerdo que pensé en el tiempo que pasaría antes de que volviera a cruzarla, pero en sentido opuesto. Cuando paramos fuimos introducidos en una enorme sala, que más tarde supe que pertenecía al Hogar del Soldado, donde volvimos a formar. Sólo entonces y mientras el oficial responsable consultaba sus papeles, empezaron a oírse voces aquí y allá hasta que el vocerío se generalizó pareciendo que nos encontrábamos en un mercado de abastos. Los que habíamos salido juntos desde Manresa, procuramos colocarnos cerca unos de otros, pero el gesto fue inútil, pues el oficial, un teniente creo recordar, después de ordenar silencio nos fue nombrando uno por uno indicándonos la compañía a la que estábamos destinados. Yo tuve mala suerte, pues ninguno de mis compañeros compartió mi destino, por contra me correspondió una de las compañías más nuevas del campamento.

Una vez en ella me asignaron mi litera y mi número, de éste si me acuerdo, pues era el 10, muy fácil de recordar. Después de esto, nos metimos en la cama a la espera de que sonara nuestra primera diana.

Pabellón C, celda número 22. Ya habíamos llegado. Antes, el guardián que me custodiaba me había entregado a uno de los que se encargaban de la vigilancia en aquella zona. Éste introdujo una gran llave en la puerta metálica y la abrió. En el interior había tres presos, no creí que fuese a estar tan acompañado. El guardián me dijo:

- ¡Entra! Y ya sabés: portate bien y no tendrás problemas.

La puerta se cerró tras de mí y allí quedé yo, de pie frente a mis nuevos y forzosos compañeros. Ninguno de ellos se movió de donde estaba, simplemente se limitaron a mirarme con expresión irónica, eso dos de ellos porque el otro ni siquiera me miró. El más cercano a mí tenía más o menos mi estatura, un metro setenta aproximadamente y sufría un pronunciado estrabismo, el que estaba junto a él era más bajo y algo rechoncho, tenía cara de idiota. En cuanto al tercero se veía más joven, unos veinticinco años, tenía el pelo y la piel morena y a pesar del uniforme se notaba que poseía un cuerpo atlético, no pude comprobar su estatura pues se hallaba sentado en el suelo, apoyado sobre una de las paredes y con las piernas replegadas.

La celda era demasiado pequeña para cuatro personas, algo más larga que ancha, supuse que en principio debió estar concebida para albergar sólo a dos presos. A cada lado había una litera con dos camas y en la pared del fondo, una ventana, que más adelante comprobé que daba al patio de paseo, un pequeño lavabo, una mesa y una silla. Eso era todo. Busqué la litera libre, era una de las de abajo; la de la derecha. Extendí en ella mis sábanas y me tumbé sin quitarme las zapatillas. El tipo bizco, luego supe que precisamente le llamaban así, se acercó a mí y dándome un ligero golpe en un pie, me dijo:

- ¡Eh, vos!, acá el último que llega le hacé la piltra a los demás.
- Déjame en paz - contesté.
- No te lo voy a repetir. ¡Hacé las camas!
- ¡Que me dejes en paz! - repetí elevando más la voz.

En aquel momento mi humor no era precisamente bueno y no tenía ganas de que nadie me tocara las narices; quería estar tranquilo. El bizco pareció hacerme caso y se dio la vuelta, pero de pronto, él y cara de idiota se lanzaron sobre mí. Intenté resistirme, pero fue inútil, me habían sorprendido y finalmente, entre ambos, consiguieron dominarme. Me tumbaron boca abajo y juntándome las muñecas con los tobillos me ataron con una de las sábanas, por último me introdujeron un asqueroso pañuelo en la boca que a punto estuvo de hacerme vomitar, pero el miedo a ahogarme con mis propios vómitos me hizo controlar mi asco. Cara de idiota dijo:

- Así sabrás quien manda acá.

Las ligaduras no me hacían daño, pues la sábana era gruesa, pero la postura era muy incómoda y al poco rato ya me dolían casi todas las articulaciones. El otro preso permaneció impasible, limitándose a cambiar ligeramente su postura, durante unas décimas de segundo nuestras miradas se cruzaron, pero su rostro no reflejó la más mínima emoción.

Debía llevar más de una hora en aquella situación y el dolor empezaba a ser insoportable, sobre todo en la boca. Afortunadamente para mí, ocurrió algo que me libró de mi tortura. De pronto empezó a oírse ruido en el pasillo, parecía que estaban abriendo las celdas. El sonido fue acercándose hasta que finalmente la llave sonó en la cerradura de la nuestra. Desde fuera alguien gritó:

- ¡Vamos, todos fuera, junto a la puerta!
- Debe ser otro registro - dijo el bizco apáticamente.
- Y ¿Este qué? - preguntó el otro señalándome.
- ¡Que se muera! - contestó y salió fuera.

El otro preso, el moreno, se puso en pie lentamente, pude comprobar entonces que era algo más alto que yo, y se dirigió al exterior. Al pasar junto a mí dijo:

- ¡Enhorabuena chico!

No entendí lo que quiso decir, pero no tuve oportunidad de preguntárselo, al menos en aquel momento. Al cabo de unos instantes pude oír como un guardián preguntaba por mí.

- ¿Dónde está el nuevo?
- Se quedó dentro - contestó el bizco.

El guardián se asomó con cara de pocos amigos y al verme gritó:

- ¿Qué cojones pasó acá?
- Se puso gallito - dijo ahora cara de idiota.
- ¡Vos, marica de mierda, desátale!

El aludido entró como un rayo y en menos de un minuto me desató. De buena gana le hubiera dado un puñetazo en aquella cara de estúpido; pero sabía que no me convenía hacerlo y me contuve. Me quité el pañuelo y me senté en la cama tratando de desentumecer mis miembros, pero el guardián entró y , con una porra de madera, me dio un fuerte golpe en el brazo que me produjo un vivo dolor.

- ¡Fuera! - gritó.

Por lo visto allí nadie se andaba con miramientos. El bizco tenía razón, estaban realizando un registro. Con el tiempo tuve ocasión de comprobar que aquello tenía lugar con bastante frecuencia. Después del registro no volvimos a la celda, de lo cual me alegré, la hora del paseo estaba cerca y decidieron mandarnos al patio. Habían dos horas de paseo al día: una por la mañana de 11 a 12 y otra por la tarde 5 a 6. En fila de a uno fuimos descendiendo hacia el piso inferior donde se hallaba la puerta que daba acceso al patio. Este era una plaza cuadrada, cerrada en tres de sus lados por las fachadas del propio edificio y por un alto muro, rematado por una alambrada, en el cuarto. Adosado a este había una torre de vigilancia en la que podía verse un guardián a cargo de una ametralladora de respetable calibre, a juzgar por las apariencias. En el recinto, dos porterías daban forma a un rudimentario campo de fútbol en el que algunos presos ya evolucionaban en torno a un balón que no supe ver de donde había salido. Había también, en el patio, varios árboles que no pude identificar, lo cual no es de extrañar dado mi limitado conocimiento en esa materia. Bajo uno de ellos, fumando un cigarrillo, se encontraba mi silencioso compañero de celda. Me acerqué hacia él.

- ¿Qué has querido decir antes, en la celda? - le pregunté al llegar a su altura.

El preso me miró, dio una calada a su cigarrillo y después de expeler el humo, me contestó con otra pregunta.

- ¿Es la primera vez que estás en la cárcel?
- Sí.
- Has sido un imprudente.
- ¿Por qué?
- Nunca debes enfrentarte a alguien sin saber antes de quien se trata.
- Estaba un poco nervioso.
- Los nervios son malos consejeros.

- ¿Lo dices por experiencia?
- Eso no te importa, es algo que se aprende pronto.
- Tú no eres argentino, ¿Verdad? - pregunté.
- No, soy español.
- Yo también - dije con alegría.
- Sí, catalán, ya lo sé.
- ¿Y cómo lo sabes?
- Las noticias vuelan en la cárcel.

Aquel hombre era poco hablador, eso estaba claro, pero mi instinto me dijo que debía intentar conseguir su amistad, después de lo ocurrido, mis otros dos compañeros de celda no me merecían ninguna confianza.

- Me llamo Juan - dije tendiéndole mi mano.

El ignoró mi gesto; pero respondió:

- Yo soy Julio, aunque aquí a nadie le llaman por su nombre, tú, por ejemplo, ya eres el catalán.

Era la primera vez que alguien me llamaba así y me sonó extraño.

- Y ¿A ti cómo te llaman?
- Ya te enteraras, no te preocupes.
- Dime por lo menos quienes son aquel par de bestias.

Por un momento pareció que iba a cortarme; pero finalmente accedió a mi petición.

- Al más alto le llaman el bizco, muy original, si lo sabes tratar no es peligroso. Dale tabaco o unos pesos de vez en cuando y no te molestará.
- Eso es lo que haces tú.
- A mí no se atreve a molestarme.
- ¿Por qué?
- Porque me tiene miedo.

No quise insistir en el tema y pregunté:

- ¿Y el otro?
- Por ese no debes preocuparte, es un desgraciado, hace todo lo que el bizco le manda y solo no es más que una rata cobarde.
- ¿Cómo le llaman?
- Tiene un nombre muy apropiado: lameculos, el mismo bizco se lo puso.
- Puede que el nombre fuese muy apropiado, pero para mí seguiría siendo cara de idiota.
- ¿Cuánto tiempo llevas aquí?
- ¡Oye!, preguntas demasiado. Mira, aquí hay más de uno español. ¿Por qué no te largas y procuras conocer alguno?
- ¿Y tú?
- ¿Yo qué?
- Que también eres español y además mi compañero de celda. ¿No puedo conocerte a ti?
- A mí me va muy bien solo.

- Yo también soy un solitario, pero a veces va bien tener alguien con quien hablar.
- Mira, no me fastidies más, lárgate y olvídate de mí.

Dijo esto y sin esperar a que yo me marchara se marchó él. Julio no parecía muy dispuesto a entablar amistad conmigo, pero no me desanimé por ello y pensé que seguiría intentándolo, oportunidades no habrían de faltarme.

El resto del tiempo lo ocupé en observar a los presos. Había allí un amplio muestrario del género humano masculino. Tipos de todas clases: rubios, morenos, pelirrojos e incluso algún negro. Había algunos presos imberbes que por su aspecto mejor habrían estado en el patio de un colegio que en el de una cárcel. Otros, por el contrario, parecían hechos para estar allí, con sus terribles caras y un aspecto que daba miedo sólo de verlos. Ninguno de ellos se acercó a mí. Durante mi observación pude ver al bizco; era uno de los que corría tras el balón, aunque lo más probable es que lo viera cuadrado. A su lado corría siempre cara de idiota, parecía un perrillo faldero.

Transcurrido un tiempo, sonó un silbato en el patio, los presos empezaron a formar en filas con evidente desgana. Observé que siempre había que ocupar el mismo lugar y uno debía aprender pronto su sitio si no quería recibir un golpe con aquellos bastones de madera que usaban los guardianes y que tan dolorosos eran. Pude comprobar que estos tenían la fea costumbre de golpear en los codos y rodillas donde el dolor era aún más intenso.

De regreso en la celda, seguí el consejo que me había dado Julio y me acerqué al bizco.

- ¡Oye bizco!
- ¿Quién te dijo mi nombre? - contestó violentamente.
- Nadie, he oído como te lo decían. Mira, antes estaba un poco nervioso, no quiero tener problemas contigo. Toma, acepta esto como símbolo de amistad.

Le entregué la mitad de los pesos que tenía. El dinero en la cárcel estaba prohibido, excepto en una pequeña cantidad, aunque la verdad es que los guardianes no eran muy estrictos con eso y hacían la vista gorda, probablemente porque ellos también resultaban beneficiados de vez en cuando. El bizco aceptó el dinero y sonrió mostrando una dentadura amarillenta y desigual.

- Eso está mejor. ¿Un faso? - dijo.
- No gracias, no fumo.
- Yo sí, recordalo.

Julio, sentado a horcajadas sobre la silla, me dedicó una leve sonrisa burlona que yo, cómplicemente, le devolví.

El tiempo en la celda se hacía interminable. El bizco, por algún privilegio especial conseguido, llevaba un reloj de pulsera y tenía la costumbre de ir cantando las horas como si fuera un reloj de cuco parlante: las treece, las catooorce, lo que hacía que a mí se me hicieran más largas aún.

Durante los días siguientes, fui amoldándome, poco a poco, al ritmo de vida de la cárcel. Pude comprobar que allí se dormía mucho, cara de idiota era un verdadero experto, era capaz de dormir hasta 16 horas diarias. Se pasaba el día tumbado en la cama roncando como un oso, de vez en cuando el bizco le obsequiaba con una fenomenal patada en el culo, pero el otro se limitaba a cambiar de postura y a los cinco minutos ya volvía a roncar. A veces, durante horas, éste era el único sonido que se escuchaba en la celda. El bizco, aunque menos, también dormía bastante, pero aún en esos momentos seguía cantando las horas, como si dispusiera de un mecanismo automático imposible de detener, sólo durante las noches dejaba de cantarlas.

Cuando no dormían, su tema preferido de conversación, a parte de las mujeres, era el fútbol. En el último mundial, celebrado precisamente allí, la selección argentina se proclamó campeona del mundo y en aquel país el deporte del balón, debidamente auspiciado por el gobierno, se había convertido poco menos que en un tema de interés nacional. En cuanto a Julio raramente se tumbaba en la cama, prefería sentarse en el suelo, tal como lo vi la primera vez. Con las piernas recogidas y los brazos sobre las rodillas, dejaba caer sobre ellos la cabeza, permaneciendo en aquella postura horas enteras sin realizar más que pequeños movimientos de vez en cuando. Nunca supe si en esos momentos dormía o simplemente pensaba. Más raramente, aún, se le oía hablar, alguna vez preguntaba al bizco por los últimos rumores de la cárcel, el bizco siempre estaba informado de todo lo que ocurría, o le pedía un cigarrillo que el otro le entregaba sin rechistar, era evidente que le temía.

Yo no había vuelto a abordarle desde nuestra conversación del primer día en el patio. Sin embargo, tuve ocasión de entrar en contacto con otros reclusos, entre ellos un español. Se traba de un extremeño pelirrojo de cara simpática y pecosa que se pasó la hora de paseo contándome su historia y maldiciendo de su mala estrella. Estaba allí por haber robado un banco, el robo le había salido a la perfección, pero en su precipitada huida en automóvil, fue a estrellarse, precisamente, contra un coche de la policía. Estaba convencido de que Dios le odiaba. Según él, los pelirrojos son descendientes directos de Lucifer, en un principio eran completamente rojos, pero con el tiempo fueron perdiendo color hasta llegar a ser como son en la actualidad, ese era el motivo de que Dios odiara a todos los pelirrojos. Pensé para mi coleteo que tarde o temprano acabaría en un manicomio y en adelante traté de evitarlo en lo posible, por si la locura era contagiosa en aquel lugar.

Al tercer día fue Julio quien me abordó a mí. Me encontraba sentado en uno de los bancos de piedra que había en el patio, observando el inevitable partidillo de fútbol, cuando una voz dijo tras de mí.

- Parece que realmente eres un tipo solitario.

Me volví para ver a mi interlocutor, aunque ya sabía que era él. El sol, sobre su cabeza, me hirió en los ojos obligándome a colocar la mano sobre ellos a modo de pantalla.

- No suelo mentir - respondí.

Julio saltó el banco con extraordinaria facilidad y se sentó todo lo alejado de mí que el asiento le permitió.

- He visto que aprendes deprisa.
- Siempre he creído en un refrán que dice: "Donde fueres haz lo que vieres".
- Un refrán muy aconsejable.
- Dime Julio. ¿Por qué estás aquí?

En realidad, ya lo sabía, el pelirrojo me lo había contado sin que tuviera que rogarle mucho para ello, también me había dicho el nombre por el que Julio era conocido: el valiente. De todas formas, quise saber si él me lo diría.

- Es a es una pregunta que no debes hacer, a algunos no les gustan esa clase de preguntas.
- Lo siento, no lo sabía.

Julio emitió una corta risa y dijo:

- De todas maneras, es igual, aquí nadie pregunta, pero todo el mundo sabe por qué están aquí los demás. ¿Ves aquel tipo, aquel gigante que habla con el guardián?
- Sí. - era imposible no verle, debía medir cerca de dos metros.
- Se cargó a toda su familia; la mujer y cuatro hijos. Pensaba suicidarse, pero a la hora de la verdad le entró miedo y decidió que era mejor estar en la cárcel que muerto. Si le preguntaras por qué está aquí te mataría con sus propias manos.

Desde el principio hablaba sin mirarme, tenía los brazos apoyados sobre las rodillas y el cuerpo inclinado hacia adelante, en actitud pensativa. Tras un breve silencio siguió hablando.

- Yo estoy aquí porque maté a un hombre.

Me di cuenta de que, por alguna desconocida razón, Julio estaba mucho más comunicativo que de costumbre y aproveché la ocasión.

- ¿Por qué lo hiciste?, si puede saberse.

De nuevo hizo una pausa antes de hablar.

- Sí, ¿Por qué no? Era un macarra de mierda. Yo tenía una amiga, era una de sus putas, pero la quería de verdad. Aquel hijo de perra se enteró que se había liado conmigo y le dio tal paliza que la mató. La policía le detuvo, pero yo me presenté en su juicio y allí mismo le rajé su asquerosa barriga. Aquí me respetan por eso y algunos, como el bizco, hasta me temen.

Mientras decía esto, su rostro se había ido ensombreciendo hasta quedar sumido en sus propios pensamientos. Yo respeté su silencio, me daba cuenta que el recuerdo de aquella mujer debía atormentarle mucho todavía. Al cabo de unos minutos volvió a decir:

- Por lo que sé, tú tampoco eres manco.
- Yo soy inocente, jamás he matado a nadie.
- Te creo, no tienes pinta de asesino.
- ¡Gracias!, ¡Ojalá fueses tú el juez!

El sonido del silbato vino a interrumpir nuestra conversación, sin embargo, a partir de aquel día, nuestra relación cambió, había conseguido mi propósito de que Julio me aceptara, sino como amigo, al menos sí como compañero.

- Te lo juro lameculos, aquella era la mina más boluda que jamás conocí. Tenía unas tetas como balones de reglamento y unos pezones más gordos que mis pulgares.
- ¿Te la jodiste?
- ¡Te voy a partir la cara!, ¡Claro que me la jodí! Follaba como ninguna, pero su especialidad eran las mamadas, la chupaba de una manera que sólo de pensarlo se me pone tiesa como un palo.

Cara de idiota que, como casi siempre estaba tumbado en la cama, sacó su pene y empezó a masturbarse sin contemplaciones.

- ¡Dale bizco!, contá más cosas - jadeó.
- Lo siento se acabó el repertorio.

- No seas cabrón, ahora que estoy lanzado.
- ¡Que te folle un negro, lameculos! Hacete vos mismo la historia.

Realmente estaba lanzado pues continuó meneándose a toda velocidad hasta correrse encima de las sábanas. Si alguna vez conseguía un trabajo en la penitenciaría procuraría que no fuese en la lavandería. Debo reconocer que, muy a pesar mío, mi sexo también se hinchó bajo los pantalones oyendo la historia del bizco. Hacía mucho tiempo que no gozaba de una mujer y eso se dejaba notar.

Cuando hubo terminado, cara de idiota se levantó dirigiéndose hacia el lavabo con la clara intención de lavársela allí mismo. Julio, que hasta entonces había permanecido callado en su posición habitual, se levantó de un salto y cogiéndole por las solapas, con ambas manos, lo empujó contra la pared.

- ¡No te atrevas a poner ahí esa mierda! - gritó - Estoy harto de que hagas tus porquerías en la celda, si vuelves a intentarlo te corto los huevos.

Acompañando sus palabras, extrajo una navaja del bolsillo y apoyó la hoja en la zona amenazada. No entendía como no se la habían visto en el último registro, luego me explicó que en esos casos la ponía en una de sus zapatillas, si la cosa no era muy seria los guardianes nunca miraban allí, era una especie de pacto. Cara de idiota chilló como una rata.

- ¡Bizcooo!
- Sos un imbécil, te merecés que te los corte - dijo el aludido. Después de guardar la navaja, lo lanzó contra la litera, que retrocedió unos centímetros por el impacto, y volvió a sentarse como si nada hubiera pasado. Desde luego cara de idiota no volvió a masturbarse en la celda.
- Hoy nos vamos de putas - dijo Gerardo.
- Yo no - le respondí.
- Pero ¿Qué te pasa? ¿Qué tiene eso de malo?
- Que no me gusta, eso tiene de malo.
- ¡Vamos Juan!, no seas tan remilgado. ¿Desde cuándo no echas un polvo?
- Eso es igual, cuando voy con una mujer no me gusta tener que pagarle.
- Sí, ya sé, la última vez fue cuando nos enrollamos aquellas tías en la discoteca, de eso hace un mes. ¿Qué pasa, eres de piedra o es que tienes una amiguita por ahí?
- No, no tengo ninguna amiguita, pero las putas no me gustan, eso es todo.

En aquel momento Sandra llegó de la calle.

- Hombre, ya está aquí la princesita - dijo Gerardo irónicamente.
- ¡Déjame en paz Gerardo!, no tengo ganas de bronca.
- ¡Oh, perdón!, no faltaba más, majestad.

Sandra se fue directamente a su habitación, sus relaciones con Gerardo estaban ya muy deterioradas y no pasaría mucho tiempo antes de que se marchara definitivamente.

- ¿Sabes? - dijo él - es una pena que a Sandra no le vaya la marcha, la verdad es que está un rato buena.
- ¡No seas cerdo!, Sandra es nuestra amiga - dije irritado.

- No te pongas así hombre, era una broma.
- Pues es de muy mal gusto.
- Está bien, usted perdone. ¡Oye!, por lo menos acompáñame a una barra americana, nos tomamos un par de cubatas y luego nos vamos a una disco a ver si cae algo - insistió.
- Muy bien, de acuerdo - dije - pero si te enrollas demasiado yo me largo. ¿Entendido?
- Sí señor - dijo saludándome militarmente.
- Vamos a entrar aquí, no he estado nunca, a ver que tal es.

Entramos. El local era como la mayoría de los locales de ese tipo: una larga barra de acero inoxidable y al fondo, donde ésta terminaba, una especie de reservado con sillones y mesas bajas donde un par de clientes bebían champán con dos de las camareras. Tubos de luz ultravioleta creaban el ambiente apropiado. En la barra sólo había un cliente que charlaba animadamente con las dos únicas chicas que la atendían.

Tomamos asiento en los altos taburetes y al instante una de ellas, una negra exuberante de grandes pechos y melena rizada, se dirigió hacia nosotros. Llevaba un modelito de dos piezas: sujetador y una minúscula faldita, de charol rojo brillante que contrastaba perfectamente con su piel marrón. Completaba el atuendo con diversas joyas: unos grandes aros en las orejas que hacían juego con la gargantilla que lucía en su cuello, anchos brazaletes en las muñecas y en la cintura desnuda, una gruesa cadena de la que colgaban diversas medallitas. Debían ser de bisutería fina, pues daban muy bien el pego.

- ¡Hola guapos!, Habéis venido a verme? - dijo con voz melosa.
- ¿Cómo lo has adivinado? - contestó Gerardo.
- Intuición femenina. ¿Qué vais a tomar pichoncitos?
- Ponnos un par de cubatas de Larios.
- ¿Puedo servirte algo, cariño? - dijo dirigiéndose a Gerardo.
- Claro que sí, preciosa.
- Tomaré un whisky. ¿Está bien?
- Perfectamente.

La camarera se alejó y al poco regresó con las bebidas, quedándose con nosotros.

- ¿Cómo te llamas? - preguntó a mi amigo.
- Las chicas que me conocen me llaman el Cid Campeador.
- ¡Uy! ¡Qué bestia debes ser!
- Yo me llamo África, así hace juego - rió su gracia - ¿Y tú, guapito? ¿Cómo te llamas?
- Juan.
- Eres muy serio.
- No le hagas caso, es un poco tímido - dijo Gerardo.

La chica, que no era tonta, se dedicó a partir de entonces a alternar con Gerardo, olvidándose de mí. Al poco rato, entró en la barra, por una puerta lateral, una señora algo mayor, que dirigiéndose a la camarera le dijo:

- Allí dentro tienes la comida.
- Tráemela aquí, ahora estoy con estos amigos.

La mujer se fue y Gerardo preguntó:

- ¿Es qué no has comido aún?

- No tengo hambre, pero el jefe me obliga a comer, aunque sea poco.
- Y si comes tan poco ¿De dónde sale eso? - dijo señalándole los pechos.

La chica dio un paso hacia atrás y en un rápido movimiento soltó el cierre que unía el sujetador por delante. La pieza se abrió impulsada por la presión de los enormes globos, que a duras penas lograba contener, y los pechos, grandes y tiesos, quedaron desnudos a la altura de nuestros ojos.

- Esto - dijo apretándolos con ambas manos - es un regalo de la naturaleza. ¿Te gustan?

No había duda de que aquella putilla conocía muy bien su oficio. A Gerardo se le saltaban los ojos, pero antes de que pudiera reaccionar, la camarera volvió a abrochar el sujetador.

La mujer que entrara antes, volvió entonces trayendo en sus manos un plato donde sólo habían un par de filetes de merluza a la plancha, acompañados de un poco de lechuga.

- ¿Quieres dármelo tú?, cariño - le dijo a Gerardo.

El no se hizo rogar y empezó a darle trocitos de merluza con un tenedor que ella chupaba voluptuosamente. La cosa continuó hasta que la morena se hubo terminado toda la comida. Para entonces, Gerardo pidió su tercer cubalibre. Mientras ella lo preparaba, le dije:

- Dijiste que tomaríamos dos cubatas y nos iríamos.
- Vete tú, si no me tiro a esta tía me va a dar algo.

Por fin era sábado, día de visita. La noche anterior apenas pude dormir pensando que al día siguiente vería a Lola, también esperaba con impaciencia las noticias que pudiera traerme mi abogado Luis.

El horario de visitas era de diez a doce de la mañana, repartido en cuatro turnos, por lo que cada interno disponía de media hora para estar con sus familiares, abogados o amigos.

A las diez menos cinco la puerta de la celda se abrió y el guardián de turno dijo:

- Dale bizco, tu mina te espera.

El bizco se puso en pie y se dirigió a la puerta. Al llegar a ella, entregó al guardián un cigarro puro que éste guardó en uno de sus bolsillos. Como ambos se marchaban, me acerqué y pregunté:

- ¡Oye negro! - así llamábamos al guardián - ¿Es que yo no tengo visita?
- Sí, pero tenés el tercer turno.

Eso significaba una hora más de espera. Me volví para dentro y me acerqué a Julio.

- ¿Tú no esperas visita? - le dije.
- No tengo a nadie ahí fuera.
- ¿Ni siquiera algún amigo?
- Esos hace tiempo que dejaron de venir.

Julio llevaba tres años encarcelado y estaba condenado a cadena perpetua, era el único de la celda que lo estaba, al menos de momento, yo quedaba aún a la espera. Sobre el lavabo, sujeto con algunos chicles, había un trozo de espejo donde me observé intentando mejorar mi aspecto en lo posible. Me afeité, me peiné y me puse agua de colonia. Todo lo necesario me lo

había hecho llegar Lola el mismo día de mi ingreso en prisión. Bajo las literas había unos cajones de madera, uno para cada preso, donde cada cual guardaba sus objetos personales de aseo y otros que estuvieran más o menos permitidos. Debían permanecer siempre abiertos, sin embargo, no era frecuente que alguien tocara en el cajón de otro; las propias normas de los reclusos castigaban eso duramente. En una ocasión, pude observar como un preso que había robado comida a un compañero de celda, era obligado a pasar corriendo entre dos largas filas de reclusos. Mientras corría, los que las formaban le golpearon salvajemente con piernas y brazos. Los guardianes asistieron al castigo sin intervenir, limitándose a controlar que el correctivo no excediera los límites.

Finalmente llegó la hora de mi turno, el bizco debía haber vuelto mucho antes, pero cuando el guardián vino a buscarme, aún no había regresado, era evidente que gozaba de algunos privilegios. Junto a otros reclusos fui conducido hacia el ala este de la penitenciaría donde se encontraban las salas de visita. Me di cuenta de que estaba un poco nervioso.

La sala era una gran habitación alargada, dividida en dos partes por una ancha mesa que corría a todo lo largo de ella.

A un lado se colocaban los presos y al otro los visitantes. No había cristales para separarlos, sino una especie de alambrada que permitía ver con facilidad a los que estaban al otro lado. Entre preso y preso no existía ningún tipo de separación artificial, por lo que la intimidad era prácticamente nula, era necesario, incluso, elevar algo la voz para poder entenderse.

Cuando entramos, los visitantes ya se hallaban sentados en un banco de madera que, al igual que el nuestro, corría a lo largo de toda la mesa. Lola y Luis se encontraban allí y cuando me lo permitieron, fui a sentarme frente a ellos. Lola estaba preciosa, hacía cinco días que no la veía y ahora al tenerla de nuevo ante mí, sentía lo mismo que la primera vez, más teniendo en cuenta que se había vestido igual que en aquella ocasión: los vaqueros ceñidos y la camiseta verde pálido.

- ¡Hola Juan! ¿Cómo estás? - dijo colocando su mano sobre la red metálica.

Yo coloqué la mía al otro lado y el contacto de su cálida piel a través de los alambres, me reconfortó enormemente.

- Estoy bien.
- ¿Cómo han sido estos días? ¿Tienes algún problema?
- No, al principio fue un poco duro, pero ya voy acostumbrándome.
- ¿Qué tal comes?
- Mal, ¿Para qué voy a engañarte? La comida es sencillamente horrible.
- Te he traído un paquete con algunas provisiones, me han dicho que luego te lo entregarán. Te he traído también un libro y algo de dinero, está puesto entre sus páginas, espero que los carceleros no se lo queden si lo ven.

Luis, que después de saludarme nos había dejado hablar, intervino ahora.

- Perdonad que os interrumpa, pero hay poco tiempo y quiero ponerte al corriente de como va todo.
- Adelante - dije - te escucho.

Luis empezó a hablar, aunque yo continué mirando a Lola cuya mano seguía sobre la mía a través de nuestra forzada separación.

- -Bueno Juan, las cosas están así: Los detectives están trabajando en dos frentes: por un lado investigan la muerte de Gerardo y por el otro la de Pacheco. En cuanto a lo primero, hemos hecho algunos progresos: han averiguado la identidad del anestesista y también la del resto del equipo que intervino en la operación. De momento sólo hemos localizado a una de las enfermeras que continúa trabajando en el mismo centro. Los otros, por un motivo u otro, ya no se encuentran en Buenos Aires. Ahora están trabajando en localizarlos, sobre todo al anestesista que parece haber desaparecido extrañamente. Respecto al segundo, la cosa está más difícil, hemos hablado con la hermana y con el vecino de Pacheco, pero, ni uno ni otro, parecen dispuestos a colaborar. El detective cree que es posible que hayan sido amenazados y tengan miedo, están investigando por si hay alguna manera de obligarlos a hablar.

Por otro lado, yo también estoy trabajando, me he puesto en contacto con un abogado en Barcelona, le he pedido que reúna toda la documentación que pueda enviarme sobre ti: certificado de penales, informes y otros documentos que me puedan servir para solicitar, ante el juez, la revisión de tu libertad condicional. Creo que en un par de semanas o tres, como máximo, estaré en condiciones de hacerlo.

- -Te agradezco mucho el interés que te estás tomando.
- -No tienes nada que agradecer, mi obligación es sacarte de aquí lo antes posible, si puede ser para siempre y eso es lo que pienso hacer.

Luis me pidió entonces algunas informaciones sobre mi vida en España: empresas en las que había trabajado, conocidos que pudieran responder por mí y otros detalles. Luego le pedí a Lola que se pusiera en contacto con Sandra, ya hacía mucho tiempo que no recibía noticias mías y debía estar preocupada. También le pedí que hiciera lo mismo con mis padres, no sabía si habrían recibido ya mi carta, pero creí que era mejor que conocieran mi situación actual. Únicamente le dije que no les contara el verdadero motivo de mi detención, que inventara algo que no fuera tan grave, pensé que no hacía falta alarmarlos de momento, cuando se celebrara el juicio, si todo iba mal, ya habría tiempo de hacerlo y si salía bien, les habría ahorrado muchos sufrimientos.

El tiempo de visita terminó y de nuevo se hizo necesaria la despedida.

- Ciao Juan, hasta el sábado. Te quiero.
- Yo también te quiero. Adiós.

Al salir, un guardián me entregó el paquete y el libro que Lola me había traído. De regreso en la celda me eché sobre la cama y miré su contenido. Había allí un bote de leche condensada, otro de mermelada de melocotón, café soluble, conservas de varias clases, galletas y una especie de bizcocho envuelto en papel de celofán. Había también una pastilla de jabón, cuchillas y espuma de afeitar y un botecito de agua de colonia. El libro era una novela de Hemingway: “Por quién doblan las campanas”, ya lo había leído, pero hacía mucho tiempo y ya no lo recordaba muy bien, me iba a ser de gran ayuda. Busqué entre las páginas y encontré el dinero, no faltaba ni un peso, la cantidad excedía, con mucho, la permitida, pero la cuestión es que allí estaba. Lola siguió utilizando ese método para hacerme llegar el dinero y nunca hubo problemas, claro que, siguiendo el consejo de Julio, los guardianes encargados de revisar los paquetes, recibieron siempre su recompensa.

Guardé todo en mi cajón, excepto el bote de mermelada, y dije:

- ¿Alguien quiere?

El bizco y cara de idiota se acercaron hacia mí.

- ¿De qué es?
- De melocotón.

Los dos rebuscaron en sus cajones de donde sacaron unas cucharas de plástico, las metálicas estaban prohibidas.

- ¿Tienes una para mí? - le dije al bizco.

Éste, volvió a rebuscar en el cajón y sacó otra cuchara que me entregó diciéndome que podía quedarme con ella.

- ¿Tú no quieres? - le dije a Julio.
- No gracias, prefiero no acostumbrar mal a mi estómago, luego es más difícil tragar la porquería que nos dan.

No le faltaba razón, pero un bote de mermelada era una tentación demasiado grande como para despreciarla. Poco a poco, las cucharas fueron retirando la mermelada hasta que el bote quedó totalmente vacío. En la boca me quedó un empalagoso dulzor y saqué un paquete de galletas, tal vez habría sido mejor comerlas junto con la mermelada, pero de todas maneras el paquete desapareció en poco tiempo, Julio tampoco las probó. El banquete no había hecho más que empezar; el bizco también había recibido un paquete y sacó unas latas de conserva: sardinas en aceite, calamares en salsa americana y otra de una especie de carne que cuando la comí, comprobé que era muy sabrosa. Luego sacó una navaja, el también tenía una, y las abrió, tenía mucha práctica haciéndolo.

- Necesitamos pan. - dijo - ¡Lameculos! Dame guita.

El otro metió la mano en su pantalón, guardaba el dinero, muy dobladito, en los calzoncillos.

El bizco lo cogió, se acercó a la puerta y golpeándola con la mano gritó:

- ¡Negro!, ¡Negro!

Al momento, el guardián apareció.

- ¿Qué pasó?
- Queremos pan; un par de bollos.
- Ya sabés el precio.

El bizco le entregó el dinero y el negro desapareció. Al cabo de diez minutos volvió con los dos bollos. Aquella mañana el rancho de la prisión fue a parar al desagüe del lavabo. En la penitenciaría había un comedor colectivo, pero debido a un incidente ocurrido tiempo atrás, las comidas eran servidas en las celdas hasta nueva orden.

Aquella mañana, en el patio, había un movimiento inusual. Los presos se arremolinaban formando corrillos, ni si quiera había nadie jugando al fútbol. Los corros se hicieron tan evidentes que varios guardianes irrumpieron en el patio haciendo sonar sus silbatos mientras gritaban:

- ¡Vamos, dispérsense!, ¡Dispérsense!

Poco a poco, empujados y golpeados por los guardias, los reclusos se fueron dispersando. Sin embargo, aunque en menor grado, las conversaciones continuaron.

Yo, que no sabía a que era debido aquello, me acerqué a Julio que fumaba bajo su árbol preferido y le pregunté:

- ¿Qué es lo que ocurre?
- Ha habido un intento de fuga.
- ¿Se han fugado?
- No, los han pillado, uno de ellos ha muerto.
- ¿Cómo ha sido?
- Han intentado escapar en el camión que trae el pan. Se las han arreglado para reducir a un guardián y a los repartidores y han intentado salir con el vehículo, pero en la puerta uno de los centinelas ha reconocido a un preso. Estos han intentado salir a la brava, pero el guardián ha disparado matando al conductor y los otros se han entregado.
- ¿Cuántos eran?
- Cuatro.
- ¿Hay muchos intentos de fuga?
- Varios cada año, pro desde que estoy aquí sólo uno ha tenido éxito. Fue un hombre solo, por eso lo logró.

En los días que llevaba allí ese tema no se me había pasado por la cabeza. Creo que el motivo era que mi subconsciente no aceptaba la idea de pasar encarcelado el resto de mi vida. Pensaba que tendría que pasar allí algunos meses, pero no más. Sin embargo, la amarga realidad era que existía la posibilidad de que aquello ocurriera. Me pareció que por la mente de Julio desfilaban parecidas ideas que por la mía.

- ¿Has pensado alguna vez en fugarte? - le pregunté.

El pareció dudar antes de contestar, pero finalmente dijo:

- No pienso en otra cosa.
- ¿Cómo lo hizo el que lo consiguió?
- No se sabe muy bien, hay muchas versiones, tantas que no sé cual es la verdadera, si es que alguna lo es.
- Si a mí me cayera tu condena, también pensaría sólo en eso.
- Muy bien, creo que entre dos también se podría conseguir.

Acabábamos de firmar un pacto, así se hacían los pactos en la cárcel; sin papeles, sin contratos ni si quiera con demasiadas palabras, sólo las justas.

- ¡Las ooocho! - cantó el bizco.
- ¡Oye! ¿Qué te pasa?, normalmente no empiezas hasta las nueve - le dije.
- Sí, pero hoy es un día especial, catalán.
- ¿A sí?, ¿Qué pasa, es la fiesta mayor de la penitenciaría?
- ¿No me digás que no lo sabés?
- Pues no, no lo sé.

El bizco y cara de idiota prorrumpieron en una enorme carcajada.

- ¡Ya está bien! - dije enfadado - ¿Por qué no me lo explicas en vez de reírte tanto?
- Hoy se puede joder, catalán. Siempre que tengas una mina que quiera hacerlo contigo, claro - y siguieron riendo.

El día uno y el quince de cada mes, los internos podían recibir la visita de sus mujeres o novias. Disponían de media hora para estar con ellas en intimidad y realizar el acto sexual. Todo un detalle, pensé, aunque a mí eso, de momento, no me afectaba. Eso pensaba yo, pero estaba equivocado.

El bizco acababa de cantar la diez de la mañana cuando el negro abrió la puerta de la celda.

- ¡Dale bizco!, como siempre tu mina no falla.
- Y que no se le ocurra - sentenció él.
- Tu también, catalán - añadió el negro.
- Me quedé sorprendido.
- ¿Yo?, ¿Seguro que no te confundes de preso?
- Seguro, pero si quieres le llevo a otro, a lo mejor hasta me lo agradece - dijo riendo como un caballo.

Mientras el negro nos conducía por la galería, yo iba meditando en el motivo por el que Lola había venido a visitarme en aquel día, finalmente llegué a la conclusión de que sencillamente había aprovechado la ocasión para que pudiéramos estar un rato a solas, sin las molestias de las visitas normales. De nuevo me estaba equivocando.

Me introdujeron en una habitación cerca de las salas de visita, su tamaño era aproximadamente la mitad de mi celda y no tenía ventanas ni en la pared ni en la puerta, era totalmente ciega. Una sencilla bombilla de 25 vatios era toda la iluminación existente. Había allí una cama, algo más grande que las literas, una silla y una especie de bidet. Todo estaba bastante limpio, incluso las sábanas que vestían la cama. Me senté sobre ella y esperé. Habrían pasado unos diez minutos cuando la puerta se abrió, allí estaba Lola acompañada por un guardián, este me guiñó un ojo y salió cerrando de nuevo. Ella se quedó allí, en la puerta, hasta que sus ojos se acostumbraron a la escasa iluminación.

- ¡Hola Juan! - dijo.
- ¡Hola! - le contesté.
- ¿Sabes para qué he venido?
- No estoy muy seguro, los presos me han dicho algo.
- He empezado a tomar la píldora, pero hoy tendrás que ponerte esto.

En su mano había aparecido un preservativo. Lola intentaba mostrarse natural, pero se notaba que estaba algo nerviosa, yo también lo estaba. Ella y yo habíamos tenido nuestros escauceos amorosos, pero no habíamos hecho nunca el amor, ni si quiera habíamos hablado de ello. No sabía que le había hecho tomar aquella decisión, pero me alegré, porque la deseaba con todas mis fuerzas. A pesar de ello continué sentado en la cama sin moverme, dejando que ella tomara la iniciativa, no quería actuar de manera que pudiera cohibirla; que fuera ella quien marcara el paso.

Lola llevaba una blusa blanca, abotonada por delante y una falda ancha, hasta los tobillos, de color turquesa. Se acercó a la silla, dejó el bolso y con movimientos lentos, pero seguros, se quitó la falda dejándola también sobre ella. Mi sexo empezó a crecer de una forma irresistible.

Luego, mirándome a los ojos, fue desabotonándose la blusa, también lentamente, hasta que terminó haciendo compañía al a falda. No llevaba sujetador, sus pechos blancos y firmes, aun siendo pequeños, eran más grandes de lo que yo había imaginado. Poco a poco fue acercándose hacia mí sin dejar de mirarme. Yo abrí las piernas para que pudiera hacerlo al máximo. Se acercó hasta que sus pechos rozaron mi cara, la tomé por las caderas y mis labios empezaron a besar sus pezones erectos, con suavidad al principio y con pasión después. Mientras ella, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, se dejaba hacer. Sin separarse de su piel, mi boca descendió por su liso vientre y mi lengua recorrió el círculo de su pequeño ombligo, para luego volver a subir dejando un reguero húmedo tras de mí. Mientras la besaba me quité la chaquetilla del uniforme y, con el torso desnudo, me puse en pie para buscar a través de u cuello, sus labios entreabiertos.

Sus pechos se aplastaron contra el mío y ella empezó a acariciarme la espalda, la cintura..., luego, con ambas manos, me desabrochó el pantalón que cayó flácido a mis pies, mi sexo, totalmente enhiesto, se apretó contra el suyo y ella siguió acariciando mi cuerpo hasta que su mano se apoyó sobre aquel animal en celo dejándolo libre de su prisión.

Completamente desnudos, ya, nos echamos sobre la cama e hicimos el amor lentamente, con dulzura, hasta que el estallido final convirtió nuestra suave ceremonia en una corta y loca cabalgada. Después del orgasmo, nuestros cuerpos, sudorosos, permanecieron juntos, formando uno solo, durante unos minutos. Por unos momentos había conseguido salir de mi prisión, escapar de aquellas cuatro paredes y elevarme muy alto sobre ellas. Pero, poco a poco, la realidad fue volviendo a mí y la habitación volvió a materializarse tal y como era antes. El tiempo debía estar agotándose y era necesario lavarse y vestirse, mientras lo hacíamos el guardián golpeó la puerta y gritó desde fuera:

- ¡Cinco minutos!

- Lleva usted tres semanas con nosotros.
- Sí señor.
- La acusación contra vos es muy grave.
- Lo es, pero soy inocente.
- Sí, sí, claro. No lo dudo, eso lo determinará el juez.

El director de la cárcel sostenía en sus manos mi ficha y la estudiaba con atención. Tras una breve pausa prosiguió:

- ¿Se preguntará usted porqué le he hecho venir?
- Pues sí, me lo pregunto.
- Dice acá, en su ficha, que es usted técnico electrónico.
- Así es.
- Verá, se me ha estropeado el televisor, ese de ahí - dijo señalando un viejo aparato - ¿Cree que podría arreglarlo?
- Puedo intentarlo, pero necesitaría algunas cosas.
- Por eso no se preocupe, dígame lo que es y yo se lo conseguiré.

Hice al director una relación de las herramientas que iba a necesitar.

- Muy bien Ruiz, para esta tarde lo tendrá todo, cuando lo tenga listo le mandaré a buscar.
- De acuerdo.

- ¿Para qué te quería el director? - me preguntó Julio.
- Quiere que le arregle un televisor.
- ¿Sabes hacerlo?
- Sí, claro, ese es mi oficio.
- ¿Electricista?
- No, electrónico.
- Bueno, pero también entiendes de electricidad. ¿No?
- No es mi especialidad, pero algo entiendo. ¿Por qué lo preguntas?
- Porque creo que vas a estar de suerte. Uno de los que intentaron fugarse la semana pasada, era electricista. Se encargaba del mantenimiento de la penitenciaría. Aquí siempre hay algo que arreglar: luces que no van, aparatos que se fastidian... ya sabes, mientras algo se pueda arreglar no lo cambian.
- Y ¿Piensas que yo puedo ocupar su lugar?
- Creo que tienes la oportunidad y debes aprovecharla, si consigues el puesto gozarás de muchas ventajas.
- ¿Qué clase de ventajas?
- Por ejemplo: durante bastantes horas podrás circular libremente por la prisión, tendrás acceso a todas las dependencias donde ocurra alguna avería y podrás hacer algunos favores a los guardianes que más te interese; todos quieren que en su zona funcione todo correctamente y a veces, cuando hay mucho trabajo, no se puede atender a todos a la vez, creo que ya me entiendes.
- Sí, te entiendo.

A las cinco, el guardián del turno de la tarde vino a buscarme, a éste le llamaban el trapecista, porque, durante unos años, lo fue en un circo de poca monta.

-Aquí tiene lo que me pidió. ¿Está todo? - dijo el director.

-Sí, creo que está todo - contesté después de echar un vistazo.

-Pues ahí lo tiene, ya puede empezar.

Como dije antes, el aparato era muy viejo, tanto que aún funcionaba con lámparas, era un milagro que todavía estuviera en uso. Revisé las lámparas por si alguna se había fundido, pero todas parecían estar bien. Seguí buscando y pronto localicé la avería: una conexión a masa se había soltado y provocaba un cruce en el circuito de baja potencia, sería cuestión de cinco minutos. Conecté el soldador y cuando estuvo a punto volvía a soldar la conexión en su sitio. Comprobé que, efectivamente, el aparato funcionaba, tenía el tubo en muy mal estado, pero lo hacía que era lo importante.

-Esto ya está listo señor director.

El director levantó la cabeza y dijo sorprendido:

- ¿Ya está?
- Sí, la avería tenía poca importancia, aunque debo advertirle que el aparato es muy viejo y no creo que dure mucho más.
- ¡Vaya!, el anterior electricista se pasó todo un día intentando repararlo sin conseguirlo y usted lo ha hecho en diez minutos.
- No tiene importancia, se trata de mi oficio.
- Y sin duda lo conoce bien, su trabajo me ha convencido. Ruiz, tengo una propuesta que hacerte - empezó a tutearme.

- Usted dirá - dije con toda naturalidad.
- Verés, se ha producido una vacante en la penitenciaría; un puesto de confianza - acentuó estas últimas palabras - y creo que vos sos el hombre apropiado para cubrirlo.
- Gracias - dije en mi papel.
- En el tiempo que llevás acá no he recibido ninguna queja de vos, tu comportamiento es bueno y por otro lado me has demostrado que conoces tu oficio perfectamente. Se trata de llevar a cabo el mantenimiento de toda la parte eléctrica; averías de poca importancia que pueda solucionar un hombre solo. La mayoría de las veces se trató simplemente de reponer lámparas fundidas, en caso de averías graves son gente de fuera los que se ocupan. ¿Y bien? ¿Qué me contestás?
- Que acepto.
- Perfectamente, en este puesto gozarás de algunas ventajillas sobre el resto de tus compañeros: tendrás bastante libertad, vigilada claro, pero podrás ir de un lado a otro en lugar de estar la mayor parte del tiempo encerrado. Ahora mismo haré las notificaciones oportunas para que a partir de mañana puedas desempeñar tu nueva tarea.
- Le estoy muy agradecido.
- Bien, bien, espero que sabés responder a la confianza que he depositado en vos, los que me traicionan no lo pasan muy bien.
- Conmigo no tendrá ningún problema, se lo aseguro.

Al decirlo mi voz sonó sin vacilaciones, pero en mi interior me preguntaba hasta que punto mi afirmación sería cierta.

CAPITULO VII

A partir de aquel día mi vida en la cárcel cambió radicalmente, las ventajas de mi nueva situación se dejaron sentir muy pronto. El hecho de tener algo que hacer, un trabajo a realizar, fue un gran alivio para mí. Me enfrasqué totalmente en él, tomándomelo casi tan en serio como si se tratara de trabajar para mi propia empresa, había mucho que hacer dado el lamentable estado de aparatos e instalaciones. Eso hizo que los días pasaran de otra manera, se sucedían unos a otros casi sin darme cuenta. Sin ser feliz, porque eso es imposible estando en la cárcel, alcancé un grato estado de ánimo que días antes no hubiera, ni tan siquiera, sospechado.

Tenía a mi disposición una especie de pequeño taller donde realizaba las reparaciones que no podía hacer “in situ”. Se trataba de un pequeño cuarto de apenas seis metros cuadrados donde únicamente había una mesa de trabajo, un pequeño armario para las herramientas y unas estanterías donde se amontonaban diversidad de materiales y desechos eléctricos. Una de mis primeras tareas fue, precisamente, ordenar aquel taller que era un pequeño caos cuando me hice cargo de él.

Tuve ocasión de entrar en contacto con las distintas dependencias de la penitenciaría: enfermería, cocina, lavandería, incluso en el cuerpo de guardia eran requeridos mis servicios. Pronto me hice conocido entre la mayoría de los reclusos y de los funcionarios. Tal como Julio pronosticó, éstos reclamaban continuamente mi atención y aunque unos pocos lo hacían con amenazas, la mayoría lo hacía con promesas. Mi presencia en la celda únicamente era obligatoria entre las nueve de la noche y las nueve de la mañana. A esta hora me presentaba al oficial de guardia que era quien me daba el programa de trabajos, que casi nunca se cumplía porque la mayoría de los días era requerido por alguna dependencia o por algún guardián para solucionar una avería repentina, yo informaba al oficial y acudía a la llamada. Por la noche, antes de volver a la celda, un funcionario realizaba un recuento de todas las herramientas, desde el principio comprendí que debía tener cuidado con ellas, pues la pérdida de alguna me habría acarreado, sin duda, problemas.

En mis primeros días como electricista de mantenimiento, el director de la cárcel me requirió en su despacho en un par de ocasiones. Estaba satisfecho de mi labor y me lo quiso comunicar personalmente. A parte de su felicitación, el director me otorgó algunos privilegios como por ejemplo el permiso especial para comer en la cocina, esto lo agradeció mucho mi estómago, pues rara vez me veía obligado a consumir el rancho de la prisión, disfrutando de menús mucho más apetecibles. Otro de los beneficios de los que pude gozar y que agradecí tanto como el comer bien, fue el poder ducharme solo, ya que las duchas en común no me gustaban en absoluto. Lo hacía casi a diario y aquellos quince minutos bajo el chorro de agua llegaron a convertirse en una ceremonia para mí.

Julio estaba muy satisfecho con mi nueva situación, se alegraba por mí y a la vez por él. En mi nuevo puesto me hallaba en una situación privilegiada para recabar información y realizar observaciones que un futuro pudieran servir para una hipotética fuga. Tenía la intención de indicarme más adelante las cuestiones en las que debería fijarme anotándolas cuidadosamente, pero esto no fue necesario, pues un día lo encontré todo hecho.

Me hallaba en mi taller intentando reparar una batidora de la cocina cuando al abrir uno de los cajones de la mesa, éste cayó al suelo sin que pudiera evitarlo. El golpe hizo que uno de los laterales se desprendiera, dejando al descubierto que el cajón disponía de un doble fondo, existiendo una cámara de unos dos centímetros de altura entre la tapa superior y la inferior. El trabajo está muy bien hecho y de no haber sido por aquel accidente, dudo mucho de que jamás

me hubiera dado cuenta. Como es natural, el descubrimiento despertó mi curiosidad y tumbé ligeramente el cajón para comprobar si allí había algo. Efectivamente, al hacerlo aparecieron unas hojas de papel escritas a lápiz. En resumen, había allí un detallado informe de prácticamente todos los movimientos que tenían lugar en la penitenciaría: relevos de los guardianes, horas aproximadas de entrada y salida de los distintos camiones y furgonetas de suministros, etc...

Después de echarles un vistazo por encima, volví a dejar los papeles donde estaban. Comprobé que el lateral se había caído porque estaba suelto, sujetándose únicamente con las molduras de la propia madera, para facilitar, sin duda, su extracción y su colocación. Yo lo reforcé, colocando un tornillo, para evitar que otra persona pudiera descubrirlo tal como yo lo había hecho.

En la primera ocasión que tuve, comuniqué a Julio mi hallazgo. Su cara se iluminó cuando le di la noticia. Aquello era estupendo. Decidimos que de momento yo comprobaría la veracidad de aquellas informaciones y una vez comprobadas, si eran ciertas, las aprenderíamos de memoria, yo directamente de los papeles y él a través mío. Luego, una vez memorizados, los destruiríamos. Estaba claro que aquellos papeles pertenecían a los presos que habían intentado la fuga días antes y por lo tanto no había nada que temer; aunque alguno de ellos hablara yo estaría siempre al margen, únicamente debía cuidar de que no me cogieran con ellos en la mano.

Todo aquello era quizás algo prematuro para mí y tal vez iba a correr riesgos inútiles, pero consideré que estos eran mínimos y que valía la pena prepararme una salida, aunque fuera desesperada, para el caso de que las cosas no salieran bien. Si luego no me hacía ninguna falta tanto mejor, cuando menos Julio si habría sacado provecho.

Fuera de la cárcel la situación se hallaba en un compás de espera. Los avances conseguidos por la investigación en los primeros días, habían cedido el paso a un estancamiento de la misma. Todavía no habían conseguido localizar al anestesista, eslabón perdido de nuestro caso. De pronto, un día, parecían haber hallado definitivamente su pista, pero después, invariablemente, volvían a perderla. Lo que estaba claro y por eso mismo se hacía más necesario encontrarlo, era que se escondía.

Por otro lado, y a pesar de los esfuerzos realizados pro Luis, el juez volvió a denegar mi libertad condicional, parecía inevitable que permanecería en prisión, como mínimo, hasta que se celebrara el juicio, para el cual todavía no había fecha fijada, Luis creía que, como muy pronto, éste no tendría lugar antes de seis meses.

Lola continuó acudiendo todos los sábados para verme. Luis la acompañaba a veces y otras era ella misma quien me contaba las últimas novedades, si las había. Invariablemente me traía un paquete y un libro con dinero entre sus páginas. Ya no necesitaba comida, pero ella seguía trayéndola. Yo la repartía entre los reclusos que no recibían visitas o entre los que sí recibían visitas, pero no paquetes. Julio no quiso nunca aceptarlos, se había hecho la promesa de que cuando volviera a comer algo especial sería fuera de la cárcel y pensaba cumplirla. Lo que sí aceptó fueron los libros, yo apenas tenía tiempo de leerlos y él se aficionó mucho a la lectura.

El hecho de repartir comida, unido a mi evidente amistad con Julio, me granjeó el respeto de muchos de los reclusos, lo que me fue muy útil para salir airoso de una difícil situación en la que me vi envuelto sin quererlo.

Un día recibí un aviso de la lavandería, al parecer una de las lavadoras se había estropeado. Cuando llegué uno de los guardianes me llevó a parte donde nadie pudiera escuchar lo que iba a decirme. Le llamaban el marcado, por una cicatriz que tenía en el párpado izquierdo y que daba a su cara un siniestro aspecto. Tenía fama de ser el más cruel de

los guardianes de la penitenciaría y más de un recluso había ido a parar a la enfermería por haberse enfrentado a él, así que no me hizo mucha gracia que me llevara a parte. Despedía un desagradable olor a ajo y a betún. Cuando le pareció que nos habíamos alejado suficiente dijo:

- Tenés que hacerme un favor, catalán.
- ¿Qué clase de favor? - dije.
- Algo muy fácil y te podés ganar unos pesos.

Yo no dije anda, pero aquello empezó a gustarme cada vez menos. Ante mi silencio el guardián continuó:

- Esta tarde te avisarán de la celda ocho; del pabellón B, para que cambiés una bombilla que se habrá roto. Sólo tendrás que entregarle esto al preso que te lo pida y mantener la boca cerrada.

En la palma de la mano abierta, me mostró un paquetito envuelto en papel de aluminio. No había que ser un lince para adivinar lo que era: droga, probablemente cocaína, cuyo uso estaba bastante extendido por la cárcel. Lo que yo no esperaba es que fueran los propios guardianes los que traficaran con ella. De todos modos, pregunté:

- ¿Eso es droga?
- Sí, si querés puedo conseguirte algo para vos.
- No gracias, no la necesito y hasta ahora tú tampoco me has necesitado a mí.
- Bueno, el compañero que la reparte habitualmente está enfermo y el chico la necesita.

Me encontraba en una difícil situación. Denunciarlo era impensable, pues habría firmado mi sentencia de muerte. Negarme me pondría en contra de gente peligrosa y de pocos escrúpulos, como el propio marcado. Pero, por otro lado, si aceptaba el encargo me arriesgaba a complicar mi situación en la cárcel que tan buena era entonces y además, lo más probable es que quisieran utilizarme para lo mismo en otras ocasiones. Me hubiera gustado poder pedirle consejo a Julio, pero el guardián esperaba mi respuesta y se la di.

- Mira marcado, puedes estar seguro de que no voy a decir una palabra, pero no quiero saber nada de este asunto. Yo estoy pendiente de juicio y no quiero meterme en ningún lío antes de que se celebre, comprende mi situación.
- Sos un marica, catalán. Andá con cuidado porque a algunos compañeros tuyos no les va a gustar nada que no les quieras ayudar y te lo advierto: si te vas de la lengua, yo mismo te la cortaré.

A pesar de las amenazas del marcado, aquella misma mañana le conté a Julio lo ocurrido.

- Has hecho bien - dijo él - una vez que caes en manos de esa gentuza ya no hay manera de salirse.

De todas maneras, ahora habrás de tener cuidado, podría ser que alguno quisiera vengarse. Hay aquí mucha gente a la que el marcado y su cuadrilla no les son muy simpáticos, hablaré con alguno de ellos y estaremos alerta. No te preocupes, te vamos a proteger.

Lo que Julio me dijo me tranquilizó, pero en los días siguientes me mantuve nervioso y vigilante, sobre todo si tenía que entrar en alguna celda. Afortunadamente no tuve ninguna llamada del pabellón B y transcurridas algunas jornadas empecé a tranquilizarme y a pensar

que no iba a ocurrir nada. Sin embargo, estaba equivocado pues seis días después unos muchachos intentaron darme las gracias personalmente.

Era la hora de paseo y yo me encontraba en uno de los lavabos reparando un desagüe que perdía, aquello no entraba en mis funciones, pero, como siempre he sido algo mañoso, procuraba hacer lo que me pedían siempre que estuviera en mi mano hacerlo. Había terminado y me disponía a salir cuando me percaté de que tres reclusos se hallaban en la puerta cerrándome el paso. No conocía a ninguno de ellos.

- ¿Pasa algo? - dije.
- ¿Vos sos el catalán? - dijo uno de ellos, de nariz aguileña.
- Yo soy. ¿Por qué?
- El mercado nos ha hablado de vos y queríamos darte las gracias por el favor que nos hiciste - dijo el mismo hombre.
- Yo no os he hecho ningún favor. ¡Dejadme salir!
- No tan deprisa, nosotros siempre hemos sido muy agradecidos con los “amigos”.

Mientras decían esto, empezaron a avanzar, muy despacio, los tres a la vez. Yo apreté en mi mano una llave inglesa y retrocedí al mismo paso dispuesto a defenderme. Uno de ellos sacó una toalla y la empapó de agua en uno de los lavabos.

- No te preocupés, sólo te hacemos unas caricias como muestra de agradecimiento.
- Sois unos cobardes, al primero que se acerque le abro la cabeza - dije levantando en alto la llave inglesa.

Ellos se separaron y continuaron avanzando hacia mí lentamente. Se encontraban a un par de metros cuando la puerta se abrió y apareció Julio acompañado por otros cuatro reclusos. Uno de ellos era el pelirrojo extremeño, a los otros también los conocía; les había dado comida en alguna ocasión. Los que iban a atacarme se volvieron a medias sin dejar de vigilarme, uno de ellos, totalmente calvo, extrajo una navaja, por lo visto aquella era una herramienta muy extendida en la cárcel.

- ¿Tienes algún problema, colombiano? - dijo Julio dirigiéndose al de la nariz aguileña.
- Esto no va con vosotros, es mejor que os larguéis - contestó el aludido.
- El catalán es nuestro amigo, si tenéis algo que decirle, nosotros también queremos saberlo.
- Al mercado no le va a gustar lo que hacéis.
- ¡No me toques las pelotas, colombiano! Hasta ahora hemos vivido en paz, cada uno a lo suyo y nadie se mete donde no le importa, es mejor que sigamos así. Seguro que el mercado está de acuerdo conmigo.
- Está bien, no sabíamos que era vuestro amigo, el asunto está olvidado.
- Aquello fue cierto, pues nunca más me vi molestado por el grupo del mercado y de nuevo tuve que felicitarme por haber conseguido la amistad de Julio

- ¿Qué? ¿Te hace efecto?
- Sí, me hace efecto, estoy mareado como una sopa.
- ¿Cómo mareado? ¿No estás contento, como flotando en una nube?
- ¡Ni nube ni nada, mareado! Y me molesta hasta la música.
- Eso es porque es la primera vez, cuando lo vuelvas a probar ya verás que diferencia.
- Puedes estar seguro de que jamás me fumo otro canuto.

- Desde luego Juan, eres un caso especial.

Gerardo había insistido en que fumara un poco de hachís. Yo no quería, pero, como tantas veces, hice lo que quería él y no lo que deseaba yo y lo fumé. Gerardo había conocido a una chica; una estudiante de primero de Filosofía que había terminado por habituarle al consumo del hachís y de la marihuana, aunque de momento sólo lo hacía los fines de semana. En aquellos años estaba de moda, entre la juventud “progre”, el consumo de porros y no había reunión en la que éstos no hicieran su aparición. Yo siempre me había negado a probarlo pues tenía y tengo mis propias ideas sobre la droga, pero aquel día Gerardo había invitado a nuestro piso a Giorgina; la estudiante de filosofía y a una amiga suya y los tres se pusieron tan pesados con que lo probara que finalmente me avine a hacerlo con tan desastroso resultado.

Ellos parecían muy felices, Gerardo y Giorgina bailaban muy agarrados, moviendo sus cuerpos lentamente al ritmo de la música espacial de Pink Floyd, mientras la amiga, que no recuerdo como se llamaba, me explicaba la aventura que había tenido con un profesor cuando estudiaba COU, dejando escapar, de vez en cuando, volutas de humo, impregnadas de olor a hachís, hacia el techo. Yo la escuchaba sin oír apenas lo que decía, sintiendo como mi mareo iba en aumento, hasta que llegó a un punto en que tuve que salir corriendo hacia el lavabo para vomitar todo lo que llevaba dentro.

Cuando salí me encontraba mucho mejor. Gerardo y la estudiante habían pasado a la acción y se manoseaban mutuamente sentados en el sofá. La amiga, que por lo visto también andaba algo lanzada, se colgó de mi cuello nada más verme y empezó a moverse cadenciosamente a pesar de que en aquel momento no sonaba ninguna pieza. Yo podía hacerle ascos a la droga; pero desde luego a una mujer no se los hacía, así que terminamos en el otro rincón del sofá imitando a nuestros compañeros.

Cuando la fiestecita terminó, intenté, inútilmente, hablar con Gerardo. Le dije que debía abandonar aquella costumbre de fumar porros, pero él me trató de mojigato y se rió de mí.

- Esto es como tomarse un par de cubatas, si sabes controlarte no hay ningún problema, todo es cuestión de eso: de saber controlarse.

Yo no estaba, en absoluto, de acuerdo con aquel razonamiento. El mundo está lleno, por ejemplo, de gente que cree controlar su afición a la bebida cuando realmente es al contrario; la bebida les controla a ellos. Lo malo es que la mayoría no lo admite hasta que es demasiado tarde, eso los que llegan a admitirlo porque otros se mueren de cirrosis sin haberlo hecho. Del mismo modo, la mayoría de drogadictos son personas que estaban convencidas de poder controlar su situación, hasta que se dieron cuenta de que habían caído en un oscuro pozo del que muy pocos consiguen salir.

Fue precisamente Giorgina, la que le había iniciado en la costumbre, quien indirectamente le hizo abandonarla. Hacía varios meses que no sabíamos nada de ella, cuando un día la encontramos en Las Ramblas. Su estado era lamentable, había abandonado los estudios y su aspecto físico era desolador. Tanto, que resultaba difícil reconocer en aquel rostro demacrado a la estudiante que habíamos conocido meses antes. Nos pidió dinero, lo necesitaba, se había convertido en una heroinómana cuyo único y obligado objetivo era conseguir la dosis diaria que calmara su ansiedad física y psíquica. Aquel encuentro afectó mucho a Gerardo que no volvió a probar la droga desde entonces.

El hámster engullía las pipas una detrás de otra hasta que sus carrillos empezaron a hincharse deformando totalmente su cara, no me gustaba cuando hacía aquello, me daba

miedo verlo así: con los mofletes atestados de comida, y nunca lo tocaba en aquellos momentos.

- ¿Por qué se llena siempre la boca de comida, papá?
- No es la boca, son unas bolsas que tiene especialmente para eso.
- Sí, pero ¿Por qué no se las come?
- Es su instinto, cuando están en libertad tienen que aprovechar si encuentran comida, recogen toda la que pueden y luego la llevan a su casa. Allí la vuelven a echar y la guardan para cuando les haga falta.
- Pero aquí siempre tiene comida, no le hace falta guardarla.
- Los animales no razonan hijo, esa es la diferencia que hay entre ellos y las personas. Ellos siempre actúan por instinto y aunque le llenases la jaula de pipas, él seguiría haciendo lo mismo.

¡Cuanto sabía mi padre!, siempre contestaba a todas mis preguntas, nunca dejaba una por responder, nunca decía: no lo sé, pregúntaselo a tu madre, ella si lo hacía, siempre contestaba lo mismo: ¡Yo que sé!, pregúntale a tu padre que lee tanto. Los libros eran la debilidad de mi padre, la casa estaba llena de ellos, leía de todo: novelas, libros de ciencia, de política, incluso de filosofía. Era un hombre de poca cultura, apenas había aprendido a leer y a escribir y a usar mínimamente los números. Mi madre era totalmente analfabeta, odiaba los libros tanto como los amaba él, decía que aquella casa era una bendición para los vendedores de libros y realmente lo era pues ninguno de los que llegaba se iba con las manos vacías. Yo también aprendí a querer a los libros, a los catorce años ya me había leído todos los que había en casa, que no eran pocos, aunque muchos de ellos ni si quiera los entendía, luego, en la adolescencia, leí menos.

Mi padre había llegado a Cataluña diez años antes, procedente de un pueblecito de Cuenca, cuando contaba quince.

A los dieciséis se colocó en las minas de potasa de Suria, donde trabajó siempre y donde murió de un infarto un año antes de jubilarse. Allí, en Suria, conoció a mi madre que, aunque había nacido en el pueblo, era hija de unos inmigrantes andaluces.

Mis padres no eran felices, antes de nacer yo tuvieron otro hijo que una pulmonía doble se llevó cuando sólo tenía dos añitos. Al nacer yo, tres años después, mi padre supo entregarme todo el cariño que había quedado roto en su interior; pero mi madre nunca fue capaz de superarlo, jamás hablaba del hijo muerto, pero ahora sé que siempre lo tuvo en su mente. Mil veces la encontré llorando, cuando mi padre no estaba en casa, pero terminé por acostumbrarme y ni siquiera me preguntaba por que lo hacía, seguramente todas las madres lloraban como la mía.

Y ahora debían estar sufriendo de nuevo por el único hijo que tenían. Podía imaginar, fácilmente, a mi madre llorando en cualquier rincón de la casa y a mi padre detrás de cualquier libro del que ni siquiera distinguía las letras, los ojos nublados, pero sin que sus sentimientos llegaran a traspasarlos. Desde que a los diecinueve años salí de casa, me había distanciado mucho de ellos, incluso de mi padre, y ahora que, físicamente, estaba más lejos de ellos que nunca, me sentía más cerca de mis padres de lo que jamás me había sentido. Así es la vida, así la hacemos: injusta e incoherente.

-Juan. ¿Estás dormido?

Julio me hablaba al oído, era de noche, en la celda se oían los ronquidos de cara de idiota, el bizzo también dormía.

- ¿Qué pasa? - dije todavía medio dormido.
- Me voy a fugar.
- ¿Cómo? ¿Ahora?
- ¡Calla!, no grites. Ahora no, mañana.
- Pero... sólo faltan tres meses para mi juicio.
- Lo sé, sé que hicimos un trato; pero ahora tengo una oportunidad de oro y no puedo desaprovecharla, de verdad que no puedo.
- Y ¿Cómo vas a hacerlo? - ya estaba totalmente despierto.
- ¿Recuerdas la visita que tuve el sábado pasado?
- Sí.
- No te dije toda la verdad.
- ¿Lo sabes desde el sábado? - interrumpí.
- No quieren que diga nada, pero eres mi amigo y no soy capaz de largarme sin decírtelo.
- Está bien, habla.
- El que vino a visitarme es un viejo amigo, también estaba en la cárcel y por eso no había venido antes, me va a ayudar a escapar.
- Y ¿Cómo piensa hacerlo?
- Será durante la pelea de mañana, el que viene a boxear está de acuerdo, mi amigo le acompañará como segundo. Durante el combate, el boxeador saltará del ring y atacará a un preso que también está compinchado, se organizará un buen follón. En cuanto empiece, yo me escabulliré. En la furgoneta que traerán han preparado un hueco debajo del asiento, si consigo llegar hasta ella, sin ser visto, estaré salvado. Sólo hay sitio para un hombre.
- No te preocupes, yo no pienso intentar nada antes de conocer la sentencia.
- Juan, si logro escapar saldré de la Argentina, pero dentro de unos meses volveré, si las cosas te han ido mal te ayudaré, te lo juro.
- Gracias Julio, te deseo buena suerte.

Nos abrazamos y después Julio volvió a su litera. Ya no pude conciliar el sueño, estaba muy excitado. Tanto si Julio lograba escapar como si no, yo iba a perder el único amigo verdadero que tenía en la cárcel, deseé con todas mis fuerzas que lo consiguiera.

El comedor había sido habilitado como improvisada cancha de boxeo. En su centro habían instalado el cuadrilátero algo elevado sobre el suelo. Alrededor de él, sentados en los mismos bancos donde lo hacían para comer (hacía un mes que el comedor volvía a funcionar) los presos gritaban y gesticulaban hacia el rin, donde los dos púgiles disputaban el segundo asalto. Seis guardias armados vigilaban el local desde dentro. Julio se había sentado en uno de los últimos bancos, el más próximo a una de las puertas que daban acceso al comedor. Parecía tranquilo.

Cuando faltaba poco para finalizar el tercer asalto, un preso de la primera fila se levantó y, acercándose al cuadrilátero, insultó gravemente a uno de los contendientes. El boxeador, como si hubiera estado esperando la señal, saltó fuera y lanzó un directo contra el recluso que salió despedido hacia atrás derribando a un buen número de espectadores. Tal como Julio había previsto, en un momento se organizó una enorme pelea. Los guardias, haciendo sonar sus silbatos, acudieron corriendo al lugar para detenerla. A los pocos minutos llegaron más guardias y pronto la trifulca estuvo controlada, pero, para entonces, Julio ya había desaparecido.

Julio logró escapar, tardaron cinco horas en darse cuenta de su desaparición. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de cumplir su promesa de celebrar una comida especial fuera de la cárcel. Al día siguiente la policía lo acorraló en casa de su amigo. Hizo honor a su apodo, se enfrentó a ellos y no se dejó coger vivo, prefirió morir antes que volver a ser un presidiario.

La muerte de Julio fue un duro golpe para mí. Entré en un fuerte estado de depresión y la migraña, que hacía tiempo que no sufría, volvió y me acompañó durante varios días volviéndome loco de dolor. Este llegó a tal extremo que me vi obligado a pasar dos días en la enfermería en los que lo único que ingerí fueron varios calmantes. Nunca había tenido un ataque tan fuerte. En las horas que pasé allí, los más oscuros pensamientos cruzaron por mi mente, de pronto me veía condenado a pasar el resto de mi vida en la cárcel por un crimen que no había cometido, pero aún, me veía condenado a muerte y veía a Leticia, su hermoso rostro, riéndose a carcajadas de mí. No les daría el gusto de matarme, me suicidaría, sería muy fácil, mojar me los pies y luego una fuerte descarga eléctrica que me matara en el acto. Ni siquiera el recuerdo de Lola lograba despejar los negros nubarrones que me rodeaban, al pensar en ella lo único que conseguía era sufrir un fuerte sentimiento de autocompasión que hacía que las lágrimas rodaran por mis mejillas. Cuando conseguía dormirme, ayudado por el efecto de algún calmante, mi sueño era inquieto y al poco tiempo me despertaba empapado en un sudor frío y sintiendo un angustioso miedo en cada uno de los poros de mi piel.

Afortunadamente, la jaqueca y la depresión fueron diciendo y poco a poco volví a recuperar mi voluntad. El día siguiente después de salir de la enfermería era 15 de marzo, pronto se cumpliría mi quinto mes de encierro, aún faltaban tres para el juicio. Lola vino a verme, desde la primera vez no había faltado nunca. En aquella ocasión no hicimos el amor, me refugié en sus brazos y dejé que ella me consolara y reconfortara con su dulce voz. No tenía nuevas noticias sobre la investigación, ni buenas ni malas, sólo que seguían trabajando. De todas maneras, lo hizo muy bien, supo entenderme y supo levantar mi ánimo, diciéndome, mientras acariciaba mi pelo, las palabras que yo quería oír. Cuando se marchó me sentía mucho mejor, volvía a tener confianza y esperanzas en el futuro.

CAPITULO VIII

La amistad de Julio no fue la única que hice durante mi estancia en la cárcel; tuve otra. Aquella fue distinta, no fue una amistad nacida del compañerismo, como la suya, aquella nació de la admiración que sentí por él en cuanto le conocí.

Fue durante mi segunda visita a la enfermería, en aquella ocasión a causa de un accidente, aunque nunca he estado seguro de que lo fuera realmente. Estaba haciendo una reparación en una caja de conexiones, yo había cortado la corriente; pero alguien la volvió a conectar, si fue voluntaria o involuntariamente, no lo he sabido jamás. Cuando toqué los cables sufrí una descarga y caí de la escalera donde estaba subido. A consecuencia de la caída me fracturé una costilla. Pasé dos semanas en la enfermería, lo suficiente para que naciera una amistad que todavía hoy día, a pesar de lo que han cambiado las circunstancias, tengo la suerte de conservar.

Marcelo ocupaba una cama contigua a la mía; la de la derecha. El siempre hacía broma con eso, decía que cualquiera que estuviese a su izquierda tenía por fuerza que ser buena persona.

Era un preso político. Estos presos formaban un mundo a parte en la penitenciaría, estaban casi totalmente aislados de los demás y sufrían torturas y castigos que no eran aplicados ni al más vil de los criminales. Le habían detenido por incitar a la huelga, junto a otros compañeros, a los trabajadores de una fábrica de automóviles. Tamaño crimen le había costado una condena de veinte años de prisión, veinte años por ser un “agitador comunista”.

Marcelo era, y es, una persona excepcional, no he conocido a nadie que tuviera una idea más generosa del espíritu de sacrificio. Aceptaba su condena con la resignación de un mártir y no es que él se sintiera así precisamente, él se consideraba una víctima más de la lucha. Sí, eso era, se consideraba como un prisionero de guerra, de la guerra por la libertad.

- ¡Hola! ¿Cómo te llamas?
- Juan, ¿Y tú?
- Marcelo. Me han dicho que sos catalán.
- Sí, es verdad.
- Pues entonces, ¡Enhorabuena!

¡Que casualidad!, me había dicho lo mismo que Julio en nuestro primer encuentro. Tampoco en esta ocasión sabía a que era debido.

- ¿Por qué me das la enhorabuena?
- Bueno, hace unos años que los españoles estáis de enhorabuena.
- No te entiendo - sí que lo entendía, pero aún no sabía con quien estaba hablando y había que mostrarse prudente.
- Sí hombre, por el general - dijo a la vez que hacía un significativo gesto con la mano cerrada y el pulgar señalando al suelo.
- ¡Ah!, sí, ya te entiendo - dije sin comprometerme.
- ¿Qué te trajo tan lejos de la patria?
- Es una larga historia.
- Podés contármela si querés, me gustan las historias largas. Además, acá lo único que podemos hacer es hablar.

- Tal vez otro día. ¿Qué te ha pasado, has tenido un accidente?

Toda la parte de su cuerpo que era visible se hallaba llena de feos hematomas que iban desde el rojo hasta el morado, incluyendo uno de los ojos que tenía casi cerrado a causa de la inflamación.

- Sí, lo podés llamar así, lo que me pasó es un accidente, un accidente de la historia.

Esto no lo comprendí hasta que supe que la verdad es que había sido salvajemente torturado. El resto de su cuerpo se hallaba en el mismo lamentable estado, le habían golpeado incluso en los genitales que tenía exageradamente hinchados.

Marcelo y yo congeniamos rápidamente. Yo nunca he militado en ningún partido político, pero mi manera de entender la vida y la justicia estaban, y están, más cerca de la suya que la de cualquier otro hombre o mujer que haya conocido.

Durante los días que permanecí a su lado, en la enfermería mantuvimos largas conversaciones. Hablamos de la situación en Argentina, de la situación en España y en otros países de Hispanoamérica. Hablamos en general de la situación en el mundo, de las injusticias sociales que en él se cometen y del atropello sistemático de los derechos humanos. Con Marcelo era imposible mantener una conversación banal, para él la vida sólo tenía un sentido: la lucha por la igualdad de todos los hombres y por el fin de todas las clases sociales. Todo lo que decía me parecía bien, con todo estaba de acuerdo, la mayor diferencia entre nosotros es que yo nunca tuve el valor suficiente para defender estas ideas, poniéndolas, incluso, por encima de mi propio bienestar. Por eso mi admiración por él fue instantánea.

- Mirá Juan, los gobiernos de los países capitalistas pretenden imponer sus culturas a los pueblos. Son culturas que no culturalizan, sino que embrutece, fomentando el egoísmo, la ambición y la envidia entre los hombres, que, engañados por su propia ceguera, caen una y otra vez en la trampa. Incluso las dictaduras más sanguinarias encuentran entre las clases más bajas los ejércitos necesarios para mantenerlas. Pero todo eso vos ya lo sabés; en España lo habés vivido y seguramente aún lo seguís viviendo.

También hablamos mucho sobre nosotros, sobre nuestras vidas, sentimientos y esperanzas, llegando a parecerme que hacía años que nos conocíamos.

Marcelo no era argentino, había nacido en Chile, país del que tuvo que salir, años antes, huyendo de la dictadura militar de Pinochet, allí dejó a su padre; muerto a manos del ejército y a su madre; detenida y encarcelada por el recién instaurado régimen fascista. Ambos defendieron con sus vidas al Gobierno de Acción Popular de Salvador Allende. Sin embargo, parecía que las dictaduras perseguían a aquel hombre, como si su destino fuera tener que luchar toda la vida contra ellas.

A Marcelo no volví a verlo después de aquellos doce días, más que, brevemente, en una ocasión, poco antes de mi juicio, aunque ni si quiera pudimos saludarnos, tan sólo nuestras miradas se encontraron por unos segundos. Sin embargo, desde entonces me mantuve en contacto con él a través de pequeñas cartas que unos guardianes amigos nos hacían llegar a cambio de unos pesos. En ellas no decíamos nada que pudiera comprometernos, pero yo sabía que, de todos modos, hacer aquello era muy peligroso para mí, sin embargo, no me importaba, pues su amistad estaba por encima del riesgo que yo pudiera correr. Afortunadamente, aquella correspondencia nunca fue descubierta. Conservo, con enorme cariño, algunas de aquellas cartas escritas en cualquier trozo de papel.

Querido amigo:

Mañana, por fin, me trasladan a la celda, no es que allá la vida sea mucho más agradable que en la enfermería, pero por lo menos tengo la compañía de un amigo. Desde que vos te fuiste, los días se me hacen muy largos, sin nadie con quien hablar.

Te doy las gracias por la comida que me hiciste llegar, todo estaba muy rico. También te doy las gracias por tu carta, pero creo que no deberías mandarme más, es peligroso para vos.

Tu amigo Marcelo.

¡Hola Marcelo!

Me alegro mucho de que ya te encuentres bien y puedas volver a tu celda. Precisamente hoy he estado en la enfermería, es una pena que tú ya te hubieses ido, me hubiera gustado mucho verte y charlar un rato contigo.

Por las cartas no te preocupes, los guardianes no dirán nada, me llevo bien con ellos. Yo guardo las tuyas, tengo medios para hacerlo (las guardaba en el cajón de doble fondo del taller) pero tú debes destruirlas, tampoco a ti te beneficiaría si te las encontraran. Antesdeayer Lola vino a verme, me trajo buenas noticias, otro día te las cuento.

Hasta pronto:

Juan

Tal como le decía a Marcelo, Lola me había traído buenas noticias en su última visita. Los detectives habían conseguido, por fin, localizar al anestesista. Le encontraron en un pueblo llamado S. Miguel, cerca de la frontera con Paraguay. Los detectives se hicieron pasar por policías, le hicieron creer que el doctor Fierro había sido detenido por la muerte de Gerardo y que éste, en su confesión, le había implicado a él. El anestesista cayó en la trampa y en un intento de salvarse lo confesó todo. Desde un principio nuestras sospechas fueron ciertas, todo había ocurrido tal como habíamos imaginado. Éste administró a Gerardo una elevada dosis de anestesia y cuando sobrevino el paro cardíaco, durante la operación, Fierro se encargó de terminar el trabajo impidiendo que fuera posible su recuperación. Afirmaba que había hecho aquello obligado por las amenazas del cirujano. En cierta ocasión habían coincidido en una operación de apendicitis a una niña de ocho años. Pablo, que este era su nombre, cometió un grave error que provocó la muerte de la pequeña. Sin embargo, Fierro se las arregló para echar tierra sobre el asunto y aquello quedó archivado como un fatal e inevitable accidente.

A partir de aquel día lo tuvo en sus manos, obligándole a participar en sus turbios asuntos: abortos ilegales, dinero sacado bajo mano a las familias de pacientes graves con la promesa de acortar su lista de espera para el quirófano e incluso algún caso de tráfico de recién nacidos. Hasta que finalmente le propuso lo de Gerardo, si lo hacía quedaría libre con la única condición de abandonar Buenos Aires; pero si no, él se encargaría de que se conociera el verdadero motivo de la muerte de aquella niña. Pablo era un hombre de débil carácter que sucumbió al chantaje del cirujano e hizo, como ya se sabe, lo que éste le pedía.

Cuando lo encontraron su estado era deplorable, estaba muy asustado y hacía un tiempo que se había dado a la bebida. En un principio había marchado a la ciudad de Rosario con la intención de empezar una nueva vida, pero hacía unos meses recibió una carta de Fierro en la que le hablaba de la muerte de Pacheco y le amenazaba con que a él le pasaría lo mismo si

alguna vez se le ocurría decirle a alguien lo que sabía. Se asustó mucho y huyó a través de varias poblaciones hasta terminar en la que le habían encontrado; llevando una vida poco mejor que la de un pordiosero. Lamentablemente había destruido la carta del doctor, que hubiera sido una preciosa prueba contra él. Era indudable que mi aparición había puesto nerviosos a Leticia y a su amigo que empezaban a cometer errores.

- ¿Qué habéis hecho con él? - le pregunté a Luis.
- Lo tenemos bien escondido, él cree que está bajo la protección de la policía y ha aceptado declarar contra Fierro en su supuesto juicio.
- Pero algún día tendrá que saber la verdad.
- Sí, tendrá que saberla, pero para entonces lo tendremos en un callejón sin salida. Cuando llegue la hora le presentaré como testigo en tu juicio y dirá todo lo que sabe, de eso puedes estar seguro. Ahora lo importante es que nadie sepa que está en nuestro poder, hasta ese día.

Las buenas noticias no terminaban ahí, tanto tiempo sin conseguir un sólo avance y ahora los acontecimientos se precipitaban, mi buena estrella parecía haber vuelto. Los detectives habían descubierto que el vecino de Pacheco, un hombre casado y con tres criaturas, no era trigo limpio, era un pequeño traficante de drogas. Éste no fue tan fácil de convencer, las amenazas de echarle la policía encima no le asustaron, sin embargo, una buena cantidad de dinero obró el milagro y reveló a los detectives una información de vital importancia. El día en que fui a ver a Pacheco no fui el único que lo hizo, después de irme yo, recibió otra visita. Según el vecino, se escucharon ruidos en el piso de arriba, como si hubiera una pelea, después oyó un disparo, estaba seguro de que fue un disparo pues los había oído en más de una ocasión. Poco después vio salir a un hombre, los detectives le mostraron algunas fotografías que anteriormente habían tomado y el vecino reconoció, sin ningún tipo de duda, a Alberto; el actual chofer de Leticia, como el hombre en cuestión. Posteriormente Luis fue a visitarlo, llegando a un acuerdo con él para que se presentara como testigo de la defensa en mi juicio. Esta era una baza muy importante para nosotros, Luis estaba convencido de que, si no surgía ningún contratiempo, demostraría mi inocencia con la ayuda de los testigos que teníamos y la de alguno más que esperaba conseguir.

Lola me lo había advertido:

- Creo que tu padre no se ha creído lo que le he contado.
- ¿Te ha insinuado algo?
- No, pero lo he notado, le ha afectado mucho.

La carta que tenía en mis manos confirmaba sus sospechas. Era de mi padre.

Querido hijo:

Estoy muy preocupado por ti, se que lo que me ha dicho esa chica, con la que dices que te quieres casar, no es verdad. Tú nunca has podido engañarme, es como un sexto sentido que tengo. No me engañabas de pequeño, cuando decías que te ibas a jugar al fútbol y te ibas a la mina, yo lo sabía; pero también he sido niño. No me engañaste cuando nos dijiste que te ibas a la Argentina por motivos de trabajo, llamé a tu empresa y me dijeron que te habías despedido.

He callado y he aceptado tu mentira porque, a pesar de todo, tengo confianza en ti, aunque la incertidumbre me hace sufrir mucho. Ahora tampoco me engañas, sé que tienes problemas graves, no sé cuales son, pero han de serlo cuando intentas ocultárnoslos.

Estoy convencido de que todo esto lo haces para ahorrarnos sufrimientos y preocupaciones, pero yo siempre he preferido enfrentarme a la verdad; soy fuerte y si tengo que luchar, lucho. Tu madre es distinta, a ella no le he dicho nada de lo que sé ni de lo que sospecho, pero, aún así, creo que también ella debería saber la verdad.

Las veces que he hablado con tu novia he notado que su preocupación es mayor de lo que quiere parecer. Juan, no me tengas en esta duda; cuéntame la verdad.

Hijo mío, si es necesario quiero ir a Buenos Aires, no sé si podré hacer algo para ayudarte, pero cuando menos quiero estar cerca de ti en estos momentos difíciles. Tu madre y yo te queremos mucho, no nos niegues ese derecho.

Espero tus noticias con impaciencia.

La carta me había dejado un nudo en la garganta. Es increíble lo poco que conocía a mi padre. Yo siempre lo había visto como una persona tímida y poco decidida, casi nunca daba su opinión y cuando lo hacía jamás intentaba imponerla. Sin embargo, bajo aquella fachada de conformismo se escondía un espíritu luchador que siempre se había enfrentado a los reveses de la vida con decisión; a pecho descubierto, como cuando murió su primer hijo. ¡Cuántas veces nos vamos a buscar fuera lo que tenemos en nuestra propia casa! Mi padre me decía, sin reproches, que debía haber confiado en él, que me hubiera apoyado porque él sí confiaba en mí. Comprendí entonces que me había equivocado y aunque me había dado cuenta demasiado tarde, aquello no volvería a ocurrir.

Le dije a Lola que le llamara y le contara toda la verdad, desde el principio. También debía decirle que quería que vinieran a la Argentina que tenía muchas ganas de verlos y que yo también les quería mucho.

Nunca había suspendido ninguna asignatura y entonces eran nada menos que dos: Historia y Religión. Hacía dos semanas que tenía las notas y aún no me había atrevido a dárselas a mi padre. No es que tuviera miedo, mi padre no me había pegado nunca y rara vez me castigaba, me sentía, más bien, fracasado, sabía que lo iba a defraudar. El insistía siempre en lo importantes que eran los estudios, en adquirir una cultura, para que nadie pudiera nunca despreciarte por ser un ignorante, eso es una gran humillación, decía siempre. Finalmente, mi padre me llamó un día.

- Juan, ¿Cuándo vas a darme las notas?, porque las tienes ya, ¿verdad?
- Sí.
- ¿Has suspendido alguna?
- Dos - dije llorando.

La tensión en la que había vivido los últimos días explotó de pronto y un fuerte llanto se apoderó de mí. Entre hipidos, le dije a mi padre que no quería estudiar más, tenía entonces nueve años, que estaba seguro de que nunca sería capaz de aprobar la Historia, no podía aprenderme todos aquellos nombres y fechas por más que lo intentaba.

Mi padre me sentó en sus rodillas, lo que no hacía desde mucho tiempo, y me dijo:

- Las personas nos creemos los reyes de la creación, pero muchas veces los animales, con sus conductas, nos dan lecciones sobre la vida. ¿Te he explicado alguna vez la historia de los salmones?

- No - dije más calmado y extrañado de su reacción.
- Verás hijo, los salmones son unos peces que dividen su existencia entre el río y el mar. Nacer, nacen en el río, pero apenas han crecido lo suficiente se dejan arrastrar por la corriente y viajan hasta el mar, donde pasan la mayor parte de su vida. Desde que nacen, los salmones tienen una difícil misión que cumplir. Tan difícil que la mayoría de los hombres la consideraría imposible, desde luego mucho más difícil que aprobar Historia. Sin embargo, ellos no se desaniman y los que no la cumplen es porque se han dejado la vida en el intento. ¿Sabes cuál es esa misión?
- No - dije totalmente calmado, ya, e interesado por lo que me explicaba.
- Pues tienen que volver al mismo sitio donde vinieron al mundo, justo en el nacimiento del mismo río, para que las crías que van a tener nazcan también allí, tal como lo hicieron ellos. Bajar el río es muy sencillo, pero subirlo es otra cosa. Tienen que luchar contra la corriente, los rápidos, los saltos de agua y otros obstáculos, pero ninguno es lo suficientemente importante para ellos que están convencidos de conseguir su propósito. ¿Entiendes lo que quiero decirte, hijo?
- No estoy seguro.
- Lo que quiero decirte es que cuando uno se propone hacer algo, la mayoría de las veces lo consigue. Lo importante es estar convencido de que se es capaz de hacerlo. Si tú te convences de que eres capaz de aprobar la Historia, lo harás. Yo estoy convencido de que lo eres y sé que lo harás, estoy seguro.

Me abracé a mi padre y me prometí a mí mismo que aprobaría aquella asignatura, aunque fuera lo último que hiciera en mi vida.

Los días transcurrían lentamente, mi vida en la cárcel había entrado en una especie de rutina, tan sólo las cartas que escribía y recibía de Marcelo junto a las visitas de Lola y de Luis, me sacaban de ella. Por lo demás todo continuaba igual, yo seguía con mi trabajo de electricista y nadie se metía conmigo. Mi relación con el bizco y cara de idiota era mínima debido al poco tiempo que pasaba en la celda, a parte de que ellos me ignoraban bastante, lo que a mí me parecía perfecto. El lugar de Julio había sido ocupado por otro preso con el que apenas tuve contacto. Se trataba de un habitual de la penitenciaría que solía pasar largas temporadas en prisión, un hombre de unos cincuenta años, aunque representaba diez más, al que llamaban el cerrajero, no porque ese fuera su oficio sino porque tenía la fea costumbre de abrir demasiadas puertas, sobre todo las de automóviles que no le pertenecían.

Mis padres ya estaban enterados de todo y partirían hacia Buenos Aires en Junio, unos días antes de mi juicio que estaba previsto para el martes día doce del mismo mes.

Un hecho inesperado tuvo lugar cuando faltaba, aproximadamente, un mes para dicha fecha.

- ¡Catalán!, dejá eso, que tenés visita.
- ¿Visita?, pero si hoy es viernes.
- Ya sé que es viernes, pero tenés una visita especial.
- ¿Quién es?
- ¡Y yo que sé quien es!, sólo cumplo órdenes.

El guardián me acompañó mientras yo me preguntaba quién podría ser la persona que venía a verme en un día que no era de visita, lo cual aún lo hacía más extraño. Íbamos hacia las salas de visita, pero cuando llegamos el guardián siguió adelante.

- ¡Oye!, ¿Es qué no vamos a la sala de visitas?
- No, vamos a otro sitio.

Mi extrañeza iba en aumento, se me ocurrió, como única respuesta, que tal vez la visita tenía que ver con mi próximo juicio. El guardián se detuvo ante una puerta y dijo:

- Es acá, ya podés entrar.

Conocía aquella habitación, allí era donde los presos que estaban siendo juzgados podían entrevistarse, con más calma, con sus abogados. Aquello me reafirmó en mi idea de que todo tenía que ver con mi juicio, tal vez era el propio Luis quien me esperaba. Abrí y la sorpresa me dejó paralizado con la mano todavía en el picaporte y la puerta a medio abrir. De todas las personas que había en Buenos Aires, aquella era la última que yo hubiera esperado ver allí. ¡Era Leticia!

Su nombre brotó como un murmullo entre mis labios. Mi primera reacción fue dar media vuelta y marcharme de allí. Y eso habría hecho si ella, leyendo mis pensamientos, no hubiera dicho:

- ¡No te vayas!, entrá, por favor.

Aún dudé unos instantes, mi mente trabajaba a marchas forzadas. Ella repitió su petición y finalmente entré. El guardián dijo dirigiéndose a ella:

- Si me necesita estaré fuera, señora.
- Está bien, no se preocupe.

El funcionario cerró la puerta y yo me senté al otro lado de la mesa que ocupaba Leticia.

- ¿Te sorprende mi vista? - dijo ella tuteándome.
- No es la palabra más adecuada, pero puedes decirlo así.
- Quiero hacer un trato con vos.
- ¿Qué clase de trato?

Me costaba mucho aceptar que aquella mujer que tenía enfrente era una mujer sin escrúpulos, capaz de asesinar por ambición. Cada vez que la veía me parecía más hermosa, sabía que eso, por sí sólo, no era ninguna razón, pero no podía evitar sentirme así ante aquel rostro ovalado, casi perfecto, de expresión serena y agradable. De todas maneras, mi actitud continuó siendo totalmente fría, sin reflejar, en ningún momento, mis pensamientos.

- Bueno Juan, ¿Puedo llamarte así?, creo que todo este asunto se ha desquiciado mucho, estoy segura de que se podía haber evitado llegar a esta situación.
- Me parece que has sido tú quien la ha provocado, yo no maté a Pacheco ni mentí a la policía.
- Me estaba defendiendo, vos habías empezado a entrometerte.
- Gerardo era mi amigo.
- ¿Tu amigo? ¿Y qué sabías vos de él, después de cinco años sin verle?, Gerardo no era la persona que vos creés o la que él te hizo creer que era en sus cartas.
- Y, ¿Eso te daba derecho a matarlo?
- No quiero discutir eso, no es a lo que he venido.
- Está bien, acabemos cuanto antes, ¿De qué se trata?
- De acuerdo iré al grano. Como habrás visto tengo algunas influencias, mi trato es el siguiente: estoy en condiciones de garantizarte el sobreseimiento de tu caso, de que la policía retire los cargos contra vos y el juez se vea obligado a dejarte en libertad.

- Y eso, ¿A cambio de qué? - interrumpí.
- A cambio de que salgas de Argentina el mismo día en que quedes libre y no vuelvas a este país en tu vida.
- Eso significaría renunciar a mi herencia, no tendría tiempo....
- Lo sé - interrumpió ella - la herencia deberás legármela.
- No hay trato - respondí - y no creas que es por el dinero, a eso puedo renunciar. Has matado a Gerardo, has matado a Pacheco, estás loca si crees que me voy a tragar esa historia. En cuanto saliera de aquí me matarías también a mí. Sólo quedaré libre cuando tu amigo y tú ocupéis mi lugar y te juro que voy a hacer todo lo posible porque así sea.

El rostro de Leticia se había transformado totalmente, su expresión era ahora de una extraordinaria fiereza, los ojos llameantes de cólera, correspondiéndose mucho más a la persona que yo sabía que era.

- Te vas a arrepentir de haberte enfrentado conmigo, lo vas a pagar muy caro, pasarás aquí el resto de tus días - amenazó.
- Eso ya lo veremos - dije levantándome.
- ¡Guardia! - gritó ella.

Al instante el guardián abrió la puerta y adelantándome a Leticia, que me miraba con un intenso odio, me dirigí hacia él y le dije:

- La visita ha terminado.

- ¿Estás casado Marcelo?
- No, tengo algunas compañeras, pero todavía no me planteé casarme. ¿Es guapa tu mina?
- Es preciosa.
- ¿Sabés?, eso es lo peor de la cárcel; no poder disfrutar de la compañía de una mujer.
- ¿A vosotros no os permiten la visita de mujeres?
- En teoría sí, la ley es igual para todos los presos, pero en la práctica siempre hay algún motivo para suspendernos las visitas, sobre todo esas. De todas maneras, a nosotros no debe venir a visitarnos nadie, eso sería darle facilidades a la policía.
- Comprendo.
- ¿Vos que pensás del matrimonio, Juan?
- Cuando era más joven lo veía de otra manera. Creía que había otras opciones, ya sabes: el amor libre, la vida en comunidad y todo eso; pero ahora lo único que deseo es formar una familia con la mujer que amo.
- Sí, con los años las ideas se transforman. Vos vivisteis una época muy bonita, el movimiento hippy, el mayo francés...
- A mí el mayo francés me cogió en la universidad, fue el único año que asistí, la mayoría perdimos el curso, pensábamos en cualquier cosa menos en la carrera. Siempre había huelgas y manifestaciones.
- ¿Te duele la herida?
- Sí, un poco, cuando me miro veo las estrellas. ¿Por qué te pegaron a ti?
- Siempre pegan por lo mismo: información, ¿Quién os dirige? ¿Dónde os reunís? ¿Qué estáis preparando?, repiten las mismas preguntas mientras te golpean.
- ¿Y cómo se puede soportar?

- Cada uno tiene su método. Yo apreté los dientes y pienso en los compañeros muertos o desaparecidos, así es más fácil. Al cabo de un rato los golpes ya no se sienten, la carne se hace insensible, aunque hay verdaderos expertos que te hacen sufrir hasta el final.
- Yo no creo que pudiera resistir la tortura, le tengo pánico al dolor.
- Eso no lo podés saber hasta que te encontrás en ello. He visto gente que se jugaron la vida mil veces sin dudarlo y luego en cuanto empezaron a pegarles contaron todo lo que sabían. En cambio, otros, que parecían más débiles, lo soportaron todo sin soltar un gemido.
- ¿Sabes Marcelo?, te admiro. Sacrificar así la vida, por los demás, es maravilloso.
- No tenés por qué admirarme, yo lucho por los demás, pero también lo hago por mí; me gusta la libertad. En realidad, soy tan egoísta como cualquier ser humano.
- No digas eso, tú no puedes ser un egoísta.
- Vos también estás acá injustamente.
- Sí, pero eso es distinto. Yo no he buscado esta situación, estoy aquí por culpa de otras personas.
- Decime Juan, ¿Vos creés en dios?
- No, no creo. Me gustaría creer que existe un dios toda bondad y que existe una vida eterna, pero lo que veo en este mundo no me deja creer que so pueda ser así.
- Lo ves, yo en cambio sí creo, mis padres eran muy religiosos y me enseñaron a hacerlo. Muchos compañeros y compañeras han intentado convencerme de lo contrario, pero yo no puedo evitarlo, a pesar de todo sigo creyendo en Dios.
- Yo creo que la religión hace más mal que bien a la humanidad.
- No creas que eso no lo veo. Sé que la iglesia es como un cáncer para los hombres, pero el Dios en el que yo creo no es el que predicán los curas. Es un dios que todos llevamos dentro y nos señala el camino que debemos seguir, lo que ocurre es que la mayoría de las personas no le hacen caso y se dejan deslumbrar por todo lo material que hay en este mundo.
- Bueno, en eso se puede decir que estamos de acuerdo, sólo que a lo que tú llamas Dios, yo le llamo conciencia.
- Me alegra que me digas eso, pero perdóname Juan, estoy algo cansado y voy a intentar dormir un poco.
- Está bien Marcelo, yo también voy a intentarlo.
-

Luis escuchaba sorprendido mi relato.

- ¡Pero eso es estupendo! - dijo cuando hube terminado - quiere decir que tiene miedo.
- ¿Crees que he actuado correctamente?
- Naturalmente que sí y más tal como están las cosas ahora. Ningún juez podrá acusarte cuando hallamos presentado los testimonios de los que disponemos.
- A mí me dan miedo las influencias que pueda tener Leticia.
- Tranquilo Juan, es posible que tenga algún contacto en la policía, pero aquí quien manda es el juez. Además, si estuviera tan segura no habría venido a proponerte ningún trato.
- Sí, tal vez tengas razón.
- Seguro. Yo tenía una noticia para ti, pero después de lo que me has contado no se si será conveniente....
- ¿De qué se trata?

- He vuelto a solicitar tu libertad condicional. He presentado al juez la declaración del vecino de Pacheco y ha contestado que lo estudiará. Pero ahora pienso que tal vez te convenga más permanecer aquí el poco tiempo que te falta.
- De eso ni hablar, si puedes conseguirla, hazlo.
- Pero en la calle correrás peligro.
- Si quieren hacerme daño también podrían hacerlo aquí dentro.
- Está bien, puede que tengas razón. De todas maneras, si sales te conseguiré un guardaespaldas, por si acaso.
- Más te vale ganar mi caso, sino no sé como vas a cobrar.
- Vamos Juan, ¿Quién está pensando en el dinero?, además los detectives los está pagando Lola y por mí no tienes que preocuparte en absoluto. Cuando quedes en libertad ya hablaremos.
- ¡Dios te oiga! - dije y al hacerlo me acordé de Marcelo.

CAPITULO IX

A medida que transcurría los días se iba apoderando de mí una especial inquietud. La proximidad del juicio, tan sólo faltaban veintiún días, me provocaba un creciente miedo y de nuevo los más oscuros pensamientos empezaron a desfilar por mi mente. Noche tras noche soñaba con él, unas veces me condenaban a cadena perpetua, otras a muerte y la desesperación era entonces insoportable, tiñendo todo de rojo a mi alrededor. En otras ocasiones el sueño se desquiciaba dando lugar a extrañas e irreales escenas carentes de sentido, pero ninguna vez era absuelto. Me despertaba, todavía bajo el influjo de mis pesadillas, con la sensación de que todo era realidad en lugar de un sueño. Durante el día deambulaba por la prisión como un fantasma, ausente y totalmente abstraído.

Fue al día siguiente, cuando la cuenta se había reducido a sólo veinte, que el director de la prisión me llamó a su despacho.

- ¡Buenos días Ruiz!, tengo noticias para usted.

Sentí un cosquilleo en el estómago, tenía que tratarse de mi libertad condicional, aunque no me gustó que el director volviera a tratarme de usted ni la seriedad con que me habló.

- -El juez - prosiguió - me ha hecho llegar una notificación. Al parecer tiene la intención de concederle la libertad bajo fianza, pero antes de hacerlo me ha pedido que le envíe un informe sobre usted.

Estas palabras me produjeron una gran alegría que traté de disimular. Sin embargo, lo que parecía iba a ser una buena noticia se transformó de pronto en todo lo contrario.

- Usted es un buen recluso, se ha comportado perfectamente desde que llegó acá. Sin embargo, me ha llegado una información que no me ha gustado nada.

El director hizo una pausa observando mi reacción. Yo permanecí en silencio, procurando no expresar el efecto que me había producido su última frase. Por mi mente pasó la idea de que había sido descubierta mi correspondencia con Marcelo. Eso no era cierto, aunque la cuestión sí estaba relacionada con él. Ante mi silencio el director continuó:

- Me han dicho que ha entablado amistad con un recluso llamado Marcelo Vilches.
- Sólo estuvimos juntos unos días en la enfermería - dije hablando por primera vez.
- Sin embargo, ustedes mantuvieron largas conversaciones.
- Sí, pero no veo que hay de malo en ello - dije tratando de disimular.
- Tal vez usted no lo sepa, pero este recluso está considerado como muy peligroso, no sólo por la policía sino también por el gobierno.
- No, no lo sabía.
- ¡Dejémonos de disimulos! - dijo poniéndose en pie y apoyando las palmas de las manos sobre la mesa - vos sabés, tan bien como yo, que ese hombre es un comunista; un peligro para la nación. Si hablaron tanto es posible que usted pueda decirnos algo que nos ayude, creo que ya me entendés.
- No sé que puedo decirle, sólo hablamos de cosas sin importancia, nada que a usted pueda servirle - aquello era realmente cierto.

- Ruiz, no sé si se da cuenta de que su libertad condicional está en mis manos. Me temo que si no colabora no podré dar un buen informe sobre usted.
- Pero le digo la verdad, no me contó nada, sólo fueron doce días ¿Por qué iba a confiar en mí?
- Está bien Ruiz, voy a creerle. Vos no sabés nada; pero podés saberlo.
- ¿Cómo? - pregunté intrigado.
- Serés trasladado a la celda de Vilches, sólo estarán en ella ustedes dos. Cuanto antes consiga alguna información importante, antes saldrá en libertad.
- Pero eso es imposible, el preso va a sospechar inmediatamente de mí, él sabe por lo que estoy aquí.
- Ya he pensado en eso. Haremos correr la voz de que hemos descubierto que usted ha venido a la Argentina con la intención de organizar un movimiento clandestino en contra del gobierno. Si usted hace bien su papel, conseguirá fácilmente su misión.
- Rápidamente evalué la situación. Estaba claro que de ningún modo iba a aceptar lo que el director me proponía, máxime teniendo en cuenta que sólo faltaban veinte días para el juicio. Tenía dos opciones: Hacer ver que aceptaba y pasar ese tiempo con Marcelo, esta opción tenía el inconveniente de que el director perdiera la paciencia y nos lo hiciera pagar a los dos. Y la otra negarme en redondo a hacerlo, ésta tampoco era una buena opción, pero finalmente consideré que era la menos mala de las dos.
- Lo siento señor, pero no puedo hacer eso; soy muy mal actor y el preso no tardaría en darse cuenta del engaño.
- Es su última palabra.
- Sí.
- Muy bien no puedo obligarle, pero ya puede suponer cual es el resultado de su actitud. Por otro lado, ya no puedo tratarle con la consideración con la que lo he hecho hasta ahora. Dejará el trabajo que realiza y será trasladado, durante quince días, a una celda de aislamiento.
- Pero sólo faltan veinte días para mi juicio, no puede aislarme ahora.
- Sí, sí que puedo, es usted quien me obliga a hacerlo.

El director llamó a uno de los guardianes, le dio órdenes respecto a mí y salimos del despacho. Fue entonces cuando volví a ver a Marcelo. Estaba fuera, esposado y custodiado por dos guardianes, esperando su turno para entrar. Nos cruzamos y sólo tuvimos tiempo para que nuestras miradas se encontraran durante unos breves segundos.

Aquel suceso provocó en mí una reacción totalmente contraria a lo que cabía esperar. En lugar de afectar más mi, entonces bastante deteriorado, estado de ánimo, lo fortaleció inesperadamente. Acepté mi injusto castigo con la convicción de que había obrado correctamente. Me sentía, sin ánimo de pecar de inmodestia, orgulloso de mi actitud y me convencí a mí mismo de que aquellos días de aislamiento serían los últimos que iba a pasar en prisión.

Lo sentía, más que por mí, por los demás, sobre todo por mis padres que cuando llegaran a Buenos Aires se encontrarían con la triste noticia de no poder verme. Lo sentía también por Lola y por Luis. Aquellos eran unos días muy intensos en los que todos podíamos sentir la tensión por la proximidad del juicio y aquel aislamiento vendría a aumentarla más, si cabía.

Supe después, aunque ya lo suponía en aquellos momentos, que Luis hizo todo lo posible por impedir aquella situación, pero sus esfuerzos resultaron inútiles, estrellándose siempre contra la actitud, intransigente, del director. Supe también que éste había justificado su actuación contra mí, por un supuesto enfrentamiento mío con uno de los guardianes, en el

que, incluso, hubo por mi parte un intento de agresión. Aquello, naturalmente, era totalmente falso, pero resultó totalmente efectivo para que el director pudiera cumplir sus amenazas.

El día que fui trasladado a la celda de castigo fue un día espléndido, meteorológicamente hablando. El sol brillaba en lo alto del cielo totalmente despejado y la temperatura era muy agradable. Mi nueva celda era pequeña y fría, un camastro era lo único que había en su interior, me recordó el primer calabozo en el que estuve, todavía en el cuartel de la policía. La única ventana era una especie de tronera, tan pequeña que apenas dejaba pasar la luz del sol, manteniendo la reducida estancia en una especie de penumbra, el silencio allí era casi absoluto. Mi situación se vio agravada por el hecho de que uno de los guardianes responsables de mi celda era el marcado, con el que, como ya se sabe, no tenía muy buena relación. Sin embargo, mis reacciones continuaron siendo contrarias a toda lógica. La atmósfera de aquella celda, lejos de provocarme un estado de agobio o de ansiedad, me produjo un estado de paz y relajación que me liberó de la tensión en la que venía viviendo durante la última semana. Los quince días de obligado aislamiento, representaron para mí una especie de ejercicios espirituales laicos. Durante ellos tuve ocasión de realizar un análisis retrospectivo de lo que había sido mi vida hasta entonces. Me tomé aquel tiempo como un ejercicio monástico de encierro voluntario, desligándome totalmente del presente y volcando todas mis energías en el pasado. Mi mente se esforzó por reproducir, capítulo a capítulo, mi anterior existencia y ésta desfiló ante mí como en la enorme pantalla de un cine del que yo era su único espectador.

Juan Ruiz vino al mundo en Suria el día 15 de Julio de 1947, pronto iba a cumplir 33 años. Los recuerdos de mis primeros años de vida son casi inexistentes, apenas algunas sensaciones que, como sueños lejanos, permanecen escondidas en algún recóndito lugar de mi subconsciente. Siempre me han maravillado las personas que dicen recordar, perfectamente, escenas de su vida ocurridas a muy tempranas edades. Lo que yo pueda relatar aquí, de aquellos años, es resultado de lo que, posteriormente, me contaron a mí mis padres.

Por aquel entonces mi madre también trabajaba, en aquellos tiempos era difícil subsistir con un solo sueldo. Ella se levantaba cada día a las cuatro y media de ella madrugada para poder tomar el autobús que la llevaba a Manresa donde trabajaba en una empresa textil. Durante mi primer año de vida cuidó de mí una tía; la única hermana soltera de mi madre. Al año, también ella se casó y a partir de aquel día yo también tuve que levantarme a tempranas horas de la mañana, pues mi madre se vio obligada a llevarme con ella hasta Manresa para poder seguir trabajando. Allí me dejaba en una especie de guardería regentada por unas monjas que cuidaban de los pequeños cuyas madres trabajaban. Cuando salía de la fábrica volvía a recogerme y regresábamos juntos a casa. Ya por aquel entonces, las hermanas le decían a mi madre que yo era un niño muy retraído que entraba poco en relación con los otros niños y prefería, las más de las veces, jugar solo. Tengo un vago recuerdo de aquella época, tan sólo la desagradable sensación de despertarme tan temprano, mi madre me vestía y me peinaba mientras yo permanecía medio dormido, luego la monja me metía en una especie de cuna y allí podía seguir durmiendo. Cuando despertaba la hermana me daba un vaso de leche y a media mañana mi madre venía a darme el pecho, que estuve tomando hasta casi los dos años.

Aquella situación duró hasta poco antes de cumplir yo los tres, entonces la fábrica cerró sus puertas y mi madre no volvió a trabajar.

Aquel mismo año asistí a mi primer colegio; una academia privada llamada Academia Montserrat. Recuerdo, eso sí, que pasé la primera mañana llorando. La enseñanza en aquellos años no era tan compleja ni profunda como hoy día y antes de los cinco años ya era capaz de

leer. Mi madre mostraba orgullosa, a las vecinas, como su pequeño era capaz de leer algunas palabras de una cartilla de lectura.

Uno de mis tíos tenía un huerto, durante un tiempo estuvimos yendo allí los sábados por la mañana. Se encontraba apenas a dos kilómetros del pueblo, pero para mí aquello era una larga y emocionante excursión. Allí se encontraban, normalmente, mis dos primos, algo más grandes que yo y también más traviesos, aunque a mí lo que me parecían eran mucho más valientes. El huerto era grande, esa era al menos la impresión que a mí me daba. Cuando mucho más adelante volví a verlo en alguna ocasión, me pareció mucho más pequeño y apenas podía creer que se tratara del mismo lugar que yo recordaba de cuando tenía cinco o seis años. Mis primos y yo nos bañábamos en una pequeña alberca y luego jugábamos, medio desnudos, al escondite entre las mazorcas de maíz que se elevaban varios palmos sobre nuestras cabezas. Sin embargo, lo que más me gustaba y con lo que más disfrutaba, era comiendo cerezas subido en el único cerezo que había en el huerto. Comía hasta que no podía más, eran, con mucho, la fruta que más me gustaba. Por la tarde, mi tío nos montaba en un viejo motocarro y volvíamos juntos al pueblo.

La relación con mis primos duró algunos años, más o menos hasta la adolescencia, a partir de la cual fuimos separándonos, poco a poco, hasta llegar a vernos muy de vez en cuando. Salíamos juntos a jugar después del colegio y en verano nos pasábamos la mayor parte del tiempo correteando por el pueblo. Uno de nuestros lugares de juegos preferidos era el río Cardener que lo atraviesa. Cierta día en que me hallaba jugando cerca de la orilla, resbalé y caí al agua. Por suerte pude sujetarme a unas hierbas y salí indemne del incidente. Mis primos, que como ya he dicho eran mucho más atrevidos que yo, sabían nada y decidieron enseñarme para evitar otros sustos como aquel. Por aquella época aprendí también a montar en bicicleta.

A principios de primavera, toda nuestra atención se centraba en conseguir hojas de morera para nuestros gusanos de seda. En el pueblo era muy difícil conseguirla; había pocos árboles y muchos niños. Sin embargo, nosotros conocíamos la existencia de uno cerca del río, era muy alto y sus hojas eran más pequeñas, pero las había en abundancia. Precisamente de aquel árbol cayó un día uno de mis primos, el más pequeño, que quedó inmóvil en el suelo con los ojos extraviados. Mientras su hermano corría hacia el pueblo en busca de mi tío, yo me quedé allí guardándolo. Durante un tiempo soñé por las noches con su cara: los ojos abiertos con la mirada perdida y un hilo de sangre que salía de su nariz. Aparte de la conmoción, se había roto un brazo y permaneció en observación, durante tres días, en un hospital de Manresa. El día que fui a verle pisé un hospital por primera vez en mi vida ya que mi madre me dio a luz en nuestra propia casa. Salí de allí muy impresionado y me alegré mucho de no ser mi primo y no tener que estar en un sitio como aquel, en el que constantemente te estaban pinchando con enormes agujas.

En nochebuena nos juntábamos con todos mis tíos; hermanos de mi madre, pues el único que tenía mi padre seguía viviendo en Cuenca. Los pequeños cantábamos villancicos y tocábamos las zambombas y las panderetas. No recuerdo cuando ni porque dejaron de celebrarse aquellas reuniones familiares.

Cuando tenía ocho años mis padres y yo hicimos un largo viaje hasta un pequeño pueblo de la provincia de Granada; lugar de nacimiento de mis abuelos maternos. Cuando mi abuelo se jubiló, poco después de casarse mi madre, ellos volvieron a Andalucía. En Catalunya vivían bien, pero nunca lograron olvidar su tierra y acabaron volviendo a ella cuando las circunstancias se lo permitieron. Ellos, por lo tanto, no me conocían más que por algunas fotografías que mi madre les había enviado en alguna ocasión. Yo también tenía muchos deseos de conocer a los únicos abuelos que tenía, los paternos habían muerto, ya, cuando mi padre abandonó su tierra natal para ir a Cataluña en busca de una vida mejor.

El viaje en tren fue largo, no sé cuantas horas duró, pero a mí se me hizo eterno. Por fin, llegamos a la estación de Granada y desde allí tomamos un taxi que nos llevó a nuestro destino. Yo estaba entusiasmado, estaba viviendo la mayor aventura de mi vida. Aunque Suria también era un pueblo bastante pequeño, las diferencias con aquel, al que acabábamos de llegar, eran abismales. Allí todas las casas eran blancas y era muy difícil encontrar alguna con más de dos plantas. El pueblo estaba ubicado en las primeras estribaciones de ella sierra, la mitad en una pequeña meseta y la otra mitad en la falda de una pequeña ladera. La casa de mis abuelos estaba en la parte baja, cerca de la única plaza que había. Era una casa pequeña de dos plantas. En la de abajo estaban el comedor y la cocina, que funcionaba con leña y en la de arriba dos habitaciones que se usaban como dormitorios, uno lo ocupaban mis abuelos y el otro mis padres y yo. Yo dormía en el suelo sobre un colchón de lana. No tenía agua corriente y no hacía muchos años que tenían electricidad, bueno, eso era un decir ya que la mayoría de las veces estaba cortada o su intensidad era tan pequeña que el filamento de la bombilla apenas cambiaba de color. En la parte trasera había un pequeño corral donde se encontraba el servicio y donde mi abuela tenía unas cuantas gallinas. Precisamente el día de nuestra llegada mató un pollo que guisó con arroz, a mí el arroz no me gustaba, pero aquel día lo encontré buenísimo y desde entonces es uno de mis platos favoritos. Mis abuelos me parecieron muy viejos, pero pronto les tomé mucho cariño. Durante el tiempo que estuvimos allí me miraron constantemente, desviviéndose por contenerme en todo lo que yo pedía.

Por la mañana nos levantábamos temprano, mi abuela me lavaba y me peinaba y nos íbamos a una tienda, donde vendían de casi todo, a comprar la leche y una especie de bollos para el desayuno, otras veces comprábamos unos churros, distintos a los de Cataluña y que allí llamaban tejeringos.

Al principio los niños del pueblo no me aceptaron, me decían en un tono despectivo, que si éramos catalanes nos marcháramos a Cataluña y se burlaban de mí por lo bien vestido y peinado que siempre iba. La verdad es que a su lado yo parecía un príncipe, la mayoría corrían por el pueblo descalzo y semidesnudos o llevando unas prendas remendadas mil veces. Finalmente hice amistad con un par de muchachos a los que la curiosidad de conocerme venció a los prejuicios que tenían contra mí.

Fueron diez días maravillosos, pero finalmente, como todo en este mundo, se terminaron y llegó la hora de marchar. Lloré cuando me despedí de mis abuelos, ellos también lloraron. Lo cierto es que ya no volví a verlos, el único recuerdo que tengo de ellos es el de aquellos diez días que vivimos junto y un duro de plata que mi abuelo me entregó el día de nuestra partida.

Era la primera decisión importante que debía tomar en mi vida. A los catorce años, ya di muestras de una total indecisión. Pasé todo el verano sopesando las dos opciones que tenía: Bachillerato o Maestría. Un día decidía seguir el Bachillerato y a la semana siguiente cambiaba de opinión. Mi padre no me decía nada, no quería influir en mi decisión, tan sólo insistía en que debía pensarlo bien, pues luego no tendría oportunidad de dar marcha atrás. Finalmente, y en el último momento, me decidí por Maestría. Yo siempre había imaginado, desde pequeño, que sería un famoso médico, cirujano para más señas, pero a la hora de la verdad pudo más la electrónica. Veía en la radio y en la televisión una especie de magia que no alcanzaba a comprender, ¿Cómo era posible que los sonidos y hasta las imágenes, pudieran viajar por el aire y volver a aparecer en aquellos aparatos? En casa había una de aquellas enormes radios antiguas, televisión no teníamos pues entonces era impensable, un día que me quedé solo en casa, le quite la tapa posterior con la esperanza de desvelar el misterio. No sé que es lo que esperaba encontrar, pero recuerdo que sufrí una gran decepción cuando vi su interior.

El primer año en Maestría fue desastroso. Las malas compañías hicieron de mí un pequeño golfo y estuve a punto de perder el curso. Éramos un grupito de cuatro o cinco que nos dedicábamos a robar en pequeños comercios como librerías, jugueterías, etc.... Entrábamos en

las tiendas tres o cuatro de nosotros, yo era el encargado de entretener al dependiente; le pedía artículos que luego, con cualquier excusa, no me quedaba. Mientras, los otros se dedicaban a coger lo que podían sin que los vieran: libretas, tebeos, cochecitos, etc... Las primeras veces nos salió bien que a fuerza de repetir se nos vio el plumero. En más de una ocasión faltamos a clase por este motivo. Afortunadamente mi padre nunca se enteró de lo ocurrido y achacó mis malos resultados al cambio de colegio. No sé que hubiera hecho de haberse enterado, la única vez que mi padre me había pegado, fue precisamente por robar.

Una tarde de verano, mis primos y yo llevamos un grupo de amigos al huerto de mi tío para coger cerezas. Éramos en total ocho o nueve niños y cuando nos dimos cuenta, el árbol había quedado en muy mal estado, desde luego no le quedó ni una cereza madura. Uno de mis primos, el más pequeño, se fue de la lengua y cuando mi padre se enteró me propinó una buena zurra. La mala experiencia del primer año me sirvió de lección y a partir de entonces fui un buen estudiante, nunca brillante, pero sí efectivo.

Mi adolescencia fue tan tormentosa y llena de contradicciones como la de la mayoría de los humanos. Me asomé al mundo y no me gustó lo que vi: las personas no éramos más que esclavos de mil normas sociales y sobre todo del dinero. Hasta entonces todo había sido muy fácil; se aceptaban las reglas porque para eso estaban, se aceptaban los castigos porque habías infringido alguna de las reglas. Lo que decían los mayores era ley; no había otra cosa. Pero de pronto, una voz interior, que nunca antes había oído, empezó a decirme: ¿Por qué han de tener siempre razón los mayores? ¿Por qué esto tiene que ser así y no de otra manera? ¿Por qué...? ¿Por qué...?

Mi primer acto de rebeldía fue dejarme el pelo largo en contra de la voluntad de mi padre. Era la moda que habían lanzado los Beatles, aunque la verdad es que a mí no me gustaron hasta mucho más tarde, claro que eso me guardaba mucho de decirlo. En realidad, sentía una versión innata hacia todo lo inglés y los Beatles, a pesar de ser quienes eran, no fueron una excepción.

En aquellos años me sentía infeliz y, como no, incomprendido. Desligado totalmente del mundo de mis padres, era incapaz de comprender la vida que llevaban: mi padre, dejándose la salud, día a día, en la mina por un sueldo de miseria. Y luego estaba mi madre, era innegable que no eran felices, entonces ¿Por qué seguían viviendo juntos? La hipocresía dominaba de tal modo al mundo que daba asco sólo de pensarlo.

No hay quien le quite la razón a un adolescente, pero tampoco hay quien se la dé. Si ellos gobernarán el mundo, lo más probable es que no durara más de una semana, pero aquella sería la semana más fantástica que la humanidad hubiera vivido en toda su existencia.

A pesar de todo, creo que aquella ha sido la época en la que he vivido más intensamente. Tal vez fuera porque mi mente era entonces como una esponja, dispuesta a absorber todo lo que le rodeaba para luego analizarlo sin piedad. Conocí nueva gente y descubrí todo un mundo de ideas y sensaciones ocultas hasta entonces para mí: amor, odio, sexo, injusticia y tantas otras cosas que no dejaban de asombrarme y torturarme, como si mi capacidad de asimilación no fuera suficiente para admitir toda aquella vorágine de nuevas sensaciones.

La necesidad de hacer algo, de desarrollar continuamente alguna actividad, es algo inherente a los jóvenes de esa edad. Cuando tenía dieciséis años formamos un grupo de jóvenes que nos dedicábamos a organizar nuestras propias actividades. Jugábamos al baloncesto con otros equipos aficionados del pueblo y de los alrededores. Organizábamos disco fórums, charradas y nuestras propias fiestas. Tuvimos la suerte de conseguir un pequeño local que nos cedió el padre de Jordi; uno de los que formaban el grupo. Era un viejo sótano que hacía tiempo que no se utilizaba para nada y que estaba lleno de escombros, pasamos toda

la tarde de un sábado para poder limpiarlo. Luego, poco a poco, lo fuimos decorando a nuestro gusto. Al principio, el grupo estaba formado tan sólo por chicos, pero al cabo de un tiempo algunas chicas se unieron también a él. Lo bautizamos con el nombre de *soroll*, ruido, y o diseñé para él un escudo que era una tienda de campaña construida con las letras de su nombre. El motivo de que eligiera una tienda de campaña como símbolo del grupo, fue que una de nuestras actividades principales y a la que nos dedicábamos siempre que nos era posible, era el excursionismo.

Aprovechábamos fines de semana, puentes, vacaciones y naturalmente el verano, para efectuar salidas de dos, tres o más días. Disponíamos de un par de tiendas de campaña del tipo canadiense y con ellas como casa, visitamos muchos lugares de Cataluña e incluso de Aragón: El Pedraforca, la sierra del Cadí, la Vall d'Aran, el valle de Ordesa, etc...

Unas vacaciones de semana santa, José María, que también pertenecía al grupo, y yo, partimos, sin tienda, con la intención de ascender al monte Aneto que se halla situado en el Pirineo aragonés y que con sus 3.404 metros de altitud es el pico más alto de la península. Viajamos en tren hasta La Pobla de Segur y una vez allí nuestra intención era continuar en autostop hasta Viella. Al principio no tuvimos demasiada suerte y era ya de noche cuando nos paró un seiscientos en el que viajaban dos jóvenes maestras.

- Vamos a Pont de Suert. ¿Os va bien? - dijo la que conducía.
- Sí, estupendo.
- Hemos parado de milagro, yo iba a pasar de largo, pero mi amiga ha visto las mochilas. Nosotras también hemos hecho autostop muchas veces.
- Pues gracias a vosotras, ya estábamos pensando en pasar la noche al raso.
- ¿No lleváis tienda?
- No, sólo los sacos y una manta.
- ¿Hacia dónde vais?
- Vamos a Viella, queremos subir al Aneto.
- Habríais ido mejor por Benasque.
- Sí, ya lo sabemos, pero así aprovechamos mejor las vacaciones.
- ¡Oye!, nosotras pasaremos la noche en Pont de Suert, allí nos esperan unos compañeros, pero mañana saldremos también para Viella. Si queréis os podéis venir con nosotros, iremos en un Land Rover y hay sitio para todos.
- Por nosotros de acuerdo.

Estábamos de suerte, en una sola tirada habíamos conseguido transporte hasta nuestro primer destino. Aquella noche la pasamos en una especie de cobertizo que había cerca del hotel de carretera donde se hospedaron nuestras amigas; a pesar del saco y de la manta, pasamos bastante frío. Al día siguiente, habíamos quedado con las maestras en encontrarnos en el bar del hotel a las nueve de la mañana. El frío nos hizo levantarnos mucho antes y a las ocho ya estábamos allí desayunando. Sobre las ocho y media aparecieron nuestras amigas, sus compañeros, otros dos maestros, nos acogieron amistosamente y después de que ellos también desayunaron y de cargar el Land-Rover, partimos hacia Viella.

El viaje en la parte trasera del todoterreno no fue muy cómodo, pero eso carecía de importancia para nosotros, más al contrario, nos pasamos la hora escasa que duró el trayecto, desternillándonos de risa a cada nuevo salto que la dura suspensión del vehículo nos hacía dar.

En Viella nos despedimos de nuestros amables compañeros y proseguimos con nuestros planes. Nuestro próximo destino era un refugio de montaña, en el que ya habíamos estado en una ocasión y que nos serviría de cabeza de puente para dar el salto final hasta otro refugio

situado, ya, en la falda del Aneto. Para alcanzar el primero de ellos, tuvimos que caminar doce kilómetros por una estrecha, pero asfaltada, al fin y al cabo, carretera.

Llegamos pasado el mediodía. Allí descansamos y recuperamos fuerzas con una comida preparada a base de conservas de alimentos precocinados. Por la tarde emprendimos la última etapa de nuestro camino hasta el refugio de *La Renclusa*, al pie del Aneto. En principio teníamos que superar un pequeño puerto llamado Coll de Toro, para luego descender y finalmente ascender unos metros para llegar hasta él. En condiciones normales aquella ruta no nos habría supuesto demasiados problemas, pero en aquellas fechas el paisaje se hallaba totalmente nevado, lo que entorpeció y dificultó nuestra marcha. A medida que ascendíamos, la nieve aumentaba y a cada paso nos hundíamos en ella hasta las rodillas. Mi equipamiento estaba de acuerdo con mi poder adquisitivo, que en aquella época era más bien escaso, y al poco tiempo de iniciar la marcha tenía los pies y los pantalones totalmente mojados.

Al poco de iniciar el descenso, después de más de dos horas de ascender sin descanso, cuando el terreno era bastante pendiente, tropecé y caí de bruces sobre la nieve con la cabeza en la parte más baja. Intenté levantarme, pero la nieve y la mochila me lo impedían, si llego a estar solo creo que hubiera pasado un mal rato, pues fue necesario que José María interviniera para poder incorporarme.

Durante toda la mañana el sol había lucido espléndido, llegando, incluso, a hacer calor. Pero a primera hora de la tarde el cielo empezó a encapotarse y, cuando nos hallábamos aproximadamente a mitad del descenso, empezó a nevar. La cosa fue empeorando hasta llegar a complicarse de veras, y al poco tiempo nos hallábamos en medio de una fuerte tormenta de nieve. Ahora nevaba copiosamente y el viento soplabla con fuerza, azotando nuestros rostros con cientos de copos que nos herían como diminutos alfileres. La visibilidad se hizo escasa, perdimos de vista nuestros puntos de referencia y finalmente tuvimos que admitir que estábamos perdidos.

Afortunadamente nos tropezamos con otros montañeros que se dirigían al mismo refugio y que por suerte estaban mejor orientados que nosotros. De no haberlos encontrado nos habríamos perdido irremisiblemente, pues cuando lo hicimos, llevábamos el camino totalmente equivocado.

Ya había oscurecido cuando avistamos el refugio, suspiramos al verlo. Sin embargo, allí nos esperaba una nueva y desagradable sorpresa, pues éste se hallaba totalmente abarrotado. No había ni una cama libre, ni siquiera había espacio para desenvolverse a gusto. Incluso las mesas habían sido acondicionadas como improvisados lechos donde pasar la noche. El suelo estaba completamente encharcado y por doquier había mochilas, bolsas, esquís y mucha, mucha gente. En aquellos momentos sentí deseos de echarme a llorar. Ocupamos un rincón y me quité las botas y los calcetines que estaban empapados, también me quité los pantalones, pero como no llevaba de repuesto tuve que quedarme en calzoncillos. Allí también había algunas mujeres, pero en aquellos momentos la vergüenza no tenía sentido, de hecho, alguna de ellas tampoco los llevaba puestos.

A la hora de dormir nos organizamos lo mejor posible entre todos y finalmente, José María y yo, pudimos extender nuestros sacos sobre un banco de piedra. El lecho era algo estrecho y duro, pero a pesar de todo, pudo más el cansancio y dormí toda la noche de un tirón.

Nuestra mala racha continuó a la mañana siguiente, pues el día amaneció tal como había terminado el anterior: la tormenta continuaba y en aquellas condiciones era imposible iniciar la ascensión. Sólo a media mañana la tormenta cesó y empezó a despejar. Algunos excursionistas propusieron iniciar entonces la subida, pero finalmente la propuesta fue desestimada; era demasiado tarde. Nosotros tampoco pudimos quedarnos otro día, pues nos faltaba tiempo y finalmente tuvimos que desistir de nuestra intención e iniciamos el camino de regreso sin haber pisado la cima más alta de la península.

La puerta de la celda se abrió y el marcado me dejó la comida sobre el camastro diciendo con mucha ironía, como hacía siempre: ¡Qué aproveche!

Ya habían pasado diez de los quince días de castigo y mi ánimo seguía sin resentirse, no sé de dónde me llegaba aquella fuerza moral, pero lo cierto es que allí estaba y yo me sentía muy satisfecho de que así fuera.

Después de unos meses de comer más o menos bien, me resultó muy difícil volver a acostumbrarme al rancho de la prisión, pero tenía la intención de mantenerme en las mejores condiciones físicas y psíquicas, por lo que mi plato quedaba siempre vacío.

Si mis cálculos no fallaban, era dos de junio. Mis padres ya debían encontrarse en Buenos Aires o a punto de llegar, me dolía no poder verlos, pero, por otro lado, estaba tranquilo; sabía que Lola se ocuparía perfectamente de ellos.

Mi padre me lo dijo sin rodeos: “no puedo pagarte una carrera”. Tenía dieciocho años y la Maestría Industrial recién terminada. Pero la universidad estaba en Barcelona y eso ocasionaría unos gastos que el corto salario de mi padre no se podía permitir.

Me sentía impotente y lleno de rabia, tenía la universidad a mi alcance y una vez más, el maldito dinero, se situaba frente a mí como una barrera infranqueable.

Lo estuve pensando detenidamente y finalmente tomé la decisión: me iría a vivir a Barcelona y buscaría algún trabajo que me permitiera acudir a las clases. Con lo que ganara y la ayuda que mis padres pudieran prestarme, sería suficiente.

Mi padre al principio no lo vio claro, era mucho más pesimista que yo. De todas maneras, lo convencí, llegamos a un acuerdo: faltaba algo más de un mes para que se iniciara el curso, me daría una cantidad de dinero y marcharía a Barcelona. Si el dinero se acababa sin haber encontrado un trabajo apropiado, debería volver y decirle adiós a la universidad. Si en ese tiempo lo encontraba, hablaríamos.

Calculé que con aquella cantidad tendría para tres semanas, pero la vida en Barcelona era más cara de lo que yo suponía y en realidad sólo tenía para dos, según los cálculos que volví a realizar una vez allí.

Después de llegar a un acuerdo con mi padre, le di la noticia a Susana. No se enfadó, ni siquiera se quejó, comprendía perfectamente mis deseos. Pero yo me di cuenta de que le causé una enorme tristeza. Para animarla le prometí que vendría a verla todos los fines de semana, ella me dijo que no era eso lo que más le preocupaba, sino que, si yo conseguía mi propósito y entraba en la universidad, conocería mucha gente, muchas chicas jóvenes y tenía miedo de que entonces me olvidara de ella. Yo le prometí y le juré que eso no ocurriría nunca, pero la verdad es que su miedo fue como una premonición de lo que realmente iba a ocurrir.

El día que llegué a Barcelona me pasé toda la mañana buscando una pensión. Me dirigí directamente al Barri Antic, pues sabía que allí eran más asequibles. Después de preguntar en varios sitios, volví a la más barata. El hombre que la regentaba era un tipo delgado de unos cincuenta años, estaba bastante calvo y llevaba unas gafas de cristales tan gruesos como culos de botella, en el centro de los cuales se podían ver sus ojos como dos pequeños puntitos negros. Tenía un fuerte acento gallego. Me pidió el carnet de identidad y me hizo mil preguntas, dijo que era menor de edad y que no podía darme habitación. Yo insistí, le dije que había venido a estudiar a la universidad y que tenía permiso de mis padres, finalmente accedió, dijo que se iba a meter en un lío, pero me alquiló una. Esta era horrible, tenía un pequeño balcón que daba a una calle estrecha y gris, seguro que allí no daba el sol en todo el

día. Pero de momento no podía permitirme nada mejor, tendría que vivir allí, al lado del barrio chino.

Las cosas iban mal, el dinero se estaba acabando y aún no había encontrado nada conveniente. Había trabajo, pero era para todo el día. Finalmente, cuando ya desesperaba, lo encontré: un trabajo de camarero, de las seis de la tarde a las doce de la noche. Era perfecto, además entre el sueldo y las propinas, podría mantenerme yo solo, sin ayuda de nadie.

Mi primer y último año como universitario fue desastroso, mucho peor que el primero de maestría. La universidad vivió aquel año unos momentos muy tensos. Los estudiantes nos hallábamos constantemente en conflicto: manifestaciones por la libertad, por la amnistía y por la autonomía de Cataluña, decenas de asambleas y huelgas por una mejor ley de educación, fueron la tónica general de todo el curso. Fueron muy pocos los que al final lograron superarlo y desgraciadamente yo no estaba entre ellos.

Aquel fracaso me desanimó por completo. No es que yo no estuviera de acuerdo con las reivindicaciones el resto de los estudiantes, sí que lo estaba, pero mi caso no era como el de la mayoría de ellos; cuyos estudios eran costados por sus padres. Yo tenía que sacrificarme mucho para asistir a la universidad y no podía permitirme el lujo de tirar más años por la borda. Al siguiente iba a ser llamado a filas y decidí que cumpliría mi forzoso deber con la patria, sin pensar siquiera en solicitar ningún tipo de prórroga.

A pesar de mi decisión, no volví a Suria. Mi relación con Susana había terminado, tal como ella había temido. Al principio cumplí mi promesa; iba a verla todos los fines de semana. Luego, en la universidad, hice nuevas amistades, nunca podía salir con ellas porque por las tardes trabajaba y los fines de semana me iba a mi pueblo, así que, poco a poco, empecé a quedarme alguno de ellos en Barcelona. En una ocasión fueron tres las semanas que estuve sin ir por casa. Aquel sábado, como cada sábado, Susana pasó por casa para ver si yo había venido. Me preguntó por qué había estado tres semanas sin aparecer y yo le mentí diciéndole que había tenido unos exámenes importantes. Salimos a dar un paseo, íbamos por la calle en silencio, como si no tuviéramos nada que contarnos después de tantos días. Era indudable que entre ambos se había levantado un muro, un muro que había levantado yo mismo, aunque todavía no lo hubiera admitido.

- ¿Qué te pasa Juan?, últimamente estás muy extraño.
- Estoy preocupado por los estudios.
- No, no es eso. Lo que te pasa es que ya no me quieres.
- ¿Por qué dices eso?, claro que te quiero.
- No, no me quieres, estoy segura. ¿Por qué no lo admites?
- No se que decirte.
- ¿Quieres que lo dejemos?
- ¿Quieres dejarlo tú?
- No, yo no quiero dejarlo, eres tú.

No volvimos a hablar sobre el tema, pero a partir de aquel día, Susana no volvió por mi casa ni yo fui a buscarla.

Mi nueva vida en Barcelona fue estabilizándose poco a poco. Conseguí trabajo en una empresa de electrodomésticos, como operario de reparaciones. Por fin tenía la oportunidad de trabajar en el oficio que yo mismo había elegido y la experiencia fue muy positiva; me gustaba mi trabajo. No ganaba mucho más que como camarero, a pesar de que trabajaba nueve horas diarias, pero sí lo suficiente como para mudarme a una pensión mejor. Seguía estando en el Barri Antic, pero en una zona más agradable; muy cerca de las Ramblas.

Los dueños de mi nueva pensión eran un matrimonio andaluz. En realidad, ellos no eran los dueños, sino un hermano del marido, aunque ellos siempre actuaban como si lo fueran. La

esposa; doña María, era una mujer muy extrovertida, siempre estaba contenta, con esa alegría y desparpajo que sólo se encuentra en las gentes del sur. Desde primera hora de la mañana podían oírse sus cantos por toda la pensión. El matrimonio tenía tres hijos; dos chicos y una chica. El pequeño tenía diez años, era un chiquillo despierto y vivaracho que siempre andaba alrededor de los huéspedes en busca de una propinilla. El otro chico contaba catorce y toda su ambición era llegar a ser un futbolista famoso, de momento llevaba buen camino, pues ya jugaba en la división infantil del F.C. Barcelona. La chica era la mayor, tenía dieciocho años y sus padres le pusieron Montserrat en honor a la que era su nueva tierra. En contraste con su madre, Montse, como todos la llamábamos, era una muchacha más bien tímida y retraída que apenas hablaba con los huéspedes, pero que era una gran ayuda para doña María. Ella era la que cada mañana llamaba a mi puerta a las siete en punto para que yo me levantara.

Con el tiempo, Montse y yo, hicimos amistad. Nuestros caracteres se avenían bastante bien. Algunas tardes, mientras los demás veían la televisión, ella y yo jugábamos a las damas o le enseñaba a jugar al ajedrez, juego que ella tenía mucho interés en aprender y que finalmente aprendió con mi ayuda. Aunque estuvimos a punto, nuestra relación no llegó a formalizarse a pesar de que la señora María lo hubiera visto con buenos ojos. Ella me tenía muy bien considerado, cualquiera que hubiera pisado una universidad era para ella una persona culta e importante, de nada servía que yo le dijera que sólo había estado un año y que ni siquiera lo había superado, ella seguía considerándome poco menos que un licenciado.

A pesar de todo, Montse fue una mujer muy importante en mi vida. Con ella hice el amor por primera vez. Fue una tarde de invierno. Yo me encontraba en cama recuperándome de una gripe recién pasada, sus padres habían salido para asistir al entierro de un paisano y en la pensión sólo quedamos un huésped jubilado, que apenas salía de su habitación, ella y yo.

Hacía tiempo que Montse ejercía una fuerte atracción física sobre mí. En la pensión sólo había un cuarto de baño que usábamos todos los huéspedes y también los dueños. En cierta ocasión, al entrar en él con la intención de darme una ducha, me encontré que Montse estaba en el interior haciendo lo propio. Naturalmente se hallaba completamente desnuda y en aquel momento se estaba enjabonando. Al verme lanzó un pequeño grito de sorpresa y trató de cubrirse con las manos, pero al reconocermelo dejó de hacerlo y me mostró, en provocador desafío, las bellezas de su joven y atrayente cuerpo. Yo permanecí embelesado, observando, incrédulo, lo que tenía delante, hasta que ella, sonriendo, me pidió que saliera para poder cerrar la puerta, lo que antes, inexplicablemente, había olvidado. Desde entonces, aquella visión llenó todas mis fantasías sexuales y no podía evitar sentirme tremendamente excitado cada vez que la tenía cerca.

Mientras tomaba el zumo que me había traído, ella se sentó en la orilla de mi cama. También en aquella ocasión su presencia, tan cerca de mí, me había excitado. Sabía que estábamos prácticamente solos y después de dejar el vaso, aún medio lleno, sobre la mesilla, puse mi mano sobre su pierna deslizándola lentamente hacia arriba a la vez que arremangaba su bata. Ella me dejó hacer al principio, pero cuando mi mano tomó el camino hacia su entrepierna, me detuvo diciéndome que no, pero sin moverse de donde estaba ni bajar su bata totalmente arremangada. Con su mano retiró la mía que insistente se dirigió hacia un nuevo objetivo. Desabrochó los dos botones superiores de la bata y uno, a la altura del pecho, de la camisa que había debajo. Por la brecha recién abierta se introdujo hacia el interior hasta rozar la suave tela del sujetador y, ante la complaciente quietud de ella, siguió avanzando hasta aprisionar su pecho, grande y tibio. Aquella fue la señal que dio comienzo a mi primera relación sexual.

De cara a los demás nuestra actitud continuó siendo la misma, pero siempre que teníamos una oportunidad volvíamos a hacer el amor. Aquello mismo fue lo que puso final a nuestra pequeña y clandestina aventura. En una ocasión la regla se le retrasó casi un mes, los dos estábamos muy asustados y aunque finalmente se trató de una falsa alarma, aquel suceso

terminó con nuestros encuentros amorosos y a la postre con cualquier relación que no fuera puramente amistosa.

CAPITULO X

Con la uña hice una nueva marca en el húmedo yeso de la pared de la celda, al lado de las otras. Aquella raya era la que hacía quince, si las cosas seguían su curso, aquél debía ser mi último día de aislamiento. Era de esperar que en las próximas horas o tal vez al día siguiente, fuera trasladado a mi celda en el pabellón C. Era jueves y, si mis cálculos no fallaban, mi juicio empezaría el próximo martes.

Ahora que mi forzoso aislamiento tocaba a su fin, se apoderó de mí toda la impaciencia que durante los días anteriores había conseguido dominar. Los deseos de ver a Lola crecieron rápidamente en mi interior como una planta que recibe el agua vital después de muchos días de sequía. El interés por conocer la situación exterior se apoderó de mí creándome un estado de ansiedad por la falta continuada de noticias. Mis padres debían hallarse, ya sin ninguna duda, en Buenos Aires y su impaciencia debía ser mayor que la mía por verme. Luis debía tener totalmente preparada su estrategia para mi juicio, tal vez había alguna novedad que yo desconocía.

Afortunadamente esta situación no se prolongó durante mucho tiempo, pues, aproximadamente al mediodía, el guardián me comunicó que el director quería verme. Fui trasladado a su despacho donde éste me recibió con una inesperada amabilidad.

- ¿Cómo os encontrás? Ruiz.
- Bien, dentro de lo que cabe.
- Bueno, me alegro. Sé que este castigo habrá sido muy duro para vos, tan cerca como estás del juicio, pero no debés guardarme rencor por ello, mis superiores se habían hecho algunas ilusiones con respecto a vos y tu actitud, poco colaboradora, me obligó a actuar como lo hice.

El director me miró esperando quizá alguna respuesta por mi parte, pero como permaneciera callado continuó diciendo:

- En fin, el castigo ha terminado, de acá serés trasladado a tu celda. Si no me equivoco tu juicio está previsto para el martes ¿no es así?
- Así es, si no ha habido ninguna novedad.
- No me consta y quiero que sepas que tendrás las máximas facilidades por mi parte para que puedas prepararlo con todas las garantías, junto con tu abogado. Podrás recibir sus visitas fuera de los horarios establecidos y también te permitiré recibir otras visitas que no son precisamente las de tu abogado. A pesar de todo vos me habés caído bien y te deseo mucha suerte ante el juez.
- Gracias señor, es usted muy generoso.

Tanta amabilidad me había desconcertado y no pude evitar sentir cierta desconfianza hacia aquella persona capaz de mostrar unos cambios de actitud tan pronunciados. Cuando me disponía a salir, la voz del director me detuvo junto a la puerta del despacho.

- ¡Por cierto Ruiz!, hace una semana que sus padres vienen todos los días para intentar verte, les prometí que esta tarde podrían hacerlo.
- Gracias - volví a decir y salí del despacho.

Los ojos se me humedecieron con la noticia y, camino de mi celda, empecé a imaginar el momento en que podría ver a mis padres y tal vez, con suerte, incluso abrazarlos. A las seis de la tarde se cumplió la promesa del director y de nuevo me encontraba recorriendo los pasillos de la penitenciaría en pos del guardián que me había anunciado que tenía una visita. A medida que nos íbamos acercando, mi corazón empezó a latir más deprisa, me alegré cuando el guardián paso de largo las salas donde normalmente se recibía a los visitantes, eso quería decir que el encuentro tendría lugar tal como yo había soñado: sin ningún tipo de separación entre nosotros. El guardián se detuvo ante la misma puerta en la que semanas antes recibiera la visita de Leticia y me hizo señas de que podía entrar. Me tomé un par de segundos y lo hice.

Allí estaban, sus semblantes, tristes, se iluminaron al verme y ambos avanzaron hacia mí a la vez que yo lo hacía hacia ellos. También estaba Lola que, con una sonrisa en los labios, permaneció detrás esperando su turno. Primero me abrazó mi padre y luego lo hizo mi madre que me besó en ambas mejillas y me acarició el pelo con un cariño que yo no le recordaba. Después abracé a Lola y la besé en los labios bebiendo de ellos como si tomara una medicina que hubiera de salvarme la vida. De nuevo la calidez de su cuero inundó todo mi ser llenándolo de una serena y placentera paz. Todavía nadie había pronunciado una sola palabra, la emoción parecía haber dejado mudos a mis padres que me miraban con ojos llorosos y llenos de amor. Por fin fui yo quien habló.

- Papá, mamá ¿Cómo estáis?
- Bien hijo - contestó mi padre - y tú ¿Cómo te encuentras?, te veo más delgado.
- Sí, he perdido algunos kilos, pero me encuentro bien.

Tal como había supuesto, Lola se había encargado a la perfección de atender a mis padres. Les había puesto al corriente de todo lo sucedido desde mi llegada a Buenos Aires y así ya estaban enterados de que yo era un hombre rico y a la vez acusado de asesinato. Ni ella ni sus padres, habían consentido en que se alojaran en ningún hotel y les habían ofrecido, por no decir impuesto, su hospitalidad, por lo que, desde que llegaron, vivían en su casa. Mis padres me hablaron muy bien de los que ellos ya llamaban mis suegros, lo que me hizo pensar en que yo aún no los conocía personalmente, tan sólo a través de lo que Lola me había explicado. Pero, debido a mi situación, no me atreví a hacer ningún comentario. Lola, como si hubiera leído mis pensamientos, dijo entonces:

- Por cierto, Juan, mis padres me han dicho que les gustaría mucho conocerte, pero han querido que antes te lo dijera a ti.
- Diles que yo también tengo muchas ganas de conocerlos, que vengan a verme cuando quieran.
- Mis padres me hablaron de mi pueblo y de España y yo les conté mi vida en la prisión.

Cuando había transcurrido una media hora llamaron a la puerta.

- Debe ser Luis - dijo Lola - quedamos que vendría a esta hora.

Efectivamente Luis entró en la estancia y después de que saludara a los que estamos allí, Lola me dijo levantándose:

- Nosotros nos vamos porque Luis y tú tenéis mucho de que hablar. Ahora iré a ver al director y le pediré permiso para venir a verte mañana con mis padres.

Nos despedimos con nuevos abrazos y Luis y yo quedamos solos en la habitación. La verdad es que estaba ansioso por conocer sus noticias y sólo la presencia de mis padres me había impedido interrogar a Lola sobre el particular. Conversamos durante algo más de una hora y no pude por menos que comentar a Luis mi extrañeza ante tanta tolerancia por parte de la penitenciaría. Extrañeza que mi abogado se encargó de disipar al informarme como, con una pequeña “ayuda”, el director se había mostrado dispuesto a ser tolerante con el horario y la duración de mis visitas.

Luis me informó que no había conseguido llegar a ningún acuerdo con el fiscal y que por tanto mi vista se iniciaría el martes tal y como estaba previsto. Este iba a solicitar al juez la pena de cadena perpetua, mientras que él iba a pedir la total absolución por falta de pruebas concluyentes contra mí, a la vez que presentaría testimonios suficientes que demostrarían que el asesinato había sido cometido por otras personas.

Una semana antes, Luis mantuvo una entrevista de vital importancia con Pablo, el anestesista. En ella le dio a conocer la verdadera situación, le informó que el doctor Fierro no había sido detenido y que él no se hallaba en manos de la policía sino en la de unos detectives privados contratados por él mismo. Le habló de mí y de mi acusación de haber matado a Pacheco y le dio a entender que su testimonio era la única manera de demostrar que Fierro y Leticia eran los verdaderos culpables.

Al principio su reacción fue negativa, incluso violenta, amenazó con denunciar a la policía que había sido secuestrado. Pero, poco a poco, los argumentos de Luis lograron convencerle.

- ¡Vos me habés engañado!, me habés utilizado, pero yo no voy a testificar en ningún juicio.
- ¡Escúcheme Pablo!, está usted aturdido, piense un poco. Cierto que si declara se estará acusando a sí mismo de ser cómplice de la muerte de Gerardo, pero eche la vista atrás y dígame: ¿Qué ha sido de su vida desde que conoció a Fierro? Antes tenía usted un puesto importante en el hospital y cuando nosotros le encontramos no era más que un vagabundo, alcohólico y muerto de miedo.
- Ese es mi problema.
- ¡No sea necio! Entre los dos podemos hundir a Fierro y a Leticia que aún es peor que él. Después yo me ocuparé de su defensa y le aseguro que conseguiré una condena reducida para usted.
- ¿Estás seguro de eso?
- Lo estoy, le aseguro que la pena que puedan imponerle será mil veces mejor que continuar huyendo el resto de sus días con la amenaza de un desalmado como Fierro sobre su cabeza, recuerde lo que le pasó a Pacheco y que el doctor ya le amenazó una vez con que a usted podría pasarle lo mismo.

Pablo pasó las manos por su cara, las últimas palabras de Luis le habían hecho mella y trataba de decidirse.

- Está bien - dijo al fin - lo haré, pero quiero que me des por escrito que luego te harás cargo de mi caso sin cobrar.
- De acuerdo, mañana le traeré el documento que me pide.

- ¿Vas a llevar su caso sin cobrar? - dije.
- Te lo cobraré a ti que para eso eres rico.
- Espero que lo puedas hacer.

Luis me informó también de algunas novedades que habían ocurrido durante mi aislamiento. La lista de testimonios se había visto incrementada en tres casos más. Por un lado se hallaba la hermana de Pacheco que finalmente y ayudada también por una respetable suma, admitió que su hermano le había puesto al corriente de la conversación que había sorprendido entre el doctor y Leticia y que había intentado hacerles chantaje, aceptando testificarlo en el juicio. Por otro lado, el buen trabajo realizado por Luis y los detectives, sirvió para localizar a unos padres que habían sido víctimas de los turbios manejos del cirujano y que estaban dispuestos a testificar que le entregaron una fuerte suma de dinero a cambio de que su hijo pudiera ser operado antes de los seis meses que le habían dado como primer plazo. Este testimonio no era demasiado importante para el caso, pero serviría para dar a conocer que clase de persona era el tal Fierro.

Finalmente, Luis logró entrar en contacto con la única enfermera que había asistido a la operación de Gerardo y que aún permanecía en el hospital. Esta no opuso ninguna resistencia a los deseos del abogado ya que hacía tiempo que sentía una gran antipatía hacia el doctor que, cuando fue nombrado Jefe de Cirugía, la apartó de los quirófanos relegándola a ser una simple enfermera de planta.

- Y ¿En qué puede ayudarnos el testimonio de la enfermera?
- Ella, respondiendo a mis preguntas, hablará sobre la extraña conducta del doctor cuando sobrevino el paro cardíaco de Gerardo, ya que éste no llevó a cabo ninguna de las actuaciones normales en esos casos de emergencia, limitándose a decir, ante el propio sugerimiento de la enfermera, que el caso era irrecuperable.

Los informes de Luis eran tranquilizadores, parecía que, tal como tenía planteado el caso, era muy difícil que el juez me considerara culpable. El testimonio del anestesista iba a ser crucial, ya que a la vez que acusaría a Fierro, se estaría acusando a si mismo con lo cual su falsedad estaba fuera de toda duda. El resto era cuestión de atar cabos y por poco inteligente que fuera el juez, debería ver la verdad claramente.

Cuando llegó la hora de dormir, tumbado en mi litera, mi cabeza era un torbellino de pensamientos. A pesar de que no dejaba de repetirme los argumentos que tenía mi favor, no podía impedir sentir un miedo casi cerval en lo más profundo de mi ser. La cadena perpetua pendía sobre mi cabeza como la espada de Damocles y esa amenaza pesada como una losa que me impidiera respirar con libertad. Por contra las visitas que había tenido durante el día me habían proporcionado un estado de serenidad, era como si el tener a mis seres más queridos cerca de mí fuera suficiente para sentirme protegido contra cualquier mal. Pensé intensamente en cada uno de ellos, los presentes y los ausentes, como para tomar de cada cual la fuerza que yo necesitaba para superar el miedo que como la llama de una vela iba y venía a impulsos del combustible que encontraba para arder. En un instante veía la clara luz de la libertad tan cerca de mí que casi podía tocarla con mis manos y al siguiente, ésta se apagaba y frente a mí sólo se abría la oscura boca de un pozo al que me sentía arrastrado sin remedio. Sensaciones contradictorias que como las olas del mar llegaban una detrás de la otra sin orden aparente. Intenté desesperadamente refugiarme tras el escudo del sueño, pero esta puerta de evasión momentánea me fue abierta en muy pocas ocasiones en los días que faltaban para mi juicio y en los que éste duró.

El recuerdo de Gerardo volvió de repente a mí con una fuerza nueva, despertando un dolor que permanecía latente en mi interior como un virus que espera las condiciones idóneas para atacar y extender por el cuerpo su acción perniciosa. Lo que más me humillaba era estar en aquella situación a causa, precisamente, de los que habían sido sus asesinos. Me imaginaba a Gerardo retorciéndose de rabia y de dolor en el fondo de su tumba. Las promesas de venganza que le había hecho mil veces desde mi pensamiento, se hallaban a un paso de poder

convertirse en una humillante derrota. ¡Maldita mujer! ¡maldita mil veces! Gerardo, Pacheco y ahora yo ¿Cuándo se sentiría saciada su crueldad? ¿Cuántas vidas tenía que destruir antes de sentarse tranquila en su trono de poder y riqueza? Pensar en Leticia me hacía daño, me hería en mi dignidad dejando al descubierto toda mi impotencia. Deseaba con el mismo ardor verme libre y verla a ella condenada, lo uno sin lo otro no tenía sentido. Deseaba ver en su cara, hermosa y desafiante, el temor por haberlo perdido todo, por haber sido descubiertos sus crímenes. Deseaba ver la desesperación pintada en su rostro como la había visto en el mío, la odiaba, la odiaba con todas mis fuerzas.

El próximo encuentro con los padres de Lola me había trastornado más de lo que yo mismo había imaginado, la verdad es que nunca me había parado a pensar en aquel momento y ahora que estaba cerca me hallaba envuelto en un mar de dudas. ¿Qué pensaban realmente de mí? Lola me había hablado mucho de ellos y siempre que venía a verme traía sus saludos y sus palabras de ánimo, pero ¿No se trataría de pura cortesía hacia mí y hacia su hija? ¿Estarían realmente satisfechos con aquella relación? Y qué decir de mi situación; acusado de asesinato. ¿Estarían ellos convencidos de mi inocencia? Nunca Lola había dicho una palabra que indicara el rechazo de sus padres hacia mí, pero yo mismo me daba cuenta de que en mi persona convergían una serie de circunstancias que cada una, por sí sola, podía ser motivo de preocupación para unos padres, máxime teniendo en cuenta que Lola era hija única, como yo, y que debían adorarla. Ella, la niña de sus ojos, se había enamorado de un hombre al que conocía hacía muy poco tiempo, ocho años mayor que ella y que ni siquiera era argentino, aunque fuera español. Un hombre del que no sabían apenas nada y que, por si fuera poco, se hallaba inmerso en una terrible situación que podía tener graves consecuencias. Realmente era para preocuparse y debían ser unas personas muy comprensivas y tolerantes para haberme aceptado, sinceramente, como el prometido de su hija.

De nuevo me hallaba frente a aquella puerta y de nuevo hube de tomarme unos segundos antes de abrirla y enfrentarme a los que me esperaban en el interior. Había llegado a aquel momento con el ánimo inquieto, dominado por una sensación de timidez y de vergüenza por tener que presentarme ante ellos en aquellas circunstancias que debían haber sido tan distintas. No había conseguido calmar mi espíritu y me sentía como el creyente que se presenta ante su confesor con el temor de no ser perdonado a causa de la gravedad de sus pecados.

Entré y me quedé a un paso de la puerta, desde donde saludé tímidamente.

- ¡Buenas tardes!

Ellos y su hija estaban frente a mí, a unos pasos, y contestaron a mi saludo. Lola nos concedió unos segundos para la observación y rápidamente tomó la iniciativa. Se dirigió hacia mí y tomándome por un brazo me acercó hasta sus padres.

- Juan, te presento a mis padres, Miguel y Laura.

Mecánicamente tendí la mano hacia Miguel que la estrechó con fuerza, mientras cruzábamos las frases típicas de cortesía. Luego la tendí hacia Laura, que ignorándola, apoyó sus manos sobre mis hombros y posó sus mejillas sobre las mías en un gesto cargado de dulzura.

Miguel era un hombre alto y corpulento. Su rostro, enmarcado por una barba perfectamente arreglada, era grave y destilaba seguridad. Tenía el pelo espeso y peinado hacia

atrás, éste era negro excepto en las sienes donde podían verse bastantes canas que le daban un cierto aire de distinción. Usaba gafas de gruesa montura que parecían hechas especialmente para él.

Laura era una mujer delgada y no muy alta, pero extraordinariamente elegante. Su rostro, agradable, conservaba, aún, una serena belleza que recordaba enormemente a la de su hija. Su nariz y sus ojos eran iguales que los de Lola, no así la boca, algo más pequeña y de labios más finos.

Después del saludo, Miguel tomó la palabra.

- Juan, estamos muy contentos de conocerte, tan sólo lamentamos, especialmente por ti, que tenga que ser en estas circunstancias. Pero quiero, queremos, que sepas, que cuentas con todo nuestro apoyo y nuestras simpatías más sinceras.
- Nosotros - dijo Laura con una voz tan suave y delicada como la de su hija - tenemos una gran confianza en Luis y estamos seguros de que no nos defraudará.
- Muchas gracias - contesté aturdido por el recibimiento - me hace muy feliz que ustedes piensen así, la verdad es que no las tenía todas conmigo, temía que no les pareciera el prometido más adecuado para su hija.
- Si Lola te ha elegido es porque, sin duda, lo eres - volvió a decir Laura.
- Ahora que nos conocemos quiero agradecerles la atención que han tenido con mis padres, estoy seguro de que para ellos su hospitalidad ha debido ser un gran alivio.
- Era lo menos que podíamos hacer - dijo Miguel - por otro lado, ha resultado una sorpresa muy agradable, su padre es una persona muy interesante. Hemos hablado mucho durante estos días y nuestra forma de pensar tiene muchos puntos en común.
- Me alegro de que sea así.

La visita duró media hora larga. Lola apenas intervino, dejando que sus padres y yo mantuviéramos libremente la conversación. El encuentro había superado mis expectativas más optimistas, era evidente que los padres de Lola tenían una fe ciega en su hija y que aceptaban, sin ningún tipo de condiciones, lo que ella había decidido. Aquel nuevo apoyo, tan íntimamente ligado al ser que yo más quería en el mundo, me había hecho mucho bien y aquella noche el miedo y los malos presagios se mantuvieron lejos de mí, aunque, por otro lado, crecieran el nerviosismo y la inquietud por la proximidad, cada vez más acuciante, de la hora de la verdad. Sólo tres días faltaban ya, probablemente en una semana ya conocería mi destino, realmente hacía falta mucho apoyo para soportar aquella presión, pero, afortunadamente, yo lo tenía.

Me hubiera gustado poder seguir desarrollando, durante aquellos días, mi trabajo de electricista de la penitenciaría, eso me habría ayudado mucho a pasarlos de una manera más distraída en lugar de disponer de aquella ociosidad que no me daba ninguna posibilidad de evadirme de mis preocupaciones, o mejor dicho, de mi única preocupación en aquellos momentos. Sin embargo, allí me encontraba, de nuevo en mi celda en compañía del bizco y de cara de idiota, el cerrajero ya no estaba, pues había conseguido salir con libertad condicional. Éstos, me habían acogido con un mal disimulo fastidioso, se habían acostumbrado a disponer de la celda para ellos solos y mi llegada, de nuevo, les había quitado parte del espacio que utilizaban. Sin embargo, ninguno de los dos dijo nada que pudiera molestarme, se limitaron a contestar con monosílabos las preguntas que yo les hice para ponerme al corriente de la situación en la prisión. Todo continuaba más o menos igual. En una ocasión, después de un largo silencio, roto sólo por los inevitables ronquidos de cara de idiota, el bizco me dijo:

- Parece que te birlaron el puesto, viejo.
- Cosas del director - respondí.

Este comentario del bizco, despertó una alarma en mi interior, de pronto me di cuenta de que otro recluso debía tener acceso al cuartillo de las herramientas y por tanto al cajón de doble fondo donde yo había escondido las cartas de Marcelo. Aparentando todo el desinterés de que fue capaz, pregunté:

- Y ¿A quién se lo han dado?
- Al pelirrojo.
- ¿Al pelirrojo?, no sabía que fuera electricista.
- Ni él tampoco, pero ese tipo tiene labia, sería capaz de enredar al mismísimo diablo.

Estaba de suerte, el pelirrojo era aquél extremeño, medio loco, que podía considerar como amigo. Debía hacer algo para recuperar aquellas cartas comprometedoras, si aquel las encontraba podrían ir a parar a manos del director y no quería ni pensar en las consecuencias.

- Dime bizco, ¿El pelirrojo suele aparecer por el patio?
- Pues claro, es el portero de nuestro equipo.

Sí, el pelirrojo era un forofu del fútbol, en el patio tendría la oportunidad de abordarle.

Efectivamente allí estaba, ocupando su puesto delante de una de las porterías, el partidillo ya había empezado, me acerqué por detrás y le saludé.

- ¡Hola pelirrojo! ¿Cómo va eso?

El se giró un instante y volviendo, de nuevo, su atención al juego dijo:

- ¡Hombre catalán!, ya te han soltado.
- Sí, salí ayer.
- ¿Ya sabes que soy el nuevo “chispas”?
- Sí, me lo han dicho.
- ¿No estarás enfadado conmigo?
- No hombre ¿Por qué iba a estarlo? La verdad es que quiero pedirte un favor.
- ¿Qué pasa? ¿Se te ha fundido una bombilla?, eso te lo arreglo yo en un periquete.
- No, no se trata de eso, verás....
- ¡Espera!, viene la pelota.
- ¡Mierda!, me han metido un gol por estar charlando.
- Lo siento, pero lo que tengo que pedirte es importante.
- ¡Bueno, pues lárgalo ya!, no te creas que jugamos de balde.
- Necesito recuperar algo que dejé en el cuartillo de las herramientas.
- Y ¿Qué quieres que yo haga?
- Que esta tarde, a la hora del patio, me dejes abierta la puerta, lo demás corre de mi cuenta.

El pelirrojo tardó unos instantes en contestar.

- Está bien, pero si te cogen yo no sé nada, la puerta la habrás abierto tú.
- De acuerdo.

Aquel día iban a perder el partido, pues al poco de irme le colaron otro gol.

El pelirrojo había cumplido; la puerta estaba abierta. Empujé la hoja con cuidado y entré, esperé unos segundos para que mis ojos se habituaran a la oscuridad y empecé a trabajar sin encender la luz. Extraje el cajón, desatornillé el lateral y volqué su contenido sobre la mesa, allí estaban los papeles, separé las cartas de Marcelo y dejé el resto donde estaban, los otros papeles no me preocupaban, era mejor que continuaran donde habían estado siempre. Volví a colocar el lateral y cuando me disponía a atornillarlo, la luz se encendió de repente (el interruptor estaba fuera). Tuve el tiempo justo de guardar las cartas en mi bolsillo antes de que la puerta se abriera y apareciera un guardián.

- ¿Qué hacés acá? ¿Quién sos vos?

Un sudor frío cubrió mi frente, el guardián me conocía, así que me di la vuelta para que pudiera verme.

- ¿Qué carajos haces acá, catalán?

Había pensado lo que debía decir si aquello ocurría, pero en aquel momento temí que me traicionaran los nervios, la situación era muy delicada. El guardián esperaba con una sonrisa burlona mi respuesta.

- Verás... es que tenía un dinero guardado aquí y he venido a recuperarlo - dije sacando unos billetes del bolsillo.
- ¿Quién te abrió la puerta?
- La he forzado yo.
- ¡Vaya!, ¿Sabés abrir las puertas?, vos habés aprendido mucho. Saqué un par de billetes y se los tendí.
- Toma, esto es para ti.
- ¿Querés comprar mi silencio?, al director le gustaría mucho saber todo esto.

Estaba aterrorizado, le tendí el resto de los billetes.

- Ten, quédatelo todo.
- Bueno, no te pongás así - dijo cogiendo el dinero - tampoco hay que ser tan estricto. ¡Lárgate! Y que no te vuelva a ver macaneando por acá.
- ¿No dirás nada? - me atreví a preguntar.
- ¡Lárgate! O voy a arrepentirme.

No podía hacer otra cosa y salí zumbando para el patio. Aquel hombre podía delatarme, pero estaba casi convencido de que no lo haría. Afortunadamente, aquella tarde tenía la visita de Lola y sus padres, las cartas se las entregué a ella diciéndole que no me convenía tenerlas conmigo. Entonces me quedé tranquilo, aunque el guardián hablara yo ya me había deshecho de lo único que podía comprometerme y la historia del dinero, al fin y al cabo, no era tan grave.

Al otro día volví a hablar con el pelirrojo, le expliqué lo ocurrido y él me contó que el mismo guardián había ido a buscarle, pero que sólo le había dicho que tuviera más cuidado con no dejarse la puerta abierta. Contestando a mis preguntas, me dijo que había encontrado el cajón

sobre la mesa y que lo había vuelto a poner en su sitio. El lateral había quedado sin atornillar, pero no le dije nada de lo que aquel contenía, si el destino quería, él mismo lo encontraría tal como lo había encontrado yo, y si las cosas salían mal, tiempo habría de contárselo.

El domingo antes de mi juicio recibí una carta que me llenó de alegría. Lola, cumpliendo una vez más mis deseos ¿Qué habría sido de mí sin ella?, se había puesto en contacto con Sandra para explicarle los últimos y desagradables acontecimientos. En un principio no quería decirle nada para no preocuparla, pero luego pensé que la falta de noticias había de preocuparla tanto como el conocimiento de la verdad. De ella era la carta que tenía en mis manos.

Sandra me decía que no sabía como expresarme lo mucho que le había afectado la noticia, el día que recibió la llamada de Lola, se pasó toda la noche llorando. Carlos y ella estaban apesadumbrados, sobre todo ella que incluso se sentía culpable por haberme animado a ir a la Argentina. Me hubiera gustado poder hablar con ella para quitarle de la cabeza aquel absurdo sentimiento de culpa. Yo no estaba arrepentido de haber venido a la Argentina ¿Cómo iba a estarlo, si aquí había conocido a Lola?, si alguien me hubiera podido dar la oportunidad de volver atrás, no lo habría hecho a pesar de todo.

Sandra me decía también que nada le hubiera gustado tanto como estar a mi lado durante mi juicio, pero que eso era totalmente imposible, así que quería que supiera que si no estaba en cuerpo sí lo estaría con toda su alma. Finalmente esperaba que la carta llegara a tiempo y me pedía que en cuanto conociera la sentencia se la hiciera saber, que cuidara mucho de mí, que me quería y tenía muchas ganas de verme.

Era lunes, un lunes muy especial para mí, al día siguiente todo empezaría, la rueda de la justicia se pondría en marcha y sólo cabía esperar que hiciera honor a su nombre y que finalmente fuera eso: la justicia, la que triunfara.

Contrariamente a lo que pueda parecer, el día se me pasó volando entre los últimos preparativos, al fin y al cabo, aunque desagradable, un juicio no deja de ser una ceremonia y hay que seguir sus ritos. Por la mañana, el director de la penitenciaría me recibió y me hizo la última comunicación oficial de que al día siguiente sería trasladado a la sala de justicia para comparecer ante el juez por mi acusación de asesinato en la persona de Andrés Pacheco y me aleccionó sobre la conducta y respeto que debía guardar hacia el tribunal que había de juzgarme. Finalmente, con bastante hipocresía, a mi modo de ver, me deseo suerte y un juicio justo.

Por la tarde recibí la última vista de Lola y Luis, ambos vinieron juntos. Lola me trajo ropa adecuada, ella se había hecho cargo del equipaje que dejé en el hotel Madrid, así como de saldar la cuenta que tenía pendiente. Por su parte Luis me dio las últimas instrucciones y después de ser abrazado por ambos y oír sus últimas palabras de aliento, nos despedimos hasta el día siguiente. La suerte estaba echada.

CAPITULO XI

A pesar de que el invierno estaba próximo y la temperatura no era demasiado alta, una gota de sudor resbaló por mi mejilla hasta el cuello. De entre mi vestuario, Lola había elegido un traje marrón claro, que era el que ahora llevaba puesto, era importante cuidar mi aspecto ante el tribunal. La falta de costumbre me hacía sentirme muy incómodo imbuido en aquel ropaje, sentía la presión de la corbata alrededor de mi cuello como si se tratara de una serpiente dispuesta a ahogarme en cualquier momento. Mi estado era tenso, podía notar la humedad en las palmas de mis manos. Algo a mi derecha, Luis parecía tranquilo en su pupitre, le dirigí una mirada y me dedicó una sonrisa de ánimo, intenté devolvérsela, pero me dio la impresión de que no conseguí más que hacer una mueca algo grotesca.

El magistrado entró en la sala y los que estábamos allí pudimos tomar asiento. El secretario del tribunal presentó mi caso y mi juicio dio comienzo. La sala donde me encontraba era relativamente pequeña, yo estaba situado frente al estrado del tribunal, custodiado por dos alguaciles, uno a cada lado. A mi derecha se encontraba Luis y a mi izquierda el fiscal que acababa de tomar la palabra para hacer su exposición del caso. Éste, era un hombre pequeño y delgado, vestía de negro y llevaba el pelo engomado y peinado hacia atrás, un fino bigote cubría su labio superior, me pareció un cantante de tangos. Hablaba deprisa y con un fuerte acento del país, cada vez que hacía alusión a mí, me señalaba con el brazo extendido. Tras de mí, separados por una pequeña barandilla de madera, se encontraban los asientos para el público. Allí se encontraban Lola, mis padres, los suyos y un par de periodistas, atraídos, sin duda, por la presencia de Leticia como testigo de la acusación. En la última fila de asientos, algo alejado a los demás, se hallaba un hombre de unos cuarenta años elegantemente vestido. No lo conocía, pero mi instinto me dijo que aquel hombre no era otro que el doctor Ignacio Fierro y, ciertamente, no me estaba engañando. El fiscal terminó su intervención con la promesa de demostrar mi culpabilidad fuera de toda duda razonable. Ahora era el turno de Luis, intentaré hacer aquí una transcripción, lo más fiel posible, de sus palabras.

“Con la venia del tribunal. Señoría, el señor fiscal ha hecho una exposición muy elocuente, pero a la vez muy simple, de los hechos que aquí se juzgan. Su acusación se ha basado, únicamente, en dos hechos que para él son irrefutables, pero que no lo son necesariamente. Uno es el hecho de que mi defendido visitó a las víctimas el día en que ésta fue asesinada, cosa que no negamos, y el otro, que su nombre apareciera escrito, con la sangre de la víctima, en una de las paredes, lo que se puede interpretar como lo hace el fiscal: un intento del muerto de señalar a su asesino, o como lo hago yo: un intento del verdadero asesino de confundir a la policía implicando a mi cliente. Sin embargo, el señor fiscal ha olvidado, seguramente porque no podía hacer otra cosa, uno de los aspectos más importantes en cualquier crimen: el móvil. Efectivamente, no nos ha dicho nada sobre ese particular ¿Es qué en un caso, que para él está tan claro, no se conocen los motivos que tuvo mi defendido para cometer el crimen? O ¿Es qué, como ocurre realmente, no tenía ninguno? Señoría, esta defensa presentará, a lo largo de este juicio, testimonios que demostrarán con sus declaraciones que existen otras personas, no ajenas totalmente a este caso, que sí tenían ese móvil para cometer el crimen del que mi defendido es acusado injustamente”.

Cuando Luis terminó su intervención pude observar como el doctor Fierro se levantó de su asiento y abandonó la sala.

Leticia se encontraba sentada en el estrado de los testigos, llevaba una elegante chaqueta de piel de color gris y su aspecto era deslumbrante. Mientras permaneció en la sala no me

dirigió la mirada ni una sola vez. Era el primer testimonio de la acusación y el fiscal la estaba interrogando.

- ¿Conocía usted a la víctima?
- Sí, la conocía.
- Quiere decirnos que clase de relación mantuvo con ella.
- Fue nuestro chófer hasta la muerte de mi marido, entonces lo despedí.
- ¿Lo despedió por algún motivo especial?
- No era la clase de chófer que yo quería.
- Dígame, después del despido, ¿Tuvo algún tipo de contacto con la víctima?
- No, ninguno.
- Señorita Leticia, ¿Recibió usted el 17 de octubre la visita del señor Juan Ruiz?
- No recuerdo si fue ese día exactamente, pero vino a verme.
- ¿Puede decirnos si el hombre que la visitó es el acusado?
- Sí, lo es - esto lo dijo sin tan siquiera mirarme.
- ¿Por qué fue a verla?
- Me dijo que era un viejo amigo de mi difunto y yo le invité a que me visitara.
- Durante aquella entrevista ¿Se interesó el acusado por la víctima?
- Sí, me preguntó si sabía su dirección.

Sentí deseos de gritar que aquello era mentira, pero Luis me había pedido muy encarecidamente que no hiciera ningún comentario oyera lo que oyera y soporté con mutismo aquella mentira y las que vinieron a continuación.

- ¿No le extrañó aquella pregunta?
- Sí, me extrañó.
- ¿Le dio alguna explicación?
- No, ni me la dio ni yo se la pedí.
- ¿Le pareció a usted que el acusado tenía alguna causa pendiente con la víctima?
- ¡Señoría, protesto! - dijo Luis levantándose - El fiscal está pidiendo a la testigo que extraiga conclusiones.
- Se acepta la protesta - dijo el juez y añadió - el fiscal retirará la pregunta y se abstendrá de pedir conclusiones a los testigos.
- Muy bien señorita, retiro la pregunta. ¿Le dio usted la dirección?
- Le dije que tendría que buscarla, que personalmente no la sabía.
- ¿Insistió él entonces?
- Sí, me pidió que si no era molestia que la buscara, pues era muy importante para él localizarlo.
- Y entonces usted buscó la dirección y se la dio.
- Efectivamente, eso hice.
- Señorita Santos, después de aquella entrevista y antes del día de hoy ¿Había vuelto a ver al acusado?
- No, no he vuelto a verle hasta hoy.

Leticia contestó aquella pregunta con seguridad y mientras lo hacía lanzó una mirada a Luis, que a mí me pareció de desafío, como diciendo: “Demuestra lo contrario si puedes”. Efectivamente, Luis había intentado utilizar la visita que Leticia me había hecho a la cárcel en su contra, pero sus intentos resultaron inútiles, nadie en la penitenciaría, incluido el director, parecía dispuesto a admitir que aquella entrevista había existido. Sin duda Leticia se aseguró, no sé por qué medios, de subsanar el error que había cometido.

El fiscal había terminado su interrogatorio y era el turno de Luis, pero éste rehusó interrogar a la testigo reservándose el derecho de hacerlo más adelante. A mí aquello no me sorprendió, ya que lo sabía de antemano, pero a Leticia pareció molestarle, pues dirigió una mirada inquisitiva al fiscal que se limitó a devolverle un gesto de impotencia, finalmente, a requerimiento del juez, abandonó la sala con cara de pocos amigos. Probablemente ella esperaba terminar su relación con el juicio aquel mismo día, era evidente que desconocía las sorpresas que Luis le tenía preparadas.

El siguiente testigo de la acusación era Alberto Mendoza, el actual chofer de Leticia, al que nosotros considerábamos autor material del crimen que allí se juzgaba. El fiscal inició de nuevo su interrogatorio.

- ¿Puede decirnos su nombre?
- Alberto Mendoza.
- ¿Cuál es su trabajo?
- Soy chofer de la señorita Leticia.
- Señor Mendoza, mire al acusado y dígame si lo había visto anteriormente.
- Sí señor, lo he visto antes.
- ¿Quiere explicarnos como fue?
- Un día que yo estaba en la calle esperando a la señorita, el acusado se acercó a mí y me preguntó si yo era su chofer.
- ¿Se presentó el acusado?
- Sí, me dijo que era amigo del señor Gerardo y me preguntó si yo le había conocido.
- ¿Le hizo alguna pregunta más?
- Sí, me preguntó si sabía algo del anterior chofer de la casa.
- ¿Qué le respondió usted?
- Nada, en aquel momento llegó la señorita y se puso a hablar con él.
- Eso es todo, gracias.

Luis tomó la palabra y desde su asiento se dirigió al juez.

- Señorita, el señor fiscal insiste en demostrarnos que el acusado se interesó, en repetidas ocasiones, por el paradero de la víctima, parece no comprender que ni el acusado ni esta defensa negamos el hecho de que el día de autos estuvo en el domicilio de Andrés Pacheco, cosa que será debidamente explicada en su momento.
- Muy bien señor abogado, deje usted que el ministerio fiscal lleve el caso como mejor le parezca y límitese a interrogar al testigo si así lo desea.
- De acuerdo señoría, con la venia - Luis extrajo una fotografía de su bolsillo y entregándosela al testigo le preguntó - señor Mendoza, ¿Puede decirnos si reconoce a la persona que aparece en esta fotografía?
- ¡Soy yo! ¿De dónde la sacó?
- Las preguntas las hago yo, señor Mendoza. ¿Está seguro de que es usted?
- ¡Claro que estoy seguro!
- Señoría, quiero que conste que el testigo se ha reconocido, a si mismo, como la persona que aparece en esta fotografía y se la entrego como prueba que será utilizada, más adelante, por esta defensa.

El juez tomó la fotografía y Luis prosiguió con el interrogatorio.

- Muy bien señor Mendoza ¿Puede decirme usted si conoce al caballero del traje gris que está sentado al fondo de la sala?

El doctor Fierro había vuelto a entrar para presenciar el interrogatorio de Leticia y aún permanecía en su asiento.

- No lo veo bien - contestó el chofer.
- ¡Caballero, por favor! - dijo Luis dirigiéndose al doctor.
- ¿Se refiere usted a mí? - preguntó él, mostrando gran extrañeza.
- Sí, a usted. ¿Quiere hacer el favor de levantarse?
- El doctor iba a protestar, pero antes de que lo hiciera intervino el juez.
- Señor, haga el favor de levantarse.
- Fierro se levantó lentamente y Luis se dirigió de nuevo al testigo.
- Y bien, ¿Lo conoce usted?

El chofer dudó antes de contestar, la pregunta le había cogido por sorpresa y no sabía que decir.

- ¿Lo conoce? - insistió Luis.
- Sí, lo conozco - dijo finalmente sin atreverse a mentir.
- Entonces podrá decirnos quien es.
- ¡Protesto señoría! - gritó el fiscal - no veo que relación tiene todo esto con el caso.
- Señoría - intervino Luis - es evidente que esta defensa tiene la intención de demostrar la relación de “todo esto” con el caso, cuando tenga la oportunidad de presentar a sus testigos.
- Se deniega la protesta. Conteste usted a la pregunta.
- Es el doctor Ignacio Fierro.
- ¡Gracias doctor!, puede usted sentarse - dijo el juez.
- ¿Puede decirnos de qué conoce al doctor Fierro? Señor Mendoza.
- Es un amigo de la señorita Leticia.
- ¿Sólo un amigo...?
- ¡Protesto señoría! - gritó de nuevo el fiscal.
- Retiro la pregunta señoría - se apresuró a decir Luis - ¿Puede decirnos si el doctor y la señorita Leticia se ven muy a menudo?
- Se ven de vez en cuando.
- ¡Gracias señor Mendoza!, hemos terminado.

El fiscal llamo a su siguiente testigo; el detective de la policía que había llevado el caso y que resultó ser el tipo del sombrero que me había interrogado en la comisaría. El turno del fiscal no aportó nada nuevo, prácticamente se limitó a hacer repetir al detective el informe policial. Luis también lo interrogó.

- Dígame detective ¿Por qué acusó del crimen a mi defendido?
- Porque las pruebas le señalaban, naturalmente.
- ¿Se refiere al nombre escrito en la pared?
- Sí, por ejemplo.
- Según el informe del forense ¿A qué hora se cometió el asesinato?
- Entre las ocho y las ocho treinta de la tarde anterior.
- Y ¿A qué hora declaró el acusado haber visitado a la víctima?
- A las seis de la tarde.
- ¿No le parece que hay mucha diferencia horaria?
- Tal vez estuvo allí todo ese tiempo o tal vez el acusado mintió.

- No es posible que después de que mi defendido abandonara el domicilio de la víctima, otra persona fuera a verle y le matara.
- No, no lo creo.
- ¿Investigó usted ese punto?
- No lo creí necesario.
- ¿No lo hizo?, entonces ¿Por qué está tan seguro de que no fue así?
- Porque el nombre que había en la pared era el del acusado y no el de otra persona.
- Otra vez el nombre, siempre lo mismo. ¿Acaso no sería posible que dicha persona conociera la identidad del acusado y aprovechara la visita de éste a Pacheco para matarle inculpándole a él del crimen?
- Todo eso no es más que una increíble teoría.
- ¡Increíble, pero posible! ¿No es así? - gritó Luis.
- ¡No lo sé! - gritó a su vez el detective.
- Su deber sería saberlo, detective. ¿Encontraron sobre el acusado o en sus pertenencias el arma con la que, supuestamente, cometió el crimen?
- Seguramente se deshizo de ella.
- ¿Quiere decir que no han encontrado el arma?
- No.
- Señor Vitali ¿No le parece que su acusación contra el señor Ruiz, fue hecha un tanto a la ligera?
- Señor abogado, no tengo la costumbre de acusar de asesinato a la gente a la ligera. Usted está desvirtuando el caso con sus artimañas, pero lo que está claro es que todas las pruebas señalan al acusado y que no hay nada que nos haga pensar en que otra persona pudiera cometer el crimen.
- No esté tan seguro de eso detective. Para terminar, dígame ¿Es cierto que los últimos cinco casos que usted ha dirigido quedaron sin resolver?
- Sí, pero....
- ¿No es cierto también que su superior le amenazó con trasladarle si no resolvía este?
- ¡No tengo por qué contestar a esa pregunta! - dijo el policía levantándose de su asiento terriblemente irritado.
- ¡Señor Vitali! - dijo el juez - le recuerdo que se halla en un tribunal de justicia, haga el favor de sentarse y contestar a la pregunta del abogado defensor.
- Sí, es cierto, pero eso no ha tenido nada que ver con la acusación, yo no me he inventado las pruebas.
- Está bien detective, eso es todo.

Después del testimonio del detective, el juez informó que aquella tarde tenía que atender otros asuntos y decretó el aplazamiento del juicio hasta el día siguiente a las nueve de la mañana. Luis se acercó a mí y me dijo que todo había ido muy bien, yo también pensaba lo mismo, me sentía satisfecho de su actuación y así se lo hice saber.

Por la tarde, ya en la penitenciaría, Luis y yo mantuvimos una nueva entrevista. Cuando entré en la habitación, noté que su rostro era más grave de lo habitual, sobretodo teniendo en cuenta que por la mañana las cosas habían ido bastante bien.

- ¿Ocurre algo? - pregunté.
- Han intentado matar a Pablo.
- ¿Qué? ¿Le han hecho daño?
- No, por suerte está ileso, pero han herido al detective que lo protegía.
- ¿Es grave?

- No, sólo un rasguño.
- ¿Cómo ha sido?
- Le han disparado a través de la ventana, desde la terraza de un edificio del otro lado de la calle. En el último momento el detective ha visto al que iba a disparar y se ha lanzado sobre Pablo salvándole la vida, pero la bala le ha rozado un hombro.
- ¿Se lo has dicho a la policía?
- No, no, eso sólo complicaría las cosas, como han disparado con silenciador, nadie se ha enterado de lo ocurrido y creo que es mejor callarlo de momento.
- ¿Leticia?
- ¿Quién sino?, ha debido enterarse, a través del fiscal, que íbamos a presentar a Pablo como testigo y ha decidido matarle, eso demuestra que tienen miedo a su testimonio. Afortunadamente no lo han conseguido.
- Y ¿Dónde está Pablo ahora?
- En un lugar seguro, no tendrán tiempo de localizarlo otra vez, mañana testificará ante el tribunal y cuando eso ocurra, Leticia y el doctor Fierro, estarán perdidos.
- ¡Oye Luis! ¿No te parece que el fiscal sabe que Leticia vino a verme a la cárcel?
- No, no lo creo, conozco a ese hombre, tiene muchos defectos, pero es honrado. Más bien creo que haya caído en las redes de Leticia, tiene fama de mujeriego y de no poder resistirse a unas faldas. Es más que probable que ella lo esté manejando a su antojo.
- Sí, conociéndola es fácil de creer.
- No te preocupes Juan, sus turbios manejos van a terminar muy pronto.

El juicio se reanudó a las nueve y cuarto con quince minutos de retraso.

El fiscal no tenía más testigos y había llegado el turno de la defensa. El primero en subir al estrado fue Manuel Fernández; el vecino de Pacheco.

- ¿Quiere decir su nombre al tribunal?
- Manuel Fernández.
- ¿Dónde vive usted? Señor Fernández.
- En el número veinte de la calle Acería.
- Esa es la dirección de la víctima.
- Sí, era mi vecino.
- ¿Estaba usted en casa el día de autos?
- ¿Cómo dice?
- Quiero decir si estaba usted en su casa el día en que lo asesinaron.
- Sí, estaba en la casa.
- ¿Recuerda algo de aquella tarde?
- Recuerdo que oí ruido arriba y después un tiro.
- ¿Qué hora sería?
- Las ocho más o menos.
- ¿Se dio cuenta en aquel momento de que aquel ruido había sido un disparo?
- Pues no, en aquel momento no lo pensé, pero cuando me enteré que se habían cargado al Pacheco, caí en la cuenta.
- Dígame ¿Vio usted salir a alguien del domicilio de Pacheco?
- Sí, después del tiro oí que alguien bajaba las escaleras y me asomé a la ventana.
- ¿Pudo ver a la persona que bajaba las escaleras?
- Perfectamente.
- Y ella ¿No le vio a usted?
- Para nada.

- Señoría - dijo Luis dirigiéndose al juez - desearía mostrar al testigo la fotografía que fue presentada, ayer, como prueba por esta defensa.

El juez entregó la fotografía a Luis y éste se la entregó a su vez al testigo.

- Señor Fernández, quiero que me mire atentamente esta fotografía y me diga si conoce al hombre que aparece en ella.
- Claro que sí, este es el hombre que aparece en ella.
- El fiscal dio un brinco en su asiento.
- ¿Está seguro de que se trata del mismo hombre?
- Tan seguro como que tengo que morirme.
- ¡Gracias!, no haré más preguntas señoría.

El fiscal se levantó de su asiento y se dirigió hacia el testigo.

- Señor Fernández, ¿Por qué no le ha explicado lo que acaba de decir, acá, a la policía?
- Porque no me lo preguntaron.
- Aún así, su deber era informar de lo que había visto.
- Yo no me meto donde no me llaman.
- ¿Sabe que ocultar pruebas de un crimen es también un delito?
- Si vos lo decís, que sos abogado...
- Señor Fernández, ¿Has estado detenido alguna vez?
- Sí.
- ¿Cuántas veces?
- Tres.
- ¿Puede decirnos por qué?
- ¿Para qué?, si ya lo sabés.
- Me gustaría que el tribunal también lo supiera.
- Muy bien, por tráfico de drogas.
- Así que es usted un traficante de drogas - dijo arrastrando las palabras.
- No señor, lo era - contestó el testigo imitándole.
- ¿No es cierto que en una ocasión le detuvieron también por alboroto público, cuando estaba completamente ebrio?
- ¿Qué quiere decir "erbio"?
- Borracho, señor Fernández, borracho.
- Sí, es verdad, y ¿Qué?
- ¿Bebe usted habitualmente?
- Bebo cuando me apetece.
- ¿No es cierto que se embriaga con asiduidad?
- Ya le dije que bebo cuando me apetece.
- ¿Había bebido usted el día del crimen?
- Supongo que sí.
- ¿No está seguro?
- Había bebido alguna cerveza.
- ¿Cuántas?
- ¡Yo que sé!, tres o cuatro.

Así terminó el interrogatorio. A pesar de que el fiscal había intentado desacreditar al testigo, creo que su testimonio fue suficiente para introducir una duda en el tribunal. A continuación, le tocó el turno a la hermana de Pacheco.

- ¿Es usted la hermana de la víctima? - preguntó Luis.
- Sí señor.
- ¿Sabe usted si existía algún motivo para que su hermano fuera asesinado?
- Si señor.
- ¿Quiere explicárnoslo?, por favor.
- Pues verá, mi hermano, que en paz descansa, me dijo que tenía entre manos un asunto que iba a darle mucha guita.
- ¿Le explicó de que asunto se trataba?
- Al principio no quería, pero al final me lo contó.
- Y ¿Qué le contó?
- Me dijo que iba a hacerle chantaje a su antigua señora.
- ¿Sabe usted el nombre de dicha señora?
- Sí, la señorita Leticia.
- ¿Leticia Santos?
- Claro, ¿Cuál va a ser?
- ¿Cuál era el motivo del chantaje?
- Andrés decía que la señorita Leticia y el doctor se habían cargado al señor y que si no soltaban la guita iría con el cuento a la policía.
- ¿Quiere decir que habían matado a alguien?
- Sí, eso mismo
- ¿A quién habían matado?
- A su marido, al señor Gerardo.
- ¡Protesto! ¡protesto! - gritó el fiscal - no voy a consentir

El magistrado interrumpió al fiscal y dirigiéndose a Luis el dijo:

- ¿Qué pretende usted?, señor defensor.
- Señoría - contestó Luis - lo que pretendo es demostrar que el doctor Ignacio Fierro asesinó, con la complicidad de Leticia Santos, al marido de ésta; Gerardo Montes. Que Andrés Pacheco intentó hacerles chantaje y lo asesinaron también, inculcando del crimen a mi defendido.
- ¡Eso es una calumnia! ¡No voy a tolerar semejante farsa! Era el doctor quien, poniéndose en pie, había gritado así.
- ¡Señor Fierro! - gritó el juez - haga el favor de sentarse, si vuelve a interrumpir haré que lo desalojen de la sala.
- ¡Tengo derecho a defenderme!
- ¡Señor Fierro!, si no se calla haré que lo detengan por desacato.

Finalmente, el doctor volvió a sentarse con la ira pintada en su rostro.

- Señor abogado - continuó el juez - espero por su bien que tenga pruebas para mantener las acusaciones que acaba de lanzar.
- Las tengo señoría y no dude que las presentaré en su momento. Señor fiscal, su turno.
- Señora Pacheco - dijo éste - ¿Es cierto que la semana pasada acudió usted a la policía para cambiar su primera declaración sobre este caso?
- Sí señor.
- ¿Por qué lo hizo?
- Porque me lo dijo el señor abogado.
- ¿Se refiere usted al abogado defensor de este caso?

- Claro, ¿Cuál va a ser?
- ¿Le dijo también, el abogado, lo que tenía que declarar?
- Claro que no - dijo ella ofendida.
- Vamos a ver señora Pacheco. Quiere decir, entonces, que la primera vez mintió a la policía.
- Sí.
- Y ¿Por qué mintió?, si puede saberse.
- Mentí por miedo.
- Miedo de qué.
- Pues de que me mataran también a mí.
- Y ahora, ¿No tiene miedo?
- Un poco, si señor.
- ¿No será que la primera vez dijo la verdad y es ahora cuando miente? - dijo el fiscal elevando la voz.
- No, no miento - contestó la hermana asustada.
- ¿Le ha pagado el abogado defensor para que actúe como testigo?
- ¡Protesto señoría! - intervino Luis rápidamente.
- Se acepta la protesta.
- No haré más preguntas señoría.

El siguiente testigo en subir al estrado fui yo mismo. Luis tenía la intención de hacer declarar primero a los padres estafados y a la enfermera del Hospital General, pero una vez que se había visto obligado a declarar sus intenciones, decidió dar el golpe final; primero testificaría yo y a continuación el plato fuerte: el anestesista.

- Señor Ruiz, usted es español, ¿verdad?
- Sí, lo soy.
- ¿Por qué vino a la Argentina?
- Recibí una carta de mi amigo Gerardo Montes en la que me pedía que viniera a Buenos Aires para prestarle ayuda.
- ¿Tenía su amigo algún problema?
- Sí, pero en la carta no lo explicaba.
- Entonces se lo explicaría cuando llegó usted a la ciudad.
- Cuando llegué a Buenos Aires Gerardo había muerto.
- Y, ¿No se enteró usted del problema de su amigo?
- Sí, Gerardo me había dejado una nueva carta que me fue entregada por el director de un banco.
- Quiere hacernos un resumen de esa carta.

Hice un resumen de la carta destacando los puntos más importantes de lo que en ella se decía. El silencio en la sala era absoluto y eso que entonces se hallaba casi llena, por lo visto el nuevo giro de los acontecimientos había llamado la atención de nuevos periodistas. Cuando terminé de hablar, Luis se dirigió al juez.

- Señoría, tengo aquí las cartas a las que mi defendido ha hecho referencia y deseo presentarlas como prueba.
- Señor Ruiz - prosiguió Luis - ¿Cuál fue su reacción al leer aquella carta?
- Me propuse averiguar si mi amigo había sido realmente asesinado.
- ¿No pensó en denunciar el hecho a la policía?
- Lo hice, pero no me hicieron caso.

- ¿Cree usted que la señorita Leticia conocía la existencia de estas cartas?
- No, creo que no.
- ¿Por qué lo cree?
- Eso fue lo que deduje de la conversación que mantuvimos.
- ¿Le preguntó usted durante aquella conversación, por la dirección de la víctima?
- No, no lo hice.
- ¿Cómo la consiguió, entonces?
- Cuando salía de su casa me la dio su jardinero.
- ¿Se la había pedido usted?
- No, fue cosa suya. Me dijo que se había enterado que yo le había preguntado por él al chofer de la casa.
- ¿Fue usted a ver a Pacheco?
- Sí.
- ¿Por qué lo hizo?
- Como ya le he dicho, Gerardo me decía en su carta que había conseguido la colaboración de su chofer, pensé que tal vez él pudiera aclarar mis dudas.
- Y ¿Se las aclaró?
- Confirmó las sospechas que yo tenía.
- ¿Lo mató usted?
- No, por supuesto que no le maté.
- ¿A qué hora abandonó su casa?
- Debían ser las siete.
- Gracias, eso es todo.

La sala quedó en un silencio total, roto tan solo por el murmullo de algunos periodistas que hallaban entre sí, a la espera de la intervención del fiscal. Lola me miraba intentado transmitirme confianza con sus ojos. El fiscal continuaba en silencio lo que hizo intervenir al magistrado.

- Señor fiscal, ¿Piensa usted interrogar al testigo?

Éste levantó la cabeza como si le acabaran de sacar de sus pensamientos y dijo:

- Perdón señoría, sí, interrogaré al testigo.
- Adelante, estamos esperando.

El fiscal se levantó de su asiento y, tras una breve pausa, inició sus preguntas:

- Señor Ruiz ¿No es cierto que en su primera declaración, afirmó usted a la policía que ya no creía que su amigo hubiera sido asesinado?
- Sí, es cierto.
- Quiere decirnos entonces, por qué ha cambiado de opinión.
- No he cambiado de opinión.
- ¡Me sorprende usted! ¿Me está diciendo que sigue creyendo que no mataron a su amigo?
- No, no le estoy diciendo eso.
- Entonces ¿Qué me está diciendo?
- Lo que quiero decir es que en aquella ocasión no dije la verdad.
- ¿Mintió a la policía? - dijo con un fingido tono de incredulidad.
- Sí.

- ¿Cuántas veces más ha mentido?
- Ninguna.
- ¿Cómo podemos saber eso?, señor Ruiz.
- Lo sabremos cuando termine el juicio.
- Estoy de acuerdo con usted, entonces lo sabremos.

Y se sentó dando por terminado su interrogatorio. Había llegado el momento que yo estaba esperando: el anestesista fue llamado a declarar. Mi tensión aumentó cuando Luis inició su turno.

- ¿Tiene usted alguna declaración que hacer a este tribunal?
- Sí.
- Está bien, le escuchamos.

Pablo, con la cabeza baja, inició su relato empezando por el principio. Hablaba despacio y hacía frecuentes pausas, el juez tuvo que pedirle, en una ocasión, que elevara el tono de su voz. Cuando el anestesista confesó que había suministrado a Gerardo una dosis excesiva de anestesia a causa del chantaje del doctor Fierro, éste, que seguía asistiendo al juicio, se puso a gritar, como un loco, desde el fondo de la sala.

- ¡Eso es mentira! ¿No pueden creer a ese bastardo! ¿El si que es un asesino! ¿Mató a aquella niña!
- ¡Alguacil! - gritó el juez - saquen inmediatamente a este hombre de la sala.

El guardia se llevó a empujones a Fierro que abandonó el lugar lanzando insultos y amenazas contra el testigo. Era innegable que el doctor tenía un carácter muy impulsivo. Pablo, a instancias del juez, continuó con su declaración que concluyó al poco tiempo. Cuando Luis dio por terminado su turno, el fiscal se levantó y dirigiéndose al juez dijo:

- Señoría, este caso ha tomado un nuevo cariz que aconseja a este ministerio realizar una revisión del mismo antes de proseguir, por lo que solicito que la vista sea aplazada hasta mañana.
- Estoy de acuerdo con usted en que su ministerio debe realizar una revisión del caso por lo que...
- Señoría - interrumpió Luis - a esta defensa le parece muy bien que la acusación haga una revisión del caso. Sin embargo, creo que el juicio se halla en un momento crucial para nosotros y es mi deseo interrogar seguidamente a la testigo de la acusación Leticia Santos.
- Muy bien, interrogará usted a la testigo y luego aplazaré la vista hasta mañana, como ha solicitado el fiscal.
- Estoy de acuerdo señoría.

Leticia fue llamada de nuevo a testificar. En esta ocasión su aspecto no era tan deslumbrante, no lucía la chaqueta de piel sino una sencilla blusa blanca y una falda negra bastante corta. Parecía nerviosa cuando ocupó su sitio en el estrado de los testigos. Luis dio comienzo, inmediatamente, al interrogatorio.

- Señorita Leticia, ¿Conocía usted la existencia de las cartas que su marido envió al acusado?
- No sé de qué me habla.

- Sin embargo, esas cartas existen. En una de ellas su marido afirmaba que usted y el doctor Fierro eran amantes.
- Eso es absurdo.
- También dice su marido, en esa carta, que usted insistió para que se dejase operar por dicho doctor.
- Sí, yo quería que se operara, no soportaba verlo en aquel estado.
- Sin embargo, él se negaba porque temía que ustedes estaban planeando su asesinato.
- Está bien, lo diré. Hasta ahora había ocultado este detalle por respeto a la memoria de mi marido, pero ahora no tengo más remedio que contarle. Tiene que saber usted que mi marido, en los últimos tiempos, había perdido la cabeza. Creía que todo el mundo intentaba matarle.
- ¿Insinúa usted que se había vuelto loco?
- Sí, estaba completamente loco.
- Y qué me dice del anterior testigo ¿También está loco?
- Todo eso no son más que malditas mentiras.
- ¿Ignora usted que el testigo, a la vez que ha acusado al doctor Fierro, se ha acusado a sí mismo? ¿Cree usted que alguien diría una mentira tan estúpida?
- Yo... no sé ...

Leticia estaba muy nerviosa, había perdido toda su seguridad y no sabía como responder a la pregunta de Luis. Éste siguió presionándola.

- ¡Conteste! ¿Cree usted que alguien tan loco como para confesar ser cómplice de un crimen sin serlo realmente?

Leticia miraba hacia todos lados como buscando ayuda, se había quedado muda, era indudable que el pánico se había apoderado de ella. De pronto rompió a llorar a la vez que balbuceaba:

- Yo no hice nada, lo juro, fue el doctor, él lo hizo, yo no lo sabía, luego me amenazó, dijo que me mataría a mí también y yo tenía miedo, mucho miedo.
- Cállese señorita ¿Por qué mató el doctor a su marido?
- Me perseguía, quería casarse conmigo.

¡Era increíble! Leticia se había visto perdida y ahora intentaba salvarse a toda costa, vertiendo todas las culpas sobre el cirujano. Su actuación era muy convincente, pero dudo mucho que hubiera logrado engañar a nadie que hubiera seguido el caso de cerca y digo esto porque ocurrió algo que impidió que llegáramos a saberlo.

De pronto, cuando todos estábamos atentos a la actuación de Leticia, se oyó la voz de un hombre gritar desde el fondo de la sala.

- ¡Hija de perra! ¡No eres más que una maldita ramera! ¡Te voy a matar!

Era Fierro, nadie le había visto entrar, pero allí estaba en medio del pasillo con el rostro desfigurado por el odio.

- ¡Alguacil! - gritó el juez - ¡Detengan a ese hombre!

En la mano del doctor apareció un revólver.

- ¡Cuidado, tiene un arma! - gritó alguien.

Antes de que pudieran detenerle, todo ocurrió en un breve espacio de tiempo, sonaron dos disparos e inmediatamente salió huyendo como perseguido por el diablo, varios alguaciles salieron en su persecución. En la sala, varias mujeres, entre ellas mi madre, lloraban presas de los nervios. Después del primer momento de confusión, observé que varias personas, Luis entre ellas, rodeaban el estrado de los testigos. Cuando algunas se apartaron, pude ver que en la blanca blusa de Leticia había aparecido una enorme mancha roja. Luis se acercó hasta mí y me dijo:

- Está muerta.

Yo no contesté, me abracé a Lola que había acudido a mi lado, impresionada, como todos los que allí estábamos, por lo que acababa de ocurrir.

El caso se había resuelto de la manera más inesperada. Naturalmente el fiscal retiró la acusación contra mí y el juez decretó mi puesta en libertad sin cargos. Leticia encontró al final su justo castigo, también el doctor, que cayó abatido por los disparos de los alguaciles cuando trataba de huir.

En aquellos momentos, abrazado a Lola, me sentí feliz. Feliz por haber recuperado mi libertad y por haber recuperado todo lo que había estado a punto de perder, pero no sentí nada más, si acaso mi pensamiento voló un instante hasta Gerardo. Se había hecho justicia, aunque aquello no podría devolverle la vida.